

BIBLIOTECA fundamental
AÑO CERO

HITLER: LA CONSPIRACION DE LAS TINIEBLAS

TREVOR RAVENSCROFT

La apasionante
crónica
de la guerra
ocultista
desatada por
Hitler y
el poder
de la
sombra



HITLER: LA CONSPIRACIÓN DE LAS TINIEBLAS

TREVOR RAVENSCROFT

AÑO/CERO

BIBLIOTECA FUNDAMENTAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTAL AÑO CERO

Director de colección: Luis Maggi
Diseño de cubierta e ilustraciones: Vital García

HITLER: LA CONSPIRACIÓN DE LAS TINIEBLAS
Título original: *The Spear of Destiny*
Traducción: José Manuel Pomares

Copyright The estate of Trevor Ravenscroft
© 1991 Ediciones Robin Book, S.L.
© 1994 de la presente edición Editorial América Ibérica S.A.
Miguel Yuste 26,28037 Madrid
Traducción cedida por Ediciones Robin Book, S.L.

Fotocomposición: Gráficas Ángel Gallardo (Madrid)
Impresión y encuadernación: Josmar S.A.

ISBN: 84-88337-95-7
Dep. Legal: M-27717-1994
Impreso en España
Printed in Spain, Octubre 1994

Distribuidor exclusivo para México:
Distribuidora Intermex, S.A. de C.V.
Lucio Blanco N° 435, Col. San Juan Tlihuaca
02400 México, D.F.
Tel. (525) 352 6444 Fax (525) 352 8218

Importador para Argentina:
Red Editorial Iberoamericana Argentina S.A.
(REI Argentina), Moreno 3362
(1209) Buenos Aires. Fax (541) 864-0434

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los derechos del "copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Por la presente edición electrónica, para biblioteca.d2g.com

Scan & OCR el_gato

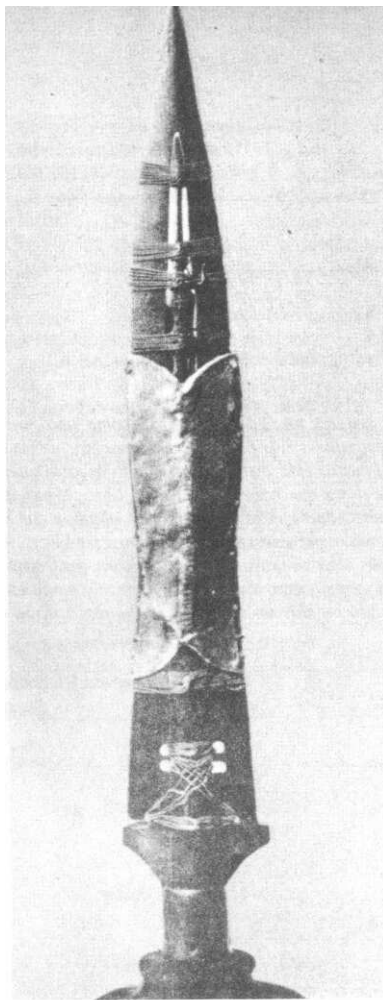
Corrección y Edición Perola

CONTENIDO

PREFACIO	6
INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE	
EL TALISMÁN DEL PODER Y LA REVELACIÓN	15
SEGUNDA PARTE	
EL HOMBRE QUE ERA SUAVE ENTRE LAS PIERNAS.....	67
TERCERA PARTE	
LA SANGRE Y LAS CENIZAS	124
EPÍLOGO	202
BIBLIOGRAFÍA.....	218

Si las mujeres no lo interpretaran como una muestra de adulación, añadiría más palabras desconocidas a esta historia tuya, continuaría esta aventura por ti. Pero si alguien me lo pide, no le dejes que considere esto un libro. No sé una sola letra del abecedario. Muchas personas obtienen su material por este camino, pero esta aventura avanza sin libros. Antes de permitir que alguien creyera que es un libro, preferiría sentarme desnudo sin siquiera una toalla, del mismo modo en que me siento cuando me doy un baño... si no he olvidado la hoja de parra.

Wolfram von Eschenbach, *Parsifal*.



Lanza con que el centurión romano Longino traspasó el costado de Cristo.

PREFACIO

El molde de una leyenda

Pero uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza, y seguidamente salió sangre y agua.

Y el que lo vio, da testimonio, y su testimonio es veraz, él sabe que dice la verdad, para que vosotros creáis.

Pues todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: «No se le romperá hueso alguno.»

Y también otra Escritura dice: «Verán al que traspasaron».

Evangelio según San Juan, 19, 34-37

En el último capítulo del Evangelio según San Juan se narra la historia del soldado que atravesó el costado de Jesucristo con una Lanza. El nombre de este soldado era Gayo Casio, y asistió a la crucifixión como representante oficial del procónsul, Poncio Pilatos. Las cataratas que tenía en los ojos impedían a este veterano soldado tomar parte en las batallas con su legión, y en lugar de ello, se ocupaba de informar acerca del panorama político y religioso de Jerusalén.

Durante dos años, Gayo Casio había observado e investigado las actividades de un tal Jesús de Nazaret, el cual decía ser el Mesías y daba la impresión de negar la autoridad de la ocupación romana de Israel.

El centurión romano observó cómo los legionarios llevaban a cabo la ejecución de Jesucristo y al igual que ellos, se sintió impresionado por la valentía, la dignidad y la compostura del nazareno en la cruz.

Isaías había profetizado en relación al Mesías: «No se le romperá hueso alguno». Anas, el anciano consejero del Sanedrín, y Caifas, el Sumo Sacerdote, pretendían mutilar el cuerpo de Cristo a fin de probar ante el pueblo que Jesús no era el Mesías, sino un simple hereje y un potencial usurpador de su propio poder.

Las horas pasaban y este hecho les proporcionó la excusa que necesitaban, ya que Anas era una autoridad en lo que a la ley se refiere, y la ley judía decretaba que ningún hombre debía ser ejecutado el día del Sabbath. Sin pensárselo dos veces, solicitaron a Poncio Pilatos que les concediera la autoridad para quebrar los huesos del hombre crucificado, a fin de que muriera el viernes por la noche (5 de abril, año 33 de nuestra era).

Al objeto de cumplir este propósito, un grupo de la guardia del templo fue enviado al monte de Gólgota, nombre que significa Monte de la Calavera. A la cabeza del grupo, el capitán llevaba la Lanza de Herodes Antipas, rey de los judíos, la cual constituía el símbolo que confería autoridad para llevar a cabo la misión encomendada; sin ella, los soldados romanos no le hubieran dado permiso para mover un dedo cuando llegó al lugar de la ejecución.

Fineas, el anciano profeta, había mandado forjar dicha Lanza para que se convirtiera en el símbolo de los poderes mágicos inherentes a la sangre de los Elegidos de Dios. Cuando ya se había convertido en un antiguo símbolo de poder, fue alzada en la mano de Josué cuando éste ordenó a sus soldados lanzar el gran grito que derribó las murallas de Jericó. El rey Saúl arrojó la misma Lanza a David en un arranque de celos.

Herodes el Grande había sostenido esta insignia de poder sobre la vida y la muerte cuando ordenó ejecutar la masacre de bebés en Judea en un intento de eliminar a Jesús,

que crecería y sería nombrado «rey de los judíos». En el momento en que los enviados del templo se dirigían al Gólgota, llevaban la Lanza en nombre del hijo de Herodes el Grande, en calidad de símbolo de la autoridad para quebrar los huesos de Jesucristo.

Cuando el grupo del templo llegó al escenario de la crucifixión, los romanos se volvieron de espaldas manifestando su repugnancia. Tan sólo Gayo Casio fue testigo de la escena en que los soldados aporrearon y aplastaron los cráneos y los miembros de Gestas y Dimas, los ladrones que estaban clavados en sendas cruces levantadas a ambos lados de la de Jesucristo. El centurión romano se sintió tan espantado ante la brutal mutilación de los cadáveres de los dos ladrones y tan conmovido ante la resignación humilde y valerosa de Cristo a la crucifixión que decidió proteger el cuerpo del nazareno.

El centurión guió a su caballo hasta la gran cruz del centro y clavó la Lanza entre la cuarta y la quinta costilla del nazareno. Esta forma de clavar la Lanza era la que se empleaba en el campo de batalla cuando querían asegurarse de que un enemigo herido había muerto; porque la sangre no fluye de un cuerpo sin vida. Aun así «seguidamente salió sangre y agua», y en aquel instante milagroso en el que fluía la sangre redentora del Salvador, los ojos enfermos de Gayo Casio quedaron curados por completo.

No se sabe si el veterano oficial arrebató el talismán del poder de las manos del capitán israelí para hacer lo que hizo, o si llevó a cabo esta acción de misericordia con su propia Lanza. No hay prueba histórica alguna que deje constancia del arma que utilizó para cumplir sin darse cuenta la profecía de Ezequiel: «Verán al que traspasaron».

En el templo, donde Caifas y Anas esperaban noticias acerca de la mutilación del cuerpo del Mesías, el Velo del Santo de los Santos fue rasgado de arriba abajo para poner al descubierto el Cubo Negro del Antiguo Testamento, cuyos bordes se estaban agrietando para tomar la forma de la cruz. El culto sin imágenes a Jehová había terminado; comenzaba la religión de los «cielos abiertos».

La Lanza, como un catalizador de la revelación, constituía la prueba viva de la resurrección, ya que la herida física producida por su filo había cicatrizado misteriosamente cuando Jesucristo resucitado se apareció a la visión de sus apóstoles reunidos. Tan sólo el escéptico Tomas, el cual confiaba únicamente en las apariencias exteriores de la visión física, fue incapaz de percibir al Dios-Hombre que había traspasado puertas cerradas para aparecersele.

«Entonces Él dijo a Tomás: "Trae tu mano aquí, mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente".»

Dado que las heridas terrenales y las señales de los clavos aparecían en el Cuerpo Fantasma de Cristo resucitado, los primeros cristianos creían que si sus huesos hubieran sido clavados a la cruz, la resurrección tal como la conocemos no podría haberse llevado a cabo; ya que éste es el significado que atribuían a las enigmáticas palabras de Isaías: «No se le romperá hueso alguno».

A Gayo Casio, el cual había llevado a cabo un acto marcial con la compasiva intención de proteger el cuerpo de Cristo, se le empezó a conocer con el nombre de Longino, el hombre de la Lanza. Se convirtió al Cristianismo, y los primeros miembros de esta religión en Jerusalén empezaron a venerarle como héroe, como santo, y como testigo principal del derramamiento de la sangre del Nuevo Testamento, del cual se convirtió en símbolo.

Se dijo que durante un instante tuvo en sus manos el destino de toda la humanidad. La Lanza que había clavado en el costado de Cristo se convirtió en uno de los tesoros más preciados del Cristianismo, y el halo de la leyenda rodeó a esta arma, en la que más tarde se colocó uno de los clavos de la cruz.

La leyenda creció más y más y cobró fuerza con el paso de los siglos. Se decía que cualquiera que poseyera la Lanza y comprendiera los poderes a los que servía, tendría el destino del mundo en sus manos para lo bueno y para lo malo.

Esta leyenda, que se ha mantenido viva durante los dos milenios de la cristiandad, se ha hecho realidad del modo más terrible en el siglo XX.

INTRODUCCIÓN

Al principio era la memoria

El hombre que habría escrito este libro, de no haber muerto intempestivamente, era un tal doctor Walter Johannes Stein, científico vienes licenciado en filosofía que durante la segunda guerra mundial fue consejero confidencial de sir Winston Churchill, a quien ponía al corriente de la psicología y las motivaciones de Adolf Hitler y los dirigentes del partido nazi.

Se necesitó ejercer mucha presión sobre el doctor Stein para disuadirle de que revelara todo lo que se explica en este libro, pero en la cuestión final no se dejó influenciar por ningún tipo de presión externa, ni siquiera por sir Winston Churchill, el cual insistía en que el ocultismo del partido nazi no debía ser revelado a las masas bajo ninguna circunstancia.

El fracaso de los juicios de Nuremberg en el intento de averiguar la naturaleza del mal que se escondía detrás de la fachada del nacionalsocialismo, le convenció de que tendrían que pasar otras tres décadas antes de que se pudiera reunir un número lo suficientemente elevado de lectores para comprender los ritos de iniciación y de magia negra que se practicaban en el seno de la cúpula dirigente del partido nazi.

Asistió con tristeza al hecho de que los perseguidores aliados en estos juicios contra la humanidad carecían de un modo alarmante de la imaginación moral necesaria para percibir el semblante apocalíptico de la civilización que se extendió en Alemania en el período de entreguerras, una civilización basada en una *Weltanschauung* mágica que había sustituido la cruz por la esvástica. Comprendió por qué los jueces habían llegado a un acuerdo unánime para tratar a los acusados como si fueran parte integrante del sistema humanista y cartesiano del mundo occidental. Reconocer lo que sus enemigos derrotados eran en realidad, levantar el velo para revelar los auténticos motivos para una distorsión de los valores tan asombrosa, podría haber expuesto a millones de personas al riesgo de una terrible corrupción.

En opinión del doctor Stein, se había tomado una decisión al más alto nivel político para explicar los crímenes más atroces de la historia de la humanidad, como consecuencia de la aberración mental y la perversión sistemática de los instintos. Se consideró más oportuno hablar en áridos términos psicoanalíticos al tratar de los motivos por los que se había llevado a las cámaras de gas a millones de seres humanos que revelar que este tipo de prácticas formaban parte de un entregado servicio a las fuerzas del mal.

La publicación de *Las puertas de la percepción*, de Aldous Huxley, anunció el tipo de transformación que se produciría en la opinión pública, circunstancia que el doctor Stein ya había anticipado largo tiempo atrás. Esta transformación atacaba el escepticismo que reinaba respecto a la validez del ocultismo y a la existencia de un nivel superior de conciencia y de dimensiones ulteriores en el tiempo al alcance de la mente humana. El brillante comentario de Huxley sobre su propia experiencia en el terreno de la conciencia trascendental bajo los efectos de la mescalina, iluminaron la anatomía del espacio interior y proyectó la idea de que el hombre mismo constituye un puente entre dos mundos, el terrenal y el extrasensorial. También arrojó cierta luz sobre el entonces poco conocido hecho de que el cerebro, el sistema nervioso y los órganos sensoriales funcionan como barrera protectora contra lo que, en caso contrario, sería la intrusión exagerada de la «Mente Total», y actúa como una válvula de reducción que dosifica la «miserable cantidad de la clase de conciencia que nos ayudará a sobrevivir sobre la faz de este planeta en particular».

Aunque no vivió para ver el surgimiento de la «era psicodélica», el doctor Stein predijo que se extendería el uso indiscriminado de drogas dilatadoras de la mente en Estados Unidos y en Europa, lo cual conferiría a millones de jóvenes un camino peligroso e ilícito en dirección a la revelación para la que la inmensa mayoría no estaría preparada en absoluto. Creía que semejantes ansias por experimentar la consciencia trascendental a través de las drogas sería la reacción inevitable ante el dogmatismo religioso y la autosuficiencia materialista del orden establecido en Occidente, el cual ni los cataclísmicos acontecimientos de la guerra de Hitler habían podido eliminar.

Su intención era trasladar el contenido de este libro al escenario contemporáneo, en el que un amplio público tiene el convencimiento de que su acostumbrada condición de consciencia reducida no es la única consciencia. En el verano de 1957, tres días después de haber tomado la decisión de trabajar en su nueva obra, sufrió un ataque en el despacho de su residencia de Londres. Poco después falleció en un hospital.

Conocí al doctor Stein después de descubrir un libro suyo titulado *Das Neunte Jahrhundert* que, en mi opinión, es la obra definitiva sobre el trasfondo histórico de los poemas épicos referidos al Grial en la Edad Media. En dicha obra había demostrado que la legendaria búsqueda del Santo Grial escondía un sendero único occidental que conducía a la consciencia trascendental. Me sentí fascinado al descubrir cómo había identificado muchos de los supuestos personajes de los poemas del Grial como personajes históricos de la época. Comprendí que el libro no había sido escrito en la forma acostumbrada de la especulación histórica, ni tan sólo a través de las referencias contenidas en las crónicas medievales. Con gran rapidez llegué a la conclusión de que el rico material histórico había sido recabado mediante una nueva técnica de investigación, que incluía el empleo de facultades ocultas y la práctica de la dilatación de la mente. Resolví seguir investigando y le visité en su hogar de Kensington después de concertar una cita.

Recuerdo como si fuera ayer que tomé asiento en el salón de su laberíntica casa mientras me preguntaba qué clase de hombre resultaría ser el autor de aquel notable volumen sobre el Grial. La habitación donde esperé hasta que me hizo pasar a su despacho, se parecía más a una tienda de antigüedades que a un salón. Estaba atestada de cosas, parecía como si no pudiera abarcar todos los libros y cuadros que había en él. Supuse que la casa había sido ocupada durante la guerra como almacén improvisado en el que se habían dejado cuadros, libros, tesoros artísticos y antigüedades que habían pasado épocas mejores.

Las estanterías para libros estaban dispuestas de un modo tortuoso a fin de dejar espacio libre para cuadros de todos los tamaños y todas las escuelas, desde los impresionistas hasta los medievales y bizantinos. Había libros por todas partes; incluso el sótano de la casa de cinco pisos y el «water» adornado de la planta baja estaban abarrotados de montones de libros que llegaban hasta el techo.

Una reproducción de *La creación de Adán*, de Miguel Ángel, ocupaba toda una pared lateral por encima de un montón de cajas de libros que contenían la colección de libros esotéricos más extensa que he visto en toda mi vida. En el lugar de honor, sobre la chimenea, colgaba una reproducción ampliada de un cuadro de Rembrandt, *El Caballero rojo del Grial*, con la Lanza sagrada. Sobre la repisa había un hermoso icono de oro flanqueado por cristales y cuarzo, y todos estos objetos pugnaban por hacerse sitio entre numerosas fotografías de personalidades políticas británicas y europeas.

Un hombre que aparentaba unos cincuenta y tantos años entró en la habitación y se presentó. Iba vestido con un sobrio traje, y a primera vista no existía indicio alguno de que no fuera inglés, a no ser por las gafas de montura dorada que pendían de un lazo atado a la solapa a modo de los profesores alemanes. Un par de ojos azules, muy perspicaces y despiertos, me miraban por debajo de unas cejas espesas cuando me

dispensó una cálida bienvenida con un toque de encanto en la forma en que me estrechó la mano.

Detrás de las cordiales palabras de bienvenida percibí cierta transparencia que me animó a confesar la naturaleza de mis intenciones y los motivos por los que había ido a visitarle. Hablaba con un acento austriaco no carente de encanto, y aunque la riqueza de su vocabulario era impresionante, su forma de pronunciar ciertos sonidos ingleses dignos de un trabalenguas resultaba casi cómica.

Explicué que la razón de mi visita guardaba relación con su libro sobre el trasfondo histórico del Grial en el siglo IX, el cual había acabado recientemente de leer. Le dije que por razones que puntualizaría más tarde si era necesario, había llegado a la conclusión de que el libro había sido escrito con ayuda de facultades trascendentales muy parecidas a las que habían inspirado a Wolfram von Eschenbach en la composición de su famoso poema del Grial, *Parsifal*.

Le cité el poema que he colocado como frontispicio del presente libro:

Añadiría más palabras desconocidas a esta historia tuya, continuaría en esta aventura por ti. Pero si alguien me lo pide, no le dejes que considere esto un libro. No sé una sola letra del abecedario. Muchas personas obtienen su material por este camino, pero esta aventura avanza sin libros. Antes de permitir que alguien creyera que es un libro, preferiría sentarme desnudo sin una toalla siquiera, del mismo modo en que me siento cuando me doy un baño, si no he olvidado «el bouquet de ramitas».

Resumí en pocas palabras mi propia interpretación de estas líneas, y señalé que el «bouquet de ramitas», traducido a menudo por «hoja de higuera», era el símbolo del iniciado en el ocultismo. A diferencia de los otros trovadores del siglo XIII, dije, Wolfram von Eschenbach estaba dejando muy claro que él no había recabado el material de sus contemporáneos, del folklore tradicional ni a través de las lecturas de las crónicas. Y por ello subrayaba que no sabía una sola letra del abecedario, ya que quería comunicar que su llamado poema del Grial no era un libro como los demás, sino un «documento de iniciación» de primer orden. Le conté a mi atento oyente que el autor había colocado de forma astuta muchas indicaciones en el corto relato, las cuales revelaban su verdadera fuente de inspiración. Por ejemplo, este genio absoluto entre los trovadores mencionó cómo su propio maestro había rebuscado en todas las crónicas del siglo XIII «para ver si había habido personas en el pasado que se hubieran dedicado a salvaguardar la pureza y el buen estado del Grial. Leyó las crónicas de los países de Inglaterra, Francia, Irlanda, y fue en el Anschau donde encontró el relato».

Agradecí al doctor Stein que hubiera señalado en su libro *The Ninth Century* que Anschau, que a menudo se pronuncia erróneamente Anjou, no era un lugar físico, sino un estado de consciencia trascendental. Lo que Wolfram von Eschenbach indicaba con su referencia a la crónica de Anschau era que los acontecimientos históricos podían ser recuperados mediante facultades superiores. Describía cómo su maestro había sido capaz en el siglo XIII de percibir los acontecimientos que se habían producido en el siglo IX, lo cual consiguió con una visión clarividente que superó la brecha temporal del proceso histórico. En resumidas cuentas, la crónica de Anschau era una forma de crónica cósmica en la que el presente, el pasado y el futuro se unían en una dimensión temporal superior. Y a fin de leer esta crónica eterna, prosigue Wolfram von Eschenbach, su maestro «tuvo que aprender primero el abecedario sin el arte de la magia negra». En otras palabras, tuvo que desarrollar las facultades que necesitaba sin recurrir a las artes negras.

Le dije al doctor Stein que había llegado a la conclusión de que su obra asombrosamente bien documentada sobre el trasfondo histórico del Grial en el siglo IX había sido llevada a cabo con ayuda de facultades similares, y que hasta más tarde no

buscó la confirmación a sus descubrimientos a través de investigaciones personales y mediante textos escritos.

No exteriorizó reacción alguna a esta declaración algo audaz teniendo en cuenta que procedía de un perfecto desconocido, sino que se quedó aguardando como si esperara que prosiguiera. Empecé a sentir la intensidad de su mirada, que parecía abarcar muchísimas ideas no pronunciadas. A fin de romper el silencio incómodo que se produjo, me lancé a describir con detalle mi propia experiencia en niveles superiores de consciencia mientras estaba en un campo de concentración nazi durante la guerra, y el modo en que esta experiencia trascendental me había conducido a realizar un estudio del Grial y a investigar la historia de la Lanza de Longino y la leyenda sobre el destino del mundo que había tomado cuerpo en torno de ella.

Me puse a hojear un ejemplar de su libro que había traído conmigo y me detuve en una página que mostraba una ilustración de la «Heilige Lance», que muchos tenían por la Lanza que un centurión romano había clavado en el costado de Jesucristo en el momento de su crucifixión. Describí la visita que había realizado al Hofburg de Viena para ver esta Lanza hacía unas seis semanas, y expresé la opinión de que la leyenda que se asociaba a este talismán se inspiraba en su singular efecto como catalizador de la revelación de los muchos secretos del Tiempo según los cuales había escrito el doctor su libro.

El doctor Stein esbozó una sonrisa alegre y complacida. «Tiene que quedarse a comer —instó—. Así podremos continuar esta conversación.» Aquello fue el principio de una amistad que duró diez años, durante los cuales, bajo su guía experta, aprendí el «abecedario del Grial sin el arte de la magia negra» en la casa que se convertiría en mi segundo hogar.

Mantuve un estrecho contacto con el doctor Stein hasta el día de su muerte, en 1957. A menudo me quedaba varias semanas seguidas en su casa de Kensington, aunque me llevó algunos años hacerme una idea global de su extraordinaria vida.

No le gustaba hablar de sí mismo, y no era la clase de persona a la que se puede sonsacar y hacer que responda a preguntas directas. Durante aquella época me sentí como alguien que intentara juntar las piezas de un intrincado rompecabezas sin tener la menor idea del dibujo que resultará al final. Algunas de las piezas no parecían pertenecer a la vida del mismo hombre.

Nació en Viena en 1891, y era el segundo hijo de un rico e influyente abogado austriaco especializado en derecho internacional. A pesar de que se había licenciado en Ciencias por la Universidad Politécnica de Viena, escribió su tesis doctoral en Filosofía. Esta tesis, que más tarde fue publicada en forma de libro en Alemania, se ocupaba de nueve niveles superiores de consciencia en los órganos físicos y la bioquímica del cuerpo, anticipándose en medio siglo a las investigaciones del recientemente fundado Instituto de Investigación Psicofísica de Oxford.

Su interés principal durante un tiempo se refería a la historia del arte en relación a la evolución de la consciencia humana. Sus investigaciones en este ámbito le llevaron a participar de forma activa en la arqueología y la interpretación del arte y de la arquitectura del Viejo Mundo. En el curso de una conferencia en Asia Menor, fue invitado al palacio de Kemal Atatürk, dictador de Turquía, al que convenció de que restaurara todos los frescos bizantinos de las antiguas iglesias y catedrales cristianas que habían sido convertidas en mezquitas mil años atrás tras la conquista de Constantinopla por los musulmanes.

El doctor Stein afianzó su reputación en Alemania a través de su completo trabajo sobre historia medieval, aunque llegó a Inglaterra en calidad de economista acompañando al rey Leopoldo de Bélgica en su visita oficial a Londres en 1936. En dicha

calidad ayudó al rey belga a estructurar el famoso discurso que pronunció en el Guildhall y que constituyó el primer precedente del Mercado Común Europeo.

A pesar de haber sido condecorado con la cruz del valor por su labor como oficial del ejército austriaco en el frente ruso durante la primera guerra mundial, trabajó como agente de la Inteligencia británica durante la segunda guerra mundial, y se ocupaba de informar de los planes de los nazis para invadir Inglaterra, la llamada «Operación León de Mar»¹.

Estas piezas sueltas del rompecabezas surgieron simplemente en el curso de la conversación. Por ejemplo, en cierta ocasión le narré la historia del intento de asesinato del general Rommel en el norte de África, y mencioné que yo había servido en los comandos con el teniente coronel Geoffrey Keyes, director de la operación. Me quedé muy sorprendido al oírle decir que era amigo personal del padre de Geoffrey, el almirante sir Roger Keyes, que dirigió operaciones combinadas en la primera parte de la guerra. De este modo averigüé que sir Winston Churchill había ordenado al almirante Keyes que acompañara al doctor Stein en una visita secreta que realizó en el curso de la guerra a Bruselas, a fin de convencer al rey belga que permitiera la entrada en su país de las Fuerzas Aliadas para impedir que se burlara la línea Maginot en caso de que Alemania violara la neutralidad de Bélgica.

Tan sólo había un hilo conductor que le guiaba en todas las actividades de su vida: una investigación seria y profunda del ocultismo. Empezó a interesarse por el misterio del Santo Grial y la Lanza de Longino cuando aún era estudiante en la Universidad de Viena. Y como consecuencia directa de estas investigaciones conoció a Hitler, quien en aquellos tiempos no era más que un don nadie que vivía en una pensión de ínfima categoría en Viena. Porque durante los cuatro años anteriores al estallido de la primera guerra mundial, también él había descubierto la leyenda del destino histórico del mundo asociada a la Lanza que se encontraba en la Casa del Tesoro de Habsburgo, y también en aquellos días él tenía unos veinte años y soñaba con el día en que la reclamaría como talismán de la conquista del mundo.

Hasta la fecha se ha escrito muy poco acerca de esta etapa de la vida de Adolf Hitler. El único testigo fiable aparte del doctor Stein es un tal August Kubizek, con el que Hitler compartió alojamiento en Viena durante un tiempo en 1909 antes de marcharse sin dignarse siquiera a decir adiós. Kubizek, un antiguo compañero de estudio de Hitler en la escuela de Linz que se había licenciado con honores en la Academia de Música de Viena, buscó a Hitler por toda Viena durante los cuatro años siguientes, pero fue en vano.

Todos los biógrafos de Hitler han concluido que el período que va de 1909 a 1913 fue el más negativo y poco productivo de toda su vida, ya que en esa época se limitó a malvivir en pensiones de mala muerte y a vender acuarelas por las esquinas. Sin embargo, Adolf Hitler asegura en su obra *Mein Kampf* que aquellos años de su vida tuvieron una importancia esencial en su formación y que en aquella fase aprendió todo lo que necesitaba saber para ponerse al frente del partido nazi.

El doctor Stein pudo confirmar que en aquel pasaje en concreto de *Mein Kampf*, Adolf Hitler decía la verdad, ya que él mismo fue testigo de cómo Hitler alcanzaba niveles superiores de consciencia por medio de las drogas y que realizó un profundo estudio del ocultismo y los rituales mágicos medievales. Hitler discutía con él todo el entramado de lecturas políticas, históricas y filosóficas mediante las cuales formuló lo que más tarde se convertiría en la *Weltanschauung* nazi.

El contacto entre el doctor Stein y Adolf Hitler no terminó en Viena. El doctor observó de cerca la fundación del partido nazi y la asociación de Hitler con los tres personajes siniestros que le prepararon para su meteórica ascensión en la escala del poder: Dietrich Eckart, Houston Stewart Chamberlain y el profesor Kart Haushofer.

Cuando el jefe de las SS, Heinrich Himmler, ordenó arrestar al doctor Stein en Stuttgart, en 1933, a fin de presionarle para que se uniera a la Oficina de Ocultismo de

¹ León Marino: desembarco en Inglaterra por parte de las tropas alemanas (nota del corrector)

las SS, el doctor huyó de Alemania y se llevó a Inglaterra las pruebas más fehacientes del ocultismo en el seno del partido nazi. Y aquí pongo punto final a esta breve introducción, para no anticipar el contenido del presente libro.

PRIMERA PARTE

EL TALISMÁN DEL PODER Y LA REVELACIÓN

La vida es un manantial de placer, pero donde la chusma va a beber con los demás, allí todos los manantiales quedan envenenados.

Por lo limpio siento inclinación; pero no soporto ver los hocicos de mofa y la sed de los impuros. Han lanzado sus ojos al fondo del manantial, y ahora me sube desde allí el reflejo de su repugnante sonrisa. Han envenenado el agua sagrada con su lascivia; y como llamaron placer a sus sucios sueños, han envenenado incluso las palabras.

Se enfada la llama cuando sus húmedos corazones se acercan al fuego; también el espíritu borbotea y humea cuando la chusma se acerca al fuego. Dulzona y demasiado blanda se pone la fruta en su mano; su mirada convierte al árbol frutal en presa para el viento y seca su ramaje.

Y más de uno que se apartó de la vida, se apartó tan sólo de la chusma; no quena compartir el manantial ni la llama ni la fruta con la chusma.

Y más de uno que se marchó al desierto y padeció sed con los animales rapaces, únicamente quería no sentarse con camelleros sucios en torno a la cisterna.

Y más de uno que vino de allá como aniquilador y como granizada para todos los campos de frutos, sólo quería meter su pie en la boca de la chusma y así tapar su gazarate.

Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*.

I

EL TALISMÁN DEL PODER

Adolf Hitler estaba frente a mí, me tomó las manos y las oprimió con fuerza. Nunca había hecho un gesto parecido. A través de este gesto advertí que estaba profundamente conmovido. Sus ojos brillaban con entusiasmo febril. Las palabras no fluían con suavidad de sus labios como era habitual, sino más bien a borbotones, roncadas y estridentes. Nunca antes y nunca después de aquel momento oí hablar a Adolf Hitler de aquella manera.

Me invadía una sensación extraña que nunca había advertido antes, ni aun cuando hablaba conmigo en momentos de gran excitación. Era como si otro ser hablara desde el interior de su cuerpo y le conmoviera tanto como a mí. No se trataba del típico caso en el que un orador se deja llevar por sus propias palabras. Al contrario, daba la impresión de que él mismo escuchaba con asombro las palabras que se escapaban de su interior con fuerza primitiva..., como las aguas que rompen el dique, así brotaban sus palabras. Conjuraba su propio futuro y el de su pueblo en imágenes grandiosas. Hablaba de un Mandato que algún día recibiría del pueblo para que los guiara desde la esclavitud a las alturas de la libertad; una misión especial que algún día le sería confiada.

August Kubizek,

Young Hitler — the Story of our Friendship.

Esta escena, que ilustra la visión temprana de Adolf Hitler sobre el hecho de que el destino del mundo estaría en sus manos, tuvo lugar cuando contaba quince años.

Después de escuchar con ardiente entusiasmo la ópera de Wagner, *Rienzi*, que narra la historia del meteórico ascenso y caída de un «tribuno» romano, Hitler había subido desde el pueblo a la montaña de Freinberg, desde la cual se dominaba toda su ciudad natal, Linz. Detrás de él, apenas capaz de mantener el equilibrio, caminaba su único amigo, Gustl Kubizek, el hijo de un pobre carpintero. Y allí, bajo el brillante cielo estrellado de una noche de verano, había pronunciado las proféticas palabras que habrían de cumplirse con tan espeluznante precisión.

Cuatro años más tarde, cuando Adolf Hitler y Gustl Kubizek compartían un cuchitril en los suburbios de Viena, casi podía asegurarse que las esperanzas juveniles de Hitler no eran más que castillos en el aire.

Había fracasado en su intento de ingresar en la Academia de Bellas Artes de Viena, porque sus bocetos no estaban a la altura de las exigencias, y la Facultad de Arquitectura también le rechazó por tener calificaciones demasiado bajas. Y ahora, sin ganas de incorporarse al mundo laboral, malvivía con los ahorros de su ya fallecida madre, los cuales se habían agotado prácticamente, en una diminuta pensión para huérfanos en la que había conseguido entrar gracias al trabajo de su padre en el Departamento de Aduanas, empleo que pronto tocaría a su fin.

Los que le conocieron aquel año en Viena no comprendían la contradicción entre su apariencia bien educada, su lenguaje culto, su comportamiento seguro y la existencia miserable que llevaba, y lo consideraban altivo y pretencioso. No era ni lo uno ni lo otro. Simplemente no encajaba en el orden burgués... En el corazón de una ciudad corrupta, mi amigo se rodeó de un muro infranqueable de principios férreos que le permitían construirse una libertad interior a pesar de todas las tentaciones que le rodeaban. Recorría su camino sin inmutarse por lo que sucedía a su alrededor. Siguió siendo un hombre solitario, y conservaba con espíritu de asceta «la sagrada llama de la vida».²

Abandonado a sus propios recursos e incapaz de entablar amistades, Hitler se convirtió en un personaje cada vez más solitario y amargado. Su decepción se había agudizado a causa del sorprendente éxito que Gustl Kubizek había alcanzado en el Conservatorio. Pero a despecho de su falta de perspectivas, se había obligado a sí mismo a llevar adelante estudios autodidactas con enorme determinación. Nadie podía acusarle de inactividad durante aquel año, aunque muchos creían que sus esfuerzos iban mal encaminados.

Pasaba muchas horas en la Biblioteca Hof estudiando mitología nórdica y teutona y profundizando en la historia, literatura y filosofía alemana. Pero Hitler consagraba sus mayores esfuerzos a la arquitectura y realizaba proyectos que jamás tendrían la oportunidad de ser puestos en práctica:

La antigua ciudad imperial se transformó, en la mesa de dibujo de un joven de diecinueve años que vivía en un cuartucho poco higiénico del barrio de Mariahilf, en una ciudad espaciosa y resplandeciente con viviendas de cinco, ocho y dieciséis habitaciones para familias de la clase trabajadora.³

² August Kubizek, Young Hitler—The Story of our Friendship.

³ *Ibíd.*

Durante las largas vacaciones del verano en el que Kubizek volvió a su casa en Linz, empezó a preocuparse por su amigo que vivía en un estado de malnutrición perpetuo en aquella habitación mal acondicionada, de modo que convenció a su madre de que le mandara enormes paquetes de comida:

Me preguntaba qué estaría haciendo tan solo en aquel cuarto, y pensaba en él a menudo. Tal vez se aprovechó de la circunstancia de que ahora tenía el cuarto para él solo, de modo que podría reanudar sus proyectos arquitectónicos. No hacía mucho que había decidido reconstruir el Hofburg de Viena. Muchas de las ideas ya habían sido formuladas y sólo tenían que ser plasmadas sobre el papel. Le molestaba el hecho de que las caballerizas del Hofburg y de la Corte estuvieran construidas en ladrillo, porque no era un material lo suficientemente sólido para edificios de tales características. Así que esos edificios debían ser derribados y reconstruidos en piedra con un estilo similar. Adolf quería añadir al maravilloso semicírculo de columnas del nuevo Burg otro igual en el otro lado, de forma que la plaza Heldenplatz quedase rodeada de un modo espectacular. A través del anillo, tenía intención de construir dos arcos de triunfo que unieran la maravillosa plaza con el museo⁴.

Gustl Kubizek seguiría preguntándose lo que haría Hitler durante mucho tiempo. No volvió a ver a su amigo hasta al cabo de veinticuatro años, cuando éste ya se había convertido en el Führer indiscutido del Tercer Reich. Porque mientras Kubizek estaba de vacaciones, Adolf Hitler había hecho un descubrimiento, un descubrimiento que cambiaría del todo su modo de vida y le guiaría por el solitario camino que conduce al poder absoluto.

Ocurrió mientras dibujaba delante del museo del Hofburg. El ánimo de Hitler había tocado fondo. Se había pasado el día temblando de frío y de miedo a que reapareciera el catarro bronquial que podría confinarle de nuevo durante largo tiempo en su miserable alojamiento. El cielo estaba cubierto, y el primer viento frío de otoño le lanzaba la lluvia sobre el rostro. El cuaderno de bocetos había quedado empapado. Fue un terrible instante en el que se conoció a sí mismo. Con claridad diáfana vio que los grandiosos proyectos arquitectónicos que había concebido y a los que se había entregado en cuerpo y alma, carecían de todo valor. ¿Quién les dedicaría una sola mirada? De repente se vio a sí mismo como lo que era: un estrepitoso fracaso. Asqueado, tomó su cuaderno de bocetos y se dirigió a la Sehatzkammer, donde sabía que encontraría calor y refugio y donde podría replantearse su desesperada situación.

Adolf Hitler había estado en el interior de la Casa del Tesoro de Habsburgo en innumerables ocasiones, y recordaba que todas las obras que se exhibían allí, a excepción de unas cuantas, le habían parecido simple chatarra. Ni siquiera la corona oficial de los emperadores de Habsburgo era de origen alemán. La única insignia que los Habsburgo podían encontrar cuando se convertían en emperadores era la corona de rubíes y zafiros de Bohemia, que la familia había conservado desde el siglo XVII.

Aun así, la hermosa corona cargada de recuerdos históricos de los emperadores alemanes nunca gozó a sus ojos de la consideración como símbolo del pueblo germano dentro de su esfera. « ¿Cómo puede seguir uno creyendo en la Casa de los Habsburgo si su política pasada y presente constituye una traición a sus orígenes germanos?»⁵

⁴ Ibíd.

⁵ Adolf Hitler, *Mein Kampf*.

La mera visión de los llamativos objetos reales que se exhibían en la Casa del Tesoro acrecentaron su aversión hacia toda la dinastía de los Habsburgo. Como nacionalista alemán ferviente, Adolf Hitler nunca pudo aceptar su idea de que todas las razas son iguales. Sentía un enorme desprecio por la marabunta de chusma de razas mezcladas, que invadía la Casa del Tesoro en los meses de verano para contemplar inconscientemente los símbolos del imperio decadente y ruinoso que se extendía del Rin al Dniéster, de Sajonia a Montenegro⁶.

Adolf Hitler estaba en el vestíbulo central sin apenas advertir las coronas, los cetros y los ornamentos enjoyados que le rodeaban, tan profundamente sumido estaba en su propia y desesperada situación. Apenas se dio cuenta del grupo oficial que recorría la sala en dirección a él, un grupo de políticos extranjeros en visita organizada de la que se encargaba un experto en los archivos del museo. Como el mismo recordaría más tarde:

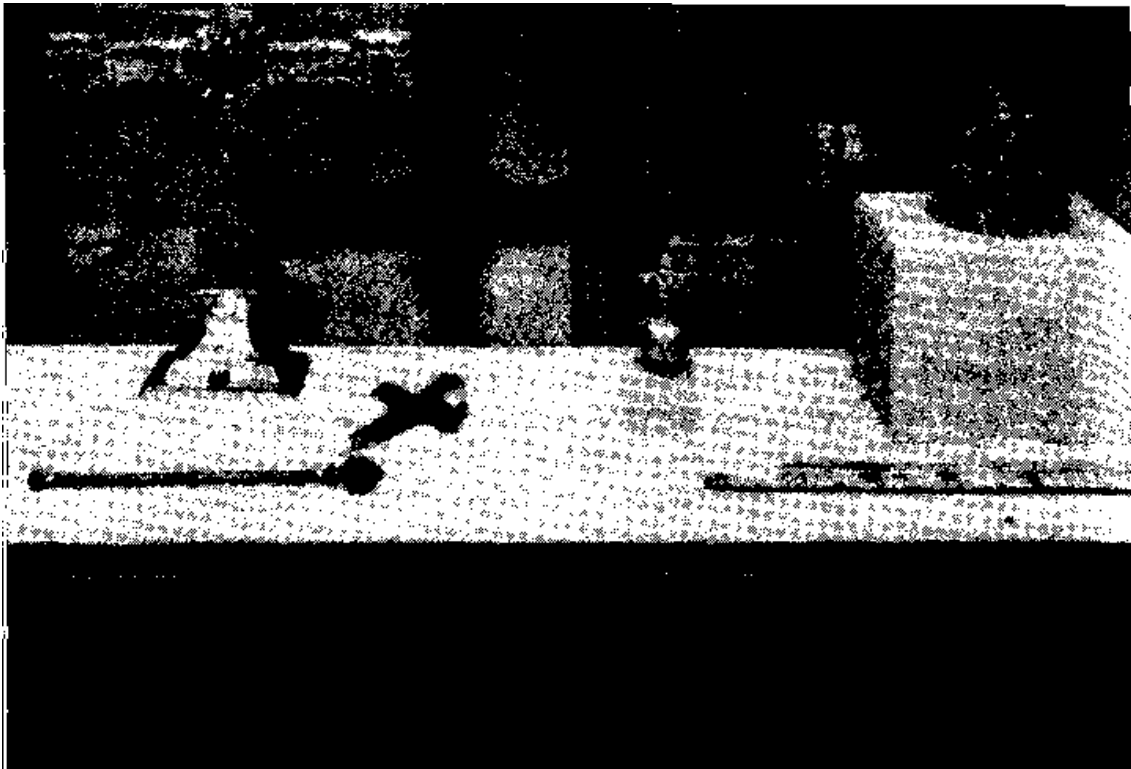
Aquellos extranjeros se detuvieron casi en seguida delante del lugar en el que me encontraba, mientras su guía señalaba una antigua Lanza. Al principio no me molesté en escuchar lo que el experto decía acerca de ella, ya que estaba muy ocupado con el pensamiento de que aquel grupo no hacía más que invadir mi intimidad de mis disquisiciones torturadas. Y entonces oí las palabras que iban a transformar toda mi vida: *Existe una leyenda asociada a esta Lanza que dice que cualquiera que la reclame y resuelva sus enigmas, tendrá el destino del mundo en sus manos, para lo bueno o para lo malo.*

Despabilado por sus instintos de tiranía y conquista, Adolf Hitler prestó mucha atención cuando el guía de aspecto académico explicó que esta leyenda sobre el destino histórico del mundo había nacido a raíz de la Lanza que un centurión romano había clavado en el costado de Cristo durante la crucifixión. Tan sólo existía una tradición carente de pruebas según la cual ésta era la Lanza en cuestión.

En apariencia, este hecho sólo podía investigarse hasta el reinado del emperador alemán Otón el Grande; el clavo introducido en la hoja, una de los cientos de hojas que se exhibían en innumerables iglesias y museos de Europa, no había sido añadido hasta el siglo XIII. Algunos de los emperadores alemanes de la Edad Media habían asociado la leyenda a esta Lanza en particular, pero de todos modos, nadie había dado crédito a la leyenda durante los últimos quinientos años o más, a excepción, por supuesto, de Napoleón, que la había reclamado después de la batalla de Austerlitz, antes de la cual había sido sacada en secreto de Nuremberg y escondida en Viena a fin de mantenerla fuera del alcance de sus tiránicas manos.

El grupo continuó mientras un Hitler fascinado se acercaba un poco más a contemplar de cerca aquel objeto al que por lo visto rodeaba una leyenda tan extraña.

⁶ «Esta marabunta de checos, húngaros, serbios, croatas y judíos..., el promiscuo montón de pueblos extranjeros que había empezado a instalarse en esta vieja cuna de la Cultura Alemana.» (*Mein Kampf*.)



Vitrina donde se exhiben, en la Casa del Tesoro del Hofburg de Viena, la Corona imperial, la Manzana, el Cetro, las Cruces, la Espada imperial y la Espada de san Mauricio, insignias imperiales conocidas con el nombre de «Reichskleinodien».



(Izquierda) La Lanza de Longino, que los nazis confundieron con la Espada de San Mauricio, tal como se conserva en la actualidad: dos piezas atadas con hilo de plata. En la punta de la hoja aparece uno de los clavos de la Cruz de Cristo, sujeto con hilo de oro, plata y cobre; la base, por su parte, está adornada con cruces doradas.

(Fotos: Kunsthistorisches Museum, Viena.)

La solitaria Lanza de hierro, ennegrecida por el tiempo, descansaba en un lecho de terciopelo, dentro de una caja abierta de cuero. La larga y afilada punta se sostenía por unos rebordes de metal en forma de alas de paloma. Dentro de una abertura central había un clavo forjado asegurado por un puño enrollado con alambre metálico. En el lado de la parte inferior de la base había engastadas pequeñas cruces doradas. Más tarde, cuando recordaba la primera ocasión en que vio la Lanza, Adolf Hitler dijo:

Supe de inmediato que aquel era un momento importante de mi vida. Y sin embargo, no podía adivinar por qué un símbolo cristiano me causaba semejante impresión. Me quedé muy quieto durante unos minutos contemplando la Lanza y me olvidé del lugar en el que me encontraba. Parecía poseer cierto significado oculto que se me escapaba, un significado que de algún modo ya conocía, pero que no podía reconocer conscientemente. Cruzaron mi mente las palabras del *Meistersinger* de Richard Wagner:

Y aún no lo consigo.

Lo siento y, sin embargo, no lo comprendo.

No puedo retenerlo ni tampoco olvidarlo.

Y si lo alcanzo, no puedo medirlo.

Se trataba de unos versos que antes había considerado como la expresión del deseo de los demás de comprenderme a mí y al significado de mi destino. Una exhortación diaria y una confianza nunca defraudada que prevalecía en mis horas más oscuras y solitarias.

Y en aquel momento, este joven pálido y de aspecto enfermizo, que había olvidado con tanta rapidez su anterior estado de ánimo desesperado, sintió que estas místicas líneas superaban su incapacidad de entender el mensaje que este antiguo talismán de poder le transmitía y al mismo tiempo mantenía alejado de él.

La Lanza parecía ser una especie de médium mágico de revelación, ya que introducía el mundo de las ideas en una perspectiva tan cercana y viva que la imaginación humana se hacía más real que el mundo de los sentidos.

Me sentía como si la hubiera sostenido en las manos en algún siglo anterior, como si yo mismo la hubiera reclamado para mí como mi talismán de poder y hubiera tenido el destino del mundo en las manos. ¿Pero cómo era posible aquello? ¿Qué clase de locura se estaba apoderando de mi mente y estaba creando tal tumulto en mi pecho?

Adolf Hitler seguía contemplando embrujado la antigua arma cuando se cerraron las puertas de la Weltliche Schatzkammer y tuvo que marcharse.

II

LA LANZA DEL DESTINO

Se les puede llamar héroes si consideramos que su aspiración y su vocación no es fruto del curso normal de las cosas, sancionado por el orden existente, sino de una fuente secreta, de ese espíritu interior, aún oculto bajo la superficie, que afecta al mundo exterior como si fuera una cáscara y lo hace estallar en pedazos.

Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Filosofía de la Historia*.

Adolf Hitler sabía encontrar lo que buscaba en las estanterías de la famosa Biblioteca Hof como cualquier graduado universitario, porque había pasado la mayor parte del año estudiando con avidez en el silencio de la cálida y gran sala de lectura.

Los libros constituían todo su mundo. En Viena, se pasaba tanto tiempo en la Biblioteca Hof que un día le pregunté, con toda franqueza, si tenía la intención de leerse todos los libros de la biblioteca, lo cual, naturalmente,

me valió algunos comentarios groseros. Un día, me condujo a través de la biblioteca y me enseñó la sala de lectura. Casi no cabían los libros en las estanterías. Le pregunté cómo se las arreglaba para encontrar lo que le interesaba y empezó a explicarme cómo utilizar los distintos catálogos, cosa que me confundió aún más⁷.

A la mañana siguiente de su descubrimiento de la Lanza del Destino, Adolf Hitler no volvió a leer ociosamente la selección de libros que solía escoger al azar, y que nutría y favorecía su precario castillo de sueños. En aquella ocasión entró en la sala de lectura con paso medurado y una idea fija en la cabeza: seguir la pista de la Lanza del Reich en la Schatzkammer del Hofburg a través de los siglos antes de que, por primera vez, fuera mencionada abiertamente en la historia durante el reinado del emperador alemán, Otón el Grande.

No pasó mucho tiempo antes de que su competente uso de los catálogos y de diversas investigaciones históricas revelase un número completo de Lanzas que en algún período de la historia habían sido consideradas como la Lanza que traspasó el costado de Jesucristo en la Crucifixión.

Adolf Hitler no tardó en sobreponerse de su consternación ante aquel inesperado giro de los acontecimientos. Estaba convencido de que una exhaustiva búsqueda pronto revelaría cuál era la verdadera Lanza de Longino. Siempre había sido un apasionado de la historia, la única asignatura en que se había destacado. Sentía desprecio por todos sus antiguos profesores, excepto por uno: «No sentían simpatía por la juventud; su único objetivo era estrujar nuestras mentes y convertimos en monos eruditos. Si un alumno mostraba el más mínimo atisbo de originalidad, era perseguido implacablemente»⁸.

Solamente su profesor de historia, el doctor Leopold Potsche, un ferviente nacionalista alemán y que Hitler consideraba que había ejercido una gran influencia durante su período de formación, quedaba al margen de sus mordaces críticas: «Allí nos sentábamos, a menudo entusiasmados, incluso a veces emocionados hasta las lágrimas... Como instrumento de educación utilizaba el fervor nacional que sentíamos en nuestro interior. Gracias a ese profesor, la historia se convirtió en mi asignatura favorita»⁹.

El fervoroso joven, que más tarde exclamaría que «un hombre sin sentido histórico es un hombre sin ojos ni oídos»¹⁰, no encontró mucha dificultad para identificar los méritos de las distintas Lanzas, la supuesta arma del centurión romano Longino, que estaban diseminadas por palacios, museos, catedrales e iglesias de Europa.

Una Lanza de este tipo (o, al menos, parte de ella, la empuñadura) se encontraba en el gran Hall del Vaticano, pero la Iglesia Católica Romana no hizo ninguna afirmación seria en cuanto a su autenticidad. Otra Lanza se hallaba en Cracovia, Polonia, pero Adolf Hitler no tardó en descubrir que era una réplica exacta de la Lanza del Hofburg (sin el Clavo), que Otón III hizo copiar para regalársela a Boleslav el Bravo, con ocasión de una peregrinación cristiana. Una tercera Lanza, cuya autenticidad era más probable, había sido asociada con el primer Padre cristiano, Juan Crisóstomo. En el siglo XIII, a su regreso de las Cruzadas, el rey Luis el Santo había trasladado esta Lanza, que se creía

⁷ Kubizek, Young Hitler.

⁸ *Mein Kampf*.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ «Un hombre sin sentido histórico —declaraba Hitler— es un hombre sin ojos ni oídos». Él mismo afirmaba haber tenido un apasionado interés por la historia desde los días de escuela y mostraba una considerable familiaridad con el curso de la historia europea. Su conversación estaba salpicada de referencias históricas y paralelos históricos. Es más, todo el razonamiento de Hitler era histórico, y su sentido de la misión se nutría en su sentido de la historia.

había sido forjada por el antiguo profeta hebreo Fineas, de Constantinopla a París. Se decía que esta Lanza había captado el interés del escolástico dominico, Tomás de Aquino.

Adolf Hitler estaba entusiasmado con la idea de encontrar una Lanza que, aparentemente, había sido asociada a lo largo de la historia con una leyenda sobre el destino del mundo. Esta Lanza, que databa del siglo III, al parecer había sido rastreada por numerosos historiadores hasta el siglo X, durante el reinado del rey sajón Heinrich I, el Cazador, donde se menciona por última vez en sus manos durante la famosa batalla de Unstrut en la que la caballería sajona derrotó a los intrusos magiares. Tras esta batalla, la Lanza desapareció misteriosamente de la historia, puesto que no aparece en la muerte de Heinrich en Quedlinburg ni en la coronación de su igualmente ilustre hijo, Otón el Grande, el primer poseedor de la Lanza del Reich en la Casa del Tesoro del Hofburg.

La primera mención escrita de la Lanza del Hofburg aparece en la antigua Crónica sajona de la batalla de Leck (cerca de Viena), en la que Otón obtuvo una apabullante victoria contra las hordas mongolas, cuyos magníficos jinetes arqueros habían llevado la destrucción al mismo corazón de Europa. La siguiente mención de la Lanza, a la que también se atribuyen poderes legendarios, sucedió en Roma, cuando Otón se arrodilló ante el Papa Juan XII para ser bendecido con ella y proclamarse así Santo Emperador Romano.

Adolf Hitler, tan descontento de la nula efectividad de intelectuales y eruditos con largos títulos, se convenció de que sus propias pesquisas sortearían el abismo y concluirían que se trataba de la misma Lanza, que había pasado sin quedar constancia de ello, de padre a hijo, ambos grandes héroes sajones¹¹.

Hitler se entusiasmó al descubrir que siglo tras siglo la increíble leyenda de la Lanza se había ido cumpliendo para bien o para mal.

Mauricio, el comandante de la Legión de Tebas, retuvo la Lanza en su poder durante su agonía cuando fue martirizado por el tirano romano Maximiliano por no someterse a los dioses paganos de Roma. La legión tebana había sido atraída mediante una trampa desde Egipto a las órdenes de Diocleciano para asistir a una concentración de todas las tropas romanas en Le Valais (285 d. de C), donde se celebró una fiesta pagana de sacrificio para renovar el decaído fervor de las legiones al panteón de los dioses romanos.

Mauricio, un cristiano maniqueo, había protestado contra la amenaza de Maximiliano de diezmar su legión debido a su fe cristiana y, como gesto final de resistencia pasiva, fue obligado a postrarse ante las tropas de sus propios soldados para ofrecerse a ser decapitado en su lugar. Sus últimas palabras fueron: «In Christo Morimur».

Los veteranos de la legión tebana, siguiendo su ejemplo de resistencia pasiva, eligieron morir con su líder a someterse a los dioses romanos, en quienes ya no creían. Ni siquiera la decapitación de uno de cada diez hombres les hizo cambiar de actitud. Juntos, 6.666 legionarios —la tropa más disciplinada de la historia militar de Roma— se despojaron de sus armas y, rodilla en tierra, ofrecieron sus cuellos al filo de las Lanzas. Maximiliano tomó la fatal decisión de masacrar a toda la legión como ofrenda de sacrificio a los dioses —el rito de sacrificio humano más horrible de la historia de la antigua civilización¹².

¹¹ Heinrich Himmler, jefe de las SS, a través de la Oficina de Ocultismo Nazi, ordenó a los mejores investigadores alemanes que sortearan ese abismo en la historia de la Lanza. No tuvieron éxito. El doctor Walter Stein, por medio de un solo método de investigación histórica llamado «expansión de la mente», descubrió que Heinrich I envió la Lanza al rey inglés Athelsan donde estuvo presente en la Batalla de Malmesbury en la que los Daneses fueron desafiados. La Lanza fue regalada a Otón el Grande, con ocasión de su matrimonio con la hermana de Athelsan, Eadgita. Para conseguir que la Lanza formara parte de la dote, Otón el Grande permitió que las ciudades de Europa se convirtieran en ciudades mercantiles, por lo que fue conocido como «el Fundador de las Ciudades». Gracias a él, la nueva Economía de Europa salió de las Eras de Oscuridad.

¹² El sangriento espectáculo de la martirización de la legión de Tebas no fue tan espantoso como lo que ocurrió cien años después en Toulouse, donde la monstruosa inquisición católica romana de los cataros y de los

El martirio de la legión de Tebas había suavizado la parte indefensa del mundo pagano y paralizó la meteórica carrera de Constantino el Grande, y la conversión a la cristiandad del Imperio Romano.

Constantino el Grande, una de las figuras más enigmáticas de la historia, proclamó que había sido guiado hacia la «Providencia» cuando sostenía la Lanza de Longino en la famosa batalla del Puente Milvian, a las afueras de Roma. Esta batalla asentó el liderazgo del Imperio Romano y le llevó directamente a proclamar el cristianismo como religión oficial de Roma.

Más tarde, el astuto Constantino utilizó los poderes «de la serpiente del mal» de la Lanza para desafiar la resistencia pasiva de «la paloma del bien» con el fin de utilizar la nueva religión para sus ambiciones personales y perpetuar así el espíritu marcial de la Roma de Rómulo. Se llevó al pecho el sagrado talismán del poder y de la revelación antes de la reunión de los Padres de la Iglesia en el primer Concilio Ecuménico, cuando tuvo la osadía de promulgar el dogma de la Trinidad e imponerlo a la Iglesia. Siendo ya viejo, cuando se construía la nueva Roma en Constantinopla —un bastión que pudiera sobreponerse a todos los asaltos enemigos durante un siglo—, Constantino sostuvo la Lanza frente a sí y, hallándose en los alrededores de la nueva Ciudad, dijo: «Sigo los pasos de Aquel que veo caminar/camina junto a mí».

La Lanza había jugado un papel importante a lo largo de los siglos que duró la progresiva caída del Imperio Romano, tanto en la resistencia a las invasiones del norte y del este como en la conversión de los bárbaros a la nueva fe y a la causa romana.

A Hitler le impresionó comprobar que la Lanza había cambiado de manos generación tras generación, pasando de mano en mano en una cadena de personas que la reclamaban y que la utilizaban con objetivos siempre distintos. Hombres como Teodosio, que con su ayuda domesticó a los godos (385 d. de C), Alarico el Valiente, el salvaje converso al cristianismo que reclamó la Lanza tras saquear Roma (410 d. de C.) y Ecio, «el último romano» y el visigodo Teodorico, quien reunió a los galos con la Lanza a fin de derrotar a las hordas bárbaras en Troyes y vengarse del feroz Atila el Huno (452 d. de C).

Justiniano, el fanático absolutista y religioso, que reconquistó los territorios del antiguo Imperio Romano y dio a su pueblo el famoso *codex iuris* había depositado toda su confianza respecto a su grandioso destino en la Lanza. Levantó la Lanza al ordenar el cierre de las «escuelas de Atenas» y exiliar a los estudiantes griegos de sus esferas. Se trató de una fatal decisión que privó a la Europa medieval del pensamiento, la mitología y el arte griego y le confirió esa especial calidad de oscuridad y prejuicio que fue apartada un milenio más tarde con la brillante luz del Renacimiento italiano.

En los siglos VIII y IX la Lanza había seguido siendo el centro del proceso histórico. Por ejemplo, el talismán místico se había convertido en una verdadera arma en manos del general franco Carlos Martel¹³ (el Martillo) cuando dirigió a sus tropas hacia una milagrosa victoria sobre las masivas fuerzas militares de los árabes en Poitiers (732 d. de

maniqueos albigenses quemaron y decapitaron en un solo día a 60.000 hombres, mujeres y niños que habían optado por la resistencia pasiva. Sólo las cámaras de gas de Auschwitz y Mauthausen constituyeron una aberración aún mayor que esta cruel masacre.

¹³ En esta época, Hitler consideraba a Carlos Martel como uno de sus grandes héroes. Más tarde maldijo a este dirigente franco: «La cultura tan sólo ha sido un factor potente durante el Imperio Romano y en España, durante el dominio árabe. En este periodo, el nivel cultural alcanzado fue admirable. Acudieron a España los mejores científicos, pensadores, astrónomos y matemáticos del mundo, y mano a mano florecieron un espíritu de tolerancia humana y un sentido purista de la caballería. Después, con la llegada del Cristianismo, llegaron también los bárbaros. Si Carlos Martel no hubiera vencido en Poitiers (ya se observa que el mundo había caído en manos de los judíos, de modo que vaya cosa era el Cristianismo), entonces nos hubiéramos convertido, con toda probabilidad, al Islam, ese culto que adora el heroísmo y abre las puertas del séptimo cielo tan sólo al valiente guardián. Entonces las razas germanas habrían conquistado el mundo. El Cristianismo es lo único que ha impedido que esto ocurra». Discurso de Hitler, 28 de agosto de 1942.

C.)- La derrota hubiera supuesto que toda Europa occidental se habría visto obligada a someterse a la autoridad y la religión musulmanas.

Carlomagno (800 d. de C), el primer emperador santo romano, había fundado toda su dinastía sobre la base de la Lanza y su leyenda acerca del destino histórico del mundo, una leyenda que había atraído a los mayores sabios de Europa para servir a la causa civilizadora de los francos. Carlomagno había llevado a cabo cuarenta y siete campañas con la confianza puesta en sus poderes para vencer. Y aún más, la Lanza había sido asociada a sus facultades de clarividencia que le habían permitido descubrir el lugar en el que se hallaba enterrado Santiago, en España, y a su capacidad de predecir acontecimientos futuros, lo cual le había conferido un halo de santidad y sabiduría. A lo largo de toda su vida, este fabuloso emperador había vivido y dormido con la Lanza al alcance de su mano, y sólo cuando la dejó caer accidentalmente, de regreso de su victoriosa campaña final, sus hombres lo consideraron como presagio de tragedias y de su muerte inminente.

Hitler quedó fascinado con el pasaje de la Lanza que hablaba de la era en la que habían vivido todos los héroes de su infancia. Para su sorpresa y satisfacción, descubrió que los grandes personajes alemanes habían llevado la Lanza como la inspiración sagrada de sus ambiciones, como su talismán del poder.

En total, cuarenta y cinco emperadores habían reclamado la Lanza del Destino entre la coronación de Carlomagno en Roma y la caída del antiguo Imperio alemán justo mil años más tarde. ¡Y menudo espectáculo de valentía y poder! La Lanza había pasado como la mano del destino a través del milenio y había creado nuevos modelos de destino que habían transformado la historia de Europa una y otra vez.

Los cinco emperadores sajones que habían sucedido a los carolingios en la posesión de este talismán de poder, hombres como Otón el Grande, habían tenido vidas ilustres con gran influencia sobre la historia mundial.

Sin embargo, fueron los siete increíbles Hohenstauffen de Schwaben, incluyendo al legendario Federico Barbarroja y Federico II, su nieto, los que azotaron en mayor medida la imaginación de Adolf Hitler.

De hecho, en este tema, ilos alemanes eran insuperables! Federico Barbarroja (1152-1190), que reunía en su sangre la de los Welfs y los Schwaben, poseía todas las cualidades monárquicas que Hitler admiraba: caballerosidad, coraje, energía ilimitada, gusto por la lucha, amor por la aventura, iniciativa fulminante y sobre todo, una cierta aspereza que le proporcionaba la posibilidad de asustar y atraer a la vez. Federico Barbarroja, que creía que podría restablecer el Imperio Romano sin las legiones romanas, había conquistado toda Italia, con lo cual demostró que era insuperable e incluso estaba por encima del Pontífice de Roma; creía que el modo de conseguir el restablecimiento del Imperio era derrotar a Roma y dirigir personalmente el asalto al Vaticano a fin de exiliar al Papa. Más tarde se había arrodillado en Venecia con la Lanza en las manos ante el Papa, al que había derrotado una vez, pero sólo se trataba de una maniobra para ganar tiempo antes de reconquistar Italia. Finalmente, Barbarroja había muerto al atravesar un río en Sicilia, y la Lanza cayó de sus manos en el mismo instante de su muerte¹⁴.

Un hombre que eclipsaba incluso a Barbarroja era Federico II Hohenstauffen (1212-1250), quien se había elevado como un brillante cometa en la historia europea, que transformó desde los cimientos. Era un hombre carismático, de genio poco frecuente y poderes ocultos legendarios. Hablaba seis lenguas con fluidez; era un caballero y un poeta que había inspirado a sus trovadores para que cantaran canciones sobre el Santo Grial. El incomparable Federico también era un mecenas de las artes, un comandante experto y valeroso en el campo de batalla, un estadista de infinita sutileza y un alma enigmática, medio santa y medio demoníaca. Este príncipe de sangre, que se crió en

¹⁴ Adolf Hitler bautizó a su aguilera en los rápidos del OberSalzburg «Barbarroja». También fue el nombre que dio al ataque realizado a Rusia: «La Operación Barbarroja».

Sicilia (que entonces pertenecía al Imperio alemán), hablaba árabe con sus soldados sarracenos, tenía un extenso harén, estableció la primera tesis científica, creía en la astrología y practicaba la alquimia. Apreciaba la posesión de la Lanza sobre todas las cosas y la convirtió en el centro de su vida, sobre todo cuando invocó sus poderes en las Cruzadas (en las cuales san Francisco de Asís llevó una vez la Lanza en una tentativa de salvamento) y también durante sus batallas contra los estados italianos y los ejércitos papales¹⁵

El descubrimiento más importante que hizo el joven Hitler mientras estudiaba la historia de la Lanza del Destino no estaba relacionado ni con los emperadores ni con sus dinastías de poder. Descubrió que la Lanza había sido la inspiración para la fundación de los caballeros teutones, cuyas acciones caballerescas y valientes y cuyos votos irreversibles y disciplina ascética habían constituido la esencia misma de sus sueños infantiles.

Adolf Hitler pasó tres días ocupado en sus primeras tentativas de investigar la historia de la Lanza de Longino. Tal vez sintió un cosquilleo en la columna vertebral mientras recorría las estanterías de la biblioteca para revisar las obras del gran filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel, ya que a Hitler le parecía que los hombres que habían reclamado la Lanza a lo largo de la historia y habían cumplido su leyenda encajaban con la descripción que de ellos hacía Hegel: los héroes de la historia mundial {«Héroes que cumplen la Voluntad del Espíritu del Mundo, el proyecto de la Providencia»}.

Pueden ser llamados héroes en la medida en que no han obtenido su objetivo y su vocación del curso normal de los acontecimientos, regulados por el orden existente, sino de una fuente especial, de este Espíritu interior, todavía oculto bajo la superficie, que golpea el mundo exterior como si fuera una cáscara y lo hace añicos.

... Pero al mismo tiempo eran hombres pensantes, que tenían una visión interior de los requerimientos del Tiempo, de lo que estaba maduro para el desarrollo. Ésta era la auténtica verdad de su época, de su mundo.

... Ellos eran los llamados a conocer el principio original, el paso necesario, directo que su mundo iba a dar, a alcanzar sus metas y a emplear sus energías en el fomento de ellas. Los grandes hombres de la historia mundial, los Héroes de la Época, deben ser reconocidos, por tanto, como los de visión clara; sus actos son los mejores de su tiempo.

La filosofía de Hegel estaba un poco fuera del alcance del joven Hitler, el cual no hubiera sido capaz de captar la sutil distinción entre conceptos como Ser y Existencia. Pero una característica de Hegel le impresionó en gran medida, y era el hecho de que todo sentido de la moralidad parecía disolverse del alma del filósofo cuando contemplaba lo que él llamaba los «héroes de la historia mundial»:

La historia mundial ocupa un espacio mucho más amplio que uno en el que la moralidad ocupa su posición adecuadamente, es decir, el carácter personal y la consciencia del individuo. Los rasgos morales irrelevantes no deben ser mezclados con las acciones de la historia mundial y su cumplimiento. Las virtudes particulares (modestia, humildad, filantropía y paciencia) no deben ser alzados contra ellos.

¹⁵ Adolf Hitler ordenó a sus tropas llevar a cabo una acción de retaguardia mientras los ingenieros se llevaban la piedra conmemorativa en honor de Federico de Hohenstauffen del campo de batalla en Italia. La piedra conmemorativa fue devuelta a Alemania.

La idea de Hegel, según la cual estos héroes están totalmente justificados si rompen en pedazos cualquier cosa que se interponga en su camino hacia el cumplimiento de su grandioso destino, impresionó enormemente a Hitler, que albergaba en el pecho un gran sentido del deber.

Todo el cinismo que había sentido hacia sí mismo, todo el escepticismo hacia la autenticidad de su primera experiencia con la antigua Lanza en el Hofburg se desvanecieron mientras leía de nuevo las palabras de Hegel con el aliento contenido, palabras que parecían confirmar el papel desempeñado por los nombres que habían llevado la Lanza del Destino a lo largo de la historia. Su sentido del deber se vio agudizado hasta el punto que le causaba dolor. ¡La Lanza de la Casa del Tesoro contenía la clave del poder! ¡La clave que le conduciría a su propio y grandioso destino!

De algún modo él también tenía que desentrañar sus secretos e invocar sus poderes para poner en práctica las ambiciones que tenía para el pueblo alemán. ¿Acaso no era posible que él mismo fuera la reencarnación del inmortal Siegfried destinado a despertar a los hombres de sangre alemana del gran letargo que siguió a la *Götterdämmerung*? ¿El Héroe del Sol destinado a alzar la mirada de todos los alemanes hacia la grandiosidad de su herencia espiritual?

A última hora de la tarde Hitler entró en la Schatzkammer, temeroso para mirar por segunda vez la «Heilige Lance». En los años siguientes realizaría innumerables peregrinajes de este tipo al mismo lugar para observar con atención la antigua arma y arrancarle sus secretos.

Una vez más su experiencia resultó estremecedora. Sintió que algo extraño y poderoso emanaba de la Lanza de hierro, algo que no podía descifrar aún. Se la quedó mirando durante largo rato, perplejo ante su inescrutable misterio: «Estudiaba con minuciosidad cada uno de sus rasgos físicos, e intentaba al mismo tiempo mantener mi espíritu abierto para captar su mensaje.

«Lentamente me di cuenta de que una poderosa presencia la rodeaba; la misma presencia sobrecogedora que había sentido en mi interior en las raras ocasiones en las que había sentido que me aguardaba un grandioso destino».

Y entonces empezó a comprender el significado de la Lanza y el origen de su leyenda, ya que su intuición le dictó que era un vehículo hacia la revelación, «un puente entre el mundo de los sentidos y el mundo del espíritu (*Geistliche Welt*)».

Adolf Hitler aseguró más tarde que fue en aquella ocasión, mientras contemplaba la Lanza, cuando «una ventana hacia el futuro se abrió ante mí, a través de la cual vi como a través de un flash un acontecimiento futuro por el cual supe sin posible contradicción que la sangre de mis venas se convertiría un día en el recipiente del *Volksgeist* de mi pueblo».

Aquella noche, Adolf Hitler abandonó la Casa del Tesoro del Hofburg con la firme convicción de que un día él mismo se adelantaría para reclamar la Lanza del Destino como su propia posesión, y de que desempeñaría con ella un papel decisivo en la historia del mundo.

El hombre que más tarde se convertiría en el Führer del Tercer Reich nunca contó lo que había visto en aquel breve instante cuando la Schatzkammer se desvaneció y él se sintió transportado al futuro a través de un flash de iluminación.

Tal vez se vio a sí mismo triunfante ante el Hofburg, proclamando a las hileras de nazis austriacos reunidos en el Heldenplatz y a las masas de ciudadanos infelices y enfurecidos congregadas en el Ring: «La providencia me ha encargado la misión de

reunir a los pueblos alemanes..., la misión de devolver mi patria al Reich alemán. Yo he creído en esta misión. He vivido para ella, y creo que ahora la he cumplido»¹⁶

«Los acontecimientos futuros proyectan antes su sombra», afirma Goethe, el famoso poeta y trascendentalista alemán. Así que la previsión de Hitler de aquella noche, veinticuatro años antes de subir al poder era quizá de una naturaleza aún más siniestra.

Cualquiera que fuera la imagen que se le apareció, puede asegurarse casi con toda certeza que transformó por completo su actitud frente a la vida. «Había llegado a aquella ciudad siendo apenas un muchacho, y la dejé como hombre adulto. Había crecido, y me había convertido en un hombre sosegado y serio», escribió Hitler en *Mein Kampf*. A partir de aquel momento ya no sintió el deseo de cobijarse al calor de la amistad.

Aquella misma noche lo arregló todo para marcharse del alojamiento que compartía con Kubizek. Ahora era un hombre solo, un hombre que tenía un destino poderoso y terrible que cumplir. «¿Qué puede haber llevado a Adolf Hitler a dejarme sin una palabra o una nota?» Esto fue lo que exclamó Kubizek al regresar de sus vacaciones y hallar vacío el alojamiento de la Stumpergasse¹⁷.

III

LA TENTACIÓN DE ADOLF HITLER

¿Dios ario o superhombre de Nietzsche?

De nuevo el diablo le llevó consigo a un monte muy alto, le mostró todos los reinos del mundo con su gloria.

Y le dijo: «Te daré todo esto, si postrándote me adoras».

Entonces Jesús le dijo: «Retírate, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás».

Al momento le dejó el diablo. Llegaron los ángeles y le servían.

Evangelio según San Mateo, 4, 8-11.

Según la leyenda asociada a la Lanza de Longino, el que reclama este talismán del poder puede escoger entre dos espíritus opuestos para lograr de sus metas en el destino histórico del mundo: el espíritu del Bien y el espíritu del Mal.

Es posible que en términos de moralidad convencional pueda parecer ridículo decir que alguien es incapaz de distinguir entre el bien y el mal. Pero Adolf Hitler, que en aquel momento ya había decidido sin más seguir el camino satánico, era incapaz de distinguir ambos conceptos.

Inició sus investigaciones de la historia de la Lanza y del significado de su leyenda con una tremenda desventaja. Había absorbido a la temprana edad de quince años las enseñanzas de la obra del trágico filósofo Friedrich Nietzsche, cuya poderosa disertación sobre la «genealogía de la moral» intentaba hacer una «revalorización de todos los valores», en la creencia de que el así llamado mal era en realidad el bien, mientras que lo que normalmente se consideraba el bien era en realidad el mal.

Y para añadir más dudas e indecisión a su condición, otros dos mentores que él mismo escogió contribuyeron a la complejidad de su situación personal. El primero era el

¹⁶ Discurso de Hitler en el Anschluss (14 de marzo de 1938), después de que la «Operación Otto» asegurara la anexión de Austria al Tercer Reich.

¹⁷ Kubizek, *Young Hitler*.

gran pesimista Schopenhauer, el cual negaba la existencia del bien y del mal y afirmaba que no había un Ser Supremo detrás de la creación. Y el segundo era el maestro Richard Wagner, el cual adoraba a Lucifer disfrazado de Cristo exclusivamente ario.

Durante tres largos años Adolf Hitler se encontró atrapado en una telaraña tejida por el pensamiento de estos tres hombres de genio indiscutible, cuyas obras prepararon el caldo de cultivo necesario para el nacimiento del nacionalsocialismo. Por ello, los años pasados en la pobreza y en la oscuridad de la pensión de mala muerte pueden considerarse como los años de la «tentación», la terrible tentación de Adolf Hitler.

Adolf Hitler fue criado como católico romano, una denominación que el había aceptado a la edad de once años con gran seriedad y profunda devoción. Los pocos amigos de la familia que conocieron a Hitler durante su adolescencia en Linz han hablado de su capacidad de cariño y desinterés, y todos estaban profundamente conmovidos ante la paciencia, la ternura y el amor con que cuidó a su madre moribunda. También sabemos con cuánta pasión su alma se volcó hacia obras como la *Divina Comedia*, de Dante, o el *Fausto*, de Goethe. Después de ver la «escena de Ariel», de *Fausto*, con el poderoso motivo de la redención cristiana, «no habló de otra cosa durante días»¹⁸.

La primera sombra de duda trastornó la inquebrantable «fe» de Hitler en los dogmas de Roma cuando descubrió *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer. Junto al compendio de obras de Friedrich Nietzsche, se convertiría en la segunda «biblia» de Hitler, y apenas se separó de ella hasta el día en que se suicidó en su bunker de Berlín. Schopenhauer había sido el primer pensador de importancia en estudiar y dar cuenta del significado de los grandes sistemas religiosos, místicos y filosóficos de Oriente.

Este pensador pesimista, que había llenado de entusiasmo a Nietzsche en su época de estudiante, negaba la posibilidad de que un Dios se encarnara en la tierra y sustituyó el concepto de la realidad última por lo que llamaba «una fuerza de voluntad ciega». Según Schopenhauer, el pensamiento conceptual no podría jamás atenerse a la verdad, y la única realidad que se abría a los seres humanos era la auténtica experiencia física de la Fuerza de Voluntad.

¡Todo esto suena bastante insípido! Y un poco ridículo también, si tenemos en cuenta que este profeta del asceticismo y la fuerza de voluntad humana era un renombrado sibarita que se complacía en saborear en cantidad y calidad succulentas comidas que regaba generosamente con vinos caros. ¡Y cuan a menudo echaba un sueñecito sentado a la mesa de sus excesos! Pero Adolf Hitler no se daba cuenta de este abismo entre la teoría y la práctica, podía recitar de memoria pasajes enteros de Schopenhauer al igual que un sacerdote recita el credo, y las máximas de este asceta de salón se convirtieron en la fuerza moldeadora más importante de su vida, que fue también un prodigio de fuerza de voluntad¹⁹.

Como había hecho Nietzsche, quien había formulado la base de su «voluntad de poder» sobre la misma «premisa de voluntad», Adolf Hitler aceptó, como si fuera el evangelio, la opinión de Schopenhauer, según la cual el acto de sacrificio que realizó Jesucristo en la crucifixión era la «personificación misma de la negación de la voluntad de vivir». El joven, que más tarde espolearía a sus tropas cuando se retiraba en los desiertos helados de Rusia con las palabras «el que se resigna ha perdido el derecho a vivir» empezaba a perder el respeto por la resistencia pasiva de Jesucristo y los primeros cristianos.

¹⁸ Kubizek, *Young Hitler*.

¹⁹ «En los días en que vivía en Munich, Hitler siempre llevaba consigo una pesada fusta de piel de hipopótamo. La impresión que quería producir (y cada gesto y cada palabra de sus discursos reflejaban el mismo objetivo) era de fuerza y de voluntad... La fuerza de su personalidad, que en modo alguno era natural, era el fruto de su fuerza de voluntad; de allí surgieron sus modales vehementes, enfáticos... La palabra más frecuente que salía de labios de Hitler era "voluntad", y toda su carrera, desde 1919 hasta 1945 es un logro notable de la fuerza de voluntad.» (Allan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*.)

Tal vez el acto de fuerza de voluntad más prolongado en la vida de Hitler fuera la forma en que llevaba a cabo sus investigaciones de la historia de la Lanza del Destino, a fin de desvelar los secretos de sus legendarios y ocultos poderes. Y como consecuencia directa de estas investigaciones desarrolló la terrible *Weltanschauung* que cambiaría el curso de la historia del siglo xx:

Viena era y siguió siendo para mí la escuela más dura, aunque también más completa... En este período cobró forma en mi interior una visión de la vida, una filosofía que se convirtió en la base granítica de todos mis actos. Después de lo que creé entonces, me ha quedado poco por aprender; y no he tenido que alterar nada²⁰.

Muy pocos biógrafos han entendido el verdadero significado de lo que Hitler leía y los motivos que se ocultaban detrás de su elección de los temas y los libros que devoraba en aquellos días.

El profesor Alan Bullock, un historiador de gran integridad, ha hecho una relación de todos (o al menos de varios) de los temas en los que se hallaba inmerso Adolf Hitler en aquella época; pero, a pesar de ello, la verdad que se abría ante sus ojos no fue suficiente para desvelarle el verdadero motivo que se escondía detrás de los estudios de Hitler.

Después de señalar con dureza y tal vez equivocadamente que lo único que perseguía Hitler era impresionar a los demás y que estaba lleno de fantasías y de ideas inconsecuentes, Bullock escribe: «Sus intereses intelectuales parecían seguir el mismo modelo. Pasaba mucho tiempo en las bibliotecas públicas, pero su lectura era indiscriminada y nada sistemática: *¡La Antigua Roma, Religiones orientales, Yoga, Ocultismo, Hipnosis, Astrología. ...!*»²¹.

Vamos a demostrar que a raíz de todos estos temas Hitler formuló su *Weltanschauung* personal, que cambiaría el curso de la historia tres décadas después.

Las obras de Schopenhauer y de Nietzsche, sembradas de comentarios elogiosos sobre el pensamiento oriental, llevaron al joven Hitler a realizar un detallado estudio sobre religiones orientales y yoga. Hay que reconocer que no incurrió en los errores contenidos en la mayoría de los libros de teosofía publicados en la última década del siglo xix y la primera de nuestro siglo. Los teosofistas, a excepción de unos pocos individuos que poseían una visión y una intuición genuinas, veían pocas o ninguna diferencia entre el hombre antiguo y el moderno por lo que respecta a sus facultades y a su consciencia. Hitler se guardó de cometer semejante error y se negó a hacer interpretaciones puramente intelectuales de obras tan sobrecogedoras como el *Rig-Veda*, los *Upanishads*, el *Gita*, el *Avesta*, el *Libro egipcio de los muertos* y otros.

No aceptó la creencia tan extendida de que estas obras, que presentaban una visión tan penetrante de las relaciones entre el cosmos, la tierra y el hombre, hubieran nacido de facultades remotamente parecidas a las de las formas modernas de intelecto. Y también se dio cuenta de que los conocimientos contenidos en estas obras eran mucho más antiguos de lo que se creía, y que su contenido había sido escrito cuando las facultades que lo habían originado ya estaban atrofiadas. Al cabo de poco tiempo, Adolf Hitler empezó incluso a pensar que el proceso histórico era una condición en transformación constante de la consciencia humana.

Mientras estudiaba el nacimiento y la caída de las antiguas civilizaciones, advirtió que su curso en el proceso histórico era paralelo a la pérdida gradual de las facultades espirituales. Y empezó a pensar en la posibilidad de que semejante atrofia de la visión

²⁰ Mein Kampf.

²¹ La cursiva es mía. ¡Y también los signos de exclamación!

espiritual pudiera atribuirse a la menguada magia de la sangre de las razas, y de que ambas circunstancias fueran las responsables del surgimiento y el dominio del pensamiento materialista. Llegó a la conclusión de que con el paso del tiempo la humanidad había entrado en una especie de letargo, de forma que las anteriores edades doradas, en las que el hombre había gozado de una relación mágica con el Universo, habían sido olvidadas, y en la que las únicas pruebas de tan mágica relación se ocultaban en los mitos y las leyendas a los que ya nadie daba crédito.

Al contrario que los sacerdotes católicos romanos («parásitos malignos») y los pastores puritanos («perros sumisos que empiezan a sudar de vergüenza cuando se les dirige la palabra»), Hitler se negó a aceptar la historia de que los antiguos hebreos habían jugado un papel importante en la larga historia de la humanidad. Empezó a culpar a los judíos del surgimiento del materialismo y la falsificación de todo aquello que el hombre del pasado había amado²².

Cuando Adolf Hitler empezó a pensar en el significado de Cristo y del Cristianismo, el espíritu del Anticristo, que se manifiesta con tanta fuerza a lo largo de toda la obra posterior de Nietzsche, azuzó su fértil imaginación. Por lo que a él respecta, no había necesidad de emitir un juicio sobre el valor del Cristianismo, puesto que Nietzsche ya lo había hecho a la perfección en su magistral análisis de esta religión para «esclavos, débiles y los disecados residuos de la escoria racial».

Aquí sólo me ocupo de pasada del problema de la génesis del Cristianismo. El primer principio para su solución es el siguiente: el Cristianismo sólo puede entenderse como la semilla de la que ha crecido. No se trata de un movimiento contrario al instinto judío, *sino de su consecuencia*²³.

Los judíos son el pueblo más extraño del mundo porque cuando se enfrentaron a la cuestión del ser o no ser, eligieron ser a cualquier precio; este precio era la falsificación de toda naturaleza, de toda realidad, del mundo tanto interior como exterior.

Los judíos crearon por sí mismos un movimiento en contra de las condiciones naturales; transformaron la religión, el culto, la moralidad, la historia y la psicología en una incurable contradicción de sus propios valores naturales.

Nos encontramos con el mismo fenómeno otra vez, pero ahora tiene proporciones inconmensurables; la Iglesia cristiana no puede reclamar ninguna clase de originalidad si se compara a las «personas santas». Es por ello que los judíos son el pueblo más nefasto de la historia del mundo; han falseado de tal modo la humanidad que incluso hoy en día un cristiano puede sentirse antisemita sin darse cuenta de que él mismo es *la consecuencia última de los judíos*.

Lo que antes era tan sólo una locura, hoy resulta indecente. Es indecente ser cristiano en la actualidad. Y aquí es donde empieza mi náusea... Pronuncio mi veredicto. Condeno al Cristianismo. Alzo contra la Iglesia cristiana la más terrible de las acusaciones que se haya alzado jamás. A mi juicio, es la corrupción más terrible que uno pueda imaginar. Con sus ideales de anemia, de «santidad», de dar toda la sangre, todo el amor, toda la esperanza por la vida; la cruz es la marca que identifica a la

²² «El judío nunca ha fundado civilización alguna, pero sí ha destruido cientos de ellas. No posee nada a lo que remitirse sino a su propia creación. Todo lo ha robado. Pueblos extranjeros, trabajadores extranjeros, ellos construyeron sus templos; son los extranjeros los que crean y trabajan para él. No tiene arte propio; poco a poco lo ha ido robando de otros pueblos. Ni tan siquiera sabe cómo conservar las valiosas cosas que ha creado. En último caso, es el ario el que puede formar estados y dirigirlos por el camino que conduce a la grandeza. El judío no es capaz de hacerlo. Y dado que no puede hacerlo, su revolución tiene que ser por fuerza internacional. Tienen que extenderse al igual que una plaga.» (Discurso de Hitler, Munich, 1922).

²³ Cursivas de Nietzsche.

conspiración más subterránea que ha existido jamás: contra la salud, la belleza, contra cualquier cosa que haya salido bien, contra el coraje, el espíritu, la amabilidad, contra la vida misma.

Escribiré esta eterna acusación contra el Cristianismo en todas las paredes, mientras haya paredes... Y lo llamo la única mancha inmortal de la humanidad²⁴.

El odio de Hitler hacia el Cristianismo (esa diabólica consecuencia de los judíos) llegó a su punto culminante cuando leyó el desdeñoso torrente de palabras de Nietzsche acerca de la doma» de las tribus de la antigua Germania:

« ¡Decir que la doma de un animal es su «mejora» suena casi como un chiste!. Cualquiera que sepa lo que sucede en las casas de fieras duda que allí «mejoren» a los animales. Los debilitan, los hacen menos peligrosos, y a través de los efectos represivos del miedo, a través del dolor, las heridas y el hambre se convierten en bestias. Lo mismo sucede con el hombre domesticado al que el sacerdote ha «mejorado». Al principio de la Edad Media, cuando la Iglesia era de hecho y por encima de todo una casa de fieras, los especímenes más bellos de la «bestia rubia» fueron cazados, y los nobles teutones, por ejemplo, fueron «mejorados».

Pero, ¿qué aspecto tenía uno de estos teutones «mejorados» que había sido seducido para ingresar en un monasterio? Tenía el aspecto de una caricatura, un aborto: se había convertido en un pecador, estaba preso entre todo tipo de conceptos espantosos. Y allí yacía, enfermo, miserable, lleno de maldad hacia sí mismo; lleno de odio hacia los manantiales de la vida, lleno de suspicacia contra todo lo que era feliz y fuerte. En resumen, un cristiano.

De todo lo que Nietzsche escupía con tanto desprecio acerca de la destrucción de la virilidad de las tribus germánicas, orgullosas e íntegras, por parte del Judaísmo corrosivo y disfrazado de Cristianismo, Adolf Hitler encontró confirmación una y otra vez en las poderosas palabras de su tercer gran héroe, Richard Wagner, el maestro de Bayreuth.

El genio de Wagner había inspirado el interés de Hitler por la mitología y la historia de los antiguos pueblos germánicos. El magnífico *Anillo de los Nibelungos*, que englobaba cuatro óperas, había conseguido que el joven Hitler no cupiera en sí de orgullo por su ascendencia germánica y por la sangre aria que corría por sus venas.

El *Anillo*, inspirado en el *Nibelungenlied* (literalmente, la canción de los Nibelungos), era una saga compuesta por un poeta anónimo de finales del siglo XII, y Richard Wagner había tardado unos veinticinco años en completarla. Estos mitos dramatizados, proyectados hacia el llamamiento en pro del despertar del «Volk» alemán, se convirtieron más tarde en la esencia misma de la propaganda nazi, gracias a la cual Hitler se hizo con el poder. La ópera final del *Anillo*, titulada *Götterdämmerung* (*El ocaso de los dioses*), muestra cómo la codicia por el oro sume a Valhalla en el olvido entre las llamas de desolación que siguen a la cruenta batalla entre dioses y hombres.

Richard Wagner, un artista de increíble talento y una imaginación casi milagrosa, intentaba «combinar el verso de un Shakespeare con la música de un Beethoven». Se veía a sí mismo como un profeta con una misión en la vida: la de despertar a los alemanes a la grandeza de su ascendencia y a la superioridad de su raza. Comparaba el ansia de oro en su *Götterdämmerung* con la «tragedia del capitalismo moderno y el espíritu de la usura judía», que según él amenazaba con destruir al pueblo alemán.

Según la tradición, el letargo que siguió a la *Götterdämmerung* no era un letargo eterno. La profecía decía que el Cuerno de Heimdall, el guardián del umbral entre los

²⁴ Nietzsche, *El Anticristo*.

dioses y los hombres, volvería a sonar un día para anunciar el despertar de la Raza Germánica de su profundo sueño. Y Adolf Hitler sintió una gran excitación al descubrir que la predicción de este despertar de la oscuridad intelectual y materialista quedaba confirmada por textos religiosos, mitos y leyendas de casi todas las civilizaciones antiguas. Un sinnúmero de fuentes apuntaban al siglo xx como el amanecer del gran despertar espiritual de la humanidad.

Aún en mayor medida que las enigmáticas profecías de las civilizaciones antiguas, para Adolf Hitler resultaba muy significativo el anuncio de su estimado Nietzsche acerca de la llegada del Uebermensch, el Superhombre, la Élite de las Razas, el Señor de la Tierra. «Os enseñaré el Superhombre», tales son las palabras que pueden leerse en la introducción del increíblemente brillante *Así habló Zaratustra*:

Yo os enseño el Superhombre.

El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo?

Todos los seres han creado hasta ahora algo por encima de ellos mismos: ¿y queréis ser vosotros el reflujo de esa gran marea, y retroceder al animal más bien que superar al hombre?

¿Qué es el mono para el hombre? Una irrisión o una vergüenza dolorosa...

Habéis recorrido el camino que lleva desde el gusano hasta el hombre, y muchas cosas en vosotros continúan siendo gusano. En otro tiempo fuisteis monos, y aun ahora es el hombre más mono que cualquier mono...

¡Mirad, yo os enseño el Superhombre! El Superhombre es el sentido de la Tierra. Diga vuestra voluntad: ¡sea el Superhombre el sentido de la Tierra!

¡Yo os conjuro, hermanos míos, *permaneced fieles a la Tierra* y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales!

Pero el Superhombre sólo aparecerá a través de la superación del hombre; porque el hombre es un puente entre las bestias y el Hombre-Dios. El hombre debe llenar la sangre con la semilla de las virtudes del Superhombre, y realizar el sacrificio desagradecido del deber de la tierra misma: crear al Superhombre.

El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el Superhombre, una cuerda sobre un abismo. Un peligroso pasar al otro lado, un peligroso caminar, un peligroso estremecerse y pararse.

La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito y un ocaso.

Yo amo a quienes no saben vivir de otro modo que hundiéndose en su ocaso, pues ellos son los que pasan al otro lado.

Yo amo a quienes, para hundirse en su ocaso y sacrificarse, no buscan una razón detrás de las estrellas, sino que se sacrifican a la tierra para que ésta llegue alguna vez a ser el Superhombre.

Para Nietzsche Dios está muerto y, por ello, el hombre debe responsabilizarse de su propia evolución y de la evolución de todos los demás reinos de la Tierra. El Superhombre sólo puede ser percibido por la voluntad indómita del hombre mismo.

En una obra posterior, *La voluntad de poderío*, Nietzsche contemplaba con más optimismo la posibilidad de una aparición inmediata del Superhombre, sugiriendo que una Raza Superior (Herrenvolk) se estaba configurando, y que los hombres se preparaban para ser los antepasados —incluso los padres— del Superhombre: «Puedo decir que el Superhombre es la respuesta a las plegarias de las mujeres; yo puedo crear el Superhombre, el acto del hombre».

El aspecto de Hitler a los veintiún años degeneró progresivamente en la segunda mitad de 1910 hasta que llegó a parecer que había tocado fondo. Los propietarios de los cafés y los comedores que solía frecuentar, los encargados de las bibliotecas, los acomodadores de los teatros, así como los bedeles uniformados de la Casa del Tesoro del Hofburg, empezaban a considerarle un sujeto sospechoso, un desgraciado sin trabajo.

Al joven que había estado ante la Lanza de Longino y previsto en un flash de iluminación su futuro, las opiniones de la gente por lo que respectaba a su aspecto externo y a su pobreza le traían sin cuidado. Había alcanzado una nueva forma de consciencia a través de la que pudo percibir la naturaleza de los espíritus opuestos de la Lanza y descubrir en mayor profundidad el significado de su propio destino.

Aunque es bien sabido que Hitler estudió varios sistemas de yoga, no existe ninguna prueba de que se colocara sobre su cama de la pensión de mala muerte en la Meldemannstrasse en las posturas del Hatha Yoga de Patanjali. No tardó mucho en darse cuenta de que las asanas y las técnicas de respiración del yoga habían sido configuradas para la fisiología del hombre oriental contemporáneo. Veía el yoga como un camino para un pueblo cuyo sentido del ego era débil y en el que el poder del intelecto no había hecho más que tímidas incursiones; una técnica que pretendía purificar el cuerpo mediante el ascetismo y la meditación hasta tal punto que se convirtiera en el ojo del alma. «La última cosa que deseo es acabar en la piel de un Buda», dijo Adolf Hitler²⁵.

Adolf Hitler se enfrentaba a la misma situación que la joven generación de hoy que busca las puertas de la percepción y un camino hacia la dilatación de la mente sin el recurso de las drogas. Entre la gran cantidad de textos antiguos que leyó, no pudo encontrar ningún apoyo seguro para empezar a escalar hacia la consciencia trascendental, ni ninguna forma inmediata y práctica de iniciación que pudiera acabar con el dominio de los sentidos y la astucia del intelecto ligado a los sentidos.

Estaba convencido de que el secreto de la Lanza de Longino estaba relacionado con un poderoso misterio de sangre y algún concepto totalmente nuevo del Tiempo. Pero, ¿en qué lugar de la historia o del panorama actual puede hallarse un camino exclusivamente occidental hacia los estados trascendentales de la mente?, se preguntaba.

La respuesta llegó de un lugar sorprendente. Sorprendente porque había vivido con la solución delante de las narices. ¡*Parsifal*!, la ópera de Richard Wagner inspirada en los misterios del Santo Grial!

Parsifal, la última gran obra de Wagner, era una dramatización muy personal del poema del Grial cantado por Wolfram von Eschenbach, un poeta y trovador del siglo XIII. Y Adolf Hitler creyó encontrar en este notable poema de la Edad Media lo que andaba buscando: un camino occidental para alcanzar la consciencia trascendental y nuevos niveles de experimentación del Tiempo.

Richard Wagner quería dramatizar la búsqueda del Santo Grial, y había centrado el tema de la ópera en la lucha entre los caballeros del Grial y sus adversarios por la posesión de la Lanza sagrada, la Lanza de Longino que había traspasado el costado de Cristo!

²⁵ Discurso de Hitler.

En las manos del caballero, sir Parsifal, que servía al arcángel del Grial, la Lanza era un símbolo sagrado de la sangre de Cristo, un talismán sagrado de curación y redención. En manos del siniestro Klingsor, rodeado de sus doncellas en la fastuosidad de una aguileña en algún lugar del sur, la Lanza se convertía en una suerte de símbolo fálico al servicio de las fuerzas de la magia negra.

Adolf Hitler se entusiasmó con estos descubrimientos que le habían ayudado a recorrer un largo camino y le abrían nuevas vías de investigación. Empezó a llenarse de impaciencia por ver la ópera *Parsifal*, pero tuvo que aguardar varios meses antes de que la representaran en la Ópera de Viena.

Sentado en el gallinero de la Ópera, se sintió transportado por la majestuosidad de la música, por el *leitmotiv* similar al de *Tristán e Isolda*, aunque aún más sobrecogedor y etéreo. Salió de la representación perplejo, sumido en un sentimiento de gozo y asco a la vez.

Por una parte, no le cabía duda que Richard Wagner era el profeta supremo de Alemania. El modo en que Wagner había exaltado la «fraternidad de los caballeros», que tenían la misma sangre pura y noble, le había conmovido profundamente. Y la idea de que la sangre misma contenía el secreto de la iluminación espiritual de los misterios del Grial había despertado en él sentimientos que jamás había experimentado con anterioridad a aquella noche.

Sin embargo, mientras se sucedían las escenas de la ópera, otra parte de su naturaleza había sentido una repugnancia inexplicable hacia la procesión del Grial y los rituales en el castillo del Grial, y de hecho, hacia toda la parafernalia cristiana y la mistificación del Viernes Santo.

Cuando salió del teatro y se adentró en la fría noche, se dio cuenta de pronto de la causa de su repugnancia. Le habían causado náuseas los votos cristianos y los compasivos ideales de los caballeros. «No encontré que fueran dignos de admiración — escribió más tarde—. Porque los caballeros habían traicionado su "sangre aria" y se habían entregado a las supersticiones del judío, Jesús. Estaba totalmente de parte de Klingsor».

Hitler no tardó mucho en descubrir que Wagner había construido el tema de *Parsifal* alrededor de la Lanza de Longino a consecuencia de los estudios que había realizado sobre la «Heilige Lance» de la Casa del Tesoro del Hofburg.

Richard Wagner y Friedrich Nietzsche habían viajado especialmente a Viena para contemplar juntos esta Lanza de la Revelación. Un viaje que tendría un final triste para ambos.

Fue el mutuo estudio de la historia de la Lanza y el significado de su leyenda lo que separó al final a estos dos amigos hasta ahora inseparables, el genial músico y el cínico filósofo. Una separación que llevaría a ambos a experimentar una amarga y patética soledad, y más tarde un odio recíproco creciente que desembocó en una tormentosa controversia pública para destruir hasta los cimientos el idealismo pangermánico y místico-pagano.

El último encuentro entre Nietzsche y Wagner en Bayreuth es bien conocido porque el gran ascético y crítico lo plasmó con su acostumbrada brillantez. Al parecer, Wagner, que no se daba cuenta de la repugnancia que sentía Nietzsche hacia sus pensamientos acerca de Cristo, había expuesto su tema de *Parsifal*, proyectándolo a través de su recién adquirida experiencia religiosa de redención y retorno a Cristo (todo ello, por supuesto, bajo la premisa de que Jesús no era de sangre judía, sino de gloriosa sangre aria).

Nietzsche, para el que el Cristianismo era una depravación, un «decir no a todo», una capitulación al veneno de Paulina, apenas pudo dominar sus sentimientos de repulsión y volvió la espalda a Wagner y a Bayreuth para siempre.

«La verdad es que ya era hora de decir adiós», escribió (en «Nietzsche contra Wagner») después de asistir al hecho de que su único amigo se arrastraba como un

desgraciado por el sendero de la renuncia, «un decadente que caía en picado, desesperado, sin remedio, destrozado delante de la cruz cristiana».

Nietzsche describió cómo se marchó de Bayreuth, el gran hogar del Festspiel de Wagner, para sentir «ese estremecimiento que todo el mundo siente después de haber pasado inconscientemente por un tremendo peligro».

En verso, parodiando el estilo del *Fausto* de Goethe, Nietzsche plasmó sus pensamientos acerca de la conversión de Wagner:

*¿Sigue siendo esto alemán?
¿De un corazón alemán, este tórrido chirrido?
¿Un cuerpo alemán, esta autolaceración?
¿Alemana, esta afectación sacerdotal,
este olor a incienso, este sermoneo fantástico?
¿Alemán, este devaneo vacilante, bajo,
este campanillazo dulzón ?
Estas miradas incitantes, cual de monja,
toda esta falsedad, cielo estático sobre cielos²⁶.*

En un tono más serio, mezcla de furia y decepción, Nietzsche escribió lo que opinaba sobre el *Parsifal* de Wagner:

¿Acaso el *Parsifal* de Wagner es una carcajada superior sobre sí mismo? Por supuesto, es lo que cabe desear porque, ¿qué significaría el *Parsifal* si hubiera sido concebido como una obra seria? ¿Hemos de verlo (como alguien lo ha expresado) como «el aborto llevado hasta la locura de un odio por el conocimiento, el espíritu y la sensualidad»? ¿Una maldición de los sentidos y el espíritu de un aliento y un odio únicos? ¿Una apostasía y una reversión hacia los ideales nauseabundantemente cristianos y oscurantistas? Y al fin y al cabo, una autoabnegación, una autocrucifixión de una parte del artista que antes había perseguido objetivos opuestos. Porque *Parsifal* es una obra de perfidia, de rencor, de un secreto intento de envenenar todos los presupuestos de la vida: una obra mala... Desprecio a todo aquel que no contemple *Parsifal* como un intento de asesinato de la ética básica²⁷.

La controversia pública entre Nietzsche y Wagner no era, de ningún modo, un asunto unilateral. Richard Wagner se mantuvo en sus trece con un discurso muy persuasivo en favor de una forma de Cristianismo que arrancaba la fe del seno del Judaísmo, y demostraba que el Cristianismo era todo lo contrario de lo que Nietzsche llamaba con tanto desprecio «una consecuencia judía». Porque Wagner insistió en que le había sido revelado que por las venas de Jesucristo corría la más pura sangre aria, y que el dios cristiano no había sido jamás miembro de los pueblos judíos. También aseguró que

²⁶ Nietzsche, *El caso Wagner*.

²⁷ *Ibíd.*

estaba buscando una «solución final» para los pueblos judíos, a fin de librar a la Patria de su influencia corruptora²⁸.

La idea de que la sangre de Cristo era aria, lo cual muestra una total incompreensión de la naturaleza universal del Cristianismo, dio un significado nuevo a la búsqueda del Santo Grial. Significaba que estos misterios sagrados tenían que ser considerados como algo exclusivamente alemán y que la categoría de caballero del Grial era una prerrogativa únicamente alemana.

El fiero odio que se había desarrollado entre los dos grandes héroes y fuentes de inspiración de Adolf Hitler le colocó hasta cierto punto en un dilema, sobre todo porque su enemistad había empezado a causa de la naturaleza de la sangre de Cristo y el significado de la Lanza.

Quedaba un gran problema por resolver: ¿Cuál de los dos tenía razón en sus opiniones sobre Jesucristo? ¿El músico que se había hincado de rodillas ante un Cristo ario, o el filósofo que había tildado de idiota al dios cristiano? ¿El maestro de Bayreuth, el gran profeta de un nuevo Cristianismo pangermánico o el visionario solitario que predecía la llegada del «superhombre»?

De algún modo, Adolf Hitler consiguió tomar una decisión sin la necesidad de escoger entre sus dos heroicos mentores («Qué otro hombre podría haber hecho semejante salto mortal intelectual»): Simplemente tomó del radiante talento de Wagner y el siniestro genio de Nietzsche aquellos elementos que necesitaba para construir su propia y distorsionada *Weltanschauung*.

Si bien conservó la estructura y la amplitud de miras contenidas en el *Nibelungenring* de Wagner e hizo su propia interpretación pagana de los misterios del Santo Grial, se puso del lado de la *Genealogía de la moral* de Nietzsche para hacer la «revalorización de todos los valores»: *El Bien cristiano era el mal; ¡el Mal cristiano era el bien!*

«Mi especial talento —manifestó Hitler en un discurso que pronunció después de subir al poder— consiste en la capacidad de convertir los problemas complejos en cuestiones básicas.» Y así llegó el momento en que Adolf Hitler tergiversó toda la moralidad del Cristianismo, y ante la Lanza que había traspasado el costado de Cristo hizo votos irreversibles de adorar al mal.

Las numerosas visitas realizadas a la Casa del Tesoro para contemplar la Lanza, habían enseñado a Adolf Hitler que este catalizador de la revelación no podría revelar nada antes de que él hubiera dado un buen paso adelante en su comprensión del significado oculto de este eje mágico de la historia. Ahora estaba de nuevo ante esta antigua arma que yacía en su lecho de terciopelo, y tenía la certeza interior de que había llegado la hora en que le sería revelado un gran secreto... ¡El espíritu mismo de la Lanza iba a ser desvelado!

El aire se hizo espeso, de modo que apenas podía respirar. Los ruidos de la Casa del Tesoro parecieron fundirse y desaparecer ante mis ojos. Estaba solo y tembloroso frente a la inmóvil silueta del Superhombre (Uebermensch), un espíritu sublime y pavoroso, intrépido y cruel. Inundado de temor sagrado, le ofrecí mi alma como recipiente de su Voluntad²⁹.

²⁸ La expresión «solución final», que prefiguró las cámaras de gas en los Campos de la Muerte y el aniquilamiento de unos seis millones de judíos europeos, fue pronunciada por primera vez por los labios de Richard Wagner durante su conversión «cristiana».

²⁹ «Adolf Hitler describió la misma escena a Rauschning, el Gauleiter nazi que más tarde desertó y se unió a los aliados. La descripción surgió en el curso de una conversación en la que Hitler hablaba de la mutación de la Raza Alemana: "¡El Superhombre vive entre nosotros ahora! ¡Está aquí! —exclamó Hitler triunfante—. ¿No es suficiente? Yo he visto al Nuevo Hombre. Es intrépido y cruel. Me inspiró temor". Mientras farfullaba estas palabras, Hitler temblaba sumido en una especie de éxtasis.» (Hermann Rauschning, *Hitler Speaks*.)

IV

LOS PIES DE PÁGINA DE SATANÁS

*Alas, querida esposa, ¿qué destino nos persigue?
Tu pavorosa visión anuncia una terrible profecía;
por ella, el niño que hay en tu seno quedará ensombrecido.
No amaré nada, destruiré los lazos de sangre.
Con perseverancia y palabras apasionadas
sembraré la discordia entre los ciudadanos
y quemará como el fuego los corazones de los justos.*

Cronista del siglo IX del Landulf de Capua,

Echempertus.

Sobre las esferas de todos los espíritus que viven entre el cielo y la tierra, ya sean buenos o malos, el poder de Klingsor los dominaba a todos: sólo Dios podía protegerlos.

Richard Wagner, *Parsifal*.

Las cuatro mesas situadas junto al ventanal delantero del café Demel estaban siempre reservadas para los *Stammgäste*, los asiduos de las familias ilustres de Viena. Y a pesar de que Walter Johannes Stein raras veces iba al café más exclusivo de la ciudad, su madre era clienta habitual desde hacía muchos años y además, amiga íntima de la familia Demel.

El joven estudiante universitario rehuía el local en la temporada de verano, cuando el Demel estaba atestado de turistas que acudían a degustar la repostería más famosa del mundo. En las demás estaciones del año, pasaba por allí de vez en cuando a tomar un café cuando volvía a casa desde la universidad. Siempre se podía confiar en que Frau Demel, después de saludarle con calor y preguntarle por su familia, le llevara a una mesa junto a la ventana, donde podía repasar sin ser molestado sus apuntes, o simplemente reclinarsse en la silla y contemplar el panorama que ofrecía el Kohlmarkt.

Los gourmets aseguran que la Crème grenoble y la Sicilienne del café Demel son experiencias inolvidables, pero ni el café ni el mousse de avellanas con curaço ni el helado de frambuesa al vino de Málaga eran las razones por las que Walter Stein recordaría las paredes con paneles de roble y las mesas de mármol del Demel. ¡Por entre las bandejas de *Streuselkuchen*, *Baumkuchen* y *Gugelhupf* vio por primera vez el rostro arrogante y los místicos ojos azules de Adolf Hitler!

Walter Johannes Stein estudiaba en la Universidad de Viena, en la que preparaba un doctorado en Ciencias. A pesar de que se le consideraba el estudiante de Ciencias más brillante de su promoción, sobre todo por su facilidad para las matemáticas, él se interesaba más por el estudio de los clásicos y de la historia de la filosofía occidental. La única asignatura de Letras que se incluía en su programa de estudios era un corto curso de literatura alemana, que era obligatorio para todos los estudiantes debido a la diversidad de nacionalidades que se daba cita en la universidad, procedente de todos los rincones del imperio de los Habsburgo.

Uno de los libros de lectura obligatoria en el curso de literatura, seleccionado por la poco frecuente calidad de su prosa alemana «media-alta» era *Parsifal*, de Wolfram von Eschenbach. Tal vez este poema medieval del Grial se hubiera quedado en un estudio académico más para Walter Johannes, si no hubiera sido por una experiencia extrasensorial que tuvo.

¡Una noche se despertó y se dio cuenta de que había estado recitando pasajes enteros de la romántica obra del trovador en una especie de sueño sin imágenes!

Considere sólo por un momento lo que significaría tener una experiencia similar con *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer. El lenguaje empleado por Chaucer es bastante difícil, como podrá atestiguar casi cualquier escolar, pero, al menos, es un precedente lineal del inglés moderno. El lenguaje utilizado por el trovador alemán es un siglo y medio más antiguo y se compone de una mezcla de dialectos bien distintos del alemán actual; además, el estilo es complejo, tremendamente personal y elíptico.

Como era de esperar por su costumbre de abordar todas las cuestiones de forma directa y metódica, no tardó ni un instante en tomar lápiz y papel y apuntar las palabras que había estado recitando. Dominando la emoción que le embargaba, puesto que nunca había leído más que las páginas introductorias de la obra, bajó al estudio para comparar sus notas con el libro. Constituyó una experiencia impresionante comprobar que aquella misteriosa incursión en el sueño correspondía palabra por palabra con el texto original.

Aquella experiencia extrasensorial se repitió dos veces más durante la noche. En cada ocasión siguió el mismo procedimiento y descubrió que no había cometido ningún error, sólo pequeñas faltas de ortografía en la escritura de algunas palabras del antiguo texto.

Observó que las palabras del trovador parecían cobrar vida en sus labios como «el hablar de las lenguas» mencionado en las Epístolas de Paulina, ya que la experiencia estaba más allá del pensamiento intelectual. Se le ocurrió, por la facilidad con que podía recitarlas una y otra vez, que esta facultad procedía de alguna forma de «Memoria Superior».

Durante las semanas siguientes leyó *Parsifal* de arriba abajo un sinnúmero de veces, evitando todo juicio crítico y dejándose empapar por la obra tan magníficamente estructurada y tan coherente, que englobaba todos los aspectos de la existencia humana en igual medida que *La Divina Comedia*. Estaba decidido a no analizarla y seccionarla con frialdad científica hasta que todo el sabor artístico hubiera penetrado en su vida interior de sensaciones.

Mientras permitía que cada imagen encantadora de aquella época de caballería creciera en su mente, empezó a advertir el brote apenas perceptible de una facultad de crear imágenes vividas. Sin esfuerzo aparente, se dio cuenta de que podía recitar de memoria casi toda la obra. Con ánimo de impedir que este nuevo y notable aspecto de su vida interfiriese en sus estudios diarios de doctorado, se impuso la obligación de no hablar de ello con nadie.

Cuando llegó el primer día del semestre de primavera, empezó a concentrar los agudos filos de su capacidad de crítica, a fin de descubrir lo que realmente se ocultaba detrás de este cuento aparentemente inocente que un trovador errante cantaba a los pueblos germánicos en el siglo XIII.

En una incursión por las librerías y las bibliotecas reunió una serie de comentarios y críticas de todos los poemas del Grial de la Edad Media y muchas obras acerca del trasfondo histórico y literario de la época.

Al cabo de poco tiempo se vio enfrentado a los mismos problemas desconcertantes a los que se enfrentaban todavía los mayores estudiosos de la historia y la literatura medievales. Por ejemplo, ¿qué es el Grial? ¿Por qué se le llama «santo» en las leyendas artúricas y nunca en la obra de Wolfram von Eschenbach? ¿Es una copa? ¿Una piedra preciosa? ¿Una experiencia trascendental? ¿Qué parte de *Parsifal* no es más que parafernalia del folklore tradicional? ¿Cómo pudo analizar el aparentemente inculto trovador (aseguraba que no sabía leer ni escribir) con tanta agudeza las tradiciones de su época a través de su tratamiento sutil y progresivo de las almas de sus héroes? ¿Y qué hay de las relaciones entre los sexos en estos versos, en los que la culminación del amor romántico encuentra sus ideales más elevados en una concepción del matrimonio casi idéntica a la actual? ¿Cómo es que los caballeros que perseguían las cumbres más altas de la experiencia religiosa parecían estar exentos del estilo de vida ascético y riguroso, así como de los votos de castidad a los que los miembros de las órdenes monásticas de la época estaban sujetos?

Los grandes expertos aseguraban que las «aventuras» de los caballeros no eran más que fantasías de acciones caballerescas en los albores de la «Era Romántica». Y que estas aventuras no tenían otro significado que el de ser facetas de un tipo de novela que pretendía plasmar la reciente experiencia del amor romántico (como una suerte de redención de los instintos sexuales) y la profundización de la vida del alma en la Edad Media. La opinión general era que los cientos de personajes mencionados en *Parsifal* carecían de toda realidad histórica, pero que el escenario general de la obra del trovador había sido extraído del siglo XIII.

El primer paso importante que dio para desentrañar los secretos de la importancia histórica de este poema del Grial llegó cuando acompañó a su familia a ver el *Parsifal* de Wagner en las Navidades de 1911. La ópera le causó una tremenda impresión y se convirtió en una experiencia inolvidable. No hay duda que Richard Wagner había simplificado demasiado, e incluso había dañado la delicada estructura de la obra y su intrincado argumento con su dramatización exagerada. Pero aun así, la calidad de la música compensaba todo esto con creces, y transmitía un mensaje poderoso del amor redentor de Cristo.

La cuestión más importante que le planteó la ópera fue que la fuente de inspiración de Wagner había sido una auténtica lanza. ¿Era todo pura fantasía o era cierto que la Lanza que había traspasado el costado de Cristo había seguido existiendo a lo largo de los siglos como relicario sagrado? Y si era así, ¿qué reyes o príncipes medievales habían tenido este talismán en su poder? ¡Las respuestas a estas preguntas llevarían a los personajes históricos alrededor de los cuales se había escrito la historia de la búsqueda del Grial!

Y así fue que Walter Stein siguió los pasos de Adolf Hitler a la biblioteca del Hofburg para investigar las diferentes lanzas mencionadas que habían desempeñado un papel crucial en los acontecimientos de los siglos de la Edad Media. Al final llegó a la Casa del Tesoro e identificó la Lanza del Reich como la Lanza del Destino, la Lanza que un centurión romano había clavado en el costado de Cristo durante la crucifixión.

En los meses siguientes, Walter Stein empezó a abrir nuevas vías de investigación sin presentir entonces que había comenzado un estudio que duraría toda la vida, un estudio acerca de los misterios del Santo Grial, y sin presentir que estas vías de investigación se convertirían en un archivo completo de investigación personal, una vida de trabajo que sería quemada a toda prisa veinticuatro años después, cuando el jefe de las SS, Heinrich Himmler, ordenó arrestarle en un intento de conseguir sus servicios y confiscar sus papeles para el Ahnenerbe, la Oficina de Ocultismo nazi.

En la primavera de 1912, cuando ya había completado su primer año de investigación, llegó a la conclusión de que el poema del Grial de Wolfram von Eschenbach había sido escrito sobre el trasfondo histórico del siglo IX, y que el cúmulo de extraños y maravillosos nombres contenidos en sus páginas encerraban personajes históricos reales que habían vivido en la era de los emperadores carolingios.

El siglo IX había visto la desaparición definitiva de la estructura política y legal del mundo clásico, que fue sustituida por las culturas individuales de las naciones nacientes y por el establecimiento de poderosas Casas Reales, algunas de las cuales existirían durante mil años.

El siglo IX no sólo fue testigo del ocaso de las culturas griega y romana, sino que también marcó la desaparición de aquellos poderes de la sangre a través de los cuales los caciques germánicos habían dirigido a sus tribus. Por todas partes el comienzo del pensamiento intelectual estaba sustituyendo a la antigua consciencia de la sangre, y millones de hombres y mujeres del norte del continente empezaban a verse a sí mismos como individuos separados y aislados en lugar de como meros apéndices de sus tribus.

El ejemplo más significativo de esta transición de la identidad tribal a la consciencia individual se encuentra en el destronamiento y encarcelamiento de los Merovingios «los de pelo largo», que habían reinado sobre los francos durante cientos de años, tan sólo con la fuerza de los ritos de la sangre.

En las ceremonias públicas especiales, la familia de los Merovingios, tremendamente poderosa desde los tiempos del gran cacique Clovis, fue desprovista de su cabellera ante la multitud para demostrar que la magia de su sangre se había atrofiado y se había vuelto estéril³⁰.

Por otro lado, los carolingios, que les superaron, eran individuos cultos por derecho propio, estadistas, académicos y generales. Carlos Martel obtuvo el título de «Mayor de Palacio» cuando dirigió a los francos hacia la victoria sobre Abderramán en Poitiers y rechazó la invasión islámica de Francia y Europa entera. Pepín el Corto, que conquistó Aquitania, suprimió a los lombardos en Italia y echó a los Moors del Languedoc, finalmente acabó con la dinastía de los Merovingios y obtuvo reconocimiento papal para la Casa de los Carolingios. Carlomagno, que fue coronado Santo Emperador Romano por el Papa León III en Roma, en el año 800, y que probablemente es la figura histórica más importante desde César Augusto, levantó un imperio en el breve lapso de una vida y llegó a tener tanto poder que exigió al final el derecho a controlar la elección de los Papas.

El símbolo de los Merovingios había sido la antigua lanza tribal que denotaba liderazgo espiritual bajo el Dios tribal y poder terrenal sobre la vida y la muerte del pueblo franco.

Sin embargo, Carlomagno consideraba la Lanza de Longino como su talismán de poder. Fundó su gran dinastía sobre la leyenda de la Lanza con la esperanza de que la Casa de los Carolingios existiera durante un milenio. Para Carlomagno, la Lanza sagrada simbolizaba la sangre de Cristo, y a través de su posesión exigió gobernar un imperio de razas mixtas por «derecho divino», el servidor más exaltado del Dios del Nuevo Testamento.

En aquel mismo siglo crítico la poesía heroica de las tribus bárbaras quedó olvidada, ya que se tradujeron las obras devotas del latín a un sinfín de nuevas lenguas. Como consecuencia de la división del imperio carolingio tras la muerte de Carlomagno surgieron los reinos separados de Francia y Alemania. El primer documento que apunta a la gradual preparación de la futura diversidad de Europa fue la separación de las lenguas germánicas y románicas en los Juramentos de Estrasburgo, un tratado firmado por los nietos de Carlomagno.

³⁰ Véase J. M. Wallace-Hadrill, *The Long-Haired Kings* (Methuen).

En Inglaterra, Alfredo el Grande estaba traduciendo las obras latinas al inglés y contribuyendo a los cimientos de una Nación Insular; Noruega tenía su primer rey, y los daneses también estaban unidos bajo el reinado de un solo monarca; el comercio de la ciudad de Utrecht estaba preparando el camino para el surgimiento de Holanda; incluso los cimientos de la Rusia moderna fueron colocados en aquel siglo, cuando Rurik, el hombre del norte, se convirtió en el primer príncipe de Novgorod.

El siglo IX fue también la era de los grandes cismas entre las Iglesias occidentales y las orientales. La separación definitiva se consumó en el Concilio de Constantinopla, en el año 869. En el curso de este crucial Concilio de la Iglesia, el Papa Nicolás I declaró que el Hombre ya no debía ser considerado como una tricotomía de espíritu, alma y cuerpo. A partir de aquel momento, la Santa Sede negaría la existencia misma del espíritu individual humano, declararía que el hombre no era más que cuerpo y alma y relegaría el espíritu personal a la categoría de mera «cualidad intelectual», contenida en el alma. De esta forma, la iniciativa espiritual del hombre occidental quedaba confinada en la prisión de la consciencia tridimensional del mundo de los sentidos, y los dogmas de la Iglesia Romana se convirtieron en la única fuente reconocida de revelación.

En esta etapa de aguda transición en la evolución de la consciencia humana, en la era en que germinaba el alma intelectual de Europa y nacía entre las masas un nuevo sentido de la individualidad, la época de los caballeros florecía.

De un modo repentino aparecieron los trovadores de entre las naciones que iban surgiendo para cantar las excelencias de un amor romántico personal, que florecía entre los sexos y daba relaciones frescas y tiernas a un nuevo ideal de matrimonio cristiano.

A pesar de que la Iglesia de Roma consideraba pecado toda experiencia sexual y exigía celibato total al clero, Wolfram von Eschenbach, el más grande de todos los trovadores, describió cómo los caballeros podían casarse y tener hijos, y al mismo tiempo buscar y encontrar el pináculo más alto de la espiritualidad: el Santo Grial.

En el caluroso verano de 1912 se produjo la extraña coincidencia que condujo indirectamente a Walter Stein a un encuentro con Adolf Hitler. Aquella mañana había ido a un antiguo lugar de la ciudad junto al Danubio que tenía una extraña selección de librerías que se ocupaban de religión, teosofía, alquimia, ocultismo y otros temas similares.

En una de estas tiendas, un local un tanto desastrado que ostentaba un cartel con el nombre de Ernst Pretzsche, hizo un descubrimiento que le llevaría a ser el primer testigo del papel que desempeñaría la Lanza en la transformación de la faz de todo el mundo en el siglo xx.

De una estantería casi vacía de la parte trasera de la tienda tomó un libro cuyas páginas estaban cubiertas de apuntes, asteriscos, memorándums, notas a pie de página, todo ello escrito con la misma letra diminuta y barroca. El libro era una edición bastante deteriorada encuadernada en cuero, una de las numerosas reediciones de la primera versión alemana del *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach.

La abrió por una página en la que se describía la Tercera Aventura de Parsifal, y vio un gran círculo de tinta que rodeaba las líneas que describían a la madre del héroe, Herzloyda:

Owe daz wir nu niht enhan

ir sippe unz an den eilften span

des wirt gevelscht lip.

(Las raíces de toda la bondad

de la que surgió la humildad)

*¡Dolor! Por que ellos no se hayan quedado con nosotros
Sus hijos hasta la decimoprimer generaci3n
Tantas cosas son falsas a nuestro alrededor³¹.*

Una breve nota en el margen decía: «Parsifal vivi3 once generaciones antes que el poeta Wolfram von Eschenbach, en el siglo IX, alrededor de 860-870».

El libro prometía ser un gran descubrimiento, y si los otros comentarios eran igualmente reveladores y validos, sería más que eso, sería un descubrimiento valiosísimo. Pagó sin rechistar un precio dos veces más alto de lo que valía el libro, y era obvio que el vendedor le tomó por un estudiante simpl3n.

Era una mañana soleada de finales de agosto, y Walter Johannes caminó por las calles del casco antiguo de la ciudad en direcci3n al Kohlmarkt, donde entr3 en el caf3 Demel. Se sent3 en una mesa junto al escaparate con vistas a la actividad del Kohlmarkt y se puso a estudiar con minuciosidad su afortunado descubrimiento, mientras se preguntaba que más le revelaría aquella escritura tan barroca.

No tard3 mucho en darse cuenta de la pavorosa naturaleza de los apuntes. Se qued3 allí sentado, sin advertir el paso del tiempo, mientras leía la obra entera y estudiaba el comentario que había junto a cada verso. Y cuanto más leía, más trastornado se sentía.

¡No se trataba de un comentario corriente, sino de la obra de alguien que había adquirido unos conocimientos más que superficiales de las artes negras! El comentador an3nimo había encontrado la clave para desentrañer muchos de los profundos misterios del Grial, pero despreciaba los ideales cristianos de los caballeros y se complacía en las maquinaciones del Anticristo.

¡De pronto se le ocurri3 que estaba leyendo los pies de página de Satanás!

En contraste con la genuina facilidad para interpretar todo el pasaje de las «Aventuras» de *Parsifal* como los pasos de iniciaci3n de un sendero prescrito en direcci3n a las alturas de la consciencia trascendental, había un sinfín de comentarios crudos, vulgares y, en muchos casos, obscenos. Un hilo de fanatismo racista y una adoraci3n casi demencial por la sangre aria y el pangermanismo corría por todo el comentario, que estaba inundado por el odio y el desprecio hacia los judíos, a quienes se culpaba de todos los males del mundo y de todos los sufrimientos de la humanidad.

Por ejemplo, a lo largo de los versos en los que se describía la procesi3n del Grial y la Asamblea de los caballeros en el castillo del Grial, aparecía una nota escrita en letras grandes que ocupaba toda la página impresa: «Estos hombres traicionaron su pura sangre aria en favor de las sucias supersticiones del Jesús judío, supersticiones tan detestables y absurdas como el ritual judío de la circuncisi3n».

La vasta lona que el comentario extendía sobre el origen, el significado y la historia del poema del Grial superaban en perspicacia con creces los resúmenes académicos más autoritarios de la época. A regañadientes, Walter Stein admitió que no carecía de una especie de genio cruel, un genio siniestro e hirviente lleno de resentimiento y odio hacia la libertad y la igualdad de la humanidad.

³¹ Ningún estudioso reconocido de este poema medieval del Grial ha encontrado todavía la clave del trasfondo histórico de los versos. El extracto citado aquí está situado en una aventura muy alejada de cualquier otra pista sobre el origen del poema mismo. La famosa traducci3n al inglés de Jesse Weston tampoco ha sabido encontrar el significado del poema, ya que como los mismos estudiosos alemanes no ha sido capaz de comprender el verdadero significado de estos tres versos. Su traducci3n dice: «¡Dolor por nosotros! Que ninguno de sus hijos viva en paz para transmitirnos, en estos días en los que miramos la falsedad, su honor y sus buenas mujeres» (Libro III, verso 281).

Para apoyar sus interpretaciones de los misterios del Grial, la mano desconocida había apuntado citas de las más diversas fuentes: religiones orientales, misticismo, alquimia, astrología, yoga, mitología, la antigua Roma y la antigua Grecia, y un sinfín de obras históricas y crónicas de la Edad Media. Quienquiera que fuese el comentarista, estaba muy bien documentado y sus citas resultaban lo suficientemente reveladoras como para que los enigmáticos versos del trovador cobraran vida. ¡Era el Romanticismo en su manifestación más siniestra!

La palabra Grial se derivaba, al parecer, de «gradúale», que significa gradualmente, paso a paso, poco a poco. Se creía que la búsqueda del Grial producía un desarrollo gradual de la vida interior del alma desde la inactividad, relacionada con el sueño, a través de la duda, hasta un despertar positivo de la espiritualidad. El comentario interpretaba la palabra «Saelde» (en castellano: bendición), a través de la cual Wolfram von Eschenbach denotaba la obtención del Grial, como «el despertar de un zoquete de un sopor desprovisto de pensamientos».

El trovador describe el Grial como una «Piedra preciosa» (lapis excelsis), y una nota a pie de página insistía en el hecho de que la piedra era un símbolo de la alquimia para la glándula pineal situada debajo del cerebro, ¡el Tercer Ojo! Y el objetivo de este poema del Grial, su argumento y el orden en que fueron escritas las dieciséis aventuras, consistía en abrir y activar este «ojo pineal» a una visión de los secretos ocultos del Tiempo y el significado del destino del hombre.

¿Acaso este siniestro genio cuya mano había escrito este fascinante comentario también había desarrollado el «ojo pineal»? Walter Stein se hizo esta pregunta con un estremecimiento. Y si era así, ¿qué podría significar entonces para el mundo a largo plazo la aparición de un fanático de la magia negra como éste?

El comentario identificaba a muchos de los personajes de la ópera de Wagner, *Parsifal*, como personalidades auténticas que habían vivido en el siglo IX. Por ejemplo, el rey Anfortos, moribundo y poseído por el diablo, recibía en el comentario el nombre del rey Carlos el Calvo, el nieto de Carlomagno; asimismo, consideraba que la hechicera Cundric había sido Ricilda Boese (Mala), la puta más infame de la época, por la que el rey Carlos fue seducido. «Parsifal» era Luitward de Vercelli, el canciller de la Corte franca, y Klingsor estaba identificado como Landulf II de Capua, el personaje más malvado del siglo.

La batalla entre los caballeros cristianos y sus adversarios se entendía como la continua lucha por el poder de dos facciones opuestas alrededor de una auténtica Lanza. ¡La Lanza del Reich en el Hofburg!

La línea de sangre de los emperadores carolingios estaba identificada como la fuente mágica de la revelación de la familia del Grial: «Una línea de sangre con poderes únicos y mágicos que permitía ver los mundos más allá de los sentidos». Y tal como se describía en la ópera de Wagner, el objetivo de Klingsor y de su círculo de siniestros adeptos era cegar las almas de los caballeros del Grial a través de las artes de perversión sexual y privarles de la visión de forma que no les siguieran guiando las jerarquías celestiales.

Walter Stein se sintió intrigado por estas cuestiones porque las obras de Dionisio, el aeropagita, que describían las celestiales y el papel que desempeñaban en la guía del proceso histórico, habían sido enviadas por el emperador Miguel desde Constantinopla a Carlomagno como regalo de coronación en el año 800, cuando fue coronado Santo Emperador Romano. A pesar de que el papa Nicolás I había declarado herejes estos escritos, el rey Carlos el Calvo llamó al gran sabio inglés, Scotus Erigena, a la Corte para que los tradujera. Y fue Scotus Erigena, el amigo y confesor de Luitward, canciller del rey, el que se había inspirado en la Lanza sagrada para hablar del Grial:

Si a las alturas celestiales

te elevas,

*con ojos brillantes contemplarás
el Templo de Sofía.*

Walter Stein se impresionó por la identificación del monstruo de Wagner, «Klingsor», como Landulf de Capua, porque ya sabía algunas cosas acerca de los hechos históricos relacionados con esta ominosa personalidad, y sus investigaciones ulteriores le proporcionarían una visión aún más clara.

La influencia de Landulf sobre los acontecimientos del siglo IX fue enorme y no cabe duda que era la figura central en toda la maldad de aquella época. El emperador Luis II lo nombró «tercer hombre del reino» y le concedió tantos honores que él incluso aspiraba a convertir Capua en una ciudad metropolitana y se nombró a si mismo arzobispo.

A pesar de que tentó a su emperador para que hiciera la guerra a los árabes en el sur de Italia, fue su propio hermano quien exhortó a los infieles a invadir las tierras cristianas. Landulf, que pasó muchos años en Egipto estudiando astrología y magia árabe, era su aliado secreto. Gracias a sus conexiones islámicas consiguió más tarde mantener la aguilera de su castillo en las cumbres de las montañas de Sicilia, ocupada por los árabes. Allí, en Kalot Embolot (o Carita Belota), en el lugar de un antiguo templo de misterios, llevó a cabo las terroríficas y perversas prácticas que le valieron la reputación del mago satánico del mundo. Finalmente fue excomulgado en el año 875 cuando se descubrió su alianza con los árabes y las malvadas prácticas inspiradas por la seductora Iblis rozaron las fronteras de la narrativa histórica.

Unos cuantos historiadores, que percibieron la amenaza que suponía el renacimiento espiritual inspirado por el Grial para el poder de Roma, habían escrito acerca de la siniestra relación entre Landulf y una sucesión de Papas en su intento conjunto de eliminar el cristianismo esotérico del Santo Grial. Sin embargo, ninguno de ellos supera en perspicacia al imaginativo cuadro representado por Richard Wagner del mago Klingsor sirviendo al Anticristo en una conspiración para pervertir el buen desarrollo del Amor y la Sabiduría en el siglo más importante de los primeros de la historia europea.

Richard Wagner entendió cómo los rituales mágicos de Landulf, que implicaban horribles perversiones sexuales y sacrificios humanos, tuvieron un efecto devastador sobre los líderes seculares de la Europa cristiana. Porque el gran artista y compositor visualizó el modo en que estos rituales mágicos desencadenan fuerzas primitivas, a través de las cuales los espíritus demoníacos se abren paso hacia la sangre y la consciencia de aquellas individualidades contra las que están dirigidas. Y en este sentido Wagner retrató a Klingsor blandiendo la Lanza de Longino como si se tratara de una vara fálica de perversión contra el amor romántico que surgía por primera vez en aquella época. «El fuego que ardía por sus rituales mágicos afectó a la raza humana entera», dice un cronista de la época.

Con mayor sutilidad, Wolfram von Eschenbach también ha descrito los efectos destructores de la magia de Klingsor en la escena del rey herido del Grial, Anfortas, en el cual el amor verdadero ha sido pervertido por una fantasía sexual de la que no puede escapar.

Los mayores trovadores de la Edad Media habían descrito cómo el rey del Grial ha sido llevado a la ruina moral a través de una perversión sexual que ha destruido la unión bendita entre el corazón y el cerebro y le había arrebatado la visión espiritual. La «Herida» de Anfortas consiste en la incapacidad de culminar los verdaderos procesos del desarrollo espiritual. Y es con la «Lanza sangrante» con la que el cisne simboliza aquellos poderes de Klingsor que surgen de los instintos sexuales como la «Legión» demoníaca, para aniquilar el «Yo Superior» y bloquear el camino hacia la obtención del Grial.

En la escena que tiene lugar en el santuario interior del castillo del Grial, la visión de la Lanza, de cuya punta gotea la sangre, multiplica el dolor y la angustia del rey herido y

provoca infinitas lamentaciones entre sus caballeros. En un solemne ritual, la Lanza es llevada por todo el templo y con ella se tocan sus cuatro paredes: una señal de que el camino para la realización del Grial ha sido eliminado y de que la comunidad del Grial ha sido desposeída de una visión de las jerarquías celestiales y confinada para siempre en el mundo de los sentidos³².

Walter Stein volvía las páginas en busca de más notas a pie de página que se refirieran al siniestro Landulf, cuando sintió el estremecimiento a causa de una presencia extraña que se metía en su consciencia. Lo apartó de su mente como algo ilógico y reanudó la lectura.

En las páginas en blanco al final del libro descubrió unas citas de un cronista contemporáneo que describían los acontecimientos en la vida de Landulf. La noche anterior a su nacimiento, su madre tuvo una terrible visión en la que le pareció que daba a luz una antorcha encendida que no sólo quemaría su propio reino sino el mundo entero. Su esposo, a quien contó el sueño, se sintió tan aterrorizado que apenas pudo resistirse a dar muerte al niño en el momento de su nacimiento. En lugar de ello, decidió escribir un poema en el que advertía al mundo sobre su hijo y sobre la tiranía que surgiría a través de él:

Alas, querida esposa, ¿que destino nos persigue?

Tu pavorosa visión anuncia una terrible profecía.

Por ella, el niño que hay en tu seno quedará ensombrecido.

No amaré nada, destruiré los lazos de sangre.

Con perseverancia y palabras envenenadas sembraré la discordia

[entre los ciudadanos,

y quemaré como el fuego los corazones de los justos.

«Nosotros estábamos destinados a ver con nuestros propios ojos lo que predijo sumido en éxtasis espiritual —continuaba el cronista—, el fuego que se encendió a través de sus actos infectó la sangre de toda la raza humana.»

³² «El señor del castillo fue llevado a la sala y colocado, como pidió, en una canuta cerca de la hoguera central. Había pagado su deuda por el placer; su vida se estaba apagando.

»Entró en la sala el radiante Parsifal, y el que le había mandado llamar le dio la bienvenida con un gracioso gesto y le rogó que no estuviera más tiempo de pie, sino que se acercara y se sentara "junto a mí. Si dejara que te sentaras más lejos, estaría tratándote como a un extraño". Así habló el doliente anfitrión.

»Él, a causa de su enfermedad, mandaba mantener vivas las hogueras y vestía ropas de abrigo. La chaqueta de pieles y el manto que llevaba encima estaban adornados con pieles de cebellina. Incluso la piel más pobre era de gran valor, aunque era negra y gris. Sobre la cabeza llevaba una capa forrada por ambos lados de la misma piel costosa. Un ribete árabe rodeaba su corona y en el centro brillaba una joya, un reluciente rubí.

»Había en la sala muchos caballeros. El dolor acechaba por todas partes. Por la puerta entró un escudero que llevaba una lanza en las manos. El dolor se agudizó. De la punta de la lanza salía sangre que corría por la hoja e iba a parar a la mano que la sostenía y se introducía en la manga de sus ropas.

»Y entonces se empezó a oír un llanto y un gemido por toda la gran sala. Las gentes de treinta tierras no podrían haber vertido tantas lágrimas. El escudero llevó la lanza a lo largo de las cuatro paredes hasta que llegó de nuevo a la puerta y salió corriendo. El duelo de los hombres se calmó...» (Wolfram von Eschenbach. *Parsifal*.)

En este momento, Walter Stein alzó la mirada del libro y por entre las bandejas colocadas en el escaparate vio el rostro más arrogante y los ojos más demoníacos que jamás había visto.

Era el rostro de un hombre con un flequillo lacio de color castaño, un bigotillo casi cómico y una pequeña barba oscura. El hombre le estaba mirando fijamente con expresión interrogante. Llevaba un abrigo oscuro estropeado que le iba grande, y se le veían los dedos de los pies por entre un agujero de los zapatos que emergían debajo del dobladillo descosido de su pantalón. En las manos llevaba unas acuarelas del tamaño de una postal que al parecer había estado intentando vender a los turistas que pasaban por el Kohlmarkt.

Por supuesto, no sabía que estaba contemplando los ojos del hombre que sobrepasaría las terribles profecías asociadas con Klingsor, el hombre que inspiraría un reino satánico de terror y de carnicería a sangre fría que superaría en salvajismo y crueldad bestial todas las eras anteriores de opresión en la historia de la humanidad.

Apartó rápidamente la mirada de aquellos ojos hipnotizadores e hizo un tremendo esfuerzo por concentrarse en la lectura de las restantes anotaciones acerca del personaje Landulf de Capua: «Landulf de Capua era inteligente, astuto, lascivo, exageradamente ambicioso, lleno de vanidad, despreciaba a los monjes; un saqueador de la humanidad. Traicionó a su propio príncipe, rompió sus promesas y defraudó a sus nietos. Dondequiera que encontrara vínculos de solidaridad se interponía para acabar con ellos. Plantó las semillas de la discordia en todos los lugares a los que fue. Si esto suena increíble a alguien, debe considerar tan sólo las opresiones a través de las cuales traicionó a sus señores, a pesar de que juró tres veces reconocer su autoridad. Ante todo deseaba capturar las almas de hombres inocentes, y no reconocerlos como sus iguales o como dignos de veneración». (Echempertus.)

Cuando se levantó para marcharse del café Demel a última hora de la tarde, el artista empobrecido aún aguardaba afuera. Stein compró tres acuarelas, por las que le dio un montón de monedas sin contarlas, y metiéndose los cuadros en un bolsillo lateral, se marchó a toda prisa calle abajo. Hasta que llegó a su casa no se dio cuenta de que había comprado una reproducción que representaba la Lanza del Destino, la «Heilige Lance», que descansaba en su lecho de terciopelo rojo en una vitrina de la Casa del Tesoro de los Habsburgo.

Y sobre la postal se veía la misma firma que el nombre que aparecía en la solapa interior del estropeado ejemplar de *Parsifal*... ¡ADOLF HITLER!

V

EL ABC DEL GRIAL CON LA MAGIA NEGRA

La visión de Hitler, inducida por las drogas

Por muy sabio que sea un hombre, estoy seguro de que estará contento de saber cuáles son los pensamientos que hilan el tejido de esta narración, y cuáles son los impulsos morales que imparte.

El que busca acrecentar su sabiduría a través de este cuento no debe sorprenderse ante los elementos opuestos que en él aparecen. Aquí debe aprender a huir, allá a perseguir, debe aprender cómo evitar, cuándo culpar y cuándo alabar. Sólo en el que es experto en todas estas posibilidades se confirmará la sabiduría.

Si no se queda sentado demasiado tiempo, si no se equivoca en sus pasos, sino que comprende, entonces sólo él alcanzará su meta. El que entra en toda clase de falsedad en su disposición se condenará al fuego de los infiernos; destruye toda su buena fama como el granizo destruye la fruta. Su fidelidad tiene una cola tan corta como la de la vaca, que, cuando la pica el tábano, tiene muchas dificultades en apartar la tercera picadura dada la escasa longitud de su cola.

Wolfram von Eschenbach, *Parsifal*.

Muchos de los inquilinos de la pensión de mala muerte de Viena en la que vivía Adolf Hitler han descrito su aspecto piojoso y desmelenado en aquel tiempo. Todos le describen como un hombre perezoso, huraño y tan reacio a todo tipo de trabajo que prefería empeñar sus libros y las pocas pertenencias personales que poseía a salir a trabajar y ganarse unos pocos *hellers*.

Algunos de sus antiguos compañeros de pensión le describen como un hombre de mal genio confinado en su cuchitril, envuelto tan sólo en una manta después de que sus ropas le hubieran sido arrebatadas para llevarlas a fumar.

Huelga decir que ninguno de los vagabundos y desgraciados que compartían su miserable entorno tenía la menor idea del calibre del hombre que veinte años más tarde se convertiría en el líder del pueblo alemán, ni tenían tampoco la más ligera idea de la verdadera naturaleza de sus estudios, sus ambiciones de grandeza, o sus incursiones a través de las drogas en las alturas de la consciencia trascendental. Aun así, la mayoría de las biografías reconocidas de Hitler se han apoyado sin excepción en los informes y las opiniones de esos vagabundos y desgraciados para ilustrar los años de formación de una personalidad que más tarde hizo de todo menos conquistar el mundo.

¿Cómo puede alguien esperar que la chusma de una pensión de mala muerte de la ciudad entienda el alcance de una personalidad tan grandiosa como la de Adolf Hitler? «Un hombre desmedido». Constantino de Neurath³³, uno de los antiguos compinches de Hitler, lo llamó así tras ser puesto en libertad después de cumplir una condena por criminal de guerra en la prisión de Spandau. Y Von Neurath, que en una ocasión fue el líder de las Juventudes Hitlerianas y Gauleiter de Viena, quería decir que Adolf Hitler había transformado la dimensión de la medida en una imaginación ilimitada que constituía la fuente misma de su genio malvado.

Walter Stein, que comprendería los procesos mentales de Adolf Hitler a todos los niveles, y que se convertiría algún día en el consejero confidencial de sir Winston Churchill en lo concerniente al Führer nazi y a sus más estrechos colaboradores, encontró bastantes dificultades en seguir la pista del artista empobrecido. Durante un par de semanas paseó por los lugares de interés turístico más importantes de la ciudad, lugares que los oriundos de Viena raras veces visitaban: la iglesia de San Esteban, el palacio de verano de los Habsburgo, la Ópera, la escuela española de equitación, la Ringstrasse y, por supuesto, el café Demel en el Kohlmarkt, donde lo había visto por primera vez.

Como último recurso volvió a la librería en el casco antiguo de la ciudad en la que había comprado el ejemplar de Hitler de *Parsifal*. Era un disparo al azar, pero mereció la pena. El propietario, Ernst Pretzsche, mostró un interés inmediato al oírle mencionar el nombre de Hitler, y le invitó a pasar a la pequeña oficina situada en la trastienda.

Pretzsche era un hombre de aspecto malévol, calvo, encorvado y con cara de sapo. A Walter Stein le desagradó desde el primer momento. Al parecer, Hitler visitaba la tienda con regularidad, pero Pretzsche no le veía desde hacía tres semanas.

³³ Constantin Von Neurath no se por qué este nombre lo traducen, cuando no hay ningún nombre anterior traducido, (nota del corrector)

«Sabe que siempre puede venir a comer algo y a charlar —dijo Pretzsche—. Es demasiado orgulloso para aceptar regalos o dinero. Le permití empeñar sus libros y sus pertenencias para reunir el dinero suficiente con que cubrir sus necesidades básicas. Sus libros no valen nada, pero me proporcionan un pretexto para darle unos cuantos *hellers*.»

Extendió el brazo para tomar una pequeña pila de libros colocados en un rincón de su oficina y dijo: «Mire éstos. Emborrónalos así todos sus libros. Apenas hay una página que no esté llena de anotaciones. Por lo general no los vendo. Mi ayudante cometió un error al venderle ese libro».

Stein reconoció las obras de Fichte, Schelling, Hegel, Schopenhauer y Nietzsche. También había un ejemplar de la obra *Cimientos del siglo XIX*, de Houston Stewart Chamberlain. Asimismo vio varios libros de religiones orientales y yoga. El *Nibelungenlied*, el *Fausto* de Goethe, y *La educación de la raza humana*, de Lessing.

Unas cuantas pinturas de Hitler se veían colgadas de las paredes y pegadas a las portadas de sus libros, y algunas acuarelas del tamaño de una postal estaban exhibidas sobre la repisa de la chimenea. Eran una prueba más que concluyente de la ayuda económica que el mecenas le había estado prestando a Hitler.

También se veían otros objetos significativos que no escaparon a la perspicaz mirada de Stein. Cosas como reproducciones de alquimistas en plena tarea y cartas y símbolos astrológicos colgaban junto a posters pornográficos, el tipo de ilustraciones viles que se encontraban en aquel tiempo junto con la literatura antisemita.

Una fotografía colocada sobre el escritorio del despacho mostraba a Pretzsche junto a un hombre al que Stein identificó como el infame Guido von List, el fundador y máximo representante de la Logia Oculta, cuyas actividades habían trastornado profundamente a la ciudad de Viena cuando fueron desveladas por la prensa. Hasta el momento de ser desenmascarado, Guido von List había gozado de una enorme aceptación como escritor político, y sus obras habían sido elogiadas en todas partes por sus temas de misticismo pangermánico. Cuando salió a la luz que era el líder de una fraternidad de sangre que había sustituido la cruz por la esvástica en rituales que incluían actos de perversión sexual y la práctica de la magia negra medieval, List había huido de Viena por miedo a ser linchado por un pueblo enardecido que albergaba profundos sentimientos católico-romanos.

Walter Stein no se sorprendió en lo más mínimo al averiguar asociaciones de este tipo con el comentario satánico del Grial. Pretzsche era una criatura detestable. Era difícil comprender cómo podía considerarse un ejemplar notable de la virilidad alemana. Sentado en su guarida, Stein se sintió como una mosca atrapada en una tela de araña. Los acuñosos ojos azules que le miraban desde aquel rostro cetrino y desprovisto de sangre parecían despedir el mal, sobre todo ahora que creía que su visitante era un seguidor más de la causa de la raza aria.

Eludiendo todas las preguntas acerca de su trasfondo personal y sus inclinaciones políticas, Stein sólo reveló que era un estudiante de la Universidad de Viena y que su asombro fue enorme al descubrir un comentario tan penetrante del trasfondo histórico del Grial en el ejemplar de Hitler del poema medieval de Wolfram von Eschenbach.

«En algunos medios se me considera una gran autoridad en temas de ocultismo —le dijo Pretzsche—. Adolf Hitler no es la única persona a la que presto ayuda y doy consejo en esta materia. Puede venir a consultarme cuando quiera.»

La última cosa que deseaba era mantener el contacto con esta criatura con aspecto de sapo que obviamente andaba mezclado con grupos que practicaban la magia negra. Ya había averiguado todo lo que necesitaba saber, ya que Pretzsche le había dado la dirección de Adolf Hitler. Ahora podría encontrarlo sin ayuda de nadie. Con el pretexto de que tenía prisa, se apresuró a salir de la tienda.

Parecía que no había más alternativa que visitar a Adolf Hitler en su alojamiento de la Meldemannstrasse, que era la calle en la que, según las informaciones de Pretzsche, vivía Hitler. Herr Kanya, el administrador de la pensión, le dijo que Adolf Hitler se había marchado a Spittal-an-der-Drau, donde una de sus tías había muerto recientemente y le había dejado una pequeña herencia. No sabía si seguiría viviendo en la pensión una vez que regresara a la ciudad.

La herencia produjo un cambio radical en la apariencia externa de Adolf Hitler, y Walter Stein apenas lo reconoció al verlo pintando delante del Hofburg diez días más tarde. El flequillo castaño y lacio y el bigotillo seguían allí, pero se había afeitado la barba y el barbero le había hecho un corte de pelo, corto en la nuca y en ambos lados de la cabeza.

Llevaba un traje oscuro y una camisa blanca y muy limpia, y ahora sus pies estaban bien protegidos por un par de relucientes botas nuevas. Resultaba difícil creer que se trataba del mismo sujeto medio muerto de hambre y vestido con harapos que había visto por el escaparate del Demel hacía más o menos un mes.

Antes de pasar a describir la conversación entre Walter Stein y Hitler y su posterior asociación, cabe señalar aquí y ahora que no existe prueba escrita alguna que dé fe de dicha conversación. Lo que significa que no disponemos de ningún texto escrito del diálogo exacto que mantuvieron ambos hombres, sino tan sólo de una secuencia de acontecimientos que tuvieron lugar durante sus encuentros esporádicos, el contenido general de sus conversaciones y la naturaleza de su relación. Cuando el doctor Stein me habló con todo detalle de estas conversaciones, yo mismo no tenía la más ligera idea de que un día emprendería la tarea de escribir este libro. En este punto había estado muy ocupado intentando convencer al doctor Stein de que la escribiera él, lo cual seguramente habría hecho sino hubiera sido por su temprana muerte. Por ello no tomé notas literales ni grabé cintas de las palabras del doctor Stein, sino que me limité a apuntar comentarios generales en mi propio diario.

Al parecer, a Adolf Hitler no le gustó la intromisión de Walter Stein cuando se detuvo detrás de él e hizo algún cumplido banal sobre la enorme acuarela que estaba pintando y que representaba el Ring. Cuando Stein sacó el ejemplar de *Parsifal*, Hitler se enfureció y maldijo enojado a Pretzsche por vender uno de los libros que había empeñado en su tienda. Tal vez su conversación habría terminado de un modo brusco si Stein no se hubiera puesto a hablarle abiertamente de sus investigaciones sobre la Lanza del Destino y de lo mucho que valoraba la interpretación de Hitler del trasfondo histórico del Grial en el siglo IX. Hitler pareció calmarse un poco. Pero fue la afirmación de Stein, hábilmente introducida en la conversación, sobre el hecho de que el centurión Longino era medio teutón lo que atrajo la atención de Hitler. En un abrir y cerrar de ojos ya se habían enzarzado en una animada discusión sobre el talismán del poder que habría de convertirse en el centro de la vida de Hitler y la fuente misma de sus ambiciones dirigidas a la conquista del mundo.

Adolf Hitler se entusiasmó y empezó a considerar al estudiante de ojos azules y aspecto ario como un miembro más de la conspiración por la causa pangermánica cuando le oyó explicar que una de las primeras crónicas germánicas de Colonia indicaba que Longino era de ascendencia germánica. Esta crónica menciona una carta que Gayo Casio envió desde Jerusalén a su pueblo natal de Zobingen, cerca de Elwangen, carta en la que el oficial romano describía el papel crucial que había desempeñado en la crucifixión del Mesías judío. También describía que el hombre más importante del pueblo le había contestado con una carta en la que le ponía al corriente de los acontecimientos locales más importantes que habían tenido lugar en su ausencia.

Al cabo de una hora de conversación, en el curso de la cual Adolf Hitler hizo gala de vastos conocimientos acerca de la leyenda asociada a la Lanza del Destino, y el modo en que dicha leyenda se había ido cumpliendo a lo largo de los siglos, ambos hombres

atravesaron juntos el Ring para entrar en la Weltliche Schatzkammer y contemplar la antigua arma.

Mientras se dirigían al Hofburg, Walter Stein comentó el asombro que sintió al descubrir que la Lanza se había convertido en el centro de los acontecimientos de la Edad Media, durante la era más importante y decisiva para el destino futuro del mundo. Sobre todo, dijo a Adolf Hitler, le habían fascinado los increíbles prodigios que siempre parecían tener lugar inmediatamente antes de la muerte del hombre que la poseía, es decir, cuando la Lanza estaba a punto de cambiar de manos. Habló de los ominosos prodigios que tuvieron lugar justo antes de la muerte de Carlomagno, que habían sido anotados con cierto detalle por Einhard, un cronista contemporáneo de la Corte de los francos.

Narró cómo después de la última de las cuarenta y siete campañas victoriosas de Carlomagno, cuando volvía de Sajonia, un cometa cruzó el cielo y el caballo del emperador se encabritó de pronto y lo tiró al suelo. El gran emperador cayó con tal violencia que se le desprendió el cinturón y la Lanza salió despedida para quedar a seis metros de distancia. Al mismo tiempo se sintieron temblores de tierra en el palacio real de Aquisgrán, y la palabra «Princeps» se había desvanecido de la inscripción color rojo y ocre que estaba colocada en lo alto de la viga central de la catedral y que antes había rezado: «Karolus Princeps». Carlomagno no se había percatado de estos fenómenos, que sus cortesanos habían tomado por una premonición de su inminente muerte. Según Einhard: «Se negó a admitir que cualquiera de estos fenómenos pudiera tener alguna conexión con sus asuntos personales». Sin embargo, el emperador, que contaba entonces setenta años, mandó escribir su última voluntad y redactar su testamento en caso de que aquella premonición fuera cierta. ¡Y lo fue!

Al parecer, Adolf Hitler había leído las crónicas sobre la vida de Carlomagno, pero no le interesaban mucho los carolingios. Según dijo, prefería las ilustres vidas de los grandes emperadores alemanes, tales como Otón el Grande o Federico Barbarroja. Le contó a Walter Stein la historia de los cuervos de Barbarroja, que le acompañaron en todo momento y nunca le abandonaron ni aun en el fragor de sus numerosas batallas, durante las cuales sobrevolaban la Lanza que sostenía el emperador. También le contó que los cortesanos no se habían sorprendido cuando su emperador se cayó del caballo y murió mientras cruzaba un río en Sicilia, porque los cuervos habían abandonado a su emperador tres días antes para perderse de vista en el horizonte azul del mar.

Por supuesto, Walter Stein no tenía el menor presentimiento en aquella mañana soleada de septiembre de 1912 de que las mayores «coincidencias» en el cambio de posesión de la Lanza del Destino todavía habrían de producirse, o de que treinta y tres años más tarde él mismo sería el responsable indirecto de que la Lanza fuera retirada de una bóveda secreta situada debajo de la fortaleza de Nuremberg en el mismo instante en que Adolf Hitler estaba a punto de quitarse la vida en el bunker de la OHL, en el Berlín derrotado.

Adolf Hitler le guió a través de la larga escalera lateral al interior de la Casa del Tesoro y se dirigió directamente a lo largo del pasillo hacia el lugar en el que se encontraba la «Heilige Lance».

Walter Stein había visto la Lanza muchas veces antes de aquel día. Siempre le había parecido terrorífico considerar las asociaciones de esta antigua Lanza de hierro a algunos de los nombres más importantes de la historia de Europa. Sin embargo, aquella mañana la Lanza evocó en su corazón por primera vez una profunda compasión por la vida de sacrificio que llevó Jesucristo, cuya sangre había sido derramada por su punta afilada. Durante varios minutos permaneció allí en profunda meditación, y olvidó por completo que se hallaba en compañía de Adolf Hitler y de la leyenda de la Lanza o de la serie de personajes históricos que la habían cumplido.

La experiencia sensorial inmediata de la Lanza que en una ocasión se había clavado en el costado de Jesucristo entre la cuarta y la quinta costilla consistió en sentirse dolorosamente cerca del acontecimiento que había tenido lugar 1.900 años antes en una

colina de las afueras de Jerusalén, cuando el Hijo de Dios fue crucificado para la salvación de la humanidad.

Durante unos instantes se sintió abrumado por las poderosas emociones que llenaban su pecho y que fluían como un río de calidez curativa por su cerebro, evocando respuestas de respeto, humildad y amor. El mensaje más importante parecía estar inspirado por la visión de esta Lanza, en cuya cavidad central estaba incrustado uno de los clavos que habían sujetado el cuerpo de Cristo en la cruz. Era un mensaje de compasión que quedaba maravillosamente expresado por los caballeros del Grial: «*Durch Mitleid wissen*». Una llamada del Ser Inmortal que resonaba en la oscuridad de la confusión y la duda del alma humana: conocer a través de la compasión.

Por primera vez en su vida comprendió el significado de la compasión, el gozo y la liberación espiritual. Se sentía renovado, como un ser humano completo, y sabía por intuición que la vida en sí misma era un regalo de gracia de las fuerzas divinas. En su corazón nació una profunda ansia por comprender las metas de la evolución humana y por descubrir el significado de su propio destino. Fue una experiencia impresionante.

Walter Stein se dio cuenta de que no era el único que se había conmovido ante la visión de la Lanza. Adolf Hitler estaba junto a él como si estuviera sumido en un profundo trance, un hombre sobre el que había caído un hechizo mágico. Su rostro brillaba y sus ojos relucían de un modo muy extraño. Se balanceaba sobre sus pies como si lo hubiera atrapado una euforia inexplicable. Todo el espacio que le rodeaba parecía iluminado por una sutil irradiación, una especie de luz ectoplásmica. Toda su fisonomía parecía haberse transformado como si en su cuerpo habitara ahora un espíritu poderoso que creaba en su interior y a su alrededor una suerte de transformación malvada de su propia naturaleza y de su poder.

El joven estudiante recordó la leyenda de los dos espíritus opuestos del Mal y del Bien asociados a esta Lanza del Destino del Mundo. ¿Acaso era él un testigo de la incorporación del espíritu del Anticristo en el alma de este hombre?, se preguntó. ¿Se había convertido este vagabundo de la pensionsucha en el recipiente de ese espíritu que la Biblia llamaba «Lucifer», el espíritu al que los poemas del Grial describían como el guía de los elementos del mal que se habían apoderado de las almas de los seres humanos?

Era difícil dar crédito a lo que veían sus ojos, pero los acontecimientos probarían que Walter Stein tenía razón. Porque fue la visión de este mismo espíritu en el interior del alma de Adolf Hitler lo que inspiró a Houston Stewart Chamberlain, el yerno de Wagner y profeta del mundo pangermánico, a proclamarle como el «Mesías» alemán.

No sólo los fanáticos seguidores de la *Weltanschauung* o las personas afectadas por el carisma y el dinamismo de Adolf Hitler darían fe de este destacable fenómeno de posesión «luciférica». Tomemos, por ejemplo, el testimonio de una persona razonable y extrovertida como Denis de Rougemont:

Algunas personas creen, por haber experimentado en su presencia un sentimiento de horror y una impresión de poder sobrenatural, que él es la sede de «Tronos, Dominios y Poderes», lo que según san Pablo significaba aquellos espíritus jerárquicos que pueden descender y meterse en el interior de cualquier mortal, invadirle... ¿De dónde proceden los poderes sobrehumanos que demuestra en estas ocasiones? Es evidente que una fuerza de esta índole no pertenece al individuo y que ni siquiera podría manifestarse a menos que dicho individuo carezca de importancia excepto como vehículo de una fuerza para la que nuestra psicología no tiene explicación... Lo que estoy diciendo sería la manifestación más barata de las tonterías románticas si no fuera porque lo que ha sido establecido por este hombre, mejor dicho, a través de él, es una realidad que constituye uno de los milagros del siglo.

Naturalmente, Walter Stein no podía prever aquel día en la Casa del Tesoro de Viena, en septiembre de 1912, que Adolf Hitler canalizaría aquellos poderes demoníacos o volcaría su propio destino al Antiespíritu de la Lanza. «La primera vez que estuvimos juntos ante la Lanza de Longino —me contó el doctor Stein treinta y cinco años más tarde—, me pareció que Hitler estaba sumido en un trance tan profundo que sufría una desprovisión total de sentidos y un eclipse total de la consciencia.»

En otras palabras, el alma de Hitler no era lo suficientemente madura en aquel momento para conservar consciencia de sí mismo y de lo que le rodeaba en el instante en que aquella identidad extraña se apoderó de él. Durante los seis meses siguientes, en el curso de los encuentros y las conversaciones esporádicas con Hitler, Walter Stein sería testigo de un desarrollo hacia la madurez del alma de este extraño personaje, a través del cual se convirtió en un instrumento cada vez más consciente y receptivo del espíritu diabólico que le había invadido. «Voy como un sonámbulo allí donde me lo dicta la providencia», dijo Hitler en una entrevista para la prensa. Qué tragedia que estos robustos pero escépticos observadores del nacimiento del Tercer Reich no fueran capaces de comprender la aplastante verdad de aquellas palabras.

Cuando el doctor Stein narraba la dramática escena que tuvo lugar en el Hofburg, le pregunté qué rumbo habría tomado si se hubiera dado cuenta entonces del pavoroso reino de terror y destrucción que desencadenarían las fuerzas demoníacas que operaban a través de Adolf Hitler. ¿Existía, de hecho, alguna justificación para el aniquilamiento de estos vehículos del mal antes de que el mal tuviera tiempo de salir a la superficie?

Como respuesta Stein citó el ejemplo de Friedrich Staps, que planeó matar a Napoleón mientras pasaba revista a su guardia en Schönbrunn. Staps, un estudiante, se adelantó para pedir un favor a Napoleón. Fue registrado y se descubrió que llevaba consigo un cuchillo largo y afilado. Cuando le interrogaron respondió sin miedo que, en efecto, había tenido la intención de matar a Napoleón.

Napoleón interrogó a Staps personalmente, y su ayuda de cámara actuó de intérprete:

—¿Por qué querías matarme? —preguntó.

—Porque habéis traído el infortunio a mi país.

—¿Te he causado dolor de algún modo?

—En la misma medida que a casi todo el mundo en Alemania.

—¿Quién te incitó a cometer este crimen?

—Nadie. Lo decidí por mí mismo porque estaba convencido de que si os mataba prestaría el mayor servicio posible a mi país y al resto de Europa.

—Estas loco, o si no, enfermo.

—Ni lo uno ni lo otro.

El doctor Corvisart fue consultado y constató que, en efecto, el joven gozaba de una salud de hierro. Napoleón se ofreció a perdonarle.

—No quiero ser perdonado —replicó el joven—. Lamento no haber tenido éxito.

—Pero, dime, si te perdonara, ¿me estarías agradecido?

—Seguiría teniendo los mismos deseos de mataros.

Staps murió gritando: «¡Larga vida a la libertad!»³⁴

³⁴ Octave Aubry, *Napoleón* (Hamlyn).

Staps, hijo de un pastor, era miembro de la élite de los Germanenorden, el círculo que conspiró para sacar la Lanza del Destino de Nuremberg antes de que el emperador pudiera ponerle las manos encima para utilizar el talismán a fin de cumplir sus ambiciones referentes a la conquista del mundo.

El doctor Stein expresó su opinión de que estaba completamente justificado intentar asesinar a los tiranos, siempre y cuando no se pretendiera evadir las consecuencias de este acto. Se habría necesitado un gran coraje para matar a Hitler durante sus años de formación en Viena, porque al acto en sí se añadiría el estigma de la locura! ¿Quién habría creído que un vagabundo que vivía en una pensión de mala muerte se convertiría un día en el mayor tirano de la historia mundial? ¡Que fácil es ser sabio después del acontecimiento!

La relación que se estableció entre Walter Stein y Adolf Hitler no podría ser descrita nunca como una amistad. Por su parte, Walter Stein descubrió que se podía sentir compasión y pena por una persona por la que uno no sentía aprecio y con la que no tenía ni la más mínima afinidad.

«Admito sin esfuerzo —dijo Stein más adelante— que me sentía fascinado por sus estudios acerca del Grial. Al mismo tiempo, creía yo, y con poco acierto, según se demostró más tarde, que podría transformar su pensamiento y estimular algún sentimiento social auténtico. No cabe duda que poseía algunos dones notables, pero no de la clase que permitiera integrarlo en la sociedad, ni siquiera conseguirle lo necesario para vivir.»

Al parecer, Adolf Hitler consideraba a Stein como un joven estudiante con mucho espíritu y una mente privilegiada, que con poco esfuerzo podría ser conquistada para que se uniera a la causa racista pangermánica. Es indudable que se añadía un sentimiento de orgullo por estar instruyendo a un brillante estudiante universitario en materias que ningún profesor ortodoxo podría haberle enseñado.

Siempre hubo una especie de enemistad latente entre ellos, y Hitler nunca manifestó un sentimiento cálido genuino hacia Stein. Por ejemplo, Hitler nunca se dirigió a Stein por su nombre de pila, como lo había hecho con su amigo Kubizek, llamándole Gustl, y jamás le tuteó. En lugar de ello, siempre saludaba a Stein con un toque de sarcasmo agresivo y lo llamaba «Herr Professor» o «Herr Doctor».

Walter Stein siempre tenía que arreglar sus encuentros a conveniencia de Hitler, y en muchas ocasiones, Hitler ni siquiera se molestaba en aparecer, y dejaba a Stein esperando durante horas o buscándole en sus escondrijos habituales, la mayoría de los cuales eran cafés de la ciudad o en el polígono industrial de Viena Neustadt, donde Hitler encontraba con gran facilidad un lugar en el que airear sus teorías políticas.

Y para colmo, Adolf Hitler era igual de imprevisible por lo que se refería a sus estados de ánimo. Algunos días se mostraba muy dispuesto a hablar abiertamente acerca de sus experiencias sobre ocultismo, mientras que otros días limitaba sus conversaciones a las tediosas discusiones políticas o las interminables diatribas sobre el odio racista.

«Tardé varios meses en hacerme un cuadro completo de su vida y en descubrir el trasfondo de sus estudios sobre el Grial y los misterios de la Lanza de Longino. Tenía mucho cuidado en no presionarle nunca —insistía Stein—. Me limitaba a esperar pacientemente a que me contara sus experiencias poco a poco.»

La esencia de estas conversaciones que tuvieron lugar a finales de verano, durante el otoño y el invierno de 1912 y la primavera de 1913, ha sido la fuente de las descripciones de la vida y las aspiraciones de Adolf Hitler contenidas en los primeros capítulos de este libro.

Dado que el estudiante universitario se movía en círculos muy cultivados, Adolf Hitler era un compañero cuya grosería causaba vergüenza cuando estaban sentados en cafés discutiendo su interés compartido por el Grial o la Lanza. A menudo Walter Stein tenía

que aguantar demostraciones del egoísmo corrosivo de Hitler que rayaban en la megalomanía, manifestaciones de fuerza de voluntad brutal que resultaban de lo más desagradable. Estas explosiones se producían siempre cuando Hitler se enzarzaba en enfurecidas discusiones políticas con desconocidos, en las que casi llegaba a las manos. Con una tremenda violencia verbal, en la que gritaba y profería insultos, Hitler reducía a sus adversarios a un silencio perplejo y resentido. Y después, como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo corriente, volvía a la mesa en la que se sentaba Stein, se ponía a sorber su café e iniciaba una tranquila conversación sobre la búsqueda del Grial o algún tema parecido.

Otras veces, sobre todo cuando Hitler estaba entusiasmado, su modo de hablar, por lo general tímido y retraído, se convertía en un torrente mágico de palabras que fluía con un efecto devastador. En esas ocasiones, era como si Hitler estuviera escuchando a alguna inteligencia externa que se hubiera apoderado por un instante de su alma. Después se reclinaba en su silla, exhausto, una figura solitaria caída de las alturas del éxtasis orgiástico y desprovisto de pronto de esa cualidad carismática que momentos antes le había proporcionado una autoridad tan grande sobre sí mismo y sobre su público.

La extraña transformación a la que estaba asistiendo Stein desde sus orígenes sería descrita más tarde por otras personas que fueron testigos de esta posesión satánica de un modo más concreto, a medida que Hitler avanzaba paso a paso hacia la cumbre del poder. Así, George Strasser, un nazi que desertó, recordaba veinte años más tarde:

Escucha a Hitler y de pronto tendrás la visión de alguien que guiará a la humanidad hacia la gloria. Una luz aparece en una ventana oscura. Un caballero con un cómico bigotillo se convierte en un arcángel. Entonces el arcángel levanta el vuelo y allí queda Hitler, bañado en sudor y con los ojos vidriosos.

Cuando Hitler realizaba sus investigaciones sobre el Grial, el cual concibió como el sendero que conducía desde la apatía sin pensamientos a través de la duda hacia el despertar espiritual, la palabra que con mayor frecuencia salía de sus labios era «iniciación». En incontables ocasiones mencionó los grados ascendentes que se suceden en el camino hacia la consecución de los niveles superiores de consciencia, explicando el significado de los símbolos heráldicos y las insignias de armas de los caballeros, que interpretaba como representantes de los diversos escalafones por los que habían pasado en la búsqueda del Grial.

El cuervo negro era el símbolo del primer grado, explicaba, porque el cuervo simbolizaba el Mensajero del Grial y el dedo del destino que guiaba a los hombres hasta él. El segundo grado se representaba con el pavo real, y su brillante plumaje era el símbolo de la capacidad para conseguir los poderes de la imaginación o de la representación de imágenes.

El cisne era la señal del tercer grado, ya que los novicios que querían llegar a él tenían que entonar el canto del cisne. Es decir, tenía que morir por sus propios deseos egoístas y su debilidad para servir a los objetivos más elevados de su raza.

El cuarto grado quedaba representado por el pelícano, el pájaro que se hiere a sí mismo en el pecho para sentir su juventud. Un iniciado así, concluía Hitler, vivía para la perpetuación de su propio pueblo y se entregaba a la nutrición de su juventud.

El león significaba que un hombre había alcanzado el quinto grado y había unificado su consciencia con el espíritu de su raza. Él era el recipiente de este espíritu. Un hombre así se había convertido en el líder mesiánico de su pueblo.

Y según la interpretación no cristiana de Hitler, el grado más alto lo confería el emblema del águila, porque el iniciado ya había alcanzado los poderes más elevados a los que un hombre puede aspirar. Ya podía asumir el destino histórico del mundo.

«¿Qué tiene que ver este sendero de iniciación con el carpintero de Nazaret, un rabino que se había nombrado a sí mismo y cuyas enseñanzas de amor y compasión habían desembocado en la rendición de la voluntad de vivir? —se preguntaba Hitler—. ¡Nada! Tampoco las disciplinas del Grial para el nuevo despertar de los poderes latentes en la sangre tenían absolutamente nada que ver con el Cristianismo.»

¿Había algún pasaje o algún incidente en la historia del Grial que no pudiera sostenerse por sí misma sin la intromisión de las falsas doctrinas cristianas?

«No —respondía Hitler—. Las verdaderas virtudes del Grial eran comunes a los mejores pueblos arios. El Cristianismo sólo agregó las semillas de la decadencia, tales como el perdón, la abnegación, la debilidad, la falsa humildad, y la negación de las leyes de la evolución sobre la supervivencia del más fuerte, el más valiente y el que tiene más talento.»

Walter Stein siempre podía contar con una ración de este tipo de discurso cada vez que se encontraban, pero aprovechaba las oportunidades cuando Hitler estaba más accesible para plantear todas las preguntas que pudieran llenar las lagunas del conocimiento cada vez más profundo que había adquirido sobre el trasfondo de las investigaciones de Hitler acerca de los misterios del Grial y la leyenda de la Lanza.

Stein sentía gran curiosidad por saber dónde encajaban Ernst Pretzsche y su asociación con la infame logia de la sangre de Guido von List, ya que cada día que pasaba era más consciente de que Adolf Hitler tenía un mentor espiritual experimentado que acechaba entre bastidores. Aun así, temía preguntárselo a Hitler, porque se había dado cuenta de que Hitler se encerraba en sí mismo como una ostra cuando tenía la sensación de que le estaban interrogando. La solución se presentó una tarde de noviembre en la que Hitler trajo una carta al lugar de su encuentro, la cual, según dijo, había obtenido a través de Ernst Pretzsche hacía algún tiempo.

Walter Stein identificó aquella carta como una de las ilustraciones de la obra de Basilio Valentín, un alquimista del siglo XVI, que había descrito en una serie de cuadros los temas centrales del *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach.

Esta reproducción en particular que Hitler había traído consigo representaba a los caballeros Parsifal, Gawain y Feirifis, los tres héroes de la historia, que estaban ante la ermita de Treverezent, el anciano y sabio guardián de los secretos del Grial. Hitler confió a Stein que Ernst Pretzsche había descubierto que en esta encantadora ilustración parecida a la de un cuento de hadas, estaba escondido todo el camino que conducía a la consciencia trascendental. Walter Stein ya había descifrado el significado que encerraba, y más tarde utilizó la ilustración en su libro, *El Siglo Noveno*.

En la ilustración se aprecia que el sendero que conduce al Grial (véase ilustración) es una espiral ascendente alrededor de una montaña en miniatura sobre la cueva de la ermita. Una liebre, el símbolo de la alquimia y de los pensamientos inacabados de los no iniciados, corre hacia el sendero. Un poco más allá, en la ladera de la montaña, una gallina muy gorda incuba sus huevos en un nido para simbolizar el calor y la fuerza de voluntad que se requieren para el desarrollo de una imaginación descriptiva, de modo que los pensamientos se conviertan en entes tan llenos de sustancia como los objetos externos y adquieran una nueva claridad de formas y de permanencia. Más arriba, en el sendero estrecho y retorcido, un león bloquea el camino. El león simboliza toda la esfera de los sentimientos, es decir, las simpatías y las antipatías, los placeres y las aversiones, que el que busca el Grial tiene que aprender a dominar y a mantener bajo control. Para conquistar al león tiene que conseguir que sus sentimientos sean tan despersonalizados y objetivos como sus pensamientos, de modo que la fuerza de los sentimientos en sí misma se convierta en una forma inspirada de conocimiento que le informe de las realidades antes que de sus gustos y aversiones, que son sentimientos egoístas.

Y ahora ha llegado el momento en el que el caballero debe enfrentarse al dragón y destruirlo. El dragón simboliza los poderes de los instintos desatados, los impulsos y los deseos, el apetito insaciable de la serpiente que lucha encarnizadamente contra la fuerza de voluntad más inquebrantable cuando ésta intenta dominarlo.

El siguiente símbolo es el más extraño y misterioso de todos y ha confundido a las mentes más perspicaces en la búsqueda del Grial: un cubo de basura con un sol y una luna desechados. Este extraño simbolismo representa la condición espiritual de un hombre que por mucho que haya aprendido sigue atrapado en el «cubo de basura» tridimensional de la consciencia, el mundo de la medida, el número y el peso. Es decir, el alma que todavía no es capaz del pensamiento «libre de sentidos» que conduce a la consciencia trascendental.

Sobre el cubo de basura, que encierra a un sol y a una luna de aspecto infeliz, hay una extraña cocina de hechicero con chimeneas humeantes. Esta extraordinaria cocina situada cerca de la cima misma de la montaña representa los sutiles cambios de la alquimia que deben tener lugar cuando el espíritu, el alma y el cuerpo son conducidos a una armonía interior y conjunta dentro de la cual las facultades de la expansión mental pueden desarrollarse, la trinidad del conocimiento imaginativo, la inspiración y la intuición con las que el caballero que aspira a la obtención del Grial puede atravesar el puente entre dos mundos: el terrenal y el sobrenatural. En esta etapa de la búsqueda del Grial el caballero debe llegar al conocimiento de sí mismo más penetrante. Debe descubrir por sí mismo el verdadero significado de la imparcialidad, la tolerancia y la ecuanimidad. Una imparcialidad en la que todos los prejuicios, especialmente los prejuicios raciales, deben ser eliminados del alma; una tolerancia inspirada en el verdadero respeto por la igualdad de todos los hombres; una ecuanimidad nacida de la confianza total en Dios. Ahora que ya es dueño de sus pensamientos, sus sentimientos y su Fuerza de Voluntad, el aspirante debe ser capaz de discernir de inmediato entre lo que es moralmente real y lo que no lo es, entre lo eterno y lo efímero. Sobre todo, debe valorar la capacidad concedida por Dios para llegar a la libertad espiritual, toda su vida debe convertirse en dedicación total a servir a la humanidad en el seno de la cual todas las motivaciones personales se han elevado a las alturas de los Ideales Universales.

Aquí, en el mismo umbral del Santo Grial, las palabras de san Pablo suenan de nuevo: «No yo, sino Cristo en mí». El caballero toma ahora el sendero de la humildad que conduce al aniquilamiento del egoísmo en el fuego consagrado del amor de Cristo.



Grabado extraído de las obras de Basilio Valentín, alquimista y maestro en ciencias ocultas. La pintura muestra a Parsifal, Gawain y Feirifis, tres héroes de la búsqueda del Santo Grial, frente a la ermita de Treverezeni. Los símbolos diseminados por el camino que asciende hasta la cima del monte representan las disciplinas y las tareas que debe afrontar un caballero en su búsqueda de la iniciación Grial.

Incluso cuando Parsifal ha aprendido con esfuerzo y sufrimiento el significado más profundo de las palabras «*Durch Mitleid wissen*», (conocimiento a través de la compasión) debe esperar el momento determinado por Dios en el que le será concedida la iluminación definitiva. El momento en el que con un espíritu renacido, se convertirá en un participante activo de los mundos supraconscientes.

Por encima de la montaña, el sol y la luna se ven liberados de su esclavitud tridimensional, la liberación definitiva de la contaminación materialista del cubo de basura! El sol y la luna creciente, orientados de forma correcta en el cielo, son el símbolo del Grial, que es a su vez el Símbolo Sagrado de la consciencia trascendental.

El Grial también se representa con una paloma que vuela desde el sol hacia el «disco invisible» que se encuentra entre los brazos de la luna creciente. En otras pinturas de alquimia realizadas por el mismo Basilio Valentín, el sol se plasma como un corazón humano y la luna como la glándula pineal, «la preciosa joya» mencionada en el *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach.

Como ya hemos dicho con anterioridad, la glándula pineal es la que, una vez abierta y activada, se convierte en el órgano de visión que los orientales denominan el Tercer Ojo. Y con este órgano, el más elevado de todos los órganos espirituales, se desvelan los secretos del Tiempo y del «Archivo Akásico». Con el «ojo pineal» se pueden ver también los acontecimientos de vidas anteriores en la tierra en forma de recuerdos trascendentales.

La interpretación de Adolf Hitler del simbolismo del Grial no era, en modo alguno, tan articulada como la explicación que acabamos de dar, ni tenía tampoco connotación cristiana alguna, pero al parecer sorteaba los escollos más importantes de la búsqueda del Grial a su manera más bien burda. Y Adolf Hitler parecía saber mucho sobre el ojo pineal, el Archivo Akásico y la reencarnación, e incluso aseguraba recordar una encarnación suya del siglo IX. Para Stein estaba claro que si Hitler decía la verdad, lo que era seguro es que no había alcanzado estas aptitudes por la vía de un sendero acorde con la moral que conducía al Grial, sino por otros medios secretos y probablemente de lo más inmorales.

Le costó mucho esfuerzo y gran cantidad de encuentros conocer gradualmente la increíble historia de cómo Hitler había alcanzado la consciencia trascendental a través de las drogas.

Día a día, durante la primera mitad del año 1911, Adolf Hitler había concentrado todas sus energías y su perspicacia innata en la solución de los enigmas planteados por los extraños e intrigantes versos del poema del Grial sobre los caballeros y sus damas en los albores de la Edad Media.

No tardó mucho en averiguar que la colorida historia de la búsqueda del Grial estaba estructurada de tal modo, que detrás del encantador fluir de las palabras del trovador siempre se escondían niveles más profundos de verdad. Pronto llegó el momento en que descubrió que había llegado tan lejos en sus investigaciones como lo permitía el intelecto. Para atravesar el umbral de la consciencia trascendental, que podría revelarles los secretos más profundos del Grial, se encontraba ante dos alternativas: el camino de la renunciación wagneriano ante la cruz de un Cristo Ario, o una zambullida directa en la práctica de la magia negra tomando un atajo que condujera por la vía rápida al conocimiento más elevado.

El primer camino le parecía una «capitulación monstruosa ante la náusea espiritual — en palabras de Friedrich Nietzsche—, un bajar la cabeza ante las más enormes corrupciones posibles». El segundo sendero, como si su destino personal estuviera guiado por la mano de Satanás, se le abrió sin esfuerzo cuando conoció a Ernst Pretzsche, el librero que había realizado un estudio exhaustivo, así como extensas prácticas del arte de la magia negra.

Stein podía imaginar sin dificultad lo impresionado que debió de sentirse Pretzsche cuando vio por primera vez a Adolf Hitler mientras revolvía las estanterías de libros y se enzarzaba en acaloradas discusiones con sus clientes. No cabe duda que Pretzsche no se había asustado ante el aspecto harapiento y la cara de muerto de hambre de Hitler. Como debieron gustarle los místicos ojos azules de Hitler, tan apagados y al tiempo tan encendidos en una mezcla de arrogancia y confianza en sí mismo, de apasionada creencia en el futuro de Alemania, el veneno que este hombre vehemente podía extender con un único y violento gesto en contra de los judíos.

Después de su primer encuentro, Adolf Hitler siempre podía contar con una cálida bienvenida y un plato de comida en la destartalada oficina de la trastienda, en la que pronto averiguó que Pretzsche había llevado a cabo un profundo estudio del ocultismo medieval, la alquimia y la astrología. La diminuta figura de espalda encorvada, enorme abdomen y brazos desproporcionadamente largos, que le conferían el aspecto de un sapo surrealista, había sido educado entre la patriótica comunidad germanoparlante de la ciudad de México. Su padre, Wilhelm Pretzsche, era propietario de una botica y dedicaba sus horas libres a estudiar las costumbres y los rituales mágicos de los antiguos aztecas, una afición que su hijo imitó en cuanto tuvo edad suficiente. Cuando volvió a su país de origen en 1892, Ernst Pretzsche se entusiasmó por el movimiento wagneriano de pangermanismo y al cabo de poco tiempo se incorporó de forma activa a la puesta en circulación de literatura antisemita por toda Viena. A través de su librería, especializada en ocultismo y otros temas afines, se hizo bastante famoso en extensos círculos de adeptos, quienes respetaban en gran medida sus conocimientos en el terreno de la magia de los rituales. De este modo Pretzsche conoció a Guido Von List, el personaje similar a Aleister Crowley cuya Logia de sangre y cuyos rituales de magia negra conmovieron al mundo germanoparlante en el año 1909. Y según Hitler, Pretzsche estaba presente cuando von List intentó materializar «el íncubo» en una ceremonia destinada a crear al «niño de la luna».

Pretzsche, al igual que la mayoría de los alemanes asociados con el ocultismo, había realizado una investigación sobre el Parsifal de Wolfram von Eschenbach, y estaba en disposición de canalizar la atención de Adolf Hitler hacia algunos de los pasajes más importantes de la obra:

Todo el que me había preguntado sobre el Grial y me impuso el deber de no decírselo estaba muy equivocado. Kyot (el Maestro en ocultismo de Wolfram von Eschenbach) me ordenó no revelar esto, porque la aventura (iniciación) le había ordenado no pensar en ello hasta que ella misma, la aventura, me invitara a hablar, y entonces uno debe hablar de ello, por supuesto.

Kyot, el conocido Maestro, que se encontraba en Toledo, descartó (puso por escrito) la primera fuente de esta aventura. *Primero tenía que aprender el abc, pero sin las artes de la magia negra.*

Después Pretzsche dirigió la atención de Hitler hacia otra parte del texto en la que se dice que Kyot ha aprendido su abc de Flegetanis, lo cual significa el «lector del escrito sembrado de estrellas».

La extraña referencia al aprendizaje del abc, explicó Pretzsche a su discípulo, estaba relacionada con el desarrollo de una habilidad a través de la cual los iniciados eran capaces de esclarecer las relaciones de existencia espiritual y con ayuda de la que adquirirían el arte de «leer» la «crónica cósmica» del destino humano, en la cual el pasado, el presente y el futuro se unían en un lazo indivisible del Tiempo. Y Adolf Hitler era capaz de entender esta explicación sin problemas, ya que había visto una sola imagen de ella, que le había sido revelada cuando estaba ante la Lanza del Destino en el Hofburg y se prometió a sí mismo convertirse en el líder del pueblo alemán.

¿Y qué significaban las fascinantes palabras «sin las artes de la magia negra»? Esta pregunta colocó a Pretzsche en su elemento. Le explicó a Hitler que el Archivo Akásico podía ser leído de un modo mucho más rápido y sencillo, aunque igualmente efectivo, con la ayuda de la magia negra. En aquella pequeña oficina de la trastienda de la librería situada en el casco antiguo de la ciudad, Pretzsche desveló a Hitler los secretos encerrados tras el simbolismo astrológico y alquímico de la búsqueda del Grial, el cual ya hemos expuesto con cierto detalle. También en aquel lugar el siniestro jorobado proporcionó a su monstruoso discípulo la droga que procuraba la clarividente visión de los aztecas, el mágico peyote, que era venerado como si de una deidad se tratara. Una droga con un efecto similar al de aquella que había ayudado a las comunidades esenias a contemplar el descenso de Logos, el Mesías que se acercaba; la droga que medio siglo más tarde inspiraría a Aldous Huxley a escribir el libro que hizo época, *Las puertas de la percepción: Cielo e Infierno*, y que llevó al incrédulo Timothy Leary a realizar su primer viaje de dilatación de la mente, que marcaría el inicio de la era psicodélica.

Según los antiguos, estas drogas hablaban «con la voz de Dios», pero de acuerdo con los más elevados ideales del Santo Grial, constituían el aprendizaje del abc *con* el arte de la magia negra, una ratería inducida por las drogas de la crónica cósmica que destruyó el verdadero significado del destino de la humanidad en el mundo cristiano³⁵.

Pretzsche convenció a Hitler de que practicara todas las disciplinas preliminares de la búsqueda del Grial, tales como la concentración profunda, el poder de meditación necesario para manejar los pensamientos como si fueran objetos, el control estricto de los sentimientos, y el intento de dominar los deseos primarios. Según Pretzsche, todos estos aspectos eran vitales, porque sin un trasfondo así de control de la mente y disciplina interior, las drogas por sí solas no orientarían su visión ni le harían objetivamente receptivo a las realidades que encerraba la dilatación de la mente. La droga (que, según se sabe hoy en día, contiene mescalina, el principio activo del peyote) compensaría entonces esta condición de química corporal, que de otro modo sólo sería misteriosamente creada por la consecución verdadera de las elevadas virtudes del Grial, y le conduciría de un modo directo a una fructuosa experiencia de consciencia trascendental.

Adolf Hitler llevaba a cabo su investigación sobre el Santo Grial desde la pensionsucha en la que vivía, rodeado de borrachos, drogadictos, ladrones y desgraciados. Aseguraba que prefería permanecer en el anonimato y no ser molestado en este antro de mendigos y delincuentes «en el lado opuesto de la zanja entre los pequeños burgueses»³⁶, que trabajar para vivir «entre las hordas de trabajadores extranjeros que se cebaban a costa de la antigua cultura alemana»³⁷.

Para apoyar su actitud amargada y aislada ante la vida, Adolf Hitler citaba sin descanso las palabras de su amado Nietzsche en *Así habló Zaratustra*: «Y algunos que volvieron la espalda a la vida, sólo dieron la espalda a la chusma; no querían compartir el manantial ni la fruta ni la llama con la chusma».

La búsqueda del Santo Grial requiere tres pasos en el autodomínio y el refuerzo moral para avanzar por el sendero que conduce a los más elevados y sagrados misterios cristianos. Sin embargo, en lugar de avanzar con desinterés, respeto por la vida, sinceridad y receptividad hacia las necesidades de los demás, Adolf Hitler podía ahora alcanzar su meta a través de la moral degradada y la encarnizada lucha por la supervivencia en su miserable alojamiento, el cual más tarde describiría como «una escuela muy dura que me enseñó las lecciones más importantes de mi vida».

Oportunismo sin escrúpulos, astucia, maldad, brutalidad y la percepción siempre aguda de las debilidades de los demás para explotarlas en interés propio... ita puede ser

³⁵ Mein Kampf.

³⁶ Ibíd.

³⁷ Ibíd.

la actitud ante la vida de una persona que aspira a encontrar el Santo Grial y decide sustituir la moralidad cristiana por las drogas!

«No es en base a los principios de la humanidad que un hombre vive y es capaz de sobrevivir frente al mundo animal, sino sólo a través de la lucha más encarnizada... Si no luchas para sobrevivir, entonces la vida jamás podrá ser vencida.»³⁸

Walter Stein pudo por fin encajar las últimas piezas del rompecabezas del trasfondo de Hitler hasta su entrada en el reino de la consciencia trascendental en su último encuentro, que tuvo lugar en la primavera de 1913.

Hitler estaba de un humor excelente y abierto debido a su reciente visita a la ópera, en la que había visto la obra de Wagner, *El Meistersinger*. Planeaba abandonar Viena y trasladarse a Munich a la semana siguiente. Para variar, fue Hitler mismo quien sugirió que hicieran una última excursión por el Danubio hasta Wachau.

El caudal del río era abundante después del deshielo, y el paisaje que se extendía ante ellos era verde y fresco. La suave luz del sol se reflejaba por entre los pinos en las praderas que bordeaban la orilla del río. Adolf Hitler estaba de pie junto a la barandilla mientras el pequeño vapor navegaba Danubio arriba.

Cuando se encontraban a medio camino de Wachau, Hitler reveló a Stein el verdadero motivo de su excursión. Quería despedirse de un viejo amigo llamado Hans Lodz, un herborista por cuyas venas corrían los últimos vestigios de la clarividencia atávica de las tribus germánicas. Había conocido a Lodz en una ocasión en la que dormía en el campo. El anciano lo había llevado a su cabaña y no sólo había compartido con él su escasa comida, sino que también le prestó un gran servicio al prepararle una pócima a través de la cual había experimentado por primera vez el macrocosmos y había percibido los misterios de la reencarnación. La pócima a la que se refería era el preparado a base de raíces de peyote que le había proporcionado Ernst Pretzsche.

Los dos hombres caminaron a lo largo de la orilla desde Wachau hasta la destartada cabaña de madera que pertenecía a un anciano campesino que se ganaba la vida como leñador y herborista. Hans Lodz resultó ser un hombre menudo, activo y muy ocupado, de ondeante cabello blanco, barba del mismo color y una cara tan surcada como un roble. Recordaba a un enano malicioso, incluso malévol, salido de las páginas de los cuentos de Grimm o de una ilustración de un libro de antiguo folclore alemán. Era evidente que se alegró mucho al ver a Hitler de nuevo, y se apresuró a prepararles un caldo de verduras y a procurar que se sintieran cómodos.

Allí, en la quietud y soledad de los bosques, aislado de los ruidos y las distracciones de la gran ciudad, Hitler había realizado su primera incursión en el terreno de la dilatación de la mente. A pesar de que Adolf Hitler aseguraba que el peyote podía proporcionarle el atajo más corto a la consciencia trascendental, admitió que no le había gustado la idea de comprometer su propia voluntad a un proceso que tal vez no podría controlar. Tenía más que una ligera idea acerca de que el cerebro, el sistema nervioso y los sentidos eran los auténticos instrumentos que confinaban al hombre de un modo tan efectivo en la consciencia tridimensional e impedía toda percatación... del área supraconsciente de la mente total, al que no escapaba ningún secreto del universo.

Aun así, Stein estaba convencido de que Hitler nunca se había dado cuenta de que era un esquizofrénico, o que la punta de este cactus mexicano del desierto surtía un efecto devastador sobre este tipo de individuos, un efecto que a veces anulaba por completo su sentido de la identidad, ya que les enredaba en su propia mente y los conducía a dimensiones más elevadas del tiempo y la consciencia. Y tampoco adivinaba Hitler que su dieta escasa y su estado psicótico de estrés interior permanente había creado el tipo de química corporal que proporciona poca o ninguna protección contra el destructor impacto de este poderoso alucinógeno.

³⁸ Aldous Huxley, *Las puertas de la percepción*

Hoy en día sabemos que la experiencia del peyote está condicionada en cualquier caso por el temperamento, la capacidad mental y los hábitos generales del individuo. En respuesta a este condicionamiento, la dilatación de la mente resultante sólo puede tomar dos grandes rumbos.

Por un lado, la mente puede fluir hacia afuera, hacia una consciencia despabilada del espíritu detrás del mundo material mismo, y llenar la laguna entre el hombre y la naturaleza, de modo que todos los fenómenos transitorios y terrenales aparezcan como los ornamentos externos que llevan la deidad. Por otro lado, la mente puede ser lanzada a un conjunto de imágenes llenas de colorido y movimiento, en niveles superiores de consciencia que están separadas por completo de toda experiencia sensorial y terrenal.

En el primer tipo de reacción, en la que la naturaleza se experimenta en la consciencia trascendental, el sujeto puede incluso retener la capacidad de pensar con claridad y puede comunicarse con los demás durante todo el período de percepción visual intensificada. Sin embargo, en el segundo tipo de experiencia, la reacción puede ser tan violenta y extrema que toda la percepción del mundo de los sentidos puede ser eliminada por un período de varias horas.

Tal vez hubiera sido mucho mejor para el mundo que la reacción particular de Adolf Hitler al peyote le hubiera proporcionado una apreciación tan estética de la naturaleza, que, incluso en esta avanzada fase semejante circunstancia le podría haber conducido a una carrera llena de éxito como artista.

A pesar de que el alma humana está, en un sentido muy real, encarcelada en un mundo aparentemente material de longitud, anchura y grosor, una percepción tan aislada, confinada y encerrada también sirve de protección, ya que sin ella no sólo no seríamos capaces de alcanzar la madurez de la consciencia individual, sino que seríamos totalmente incapaces de llevar a cabo las actividades diarias que nos ayudan a sobrevivir físicamente en la tierra. El peyote rompe las cadenas de esta prisión, porque pone fuera de juego lo que Aldous Huxley llama con tanta perspicacia la «válvula reductora», que nos da esa «pequeña cantidad de consciencia» y nos protege del formidable impacto de la consciencia trascendental antes de que estemos preparados para recibirlo.

El ajuste de esta «válvula reductora» por parte de poderes superiores, de modo que filtre a la mente consciente una cantidad específica de percepción trascendental, recibe por parte de los teólogos cristianos el nombre de «gracia», el otorgamiento de un conocimiento interior que actúa de bálsamo, de guía y de curación para el alma que aspira a superarse.

Adolf Hitler, que aspiraba a la posesión satánica, iba a experimentar lo contrario a la «gracia», porque la percepción inducida por las drogas que estaba ahora sintonizada en su consciencia sirvió para guiarle hacia sus metas siniestras e inhumanas de poder personal, de tiranía y de conquista del mundo. Una especie de garantía de maldición personal como recompensa por su solitario himno de odio, desprecio y abominación de la humanidad.

Aldous Huxley ha descrito con inusual perspicacia el tipo de experiencia de imágenes que una persona media puede esperar bajo los efectos de una fuerte dosis de mescalina.

La típica experiencia con mescalina empieza con la percepción de formas geométricas de muchos colores en movimiento. En pocos instantes la geometría pura se convierte en algo concreto, y el individuo no percibe muestras, sino objetos con muestras, tales como alfombras o mosaicos. Estos dan paso a enormes y complicados edificios, en medio de paisajes que cambian continuamente, y que pasan de la riqueza a la riqueza aun mayor de colores, de la grandeza a una grandeza aun mayor.

Pueden hacer su aparición figuras heroicas del tipo que Blake denominaba «El Serafín», solas o en multitudes. Animales fabulosos se

mueven por el escenario. Todo es nuevo e impresionante. En raras ocasiones el individuo ve alguna cosa que le recuerde a su propio pasado. No está recordando escenas, personas u objetos, no los está analizando; está contemplando una creación totalmente nueva³⁹.

Nadie describiría a Adolf Hitler como una persona corriente, y su reacción a la droga no podría recibir jamás el calificativo de típica. Elevado ya al umbral de la percepción espiritual sin ayuda de las drogas y dotado de grandes facultades como médium, sus visiones provocadas por el peyote parecen haber estado totalmente condicionadas por sus metas específicas y por su extraordinaria fuerza de voluntad para adquirir una forma mucho más definitiva.

Es imposible describir con detalle el contenido definitivo de estos viajes al interior de la percepción psicodélica, ya que Hitler no se prestó a hablar de ello con Walter Stein. En realidad, el hecho de que alcanzara la consciencia trascendental y formulara su *Weltanschauung* en este período con ayuda de las drogas, se convirtió en el secreto mejor guardado de su vida. Sin embargo, describió sus experiencias con detalle suficiente para que Walter Stein pudiera hacerse una idea de las categorías de percepción que la droga evocaba en él.

El momento más lleno de terror de su primer viaje debió de ser aquel que hoy en día recibe el nombre de punto crítico en el uso de alucinógenos por parte de individuos psicóticos, punto en el que el alma se siente enrollada y arrancada del espacio tridimensional del mismo modo brutal que un pez que muerde el anzuelo. Aun así, mientras se sumergía, daba vueltas y avanzaba por estos parpadeantes, sonoros, palpitantes y sobrenaturales paisajes de colores, que son característicos de la experiencia con mescalina. Hitler, al parecer, conservó alguna parte de su identidad, ya que describió que era consciente en aquel momento de que estaba encerrado en medio de las imágenes proyectadas de los ritmos y los procesos fisiológicos de su propia química corporal, imágenes vivas que reflejan en una perspectiva colosal funciones bioquímicas tales como los latidos del corazón y la circulación de la sangre, la respiración y el metabolismo.

Pero no fue esta esfera de desvelamiento de las relaciones entre el macrocosmos y el microcosmos lo que fascinó a Hitler en esta fase. El verdadero objetivo de estas peligrosas incursiones en las desconocidas profundidades del «espacio interior», era descubrir el significado de su propio destino personal dentro del proceso histórico.

La búsqueda del significado del destino personal y el intento de descubrir anteriores encarnaciones en la tierra a través de la percepción inducida por las drogas, ha llevado a incontables representantes de la generación más joven a graves errores y estados ilusorios muy peligrosos. Porque en los estratos sutiles, evasivos y enormemente complejos del Archivo Akásico todo adoptará la forma de caos y confusión si el individuo no ha aprendido antes las arduas y largas disciplinas de la iniciación al ocultismo. Este aprendizaje, que incluye el dominio de todos los aspectos del pensamiento humano, los sentimientos y la fuerza de voluntad, abre los órganos de conocimiento espiritual necesarios y proporciona al aspirante la capacidad requerida para orientarse en el entramado interminable de las esferas supraconscientes, que de otro modo serían inescrutables.

Adolf Hitler también experimentó el caos y la confusión que resultan de la total falta de preparación y de la inmersión moralmente precipitada en los mares de la percepción

³⁹ «Quiero decir que la inspiración es algo muy evasivo, escurridizo, que no puede definirse con facilidad y acerca de lo cual bien poco sabemos. Hay muy pocas personas que sepan cómo llegar a la fuente de la que mana, y ésta es sin duda la razón por la que se ha escrito tan poco sobre ella. Yo estoy convencido de que existen corrientes universales del pensamiento... y de que cualquiera que pueda experimentar estas vibraciones está inspirado, siempre y cuando sea consciente del proceso y posea los conocimientos necesarios y las habilidades para expresarlos». (Informe Humperdinck sobre las conversaciones con Richard Wagner.)

trascendental. Sin embargo, en este sentido, no estaba tan limitado como el resto de los «viajeros» psicodélicos contemporáneos, que no tienen ni la capacidad de concentración ni la fuerza de voluntad para encontrar su camino ni dirigir su visión en la existencia supraconsciente. Adolf Hitler, cuya carrera ha sido descrita por la mayoría de las eminencias en el tema como «el notable logro de la fuerza de voluntad humana», jugaba en este terreno con ventaja.

Entre la enormemente rica variedad de imágenes coloridas y móviles que asaltó su consciencia desde todas partes, siguió su costumbre de concentrarse «en lo esencial y dejar de lado lo inesencial», y, de este modo, consiguió librarse de la terrible confusión y formar un solo motivo de consciencia que según él ampliaría sus metas.

Afirmó haber entrado en la comprensión lúcida, en lo que él llamaba «las corrientes universales de pensamiento divino», que habían inspirado al trovador a componer *Parsifal* y a Richard Wagner, su ópera más importante alrededor del punto central de la Lanza del Destino.

En estas esferas etéreas donde los pensamientos son más concretos que los objetos materiales de la tierra, Adolf Hitler se encontró inmerso en un tapiz que, por mor de una expresión más correcta, sólo podemos describir como un mosaico de «mitología celestial»: sin embargo, mientras se sentía transportado a este río de las corrientes universales del pensamiento, que proyectaban en imágenes la búsqueda del Santo Grial, se dio cuenta al mismo tiempo de que este lazo de simbolismo etéreo reflejaba en verdad acontecimientos históricos de la Edad Media.

En otro nivel de consciencia, que experimentó al mismo tiempo, verdaderos recuerdos de una de sus encarnaciones anteriores surgieron parcialmente. Sin embargo, estos recuerdos de una vida anterior en la tierra no formaban parte, al parecer, de un proceso continuo de la memoria. Más bien eran como flashes silenciosos, aislados y momentáneos que no seguían el curso normal del tiempo terrenal..., imágenes de lugares situados en alguna zona climática del sur, al parecer Italia o Sicilia, imágenes de situaciones en las que los personajes aparecían vestidos con ropas medievales y con las armas y los utensilios propios de los siglos IX y X.

Adolf Hitler había hablado a menudo de la tradición india de la reencarnación, tradición que él consideraba negativa y retrógrada, ya que él se negaba a considerar la vida como una «rueda de sufrimientos», de la que la humanidad debería escapar a toda costa. Consideraba que la visión atenea del renacimiento era mucho más realista. Tenía en gran estima el «Mito de Er», de Platón, que concluye la *República* y contempla la reencarnación como un reajuste de la balanza de la justicia de una vida a otra.

El breve ensayo histórico de Lessing, titulado *La educación de la Raza Humana*, le había impresionado profundamente. Podía citar de memoria largos pasajes de la obra:

Recorre Tu camino inescrutable, Eterna Providencia.

Pero no permitas que pierda la fe en Ti a causa de esa inescrutabilidad.

No permitas que pierda la fe en Ti, aun si Tus pasos parecen retroceder. No es cierto que la línea más corta sea siempre una línea recta.

Tienes tanto que llevar a cabo en Tu eterno camino, tanto que hacer: a veces tienes que hacerte a un lado. ¿Y qué si se probara que la vasta y lenta rueda, que acerca al hombre a su perfección, sólo se mueve con otras ruedas, más pequeñas y ágiles, cada una de las cuales contribuye a ello con su identidad individual?

¡Es así! Cada hombre, uno antes y otro después, tiene que haber recorrido el camino que lleva a la raza hacia su perfección. ¿Tiene que recorrerlo a lo largo de una sola vida? ¿Puede haber sido en una sola vida judío y cristiano a la vez? ¿Puede haberlos superado en una sola vida?

¡Por supuesto que no! Pero ¿por qué no puede un hombre haber existido más de una vez en el mundo?

¿Resulta ridícula esta hipótesis porque es la más antigua? ¿Por qué el entendimiento humano, antes de que los sofistas y sus escuelas lo disiparan y lo debilitaran, la iluminó una vez?

¿Acaso no es posible que yo mismo haya dado estos pasos hacia mi perfección, que lleva al hombre sólo castigos y recompensas temporales?

¿Por qué no debería volver tantas veces como fuera capaz de adquirir conocimientos nuevos, experiencias nuevas? ¿Es que traigo tantas cosas de vuelta de una vez que ya no vale la pena volver? ¿Hay alguna razón que lo impida? O quizá porque olvido que ya he estado aquí.

En los versos de su destartalada edición encuadernada en cuero de *Parsifal*, Adolf Hitler se había sentido muy impresionado al descubrir numerosas referencias veladas a la reencarnación, incluso alguna mención abierta a las anteriores encarnaciones en la tierra de los personajes más importantes de la Saga del Grial. Personajes como Cundrie, la hechicera, nombrada como la renacida Herodias, la diabólica madre de Salomé, que había exigido la cabeza de Juan Bautista en pago por los seductores encantos de su hija.

Adolf Hitler se había llevado una sorpresa de que el concepto de la reencarnación hubiera sido incorporado en un documento tan cristiano como el poema del Santo Grial. Antes había creído que las religiones musulmana y judía (es decir, también cristiana, en su calidad de «consecuencia judía»), eran de las pocas religiones que no incluían la ley del karma, o su equivalente, en sus enseñanzas.

Adolf Hitler había sentido gran impaciencia por descubrir la grandeza de sus propias vidas anteriores en la tierra. ¿Acaso no había estado ante la Lanza del Destino, en el Hofburg, y había sido presa de la sensación de que había sostenido anteriormente en sus manos este talismán de poder y de conquista en algún siglo pasado de la historia? ¿Un César todopoderoso, quizás, o uno de los grandes emperadores romanos como Barbarroja, un líder de los caballeros teutones, o incluso un admirado héroe gótico como Alarico el Valiente?

A este respecto, Adolf Hitler se había llevado una enorme sorpresa. La dilatación mental provocada por las drogas había demostrado que la biografía espiritual de sus encarnaciones anteriores no incluía ni al dirigente todopoderoso ni al tipo de magnífico teutón rubio que había anticipado con tanta impaciencia.

No había tardado mucho en descubrir que, en este Mentido, el *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach no era un libro como los demás. Lo identificó como un documento de alto rango de iniciación. Había sido lo suficientemente perspicaz como para percibir que tras los versos se escondía una imagen profética de la era contemporánea; una especie de espejo mágico que predice los cataclísmicos acontecimientos de las distintas décadas del siglo XX, y que visualiza el semblante oculto de este período histórico crítico, durante el cual la humanidad es lanzada contra el umbral mismo del espíritu.

Al cabo de poco tiempo, Adolf Hitler vio el así llamado poema del Grial como un documento profético de los acontecimientos que tendrían lugar mil años más tarde. Y creía que todas las personalidades del siglo IX reaparecerían en otros cuerpos en el siglo XX.

A través de este conocimiento de fondo del significado contemporáneo de la sabiduría del Grial y la reencarnación ya predicha de las figuras del Grial en nuestro siglo, Adolf Hitler fue capaz de descifrar las imágenes producidas por las drogas de su anterior encarnación. Ahora se reconoció a sí mismo como la reencarnación del personaje histórico camuflado por el nombre del wagneriano Klingsor, Landulf de Capua y señor en el siglo IX de la Terra di Labur, el vasto territorio que se extendía desde Nápoles hasta Calabria, incluyendo Capri, y que cruzaba el mar hasta Sicilia.

En lugar de ver en sí mismo la reencarnación de algún héroe germánico resplandeciente, había descubierto que era el nuevo cuerpo del personaje más terrible de la historia del Cristianismo. El cáliz para el espíritu del Anticristo.

SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE QUE ERA SUAVE ENTRE LAS PIERNAS

Le golpeó de tal modo que ya nunca podrá dar placer a mujer alguna.
Pero aquello significó sufrimientos para muchas personas.

Wolfram von Eschenbach, *Parsifal*.

VI

UNA VOZ DE ULTRATUMBA: «ALEJAOS DEL FALSO PROFETA»

«¡Seguid a Hitler! ¡Él bailará, pero yo soy el que ha invocado la melodía!

»Yo le he iniciado en la "Doctrina Secreta", he abierto sus centros de visión y le he proporcionado los medios para comunicarse con los Poderes.

»No lloréis por mí: Yo habré influenciado la historia en mayor medida que cualquier otro alemán.»

Así habló Dietrich Eckart cuando yacía agonizante por los efectos del gas mostaza en Munich, en diciembre de 1923. Uno de los siete fundadores del partido nazi, este imponente bávaro era conocido como poeta, escritor e historiador de talento, *bon viveur* y amante de los chistes ingeniosos. Aun así, aquellos que le veían aparentemente inmerso en la alegre vida social de los Bierkellers muniqueses, nunca habrían podido imaginar que detrás de la fachada jovial de aquel oficial del ejército se escondía un satanista entregado, el adepto supremo a las artes y los rituales de la magia negra, y la figura central de un poderoso y muy extendido círculo de ocultistas, el Grupo Thule.

Adolf Hitler oyó hablar por primera vez del que sería su futuro mentor a través de informes acerca de sus repulsivas actividades en tiempos del golpe de Estado comunista de Munich que siguió a la firma del armisticio.

Kurt Eisner, el líder judío del golpe de Estado relámpago con el que los socialdemócratas expulsaron a la monarquía y al Gobierno bávaros, fue muerto a tiros en la calle. Sus enfurecidos seguidores colgaron un enorme retrato de Eisner en la pared que había junto al lugar en el que había sido asesinado, y todos los transeúntes estaban obligados a saludarle mientras eran encañonados por los seguidores.

Dietrich Eckart, el organizador del asesinato, ordenó llenar bolsas de papel con la sangre de perras en celo y lanzarlas contra el retrato. Acudieron perros de todo el distrito y el retrato y sus centinelas desaparecieron tan deprisa como habían llegado.

«Este Dietrich Eckart me parece un hombre digno de admiración —dijo Adolf Hitler—. Parece conocer el verdadero significado del odio y sabe cómo expresarlo.»

El Adolf Hitler de la preguerra en Viena, el desaharrapado sin trabajo y medio loco que no había hecho más que mordisquear los grandes misterios escondidos, no habría interesado en lo más mínimo a un iniciado en ocultismo del calibre de Dietrich Eckart.

Eckart iba en busca de un discípulo bien distinto. Aseguró a sus compañeros del Grupo Thule que había recibido una suerte de anunciación satánica de que estaba destinado a preparar el recipiente del Anticristo, al hombre inspirado por Lucifer para conquistar el mundo y llevar a la raza aria a la gloria.

El Adolf Hitler que emergió de la sangre y la matanza de las trincheras del frente occidental ya no era un ser patético. Se había convertido en una figura de poder casi

sobrehumano. Y fue este maduro y curtido Adolf Hitler, con la Cruz de Hierro, Primera Clase, colgada de la pechera y el destello de orgullo demoníaco en los místicos ojos azules el que de modo increíble impresionó al profeta que le aguardaba.

Dietrich Eckart había sido de los pocos que habían reclamado el regreso de las Reichskleinodien, las coronas, los cetros y otros tesoros del antiguo imperio alemán, que incluían la Heilige Lance, cuando la dinastía de los Habsburgo había sucumbido en 1917. El momento del reconocimiento llegó cuando Adolf Hitler habló de sus propias investigaciones acerca de la leyenda de la Lanza de Longino y aseguró que la Providencia le había protegido del granizo del hierro para que pudiera llegar a poseerla y cumplir su destino en la historia del mundo.

«Aquí está aquel para el que yo fui sólo el profeta y predecesor», declaró Eckart de forma blasfema a sus compañeros de la Thule Gesellschaft.

Adolf Hitler acogió la declaración de guerra como una oportunidad para poner fin a sus días de hambre y desilusión en Munich, que no habían sido mucho mejores que su estancia en la pensionsucha de Viena. Sin embargo no le resultó fácil alistarse en el ejército, el cual le proporcionaría un estómago lleno, estatus social y la oportunidad de probarse a sí mismo. Como austriaco se vio obligado a poner una instancia a fin de conseguir permiso para alistarse como voluntario. Tras un corto retraso el rey Luis de Baviera le otorgó dicho permiso. Hitler describió aquel momento en *Mein Kampf*: «Abrí el documento con manos temblorosas; no tengo palabras para expresar la satisfacción que sentí... Me hincé de rodillas y agradecí al cielo de todo corazón el favor de haber sido admitido a la vida en un momento como aquel».

Se alistó en la primera compañía del decimosexto regimiento de infantería bávaro, más conocido como el regimiento Litz por el nombre de su fundador. Después de un breve período de instrucción en Baviera, llegó al frente justo a tiempo para participar en la dura lucha contra los ingleses en la batalla de Ypres. Aunque sólo sobrevivieron seiscientos de los tres mil quinientos hombres de su regimiento, Adolf Hitler, al parecer, disfrutó de este duro bautismo de fuego, gracias al cual le fue otorgada la Cruz de Hierro, Segunda Clase.

A excepción de un breve lapso en 1916, durante el cual una pierna herida le dio un respiro en un hospital, Hitler estuvo en el frente durante toda la guerra y sobrevivió a algunas de las batallas más sangrientas, incluyendo la larga batalla del Somme.

Adolf Hitler servía como Meldeganger, un mensajero que llevaba mensajes desde el cuartel general del regimiento hasta las unidades de la vanguardia, y viceversa. La vida de un mensajero en tiempo de guerra no es todo lo agradable que la gente puede creer. A menudo tiene que salir de los refugios mientras sus compañeros se quedan a salvo y a cubierto del fuego enemigo. En muchas ocasiones es también blanco de los disparos de los francotiradores. La mayoría de las veces se ve obligado a pasar los momentos más difíciles en completa soledad, por lo cual este trabajo requiere un tipo muy especial de iniciativa.

En tiempos de paz Hitler había sido un paria; en la guerra se sentía realizado y como en casa. Sin embargo, Hitler no estaba lleno de patriotismo como muchas personas creen equivocadamente. El retrato más realista es el de un Hitler que consideraba la guerra como la mejor oportunidad para probar su fe en su propio destino, y que tentaba, en todas las ocasiones posibles, la protección de la Providencia, que según él le salvaguardaba de la muerte para que llegara a cumplir una misión en el destino del mundo. Y aceptaba la dureza de su vida en las trincheras como una oportunidad para desarrollar las cualidades de la fuerza de voluntad que necesitaba para convertirse en el recipiente de ese Espíritu intransigente que le había invadido y que pretendía poseer su alma.

Tan sólo si juntamos los escasos retazos de información obtenidos de sus compañeros de guerra podemos hacernos una idea de cómo era Hitler en aquella época, en la que se

produjo una transformación de su personalidad y le proporcionó una fuerza incommensurable.

«Un tipo peculiar —comentó Hans Mend, un soldado que lo conoció—. Se sentaba en un rincón cuando oíamos misa... y se sujetaba la cabeza con las manos en actitud contemplativa. De pronto, se levantaba, y corriendo de un lado para otro como un loco, decía que a pesar de todos nuestros esfuerzos la victoria nos sería negada, porque los enemigos invisibles del pueblo alemán eran más peligrosos que el más peligroso de los cañones enemigos. Otras veces, se sentaba con el casco sobre el rostro y se olvidaba del mundo que le rodeaba, estaba tan encerrado en sí mismo que nadie podía acercarse a él.»

Ninguno de sus compañeros podía adivinar la naturaleza de sus fuerzas sobrehumanas de voluntad y autodisciplina que le permitieron sobrellevar su suerte sin dar señal alguna de debilidad y sin quejarse jamás. Aparentemente no pensaba en ninguna de las cosas que componían los eternos temas de conversación de sus compañeros: volver a casa, la comida y las mujeres. «A todos nos caía mal, le encontrábamos insoportable. Allí estaba ese cuervo blanco, que no quería unirse a nosotros cuando maldecíamos la guerra.»

En medio de aquel panorama diario de muerte y desolación, Adolf Hitler hacía oídos sordos a la fragilidad de sus compañeros y reprimió todas las emociones naturales, de forma que fue capaz de renacer con aquella fuerza sobrehumana y aquella determinación que necesitaría para cumplir el mandato que los dioses del Folklore alemán habían dispuesto para él.

En agosto de 1918 le fue otorgada la Cruz de Hierro, Primera Clase, la condecoración más alta que un soldado corriente del ejército alemán puede obtener. En la historia oficial del regimiento Litz sólo consta el otorgamiento de la condecoración, pero no constan los servicios por los que le fue concedida. Se supone que recibió la condecoración, que equivale a la Cruz Victoria inglesa, por un acto de asombrosa valentía en el que armado tan sólo con una pistola capturó a un oficial francés y a quince soldados.

Las pocas cartas que escribió a casa revelan hasta qué punto se estaba despojando de toda debilidad, al tiempo que aprendía a confiar en el espíritu intrépido que un día le conduciría a la cumbre del poder personal.

Konrad Heiden, que estudió con todo detalle las cartas que Hitler escribió durante la guerra, manifiesta: «Se presenta a sí mismo como el guardián apasionado. En él no queda ningún resto de suavidad. Es valiente y no da ningún valor a su vida. Pero también se advierte con toda claridad la creencia de que debe la vida a un milagro, o mejor dicho, a una cadena de milagros; que los escudos le protegieron una y otra vez; que mientras la mayor parte de su regimiento era sacrificada en un baño de sangre, él gozaba de la protección especial de la Providencia.» La fe de Hitler en la «Providencia» se debilitó temporalmente durante el último mes de la guerra, cuando se encontró en medio de un ataque de los ingleses con gas mostaza. El gas surtió un devastador efecto en él, quedó ciego durante unos días y fue trasladado desde Francia a Paswalk, una pequeña ciudad situada al nordeste de Berlín.

Sin embargo, los efectos del gas resultaron ser una bendición en la desgracia, ya que le proporcionaron el período de mayor iluminación espiritual de toda su vida. Y en aquella incursión en el mundo de la visión extrasensorial a través de sus ojos cegados, Adolf Hitler experimentó lo que más tarde denominaría «la mágica relación entre el hombre y el resto del universo».

Según Hermann Rauschning, Adolf Hitler afirmó que «la meta de la evolución humana es alcanzar una visión mística del universo». La convicción interior tras esta afirmación, citada en numerosas ocasiones y atribuida, con toda razón, a Hitler, nació durante este período de trance forzado y totalmente imprevisto en Paswalk. Se trataba de un paso agigantado en el proceso de la posesión total por parte de un poderoso ente ajeno.

Mientras desaparecían lentamente los efectos del gas en los ojos y la garganta de Hitler en el hospital de Paswalk, llegó la inesperada noticia de que Alemania había perdido la guerra.

El profesor Alan Bullock dice en su *Study in Tyranny* que «el shock de la rendición alemana constituyó la experiencia decisiva en la vida de Hitler. Todo aquello con lo que se había identificado había sido derrotado, barrido».

Esto es también lo que Hitler quería hacer creer a la gente, y así lo escribió en *Mein Kampf*. Pero la verdad era muy distinta. Hitler era leal tan sólo a su propia lujuria de poder y por esta razón no le desagradó en absoluto la repentina rendición. La pobreza, humillación y el caos de una nación derrotada en las postrimerías de la guerra fueron el mejor caldo de cultivo, y el único, para abrirle camino hacia el poder político. No habría habido lugar para un Adolf Hitler en una Alemania victoriosa, y fue lo bastante perspicaz para darse cuenta de ello. Su futuro éxito se basaría en la explotación de las consecuencias de la derrota y la rendición de la nación, explotación que llevaría a cabo con perspicacia política inigualable.

Cuando Adolf Hitler regresó a Munich en noviembre de 1918, encontró a su ciudad adoptiva de la preguerra en estado de sitio. El rey de Baviera había abdicado y el Gobierno había puesto pies en polvorosa cuando los socialdemócratas ocuparon el Parlamento y proclamaron la República. La violencia política en las calles era el pan de cada día, el comercio se había paralizado, los precios de los alimentos subían mientras la masa de los pobres se moría de hambre. Los veteranos de guerra que volvían a sus casas deambulaban en bandas armadas sin control ni disciplina algunos.

Hitler conservó el uniforme, e iba a buscar su paga semanal y sus cartillas de racionamiento a las barracas centrales de la Infantería de reserva en Munich. No quería enfrentarse a la perspectiva del desempleo permanente en la vida de civil, en la que la visión de largas colas para obtener alimentos era una constante. No tenía nada que perder si se quedaba en la Reichswehr, y la Cruz de Hierro, Primera Clase, contribuyó a convencer a sus superiores de que era un hombre que merecía la pena retener. Aceptó de buen grado la oferta de servir como guardia permanente en un campamento de prisioneros de guerra en Traustein, cerca de la frontera austríaca. Allí, mientras realizaba tareas simples, Hitler tenía tiempo para evaluar la situación nacional y planear su propia entrada en la arena política. Volvió a Munich en enero de 1919, cuando los prisioneros fueron liberados y enviados a casa y el campamento fue cerrado.

La primera oportunidad para hacerse notar llegó poco después de su regreso a la ciudad cuando asumió misiones de espionaje. Cuando se proclamó una República Soviética el 6 de abril, después de la caída del Gobierno de Hoffmann, Adolf Hitler estaba entre un pequeño grupo de soldados especialmente seleccionados, a los que se había ordenado permanecer en la sombra en Munich y circular libremente entre las filas de soldados rojos que apoyaban la revolución.

El régimen comunista fue aplastado de forma rápida y brutal por fuerzas de la Reichswehr procedentes de Berlín, y Hitler caminó por las filas de soldados rojos y señaló a los dirigentes, que fueron ejecutados de inmediato.

De pie junto a los pelotones de ejecución, contempló a las víctimas que él había seleccionado mientras eran ejecutadas. Las cualidades potenciales del soldado con la Cruz de Hierro fueron advertidas y recompensadas sin tardanza. Fue destinado al departamento político e ingresó en un curso de formación política.

El ejército alemán, en contra de sus arraigadas tradiciones del siglo XIX, estaba ahora implicado en gran medida en el panorama político, sobre todo en Baviera, donde la Reichswehr había sido el instrumento para derrocar a los comunistas.

Los comandantes de los distritos apoyaban y equipaban en secreto a bandas de veteranos que aparecían por toda Alemania, y las utilizaban como instrumento para dominar el panorama político y aplastar la revolución socialista.

Los oficiales que dirigían estas bandas sedientas de sangre, aseguraban que la guerra no había terminado y se negaban a aceptar la derrota. Todos sus esfuerzos se concentraban ahora en derrocar al gobierno republicano, al que consideraban responsable del «espantoso crimen, el vergonzoso y deliberado acto de traición» que había sido la rendición.

Cuando Adolf Hitler entró a servir en el departamento político de la comandancia del distrito VII del ejército, descubrió que se había convertido en un centro de inteligencia para la dirección del terrorismo político en toda Alemania. Desde Munich, los conspiradores organizaban los asesinatos políticos, asesinatos tan crueles como el de Matthias Erzberger, el hombre que firmó el armisticio, y Walter Rathenau, el Ministro de Asuntos Exteriores judío, cuya desgraciada tarea consistía en hacer cumplir las «Dictums» del odiado Tratado de Versalles.

Adolf Hitler estaba destinado al Buró de Información y Prensa del departamento político, el auténtico centro de las actividades subterráneas de espionaje y propaganda. Le pusieron en un curso de aprendizaje político en el que prosperó por encontrarse inmerso en semejante atmósfera de terrorismo encubierto y pronto se convirtió en el alumno más aventajado.

Al cabo de poco tiempo al capitán Ernst Rohm, la personalidad más destacada de la comandancia del distrito VII del ejército, le llamó la atención el alumno que tenía una voz de poder casi mágica y la mística mirada de un profeta.

Rohm era un soldado profesional que había vuelto de la guerra con una reputación de hombre de gran iniciativa y un expediente brillante a causa de su valor. Era un hombre de corta estatura, rechoncho, de gran vitalidad, y en poco tiempo había demostrado ser el tipo de oficial al que las tropas respetan y siguen. Resultó herido en tres ocasiones, le habían volado media nariz de un disparo y una cicatriz de color violeta desfiguraba su mejilla.

Se dice que Rohm se echó a llorar cuando «estalló la paz» y admitía que creía que la guerra sacaba a la superficie lo mejor de los hombres. Desdeñó el regreso a la vida civil, consiguió apoyo económico de industriales adinerados y organizó un ejército privado para combatir la amenaza comunista en el sector industrial. En un momento dado estaba al frente de 100.000 hombres que se alistaron en su *Einwohnerwehr*, una suerte de fuerza civil de defensa.

Adolf Hitler se convirtió de inmediato en un admirador de este entregado capitán de la Reichswehr, al que después nombró jefe de Estado Mayor de la *Sturmabteilung* (SA) nazi. Se había producido una especie de reconocimiento mutuo entre ellos durante su primer encuentro, y más tarde Rohm admitió que desde el primer momento había percibido el inmenso potencial de liderazgo de Hitler.

Otra persona que se sintió también muy impresionada en su primer encuentro con Hitler fue un tal Gottfried Feder, un ingeniero que enseñaba economía en el centro político, en el que Hitler estaba obteniendo la cualificación necesaria para convertirse en un *Bildungsoffizier*.

Feder estaba entusiasmado con el poder y el veneno de la voz de Hitler, impresionado por su olfato político innato, inspirado por la envergadura de su aparente patriotismo y cautivado por el carisma casi mágico de su personalidad.

Feder no tardó mucho en informar de su hallazgo a su amigo Friedrich Eckart. Eckart se mostró un poco escéptico (tenía a Feder por un hombre un poco chiflado), pero se quedó atónito al comprobar que Ernst Rohm, siempre realista, estaba igualmente impresionado por el soldado Hitler. Rohm llevó a Hitler a conocer a Eckart en su rincón favorito, la bodega de Brennessel. Y de ese modo el Maestro en Ocultismo conoció al

discípulo al que había esperado durante tanto tiempo, el discípulo al que instruiría e iniciaría, el hombre que le daría motivos para masculloar en su lecho de muerte: «No llores por mí: Yo habré influenciado la historia en mayor medida que cualquier otro alemán».

Una de las mayores invenciones del siglo XX es la descripción que Hitler hace en *Mein Kampf* del modo en que descubrió el partido obrero alemán y el terrible dilema al que se enfrentó ante la decisión de abandonar la seguridad de la Reichswehr para unirse a lo que él llamaba «una colección inconsecuente de no-identidades». Y sin embargo, la mayoría de sus biógrafos han dado como cierta esta parte de la historia de su vida!

Adolf Hitler afirma haber descubierto el partido obrero alemán por casualidad, en el curso del cumplimiento de sus deberes, que incluían la investigación de nuevos grupos políticos. En *Mein Kampf* narra su sorpresa al recibir una tarjeta que decía que había sido aceptado como miembro del partido obrero alemán, después de haber asistido a una de sus reuniones. Era presuntuoso y estaba fuera de toda discusión, escribe, y volvió a asistir a otra de sus reuniones, sólo para expresar sus motivos personales para no unirse a semejante «organización pequeña y absurda».

La taberna en la que iba a tener lugar la reunión era la Alte Rosenbad, en la Herrenstrasse, un sitio de mala muerte... Crucé el comedor mal iluminado, en el que no había ni un alma, abrí la puerta del salón trasero y allí me encontré con el comité. A la luz mortecina de una lámpara de gas se sentaban cuatro personas alrededor de una mesa, y me saludaron al unísono como un nuevo miembro del partido obrero alemán. Se leyó el acta de la última reunión y el secretario dio un voto de confianza. Después llegó el informe de la tesorería (en total, el partido contaba con siete marcos y quince pfennigs), para el cual el tesorero obtuvo un voto de confianza. Esto también se incluyó en el acta... ¡Terrible, terrible! Esto era vida de club de la peor especie. ¿Acaso debía unirme a una organización semejante?

Adolf Hitler hace un retrato de sí mismo y de sus pensamientos y sentimientos en el momento en que asegura haber considerado la posibilidad de probar suerte con aquel insignificante partido político. Quería que los lectores de *Mein Kampf* le vieran sopesando la cuestión sentado en su cama de la barraca pobremente equipada en la que afirma haber compartido su escasa comida con los ratones que también habitaban en los alojamientos, «los pequeños ratones que me recordaban constantemente mi pobreza».

El hecho de ser pobre y carecer de medios me parecía la parte más soportable del asunto; lo más duro era ser un número más entre los que no tenían nombre, uno de los millones a los que el azar permite vivir o deja morir sin que ni siquiera sus vecinos más próximos se dignen darse cuenta de ello. Además se añadía la dificultad que resultaba de mi falta de formación académica. Después de dos días de reflexión y de ponderación profundas, llegué a la conclusión de que tenía que dar ese paso.

Esto es lo que Hitler quería hacer creer a los millones de personas que leyeron *Mein Kampf*, el libro que se convirtió en la Biblia nazi. «La mentira descarada siempre deja rastro, incluso después de haber sido concretada», dijo Hitler a sus secuaces. Y hasta la fecha las mentiras de Hitler en este sentido no han sido concretadas. La verdad era muy distinta.

En el período inmediatamente anterior a su entrada en el partido, sintió del modo más intenso que ya no era un miembro más de las masas sin nombre, sino un hombre que había sido elegido para llevar a cabo una carrera política meteórica que le llevaría al

cumplimiento de sus sueños infantiles sobre su papel en el destino histórico del mundo. Y también se daba cuenta de que su duro aprendizaje había terminado y de que el modelo de destino tan esperado había empezado a dibujarse para él, pues ya podía reconocer a las personas y las oportunidades que le llevarían en línea recta a la cumbre del poder.

La verdad es que Adolf Hitler había recibido órdenes del departamento de inteligencia de la Reichswehr de unirse al partido y asumir la dirección del mismo. Y le había puesto al corriente con todo detalle de cómo la Reichswehr había refundado el partido con la intención de que se convirtiera en el movimiento más poderoso de Alemania⁴⁰. Adolf había recibido del general Von Epp la garantía, y de su ayudante, el capitán Rohm, de que obtendría todo el apoyo económico que necesitara, así como la promesa adicional de que contaría con todo el apoyo necesario en tropas y veteranos a fin de engrosar las filas del partido en su primera fase y proteger sus primeros mítines públicos de las interrupciones violentas de los comunistas.

Había otros factores importantes que Adolf Hitler sólo mencionaba de forma velada o no mencionaba en *Mein Kampf*, además del hecho de que él mismo avanzaba hacia la cima del poder en calidad de subordinado y representante de la Reichswehr. Sobre todo guardaba silencio acerca del hecho de que el Comité y los cuarenta miembros originales del nuevo partido obrero alemán procedían sin excepción de la más poderosa Sociedad de Ocultismo de Alemania, la cual también era financiada por la Alta Comandancia... La Thule Gesellschaft.

Las actividades secretas del grupo Thule funcionaban como tentáculos de una dimensión superior detrás de todos los aspectos de la vida en Baviera, y ante todo en el panorama político, en el cual sus maquinaciones eran responsables de buena parte de las acciones terroristas, el racismo y la mayoría de los asesinatos cometidos a sangre fría, que en aquellos tiempos eran prácticamente el pan de cada día.

El poderoso círculo ocultista incluía entre sus miembros y adeptos a jueces, jefes de policía, abogados, catedráticos, profesores, familias de la aristocracia, antiguos miembros del séquito de los reyes de Wittenbach, industriales, médicos, físicos, científicos, así como una larga lista de burgueses ricos e influyentes, tales como el propietario del famoso hotel Las Cuatro Estaciones de Munich.

Por ejemplo, Franz Gurtner, el ministro de Justicia bávaro, era un miembro activo de la Thule Gesellschaft; también lo eran Pohner, el presidente de la policía de Munich, y Wilhelm Frick, su ayudante, que se convertiría en el ministro del Interior del Tercer Reich. Gurtner también obtuvo reconocimiento por los servicios que prestó a Hitler en sus primeros tiempos, ya que se convirtió en el ministro de Justicia nazi.

No eran sólo civiles los que pertenecían al grupo Thule, sino también oficiales y ex oficiales de la Reichswehr, a quienes se permitía asistir a las reuniones, a los demás actos e incluso a los rituales secretos en calidad de «invitados». De este modo contravenían la Ley del ejército según la cual los oficiales alemanes, debido a su juramento de lealtad, no debían afiliarse a otras organizaciones o a otros movimientos que les exigieran un juramento.

⁴⁰ El Partido Obrero Alemán, a pesar de haber cambiado de nombre en diversas ocasiones, surgió a raíz de un movimiento iniciado por Antón Drexler, un cerrajero de Munich cuyos seguidores se habían contado por cientos de miles durante la primera guerra mundial. En primera instancia, el motivo encerrado detrás del movimiento era fortalecer el soporte patriótico de la Alta Comandancia y contrarrestar el creciente descontento interno, en el que florecían el marxismo y el socialismo. En septiembre de 1919, los agentes políticos de la Reichswehr lo resucitaban a fin de contrarrestar los sentimientos antimilitaristas y antinacionalistas de las clases trabajadoras, y sobre todo, a fin de eliminar el desprecio que las masas sentían por la «Idea de la Patria» y la «Clase de los Oficiales», que habían perdido fuerza en la derrota.

El hombre elegido para infundir nueva vida al partido obrero alemán no era otro que Dietrich Eckart, la figura central de la Thule Gesellschaft. A este fin se unió al Comité de Antón Drexler, después de prometer que se le daría todo el soporte militar necesario.

Eckart era demasiado astuto para creer que el partido obrero alemán podría convertirse en un movimiento popular a escala nacional sin que surgiera un líder que fuera capaz de encender el entusiasmo de las masas y obtener el apoyo de las clases trabajadoras.

Konrad Heiden, un periodista de Munich de la época, narra cómo Eckart debatió este problema a un nivel puramente externo con los asiduos de la bodega Brennessel en la primavera de 1919: «Necesitamos a un hombre que encabece el movimiento, un hombre que pueda soportar el sonido de una ametralladora. Es necesario que la chusma sienta el miedo en las entrañas. No podemos utilizar a un oficial porque la gente ya no los respeta. El hombre más adecuado para este trabajo sería un trabajador que supiera hablar».

Esta forma de expresión era característica de la fachada exterior que Dietrich Eckart gustaba de crear para sí mismo. En realidad, como ya hemos explicado anteriormente, estaba esperando la aparición de una clase muy distinta de héroe, un Mesías germánico, con la elocuencia salvaje y los místicos poderes del profeta Mahoma que fusionara política y religión en una cruzada pagana contra los ideales del mundo cristiano.

Dietrich Eckart y un grupo de la cúpula de los thulistas habían estado preparados para la aparición inminente del Mesías alemán, a través de una serie de sesiones espiritistas que habían llevado a cabo junto con el séquito de los inmigrantes rusos más notorios, los generales Skoropadski y Bishupski. Estos dos generales rusos, conocidos en toda Baviera por sus violentas opiniones antisemitas y antibolcheviques, proporcionaron más tarde los medios necesarios a Hitler para que comprara el *Völkischer Beobachter*, el periódico en el que Dietrich Eckart ejercería de redactor jefe.

Los asombrosos dones psíquicos de la médium, una sencilla y analfabeta campesina, habían sido descubiertos por el doctor Nemirovitch-Dantchenko, un personaje tortuoso que actuaba de «agente de prensa» para el gran círculo de rusos blancos que se habían establecido en Baviera.

Sumida en un profundo trance, esta sencilla mujer expulsaba por la vagina cabezas y sudarios ectoplásmicos que se manifestaban como en un nacimiento fantasmal del mundo inferior. No eran las emanaciones lo que interesaba a aquel grupo de ocultistas, que de un modo tan malvado explotaban a la pobre mujer, sino las voces que sonaban cuando hablaba en forma casi poética en diferentes lenguas extranjeras.

Dietrich Eckart era el maestro de ceremonias, pero era otro personaje importante, Alfred Rosenberg, un refugiado alemán de Moscú, quien se encargaba de interrogar a los espíritus siempre cambiantes que invadían y poseían por breves instantes a la médium. Y Alfred Rosenberg también era el profeta del Anticristo de los «protocolos de Sión», que se atrevió a anunciar la presencia de la Bestia de la Revelación, el Leviatán luciférico que se había apoderado del cuerpo y el alma de Adolf Hitler.

Según Konrad Ritzler, uno de los primeros miembros del grupo Thule y más tarde el editor literario de sus publicaciones secretas, todos los presentes estaban aterrorizados ante aquellos poderosos poderes que habían desencadenado. El aire de la estancia se hizo espeso e irrespirable, y el cuerpo desnudo de la médium se volvió translúcido en un aura de luz ectoplásmica. Rudolf Glauer, el fundador de la Thule Gesellschaft, se dispuso a salir corriendo de la habitación, pero Eckart lo agarró y lo lanzó al suelo. Nadie tuvo la presencia de ánimo para poner por escrito las extrañas palabras que escupían los labios de la médium como si de una adivinanza se tratara.

Mensajes de gran importancia y claridad fueron transmitidos en aquellas sesiones, en las que se invocaba a los espíritus de miembros del grupo fallecidos. La profecía más importante en relación a la aparición del tan esperado Mesías alemán fue pronunciada

por el príncipe de Thurn und Taxis, al que los comunistas habían dado muerte en el Liceo de Luitpold aquel mismo año (abril de 1919).

El príncipe, que tan sólo contaba treinta años cuando lo mataron a tiros, también había sido miembro de los Místicos de Baviera, una secta fundada a finales del siglo XVII, a la que más tarde se unieron miembros de la orden de los Germanen. Empapado en las tradiciones de los antiguos emperadores alemanes, había participado activamente en las acciones contra el régimen comunista. Pálida y fantasmal, la cabeza del príncipe apareció por encima de un sudario ectoplásmico, mientras la médium, sumida en un profundo trance, comunicaba, imitando a la perfección la voz terrenal del príncipe, los pensamientos de éste en la lengua alemana que, en estado inconsciente, la campesina era completamente incapaz de utilizar.

El príncipe, que en vida había trabajado con Dietrich Eckart en la organización de grupos de presión para la devolución de los antiguos tesoros germánicos a Nuremberg cuando la dinastía de los Habsburgo terminó en 1917, identificó ahora al hombre que se convertiría en el nuevo líder de Alemania como el próximo poseedor de la Heilige Lance, alrededor de la cual se había tejido la leyenda acerca de la conquista del mundo.

La «sombra» de la antaño rubia y hermosa Heila, la condesa de Westarp, que en vida había sido la secretaria de la Thule Gesellschaft hasta que los comunistas la habían asesinado, dio a los conspiradores de medianoche la sorpresa más desagradable.

Como una Cassandra translúcida, la profetisa de la muerte, Heila salió del regazo de la médium desnuda y amodorrada para advertir que el hombre que se estaba preparando para asumir al liderazgo de Thule demostraría ser un falso profeta. Detentaría un poder total sobre la nación, y un día sería responsable de que toda Alemania se viera reducida a escombros y de que su pueblo sufriera una derrota y una degradación moral sin precedentes en la historia.

Huelga decir que su anuncio de la inminente llegada del Mesías fue acogido con gran júbilo, pero nadie prestó la más mínima atención a su advertencia procedente de la tumba, que resultó ser estremecedoramente cierta.

VII

EL ANTICRISTO DE LAS ACTAS: UN ANTEPROYECTO DE PODER

La Bestia no es lo que parece. Puede llevar incluso un bigotillo de lo más cómico.

Soloviev, *El Anticristo*.

La clave del ascenso a la fama de Alfred Rosenberg, hijo de un pobre zapatero, era la posesión de un manuscrito secreto que había sacado de contrabando de Moscú y que se titulaba *Las Actas de los Sabios Hombres de Sion*. El ascenso de este hombre, que llegó a convertirse en el Reichsleiter del partido nazi y en su filósofo oficial, se produjo porque se presentó a Adolf Hitler con un anteproyecto del poder absoluto.

Las Actas de los Sabios Hombres de Sión era un informe de los procedimientos del Congreso Mundial Judío, celebrado en Basilea en 1897, en el que, según se aseguraba, se habían hecho planes y tomado resoluciones a fin de alcanzar el dominio del mundo.

Rosenberg, un romántico de corte siniestro, tenía una misteriosa historia que contar acerca del modo en que un ejemplar de las *Actas* había llegado a su poder. Afirmaba que un completo desconocido se le había presentado con él. «El hombre, a quien jamás había visto, entró en mi estudio sin llamar, dejó el libro sobre mi mesa y desapareció de nuevo sin decir palabra».

Las *Actas* resultaron ser un apéndice de una obra titulada *El Anticristo*, escrita por un degenerado autor ruso llamado Nilus, discípulo del gran filósofo ruso Soloviev. En la primera página del manuscrito mecanografiado aparecían unas palabras de san Mateo: «Está cerca, está junto a la puerta.»

Tras la primera lectura rápida del manuscrito, Alfred Rosenberg supo que aquel era un manuscrito muy adelantado. También supo que lo que tenía en las manos era dinamita tanto política como racial, la cual, si se utilizaba del modo adecuado, podría convertirse incluso en la clave para alcanzar el éxito en un mundo hostil.

A pesar de sus antecedentes judíos, Rosenberg consiguió entrar en la Thule Gesellschaft mostrando las *Actas* a Dietrich Eckart, quien fue presa de la excitación al leer el contenido del manuscrito. Éste causó una impresión similar en una reunión que el Comité del Grupo Thule celebraba para debatir el mejor modo de publicar la obra.

Los thulistas decidieron no asociar la publicación de las *Actas* a su propio movimiento de ocultismo, que era bien conocido por sus salvajes sentimientos antisemitas. Se escogió a un editor independiente, Ludwig Müller, para que se hiciese cargo de publicar la primera edición.

Las Actas de los Sabios Hombres de Sión surtió el efecto esperado entre los intelectuales alemanes que habían estado buscando en vano una cabeza de turco para explicar la derrota de Alemania en la primera guerra mundial. Finalmente creyeron encontrar la verdadera explicación de cómo Alemania había sido traicionada por la espalda mientras sus valientes soldados seguían luchando en suelo francés. Por fin había sido desenmascarada la vil y detestable conspiración judía.

De la imprenta salía edición tras edición, pero la demanda continuaba creciendo. Algunos editores extranjeros vieron en la obra una gran fuente de dinero y las *Actas* fueron publicadas en casi todos los países del mundo. Dondequiera que apareciera, la gente empezaba a discutir sobre la existencia de una red internacional y secreta de judíos que conspiraban para controlar el capital mundial y manipular, e incluso dominar, la política mundial con el fin de llegar a controlar toda la vida del planeta⁴¹.

A fin de dar la mayor credibilidad posible a las *Actas*, se había tejido un elaborado engaño para probar que la Conferencia Internacional Judía celebrada en Basilea no se había ocupado, como había asegurado que era su intención, del debate de las posibilidades de que los refugiados judíos tuvieran un hogar permanente en Palestina.

«Eso era tan solo una tapadera —aseguraba Nilus—. El nuevo Movimiento sionista había nacido con objetivos bien distintos. Su meta secreta consistía en dominar sin oposición el mundo entero.» En la Conferencia de Basilea, dijo, los rabinos principales de toda Europa y de las dos Américas se habían congregado para hacer planes sobre la reducción a la esclavitud de toda la humanidad. Se estaban preparando para la llegada del Anticristo, que sería judío. Bajo la dirección del Anticristo los judíos alcanzarían sus metas.

«Sembraremos por todas partes las semillas de la agitación, la disensión y la enemistad —se puede leer en *Las Actas de los Sabios Hombres del Sión*—. Desencadenaremos una guerra terrible... Pondremos a la gente en una situación tal que nos cederán voluntariamente el liderazgo a través del cual dominaremos el mundo entero.»

La explicación del modo en que las *Actas* habían llegado a manos no judías no era más que otra mentira descarada. Nilus aseguraba que un mensajero judío, que se encargaba de tomar las notas taquigráficas en la Conferencia de Basilea había sido sobornado para divulgarlas. Se supone que por una enorme suma de dinero había

⁴¹ En Inglaterra, el *Morning Post* publicó series enteras de artículos que daban crédito a las *Actas*. El *The Times*, más escéptico, exigió una investigación inmediata para descubrir la verdad, si es que existía, de las graves acusaciones formuladas contra los judíos.

permitido a un agente del Ochrama hacer copias de las notas antes de entregarlas para que fueran guardadas a cal y canto en los archivos de la Logia del «Sol Naciente» de los francmasones de Frankfurt. Toda aquella historia no era más que pura invención. Por desgracia, hubo demasiada gente que se mostró muy dispuesta a creerlas a pies juntillas. Las *Actas* hicieron crecer la ola de odio hacia los judíos, a través de la cual Adolf Hitler se elevó hasta el poder.

El fragmento de verdad distorsionada que se ocultaba tras las *Actas* habría llevado la misma cantidad de poder de convicción si hubiera ido dirigido contra cualquier otra raza, credo o movimiento político, especialmente los nazis. De hecho, el «demonio» que habla a través de las *Actas* proporcionó a Adolf Hitler un anteproyecto del poder absoluto, un anteproyecto por el que se rigió de modo lineal hasta que alcanzó el pináculo de la «dictadura absoluta» sobre el Tercer Reich.

El tema oculto, que lleva un poder oculto para equilibrar la mente, había sido observado por el Ochrama ruso de todos los profetas genuinos cuyas voces se habían elevado para advertir a una época agonizante que perforaba la imagen misma del Anticristo y se estaba preparando en el caos de su propia degeneración para la aparición de la Bestia del Abismo.

La base del documento había sido escrita originalmente en forma de sátira por un jurista francés llamado Maurice Joly, que pretendía ridiculizar las aspiraciones políticas de Napoleón III. El título de la obra de Joly era *Dialogue aux enfers entre Machiavel et Montesquieu, ou la politique de Machiavel au XIX siècle, par un Contemporain* (Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu, o la política de Maquiavelo en el siglo XIX, por un contemporáneo).

A pesar de que el anonimato de Maurice Joly fue roto muy pronto por la policía secreta del emperador y de que fue encarcelado, la obra, cuya primera edición había aparecido en Bélgica en 1864, siguió imprimiéndose en imprentas clandestinas.

Joly, un iniciado de una antigua orden rosacruziana, había resucitado las ideas de Maquiavelo en una predicción que advertía del sendero futuro que podría utilizarse para dominar a las masas. Anticipó la existencia de los medios de comunicación de masas y otras muchas facetas de la tecnología del siglo XX, así como su control instantáneo sobre la vida política y económica, y advirtió a la humanidad de los peligros de la «génesis de un nuevo tipo de Cesarismo».

Debemos hablar con la gente en las calles y en las plazas y enseñarles a tomar las cuestiones políticas en el momento en que se lo pidamos. Porque lo que el guía dice al pueblo se extiende por el país como un incendio, la voz del pueblo la expande a los cuatro vientos.

«Nosotros» (la Bestia siempre dice «Nosotros» porque es multitud), sembraremos la agitación, la lucha y el odio en toda Europa y en los demás continentes. En todo momento debemos estar en posición de crear nuevos disturbios a voluntad, o de restaurar el antiguo orden.

Envenenaremos las relaciones entre los pueblos y los Estados de todos los países. A través de la envidia, el odio, la lucha y la guerra, incluso del hambre y de las plagas, llevaremos a todos los pueblos a una situación tal que su única salida será la sumisión a nuestro dominio.

Anularemos, seduciremos, arruinaremos a la juventud.

No vacilaremos en sobornar, traicionar, siempre que sea en interés de la realización de nuestros planes. Nuestra divisa es: ¡Fuerza e hipocresía!

En nuestro arsenal contamos con ambición sin límites, avidez ardiente, una insaciable sed de venganza, odio sin fronteras. De nosotros emana el espectro del miedo, el terror que todo lo alcanza.

El Demonio que pretendía hablar en nombre de los judíos sentó las bases de las directrices para el establecimiento y la supremacía de las teorías racistas nazis, que más tarde fueron elaboradas por Rosenberg en *The Twentieth Century Myth*.

Somos los elegidos, somos los únicos hombres verdaderos. Nuestras mentes despiden el auténtico poder del espíritu, la inteligencia del resto del mundo es meramente instintiva y animal. Pueden ver, pero no pueden prever; sus invenciones son puramente corpóreas. ¿No es lógico deducir que la naturaleza misma nos ha predestinado a dominar el mundo entero?

No someteremos la grandeza de nuestros planes, el contexto de cada una de sus partes, la consecuencia de cada punto en concreto ni el significado secreto que permanece oculto al juicio y a la decisión de la mayoría, ni siquiera de aquellos que comparten nuestras ideas. No presentaremos los brillantes pensamientos de nuestro líder ante los cerdos, y ni siquiera en los círculos más íntimos permitiremos que les echen mano.

Pintaremos los errores de los Gobiernos extranjeros de colores tan espantosos y crearemos tal sentimiento de náusea contra ellos que los pueblos preferirán mil veces las cadenas de una esclavitud que les garantice paz y orden a disfrutar de su mal llamada libertad. Los pueblos tolerarán cualquier esclavitud que les impongamos, si con ello pueden evitar volver a la guerra y al horror. Nuestros principios y métodos cobrarán toda su fuerza cuando los presentemos en afilado contraste contra el putrefacto orden social anterior.

El retrato del Anticristo de la época, que había sido revelado tan proféticamente en la visión de Joly de la tiranía moderna, fue reconocido treinta y tres años más tarde por la Ochrana, la policía secreta zarista. Lo vieron en un arma que constituiría el salto a la desintegración de la Sagrada Rusia si se enfrentaba a ella la llama de la revolución.

En manos de una larga sucesión de conspiradores de la policía secreta empezó a cobrar forma la idea de que se podía culpar a los judíos del materialismo radical. Se dieron cuenta de que las masas podían ser persuadidas para que creyeran que el bolchevismo era el instrumento del Anticristo asistido en su crecimiento por los judíos de todo el mundo. La falsificación de las *Actas* podría convertir la contrarrevolución en una cruzada espiritual, e incluso encender las arraigadas creencias religiosas de las masas y dirigir las en favor de la causa de la contrarrevolución.

La versión definitiva de las *Actas* llevada desde Rusia a Munich por Alfred Rosenberg en noviembre de 1918, fue escrita en circunstancias muy extrañas. Nilus, un escritor de religión y filosofía, fue escogido especialmente por el Ochrana como su hombre punta, a través del cual se publicarían las *Actas*, por dos razones. Acababa de terminar un libro titulado *Las pequeñas señales anuncian grandes acontecimientos — El Anticristo está cerca*, que el general Ratchkovsky, jefe del Ochrana, consideraba una excelente obra, donde las *Actas* podrían aparecer como «apéndice». Y, además, de este modo el Ochrana esperaba que el Zar estaría tan impresionado con ellos que retendría a Nilus como consejero espiritual en lugar de un curandero francés al que odiaban y acerca del cual albergaban la sospecha de que era un espía.

Los planes de Both fracasaron. El libro fue publicado en la Imprenta Imperial de Tsakoye Selo, pero la reacción del Zar sorprendió al Ochrana. Consideraba que las *Actas* eran falsas y también consideraba su papel potencial como un arma para derrotar a sus enemigos. Después de una larga reflexión tomó una decisión. «No podemos utilizar un arma tan sucia en una causa justa», dijo al ordenar que todos los ejemplares del libro fueran destruidos. Nilus fue expulsado del Círculo Real y cayó en desgracia. Y el Ochrana tuvo que asistir impotente al hecho de que Rasputín fuera recibido como el nuevo

confesor de los Romanov, Rasputín, el monje milagroso que contribuyó a la caída de una dinastía.

Aunque Nilus había incorporado las ideas más importantes de Maurice Joly en su libro *Las pequeñas señales anuncian grandes acontecimientos*, fue el pensamiento verdaderamente profético del filósofo y científico Soloviev el que confirió a la obra una aureola tan aterradoramente auténtica. Soloviev, un genuino visionario de la más pura tradición rusa, era el autor de la *Filosofía de la orgánica*, una obra inspirada en una concepción del Cristianismo cósmico que unía religión y ciencia, y que se adelantó a los escritos de Teilhard de Chardin en varias décadas. A partir de esta concepción cósmica del mundo, inspirado en parte en el *Libro de la Revelación*, Soloviev escribió *El Anticristo*, la obra en la que se basó el Ochrana para falsear las *Actas*.

El Anticristo de Soloviev no es ninguna figura mítica, sino que habita el alma de un hombre de carne y hueso. Un hombre vestido con ropas corrientes, aparentemente tan poco sospechoso que podría pasar inadvertido entre la gente. Y Soloviev creía que ese era el mayor peligro, que «la Bestia no es lo que parece».

Es joven y vigoroso y su voz posee un timbre de poder mágico que, al igual que los seductores tonos del flautista de Hamelín, puede seducir a los grandes líderes y llevarlos a un estado de responsabilidad moral disminuida, al mismo tiempo que inducir a las masas a que se levanten y conviertan una cultura agonizante en un montón de escombros y cenizas. Debajo de una superficie banal y encantadora («puede que lleve un cómico bigotillo»), es un tirano sediento de sangre, un poderoso demagogo.

El «Leviatán» de Soloviev no se apodera del cuerpo y del alma de un judío como el Anticristo de las *Actas*. Al contrario, ha tenido la perspicacia de ver que los judíos más inteligentes, que retienen la piedad de su ancestral sabiduría, se contarían entre los pocos que identificarían y denunciarían a la Bestia. Y Soloviev también predijo que el pueblo judío sería la víctima de las terribles persecuciones ordenadas por el Anticristo. En sus espeluznantes profecías incluía también descripciones de cómo la piel de los judíos sería convertida en artículos para el hogar (exactamente como ocurrió en los campos de concentración del Tercer Reich, en los que las jactanciosas SS asesinaban a sus esclavos judíos y utilizaban su piel para hacer pantallas de lámparas).

Uno puede imaginar con qué oculto placer leyó el soldado Adolf Hitler las *Actas de los Sabios Hombres de Sión*, ya que esta descarada falsificación describía su propio y predestinado camino hacia la conquista del mundo, es decir, el cumplimiento de la leyenda de la Lanza de Longino. En la obra se anticipaba incluso que el Anticristo se manifestaría después de que su recipiente escogido se hubiera recuperado de un corto período de ceguera.

¿En qué fecha se producirían estos hechos? ¡En 1921!

¿Qué edad tendría este vehículo del Hades? ¡Treinta y tres años!

Adolf Hitler celebró su trigésimo tercer cumpleaños en 1921, el año en que asumió la dirección indiscutida del Partido Nacionalsocialista!

Leer las palabras del «demonio» que habla en las páginas de las *Actas* es, de hecho, lo mismo que escuchar la historia del meteórico ascenso de Adolf Hitler al poder, un plan prototípico de cómo establecer el infierno en la tierra con el consentimiento y la cooperación de toda una nación.

Así habla el demonio en las *Actas*:

Sin embargo, en nuestras declaraciones "oficiales" adoptaremos un procedimiento opuesto, y siempre haremos todo lo posible por parecer honorables y dispuestos a cooperar. Las palabras de un estadista no tienen por qué coincidir con sus actos. Si nos atenemos a estos principios, los Gobiernos y los pueblos a los que así hayamos preparado tomarán nuestra deuda en efectivo. Un día nos aceptarán como benefactores y salvadores de la raza humana. Si cualquier Estado se atreviera a resistirse, si sus

vecinos hacen causa común con ellos contra nosotros, entonces desencadenaremos una guerra mundial...

Con todos estos métodos reprimiremos de tal modo a las naciones que se verán obligadas a ofrecernos el dominio del mundo. Extenderemos nuestros brazos como tentáculos en todas direcciones, e instauraremos un orden tan violento que todos los pueblos se inclinarán ante nuestro dominio⁴².

VIII

EL ADIVINO DEL KAISER GUILLERMO

El hijo del Almirante perseguido por los demonios

Houston Stewart Chamberlain podía ver demonios que, según él, le indujeron a buscar nuevos campos de investigación y a continuar con sus prodigiosos escritos... En una ocasión, en el año 1896, cuando regresaba de Italia, la presencia de un demonio se hizo tan poderosa que se apeó del tren en Gardone, se encerró en la habitación del hotel durante ocho días y dejando de lado una obra sobre música que había empezado, trabajó febrilmente en una tesis biológica hasta que consiguió tener el germen del tema que predominaría en todas sus obras posteriores: *raza e historia...* Dado que se sentía acosado por los demonios, sus libros estaban escritos en el fuego de una terrible fiebre, un estado de intoxicación provocada por él mismo, un auténtico trance, de modo que, como dice en su autobiografía *Lebenswege*, a menudo era incapaz de reconocerlos como su propia obra, porque sobrepasaban todas sus expectativas.

William L. Shirer, *Auge y caída del Tercer Reich*.

La Lanza de Longino desempeñó un papel esencial en las vidas de otros tres hombres además de Adolf Hitler y el doctor W. J. Stein en las primeras dos décadas del siglo XX. Se trataba de Houston Stewart Chamberlain, un genio inspirado por el demonio que fue el primero en despertar el interés del Káiser por la leyenda del destino histórico del mundo asociada a la Lanza; el Káiser Guillermo, que intentó por todos los medios robar este talismán de la conquista del mundo cuando Alemania se encontró al borde de un conflicto global; y el general Helmuth von Moltke, jefe del Estado Mayor del ejército alemán, que con mucha astucia consiguió mantener el arma sagrada fuera del alcance de su monarca engañado y hambriento de poder.

Houston Stewart Chamberlain ha sido descrito como el auténtico sucesor del genio de Friedrich Nietzsche y «uno de los talentos más asombrosos en la historia del pensamiento alemán, una mina de información y de ideas»⁴³.

Nació en 1855 y era hijo de un almirante inglés y sobrino del mariscal de campo sir Neville Chamberlain. Fue criado por unos parientes en París, donde fue educado por un notable tutor prusiano. Su mente despierta e impaciente absorbió con rapidez los actos gloriosos de los militares prusianos y las obras de los grandes poetas y filósofos alemanes como Goethe, Fichte, Hegel y Richard Wagner.

A la edad de diecisiete años, Chamberlain se trasladó a Alemania, se instaló en Dresde y pronto se convirtió en un alemán más alemán que los alemanes, adoptó su nacionalidad, su mente y su alma. En 1899 publicó su obra más importante, *Die Grundlagen des Neunzehnten Jahrhunderts* (Los cimientos del siglo XIX), que explotó

⁴² Traducción inglesa de las *Actas*, por Ralph Manheim: *The Protocol of the Wise Men of Zion* (Victor Gollancz, 1944).

⁴³ Konrad Heiden, *Der Führer* (Victor Gollancz)

como una bomba sobre las receptivas mentes de la nación alemana y le hizo famoso de la noche a la mañana.

Con una erudición fabulosa que sobrepasaba la de los mayores intelectuales alemanes, consiguió sintetizar las doctrinas opuestas de Friedrich Nietzsche y Richard Wagner. Para el deleite de las familias Junker... y la élite del cuerpo de oficiales, desarrolló y amplió la doctrina de Wagner sobre la Raza Superior Aria. Según Chamberlain, no había necesidad de tolerar la tragedia del «Ocaso de los dioses» provocada por la contaminación de las razas inferiores. Con un golpe de pluma erradicó la idea de que una raza noble tenía que declinar y decaer por la fuerza de una ley natural.

Chamberlain subrayaba que en la génesis de la raza debían actuar tanto un acontecimiento histórico como un elevado ideal espiritual que fuera lo suficientemente fuerte para dar a la población la sensación de una participación espiritual homogénea y equitativa.

La unificación de los pueblos alemanes alrededor de Guillermo de Prusia, Otto Bismarck y el general Helmuth Karl von Moltke sobre el territorio de la Francia derrotada en 1870-71 fue descrita como el momento histórico en el que nació una nueva raza, la Raza Superior Alemana.

«De este modo se preparó la tierra abonada para la aparición de una nueva raza de "Superhombres"», dijo Houston Stewart Chamberlain. Y aquella raza se estaba estableciendo a través de la omnipotencia del alma alemana y del talento prusiano para la organización, la capacidad en el Ruhr para producir la mejor industria pesada del mundo y un dominio potencial increíble en cuanto a tecnología. Y dado que el intelecto alemán, prosigue este profeta inglés, no deja nada al azar, tampoco debe dejar el crecimiento de una nueva raza al azar. «Del mismo modo que una perla puede ser cultivada por medios artificiales, la mente alemana debe guiar a los pueblos arios a la supremacía de la raza y al dominio del mundo.»

Chamberlain sabía que estaba escribiendo la nueva Biblia para el movimiento pangermánico, pero incluso él se sorprendió ante la fabulosa acogida que tuvo. El Káiser Guillermo le invitó a la Corte y le saludó con las siguientes palabras: «Ha sido Dios el que ha enviado este libro al pueblo alemán y a usted, a mí». Chamberlain devolvió al Káiser un cumplido todavía más blasfemo. Escribió que había colocado el retrato del Káiser en su estudio frente al retrato de la cabeza de Jesucristo. «Camino de arriba abajo por la habitación entre mi emperador y mi Dios», dijo. El Káiser le escribió para decirle que cada miembro de la Casa Real, el Estado Mayor y el Cuerpo de Guardia había leído el libro y estaba lleno de admiración. Y eso no era de extrañar, ya que Chamberlain los había mencionado como los líderes de élite y los grandes héroes de la nueva raza.

Pero, aun así, el pueblo alemán en general se mostraba escéptico ante sus teorías racistas y hostil ante su deseo de que los alemanes controlaran el mundo. Un gran número de pensadores alemanes mucho más equilibrados, inspirados en los grandes ideales de Goethe y Schiller, hombres que se habían regocijado en el concepto de libertad e igualdad espiritual de todos los hombres, se pronunciaron enojados contra Chamberlain y otros tiranos políticos similares como Treitschke, que glorificaba tan sólo la guerra y la conquista.

Cuando el Káiser Guillermo fue reprendido públicamente en un Reichstag socialista por interferir demasiado en los asuntos del Gobierno, Chamberlain le consoló diciéndole que la opinión pública estaba hecha para los idiotas y los traidores malvados. El Káiser replicó: «Usted blande su pluma, yo mi lengua».

La amistad entre el inglés y el emperador alemán se hizo cada vez más profunda hasta que Chamberlain fue aceptado en el palacio de Potsdam como mentor espiritual de la Casa Real. Allí su posición quedaba más asegurada, pero aun así era más peligrosa que el dominio de Rasputín sobre la Corte de los Romanov.

Esta situación extraordinaria, es decir, la de un inglés atrincherado con tanta firmeza en Potsdam, un hombre que gozaba del privilegio de ser el único confidente del Káiser alemán, había sembrado una comprensible alarma en los cuarteles generales de la Inteligencia Militar alemana. Sólo se sometían al control de Von Moltke débiles informes de sus actividades, y el general estaba profundamente trastornado por la influencia adversa que el inglés ejercía sobre el monarca sediento de poder.

El general Von Moltke era sobrino del conde Helmuth Karl von Moltke, amigo del Káiser Friedrich y de Bismarck, y el soldado más ilustre de Alemania, pues había llevado al ejército alemán a la victoria a través de un *Blitzkrieg* en la guerra francoalemana de 1870. Aunque tenía un buen expediente y había contribuido en gran medida a renovar y perfeccionar el Estado Mayor según las directrices dadas por su famoso tío, deseaba en su fuero interno rechazar el puesto supremo de Comisario General cuando el Káiser le presionó sobre ello. «Soy demasiado reflexivo, demasiado escrupuloso, y si quiere, demasiado concienzudo para el puesto.» Estas son las palabras que se le han atribuido al respecto. Era un hombre con una mente profundamente filosófica, más un académico que un soldado. El Káiser Guillermo quedó impresionado ante su encanto grave y tranquilo, y por alguna razón desconocida le puso el apodo de «der traurige Julius» (el triste Julius).

El Káiser Guillermo vivía con la esperanza de que una parte de las geniales acciones militares de Von Moltke hubieran ejercido influencia sobre él. Esta confianza no era compartida por los otros generales que estaban al corriente de que su principal interés particular, al margen de su carrera militar, era la búsqueda del Santo Grial. Se quejaban de que semejante interés por el misticismo medieval no era una característica saludable para un general prusiano y temían que no mostrara la férrea determinación que se requiere a un comandante supremo en los momentos de crisis. Cuando un tal doctor Rudolf Steiner, conocido como estudioso de Goethe y maestro en ciencias ocultas, se convirtió en visitante regular de la residencia de Von Moltke, algunos sugirieron discretamente al Káiser que debía intervenir y advertir a su Jefe del Estado Mayor que semejantes aficiones minaban la confianza de los sectores más veteranos del ejército alemán.

El Káiser rechazó estas críticas. No tenía ninguna objeción que hacer a las investigaciones del general Von Moltke acerca de la historia del Santo Grial. Sentía verdadero respeto por Moltke, y estas críticas eran un poco demasiado atrevidas, ya que el mismo Káiser sentía un gran interés por el misticismo pangermánico. Pero mientras que al Káiser no le importaba la asociación de Moltke con el doctor Steiner, a Moltke sí le importaba que el Káiser estuviera tan hipnotizado por la personalidad de Chamberlain.

El general Von Moltke sabía muchas cosas de Chamberlain que el Káiser y su séquito ni siquiera sospechaban en aquella época. Sabía, por ejemplo, que había escrito la mayor parte de sus obras en estado de trance, en el que las jerarquías de los malos espíritus se manifestaban ante sus ojos. Y que nunca sabía cuándo o dónde su alma sería invadida por demonios que le impulsaban a continuar su obra, y que después le dejaban exhausto, a menudo al borde de la histeria e incluso del colapso. ¡Algunos agentes de la Abwehr, que observaban de cerca a Chamberlain, habían informado incluso de que le habían visto huir de aquellos demonios invisibles!

Lo que más preocupaba al general Von Moltke era la unión de tema e inspiración de todas las obras de Chamberlain, que poseían una coherencia notable. El general, que conocía en profundidad los misterios del Santo Grial, estaba convencido de que Chamberlain estaba en manos de una inteligencia demoníaca que pretendía influenciar y trastornar el curso de la historia europea. Sin embargo, no veía la posibilidad de convencer al Káiser de que el inglés podría provocar el eclipse de la dinastía de los Hohenzollern y conducir a Alemania a la derrota a manos de los enemigos.

El problema se complicaba aún más, porque no todas las visiones de Chamberlain eran de origen demoníaco. A veces sus facultades de médium invocaban a los espíritus de grandes figuras de la historia antigua, que se le aparecían para inspirarle con sus palabras. Por ejemplo, toda la teoría de la raza de Chamberlain estaba basada

originalmente en la visión del antiguo profeta Fineas, que había forjado la Lanza como símbolo de la magia de la sangre judía. Ezequiel también se le había aparecido, el mismo Ezequiel que había profetizado a los judíos que contemplarían al Mesías crucificado, al que habían traspasado con la Lanza⁴⁴.

Remontando los pasos de las generaciones de la raza judía, Chamberlain creía que ésta había sido ensuciada por «los héteos de cabeza redonda con nariz predominantemente semita».

La raza de los amonitas, decía, de puros rasgos arios, apareció demasiado tarde para redimir a la raza corrupta.

Describía a Jesucristo como un galileo alto, rubio y de porte noble, del tipo de los amonitas, con una gran parte de sangre no semita. «Quienquiera que asegurase que Jesús era judío era o bien un estúpido o bien un mentiroso... Jesús no era judío. Era ario.» Y según Chamberlain, tan sólo los miembros de las mejores razas indoarias tenían la suficiente capacidad para entender y poner en práctica el mensaje de Cristo; no los judíos, que se habían convertido en una raza «negativa y bastarda», ni la caótica mezcla de razas inferiores de la cuenca del Mediterráneo. La sangre de Cristo había sido derramada exclusivamente para los pueblos arios.

La extraña concepción llena de prejuicios, según la cual el Cristianismo era tan sólo para los arios, no constituía ninguna novedad. Chamberlain se limitaba a reformular con más apoyo académico y en términos mucho más atrevidos la doctrina de su estimado Richard Wagner.

Chamberlain conoció a Wagner en 1892, cuando viajaba de Ginebra a Bayreuth para asistir al Festspiel. El compositor se convirtió de inmediato en el sol de su vida, y como consecuencia de la influencia de Wagner, Chamberlain decidió trasladarse a Alemania y volcarse en la historia, la filosofía, la literatura y la música de ese país.

Wagner fue el primero en llamar su atención sobre la existencia de la Lanza Sagrada, en la que estaba inspirada su ópera más importante, *Parsifal*. Aunque eso ocurrió muchos años antes de que Chamberlain descubriera la magnitud de la visión de Wagner en la historia del Grial en el siglo IX, así como sus personajes, inspirados en personajes auténticos de la Edad Oscura.

Sobre todo Wagner había sembrado la semilla del interés en la mente de Chamberlain acerca de la leyenda que rodeaba a la Lanza de Longino, y siete años más tarde se instaló en Viena para realizar un intenso estudio de su historia y del significado de la misma en la era moderna.

Durante los siguientes veinte años (1889-1909), hasta que se trasladó a Bayreuth, el místico inglés fue un visitante asiduo del Hofburg, como Hitler tres décadas más tarde, y se quedaba horas y horas delante de la antigua arma, con la esperanza de averiguar sus secretos.

Chamberlain afirmaba haber visto en una de sus visiones al Espíritu del Tiempo asociado a la Lanza y al Antiespíritu, que era la fuente de sus poderes de magia negra. Investigó en profundidad el papel que la Lanza había desempeñado en el curso de la historia de Europa durante los últimos dos mil años. Y fue la Lanza de Longino, como símbolo del poder mágico inherente a la sangre, la que inspiró las teorías racistas contenidas en *Los cimientos del siglo XIX*, la obra que se convirtió en la inspiración del Tercer Reich de Adolf Hitler.

⁴⁴ En su brillante biografía de Hitler, Konrad Heiden se acerca de un modo asombroso a la verdad cuando escribe: «Chamberlain había aprendido de los mayores maestros en el dominio del mundo, de los profetas judíos Ezequiel, Ezra y Nehemías, quienes, como él dice, crearon por orden del rey persa al pueblo consciente de su raza, al pueblo judío. Para entrar en otras naciones, para devorarlas desde dentro a través de una inteligencia superior, para crecer en el curso de las generaciones, para convertirse en la inteligencia dominante en las naciones extranjeras, y por tanto, para hacer que el mundo sea judío. Éste es, según Chamberlain, el objetivo de la raza judía».

Con sus asombrosas facultades de médium, comparables a las de madame Blavatsky, Chamberlain percibió en el curso de una serie de trances a muchas de las grandes personalidades históricas que habían poseído la Lanza a lo largo de los siglos, ya fuera con fines buenos o malos. La descripción de estas visiones conmovió al Káiser en grado sumo y aumentaron sus ambiciones de conquistar el mundo.

El Káiser alemán demostró tener un apetito casi insaciable por las visiones constantes y vividas de Chamberlain, en las que aparecían ilustres figuras de la historia que habían utilizado los poderes de la Lanza para cumplir un destino histórico mundial. Hombres como Constantino el Grande, Justiniano, Carlos Martel, Carlomagno, y los más importantes emperadores alemanes, tales como Enrique el Cazador de Pájaros, Otón el Grande, Federico Barbarroja y, por supuesto, el asombroso Federico Hohenstauffen.

El momento de la decisión llegó para el monarca sediento de poder cuando Chamberlain le transmitió un mensaje personal de ultratumba. El inglés le informó de que el emperador Segismundo se le había aparecido en una visión y le había encargado decir al Káiser Guillermo que era un crimen contra Dios permitir que la Lanza Sagrada permaneciera más allá de las fronteras de Alemania. El Káiser se apresuró a ordenar a sus propios historiadores que investigaran la vida de Segismundo, y pronto quedó confirmado que, en efecto, era el emperador que había decretado que la Heilige Lance debería permanecer siempre en la patria.

Esta revelación llegó a oídos del Káiser en 1913, después de una serie de crisis que habían llevado a Alemania al borde de la guerra. Era más de lo que el Káiser podía sobrellevar. Decidió que era de máxima urgencia recuperar la Lanza para Alemania, a fin de utilizar sus poderes para el destino futuro de la patria y para llevar a cabo el surgimiento y la consolidación de la Nueva Raza del *Herrenvolk*.

En consecuencia, el Kaiser ideó una elaborada estratagema para que la Lanza fuera a parar inmediatamente a sus manos. Se organizó una extensa publicidad sobre una exposición de arte germánico que sería celebrada en Berlín. El Kaiser invitó al anciano emperador Francisco José de Austria, y solicitó el préstamo temporal de las Reichskleinodien y las reliquias sagradas de los emperadores alemanes, a fin de que pudieran ser exhibidas. De este modo, la Lanza no fue mencionada de forma específica, sino tan sólo como un objeto más entre coronas, cetros, joyas, espadas, etc., es decir, los antiguos tesoros germánicos.

La treta podría haber funcionado bien. La única contingencia con la que el Kaiser no contó fue su propia lengua. Era por naturaleza un chapucero e incapaz de guardar un secreto, y así, no pasó mucho tiempo antes de que todo su séquito, los oficiales del Cuerpo de Guardia y muchos miembros del Estado Mayor conocieran el verdadero motivo del repentino e inusual interés del Kaiser por el arte germánico. Era bastante evidente que no tenía la intención de devolver la Lanza al emperador de Habsburgo, sino que la quería para sí mismo como talismán de poder, para dirigir una guerra mundial victoriosa.

En este momento el general Von Moltke decidió intervenir. Los ampulosos discursos del Kaiser y sus acaloradas discusiones con el Estado Mayor le habían causado gran ansiedad, sobre todo después del incidente de Agadir. Envío en secreto una nota al emperador Francisco José en la que le explicaba los verdaderos motivos que se ocultaban tras la solicitud del Kaiser acerca del préstamo temporal de las Reichskleinodien, y en la que le advertía que la posesión de la Lanza incitaría al Kaiser a desencadenar una guerra mundial que todos los pueblos cristianos temían y abominaban.

El Kaiser Guillermo, que había sido informado por su embajador en Viena de que el emperador Francisco José parecía dispuesto a prestarle los antiguos tesoros de los emperadores alemanes, se sorprendió en grado sumo al recibir una brusca carta, en la que el emperador austriaco se negaba a atender su petición. Nunca supo quién había frustrado sus planes.

En parte, el hecho de que Alemania no se embarcara antes en una guerra mundial se debió a la influencia del general Von Moltke. Como jefe del Estado Mayor, siempre estaba

advirtiéndolo al exaltado Kaiser que no había suficientes divisiones bien preparadas en el ejército alemán para poner en práctica el Schlieffen Plan de dirigir y vencer un *blitzkrieg* en dos frentes.

En su fuero interno, Von Moltke aprobaba la política equilibrada de paz y progreso llevada a cabo por el gobierno civil, a la vista de la manía pangermánica del Kaiser referente al dominio del mundo. Le había resultado difícil disimular su agrado cuando el pueblo alemán eligió un Reichstag antiprusiano y antimilitarista en 1912, el cual se componía de socialdemócratas amantes de la paz⁴⁵.

Cuando el 28 de junio de 1914 fueron asesinados en Sarajevo el heredero de la Corona austríaca, el archiduque Francisco Fernando, y su esposa, la duquesa Sofía, por un asesino perteneciente a una Sociedad de ocultismo llamada «Mano negra», la crisis internacional creció, y a través de los malentendidos y el miedo proporcionó al Kaiser el holocausto por el que él y Chamberlain tanto habían rezado.

»Hacia el final del siglo Alemania había rechazado una oferta francorrusa para unirse contra Inglaterra, que en aquel entonces estaba implicada en la guerra de los boers. Después, cuando Rusia y Francia firmaron un pacto dirigido contra Alemania, ésta permitió, entre 1904 y 1907, que se le escapara la tentadora ocasión de llevar a cabo una invasión relámpago de Francia, a pesar de que Rusia sufría en aquel momento una fuerte presión a causa de la revolución interna y la derrota de Japón. Ni siquiera la primera guerra mundial empezó como una guerra alemana de conquista.»

Al principio, pocos alemanes creían que un asesinato cometido en Sarajevo pudiera afectar sus vidas. Bosnia y los Balcanes estaban muy lejos, y a pocas personas importaba realmente el asesinato de un archiduque austriaco. A pesar de que el Gobierno alemán apoyaba la opinión de Austria acerca de que los serbios debían ser castigados por semejante acto, todos asumían que los rusos jamás se movilizarían para apoyar a una pequeña nación que había perpetrado un brutal asesinato.

Durante todo el mes de julio el Kaiser permaneció a bordo del yate Real, en un prolongado crucero por Noruega. El general Von Moltke, que estaba de vacaciones en Karlsbad con su familia, tenía la desagradable sensación de que Europa estaba al borde de una terrible catástrofe.

El 23 de julio, fecha en la que Austria envió un ultimátum a Serbia, el mundo enteró se sorprendió ante la brusca reacción del Zar: «Rusia no puede permitir que Austria derrote a Serbia y se convierta en la potencia dominante de los Balcanes».

La situación empezó a tomar un cariz ominoso. Y entonces fue cuando el jefe del Estado Mayor comprendió el hasta ahora desconocido punto flaco del Schlieffen Plan. En ningún momento preveía la presencia de negociaciones diplomáticas dirigidas a evitar la guerra.

En verdad, una vez que se hubieron colgado los pósters escarlata que anunciaban la movilización general en Rusia, nada podría haber evitado la guerra, ya que Alemania, enfrentada a los enemigos en ambos lados, creía que no podía permitirse esperar hasta que la apisonadora rusa se pusiera en marcha.

En los últimos días fatales, la mano muerta del general conde Von Schlieffen hizo más para guiar la política alemana que el Kaiser o

⁴⁵ Konrad Heiden ha sintetizado el contraste existente entre estas dos facciones, la militar y la civil, en la Alemania de la preguerra: en parte se debía a la oposición interna del Gobierno civil que la política exterior de Alemania no sucumbiera a las ansias de conquistar el mundo, tal y como Chamberlain esperaba. Escribe Heiden en su obra sobre el Führer: «Entre 1900 y 1912, el período en el que Inglaterra conquistó Sudáfrica, cuando Francia tomó Marruecos e Italia, Trípoli, Alemania no hizo nada semejante por la fuerza de las armas. Se había retirado de Marruecos antes que Francia, de Persia antes que Inglaterra y Rusia.

Bethmann-Hollweg (el canciller). Dado que el Schlieffen Plan clamaba por la derrota de Francia mientras Rusia todavía reunía a sus ejércitos, no se podía permitir que Rusia se movilizara en la paz. Por el contrario, si se declaraba la guerra a Rusia, Francia tendría que ser invadida. O al menos eso era lo que el general Von Moltke creía. El Plan así lo estipulaba. No había alternativa. Y aunque Francia se declarara dispuesta a abandonar a su aliado y permitir que Rusia se enfrentara sola a Alemania, ¿podía confiarse en que resistiera la tentación de atacar a su antiguo enemigo, una vez que los ejércitos alemanes estuvieran ocupados con Rusia? ⁴⁶

El general Von Moltke insistía en que era una necesidad militar informar a los rusos de que la movilización de sus ejércitos sería considerada como un acto de guerra. «La continuación de las medidas de movilización rusas nos obligará a movilizarnos, y en ese caso, una guerra europea no se podrá evitar», rezaba la nota oficial que el embajador alemán entregó al gobierno ruso en San Petersburgo.

Y todavía existía otra razón por la que Helmuth von Moltke empezó a sentirse personalmente responsable de la incontrolable avalancha de acontecimientos. Sus enmiendas personales al Schlieffen Plan exigían la toma inmediata de Lieja, Bélgica, en el mismo momento en que la guerra fuera declarada. Los fuertes de Lieja debían ser silenciados antes de que los ejércitos de Francia e Inglaterra pudieran viajar por ferrocarril a través de Bélgica hasta el corazón de Francia. Cualquier demora daría tiempo al enemigo para prepararse y llevaría al fracaso total del Plan. El jefe de la Inteligencia militar de Von Moltke informó de que la movilización de Rusia y Francia estaba en plena marcha. La situación no era tan sólo amenazante, sino que también se había alcanzado el punto desde el que era imposible retroceder. La única elección era la guerra. Si Alemania no se movilizaba de acuerdo con el Plan y pasaba inmediatamente al ataque, la guerra estaría perdida antes de empezar.

El 31 de julio, el Kaiser de bigote erizado y continente triunfante se paseó por Berlín en medio de la multitud que lo aclamaba salvajemente. Los periódicos de la tarde anunciaban el ultimátum de Alemania a Rusia y 200.000 personas se reunieron bajo el balcón del Palacio Real. «Me han puesto la espada en las manos —declaró—. Y ahora os encomiendo a Dios. Id a las iglesias, arrodillaos ante Dios y rogadle que ayude a nuestro valiente ejército alemán.»

El general Von Moltke se pasó toda aquella noche sentado a su escritorio del cuartel general, mientras la movilización relámpago que había preparado con tanta minuciosidad se ponía en marcha sin una sola vacilación.

Por toda Alemania, los reservistas se presentaban a sus puntos de movilización. En las estaciones de ferrocarril, los soldados subían rápidamente a los trenes militares, algunos de los cuales ya mostraban eslóganes tales como «Nach Paris», «Nach Petersburg». Los reservistas se asomaban a las ventanillas y se despedían con gestos de sus familias y sus amigos, mientras los largos trenes, puntuales como un reloj, se ponían en marcha... Batallón tras batallón, división tras división, cuerpo tras cuerpo, todos estaban entrenados para la guerra, y equipados con todos los objetos que necesitaban. Cada uno de ellos tenía un destino predeterminado. La magnífica red ferroviaria alemana, con cuatro vías dobles que cruzaban Alemania de este a oeste, y con todas las líneas auxiliares diseñadas con la idea de la movilización, permitía el transporte rápido y eficiente de las tropas. Si se cometieron errores militares en las

⁴⁶ D. J. Goodspeed, *Ludendorff* (Rupert Hart-Davis).

primeras semanas de guerra, desde luego no eran debidos al trabajo del personal técnico⁴⁷.

De pie ante los mapas que colgaban de las paredes del OHL, en la Casa Roja del Königsplatz, el general Von Moltke distribuyó una serie de directrices destinadas a asegurar que su cuerpo se situaría inmediatamente en las posiciones previstas de los frentes oriental y occidental. Toda contingencia que se producía había sido prevista en sus enmiendas personales al Schlieffen Plan. Sabía que el futuro de la Patria estaba en sus manos y creía que era lo suficientemente competente para cumplir sus deberes con la férrea determinación que se le exigía.

En este momento en que la maquinaria militar bien engrasada funcionaba con precisión prusiana, el Jefe Supremo del ejército cayó sobre su escritorio con lo que parecía un fulminante ataque al corazón. Se avisó a un médico mientras los presentes se apresuraban a llevarlo hasta un sillón, junto a la ventana que daba al Königsplatz.

El repentino ataque de Helmuth von Moltke no se debió a una enfermedad que se pudiera diagnosticar de inmediato. Por alguna razón desconocida se había sumido en un estado de trance que, sin previo aviso, había aplastado sus sentidos físicos. Su mente alemana metódica y escrupulosa no había contado con la mano del destino, que en este momento crítico de su carrera, recorría mil años para darle consciencia del significado de su propio destino en el proceso histórico.

IX

EL PAPA EN EL CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO: LA HABILIDAD ARTÍSTICA DEL DESTINO

Non corpore, tamen Spiritu et Virtuti

Entre los que fueron elevados a la dignidad papal en la ciudad de Roma, desde los tiempos de san Gregorio, ninguno demostró ser igual al papa Nicolás I (858-867).

Transmitía sus órdenes a reyes y tiranos, y su relación con ellos era tan autoritaria como si él fuera el dirigente del mundo entero.

Con los obispos y los sacerdotes que observaban los mandatos de su Señor del modo correcto era humilde, amable, piadoso y gentil, pero con los descreídos y todos los que se habían apartado del buen camino era terrible y fiero en denuncia moral, así que se mantenía justificadamente que había nacido un nuevo Elías en nuestro tiempo, si no en cuerpo, si en espíritu y en poder (Non corpore, tamen spiritu et virtuti).

Regino de Prune, cronista del siglo IX.

⁴⁷ Ibíd.

En el primer momento, los ansiosos asistentes militares que rodearon a su comandante en jefe en el OHL, creyeron que se estaba muriendo. Su respiración era tan débil que apenas era audible, y sólo se escuchaba un lejano latido del corazón. Los ojos abiertos mostraban una mirada vacía, fija, como si se hubiera extinguido toda consciencia.

Fuera cual fuese el aspecto del general Helmuth Ludwig von Moltke, lo cierto es que estaba bien lejos de la muerte y del eclipse de la consciencia que le atribuían. Al contrario, estaba experimentando una percepción renacida, tan concentrada, aguda y vivida que le condujo al umbral del dolor mientras su alma era transportada en un viaje a través del Tiempo, a una época transcurrida hacía mil años.

Con toda la imaginería colorida y móvil de los sueños, y con la misma cualidad mágica con la que los sueños cruzan las barreras del tiempo secuencial y del espacio tridimensional, se encontró reviviendo episodios de gran importancia de la vida de un papa medieval. Y con ayuda de algún proceso inexplicable de memoria superior que ahora despertaba en su alma, identificó la vida que estaba experimentando como la del papa Nicolás I, sobre el cual recayó la mayoría de las decisiones importantes de la Iglesia Católica en la Edad Oscura.

Sin embargo, en el interior del laberinto de su mente dilatada, que viajaba a través de los siglos, mantuvo su identidad del siglo XX como jefe del Estado Mayor. De hecho, se sentía fascinado al contemplar estas dos vidas, separadas por un milenio de historia europea, y que parecían entramarse en un tapiz viviente de causa y efecto.

Le pareció que los acontecimientos de la vida de este augusto pontífice se insertaban por alguna ley de metamorfosis mágica en la secuencia de acontecimientos y relaciones personales de su propia vida en el siglo XX. Y aun se asombró más al descubrir que muchos de los rostros de los cardenales y obispos que rodeaban a este celebrado vicario de Roma reaparecían en los rostros de sus colegas inmediatos del Estado Mayor alemán.

Una de las figuras medievales que reconoció con mayor claridad fue la de su ilustre tío, el mariscal de campo que había fundado el Estado Mayor y que había logrado la sonora victoria sobre los franceses en la guerra de 1870. Pero su tío no se presentó tal y como él lo recordaba, es decir, vestido con el uniforme de jefe supremo del ejército, sino ataviado con los ropajes de un papa medieval.

Huelga decir que existían ciertas diferencias en los dos rostros, separados por diez siglos, pero el acto de reconocimiento procedía del nacimiento de facultades aun más elevadas, que desvelaban los secretos de la transformación kármica de la fisonomía humana. De este modo fue capaz de identificarle como el papa León IV, el gran «soldado-pontífice», que había organizado la defensa de Roma y había llevado a sus propios soldados a la batalla.

Y aún se llevó una sorpresa mayor cuando se le apareció el alto y delgado general Von Schlieffen vestido como el papa Benedicto II, el papa que se había pasado la vida dilucidando cómo equilibrar las fuerzas hostiles del Este y del Oeste, y que había convencido a los emperadores carolingios de que cumplieran su promesa de defender la Santa Sede contra sus asaltantes.

Después de que Von Moltke se retirara del servicio activo en 1914, escribió una descripción detallada de esta extraordinaria experiencia trascendental, que según él era la genuina percepción de una vida anterior en la tierra y una revelación del funcionamiento interno del Karma y la reencarnación.

Cuando fue capaz de considerar el significado de todo lo que le había sido revelado a través del levantamiento repentino del velo del tiempo, le pareció irracional que un papa reelegido y entregado al servicio de la Iglesia Romana se hubiera reencarnado en la persona del jefe supremo de un ejército, igualmente dedicado a librar guerras contra los enemigos de su Patria. No tenía ningún sentido para él. Pero después de muchos meses de intentar desentrañar este misterio, empezó por fin a encontrar toda una cadena de

lazos racionales entre la sucesión de papas del siglo IX y la cadena de Jefatura del Estado Mayor alemán y su cuerpo de élite entre el siglo XIX y el siglo XX.

Encontró la clave de la relación kármica entre estas dos corrientes de personalidades que habían vivido separadas por diez siglos, y descartó la idea de que la «religión» de los papas era un factor de importancia. En lugar de ello, buscó una repetición de la forma de vida de los clérigos medievales en los panoramas contemporáneos y la rutina diaria del ejército. Por ejemplo, cosas como costumbres, hábitos, la calidad de las relaciones personales, el comportamiento, los gestos.

Percibió que los oficiales del Estado Mayor llevaban una vida casi totalmente apartada del mundo que les rodeaba. Y se dio cuenta de que, en muchos sentidos, parecían estar tan retirados de lo mundano como la Curia Romana, que llevaban vidas aisladas, aunque entregadas como los papas y los cardenales, con la sola intención de administrar el equivalente a una orden religiosa suprema.

Como clérigos augustos, todos los rangos del cuerpo de mando estaban apartados de la contaminación del panorama secolar, y no se daban cuenta de lo que sucedía a su alrededor, cosas tales como la gran expansión industrial de la Alemania moderna y la nueva ola de prosperidad de la burguesía.

A la manera de un exclusivo círculo papal, también conseguían armonizar los principios opuestos de la autocracia absoluta y la forma más liberal de democracia. Al igual que en la Curia Romana, también consideraban que la inteligencia y el talento eran más importantes que el rango. Todos los rangos, desde el más alto de general hasta el más bajo de capitán se relacionaban libremente, y a menudo discutían acaloradamente hasta el instante mismo en que una decisión debía ser tomada. Y a pesar de que se esperaba que los oficiales más jóvenes cumplieran las órdenes con rapidez y sin cuestionarlas, también se esperaba que aconsejaran a sus superiores de un modo sincero y sin tapujos, de forma parecida a los prelados medievales de la Santa Sede.

Fue la similitud de la misión fundamental de los papas del siglo IX y los modernos jefes del ejército lo que más impresionó a Von Moltke. Consideraba que el primer deber de los papas había sido equilibrar el poder entre el este y el oeste, en el cual la existencia misma de la Santa Sede se veía constantemente amenazada. Y al igual que la sucesión de papas hacía un milenio, la cadena de jefes del ejército también tenía una intención común que se transmitía de generación en generación. Pretendían proteger el destino de Centroeuropa, el punto siempre amenazado entre dos civilizaciones opuestas y potencialmente hostiles, la del este y la del oeste. Y las vidas del comandante en jefe y sus colaboradores se centraba en torno a la ejecución del Plan Schlieffen, que había anticipado que la guerra se libraría en dos frentes y sería una lucha de titanes en la que estaba en juego la supervivencia misma de la Patria.

Provisto de las conclusiones de Von Moltke respecto a la veracidad de sus visiones, es posible que el lector considere más creíble el contenido de las mismas. Quizá sea importante señalar en este punto que el comandante en jefe del ejército alemán era un hombre conocido por su escrupulosa sinceridad, que denunciaba con enojo todo tipo de especulación infundada, mientras que su amor por la verdad y su meticulosa atención a los detalles le merecían el respeto de todos. Insistía en el hecho de que su percepción durante todo el período de dilatación mental había sido más clara y aguda que la consciencia acostumbrada del mundo de los fenómenos, y afirmaba que el sentido de verdad y realidad sobrepasaba en intensidad cualquier cosa que hubiera conocido anteriormente⁴⁸.

⁴⁸ En muchos sentidos nos hallamos ante una situación comparable a la que vivió lord Dowding, el mariscal del aire cuya previsión como jefe del comando de la RAF salvó a la nación inglesa durante la batalla de Inglaterra. También había vivido muchas y profundas experiencias espirituales por las que fue ridiculizado durante muchos años, hasta que surgió una nueva generación que aclamó de viva voz tanto su sabiduría como su integridad.

El punto central que daba sentido al contenido amplio y rico de la experiencia trascendental de Helmuth von Moltke, era la Lanza del Destino. Unos meses antes, mientras visitaba Viena, había entrado en la Schatzkammer para contemplarla.

En aquella ocasión asistía a una reunión conjunta de los Estados Mayores de Alemania y Austria. La visita de cortesía al Hofburg había sido organizada para que pudiera ver de cerca aquella «Heilige Lance», a través de la cual Houston Stewart Chamberlain había incitado al Kaiser Guillermo a soñar con la conquista del mundo.

Entró en la Schatzkammer en compañía del jefe del estado Mayor austriaco, el general Conrad von Hotzendorf, al cual le unía una gran amistad desde hacía años. Mientras los dos hombres caminaban por las galerías contemplando las insignias de los Habsburgo, siguieron hablando acerca de la crítica situación internacional, la carrera de armamentos y la probabilidad de una guerra. Hotzendorf expresó su opinión sobre el hecho de que la política de encierro de Inglaterra, Francia y Rusia mostraba a las claras su intención de dominar a todos los pueblos de habla alemana, y que, por tanto, la guerra era inevitable.

En este momento, mientras ambos generales se encontraban ante la Lanza de Longino, Moltke dijo: «Si la guerra tiene que ser nuestro destino, entonces cualquier aplazamiento, desafortunadamente, disminuirá nuestras posibilidades de victoria».

WELTGESCHICHTE
IM LICHT DES HEILIGEN
GRAL

BAND I
DAS NEUNTE JAHRHUNDERT

(Al lado) *Portada de la edición original de la Historia mundial a la luz del Santo Grial, de Walter Johannes Stein, a quien Heinrich Himmler, Reichsführer de la SS, ordenó arrestar para tratar de obligarle a trabajar con los nazis. Tras la huida del doctor Stein a Inglaterra, en 1938 la obra se imprimió clandestinamente en Berlín.*⁴⁹

WALTER JOHANNES
STEIN

1928

ORIENT-OCCIDENT-VERLAG

(Abajo) *Retrato del papa Nicolás I, realizado unos 500 años después de su muerte y (al lado) moneda acuñada con un busto del mismo Papa.*

⁴⁹ Esta no es la imagen original es un cuadro de dibujo con el texto de la imagen que no ha sido posible respetarla (n. del C)



Bildnis des Papstes Nicolausl.

S. Giaconius. A. Vitae res gestae Pontificam Romanorum

Romae 1677 Tom. 1)

La Lanza le impresionó profundamente. Sin embargo, no se trataba tan sólo de sentimientos cristianos de dolor y compasión por el sacrificio supremo de Jesucristo. La Lanza parecía también despertar reacciones y preguntas no contestadas en el umbral de su consciencia. Más tarde confió a su esposa, Eliza von Moltke, que creía que el clavo insertado en la hoja contenía la respuesta al acertijo de *destino y libre voluntad*.

Y ahora, en la percepción trascendental en la que estaba reviviendo la vida del papa Nicolás I, su asombro fue mayúsculo al descubrir que aquella cuestión de los conflictivos factores del destino y la libre voluntad había sido la que tanto había atormentado al pontífice medieval.

En la agitada controversia referente al modo en que el hombre mismo refleja la Santísima Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo, el papa Nicolás I había llegado a la conclusión de que el destino humano se cernía sobre el hombre a causa de la necesidad del Padre, mientras que la posibilidad de libertad humana procedía del amor sacrificado del Hijo. Según Nicolás, un hombre se sumía en la duda y en la ilusión cuando era incapaz de comprender la interrelación del destino y la libertad en el destino humano. Sólo alcanzaba la bendición cuando descubría que los bien regulados destino y libertad guiaban juntos su vida.

En la cumbre de su visión trascendental, el general Von Moltke comprendió el significado de la Lanza del Destino, que ahora se presentaba ante él como un poderoso y apocalíptico símbolo.

Comprendió que la hoja representaba el destino, el instrumento de la ley de la consecuencia moral que transformaba los acontecimientos de siglos pasados en nuevos modelos de acontecimientos mundiales. Y se dio cuenta de que el Clavo insertado en la hoja simbolizaba el destino de cada individuo, tejido de forma inevitable en la tela del proceso histórico. La única medida de libertad quedaba en los objetivos y las reacciones de los individuos ante su destino. Y sin embargo, cada modelo de destino personal, si se abrazaba con el amor de Cristo, contenía exactamente aquellas posibilidades que trillaban el camino hacia él conocimiento de uno mismo.

Mirando hacia el futuro desde el siglo IX, Nicolás vio incluso la llegada del materialismo moderno como consecuencia de un destino ineludible que afectaría a la civilización occidental. Le parecía inevitable en la evolución de la consciencia humana que los europeos se sumirían cada vez más en el mundo tridimensional de los sentidos.

El cardenal Anastasio (Bibliotecario), su amigo y consejero, creía que sólo a través de semejante evolución el hombre occidental se convertiría en un ego fuerte e independiente y desarrollaría la inteligencia analítica que le conduciría al dominio científico del mundo. Sin embargo, como precio por este dominio científico del planeta, el hombre tendría que separarse por completo de todo conocimiento de los mundos espirituales y volver enteramente a las revelaciones de los Evangelios.

Tanto Nicolás como Anastasio previeron el momento en que la nostalgia en las almas de los individuos en una futura era materialista les incitaría a buscar de nuevo la libertad del espíritu. Y fueron estas consideraciones, aparte de la presentación a la Santa Sede de los «Decretos Pseudoisidóricos», las que persuadieron al papa Nicolás I a erradicar el Espíritu Individual del Hombre de la original Tricotomía del Hombre.

Anastasio, dotado de la visión de espíritus celestiales, percibía que los malos espíritus habían descendido del macrocosmos para invadir las almas de los hombres. Y que estos espíritus de la segunda jerarquía de la Trinidad del Mal seducirían al hombre para se hiciera la ilusión de que el mundo físico era la única realidad.

Tras la muerte de von Moltke, el doctor Rudolf Steiner, un hombre de excepcionales dotes espirituales que podía leer a voluntad la «crónica cósmica», confirmó la esencia de la visión del general. En una carta dirigida al doctor Walter Johannes Stein, Eliza von Moltke dio su autorización para que dicha confirmación fuera publicada.

Friedenau, 3 de diciembre de 1927.

Estimado doctor Stein:

Con mucho gusto pongo las siguientes notas a su disposición para la confección de su libro:

Carta del doctor Rudolf Steiner, del 28 de julio de 1918, a Eliza von Moltke sobre el Papa Nicolás y su consejero:

En el siglo IX, el consejero estaba junto a Nicolás observando el mapa de Europa. Era el momento en que Nicolás debía comprender las ideas que separarían al este del oeste. En esta separación estaban implicadas muchas personas... El consejero emitió su juicio sobre el asunto. Pero al mismo tiempo, el hombre todavía estaba cerca de los mundos espirituales. No producía ninguna sorpresa el hecho de que aquellos Seres Espirituales iban y venían. Sin embargo, los habitantes del centro y el oeste de Europa se apartaban de las jerarquías espirituales. Porque ya entonces tenían que prepararse para el materialismo. Para Nicolás y su consejero en el siglo IX había mucho de influencia espiritual directamente palpable. A menudo el consejero decía: Los espíritus se retiraran de Europa, pero más tarde los europeos los echaran de menos. Los europeos crearán la máquina sin el espíritu. En ello radicarán su grandeza. Con ello, sin embargo, incubarán en su propio seno al hombre occidental que llevará a la cultura arimánica hasta su punto más elevado para ellos, y luego ocupará su lugar.

(Firmado) Eliza von Moltke

Geb. Grafen Moltke Huitfeldt.

Friedenau, 10 de diciembre de 1927.

Estimado doctor Stein:

Con mucho gusto le envié las siguientes notas para que las utilice en la redacción de su libro.

Una conversación entre el Papa Nicolás y su consejero, el cardenal, narrada a Eliza von Moltke por Rudolf Steiner, el 17 de junio de 1924:

El papa: ¿Tenemos que perder aquello que nos trajo lo espiritual cuando el Evangelio del Crucificado trajo el cielo a la tierra?

El consejero: Lo que ha envejecido debe ser apartado; la muerte no es más que nueva vida. De la caída de Asia veo nacer y crecer la vida de Europa.

El papa: La decisión será difícil.

El consejero: Pero es la voluntad de los espíritus superiores, a fin de que Arimán pueda conocer el camino correcto hacia la vida de las almas que surgirán desde los francos hacia el este. La estrella del norte también me lo ha dicho a mí, en una suave noche de verano, entre las rocas de mi tierra natal, oí la voz que procede de Gabriel, que traerá una nueva Europa.

El papa: ¿Estás seguro?

El consejero: Las palabras de los espíritus superiores son la única seguridad. Estoy seguro de que hablaron con claridad.

El papa: ¡Puede que hablen con claridad! Pero yo también sé que los siglos venideros pesarán en grado sumo sobre nuestras almas.

(Firmado) Eliza von Moltke

Geb. Grafin Moltke Huitfeldt.

Un vasto panorama que englobaba mil años de historia europea apareció ante la visión trascendental del general Von Moltke, ilustrando que a consecuencia de la negación papal del espíritu individual que él mismo había realizado en una encarnación pasada, la humanidad se había visto llevada paso a paso al encarcelamiento virtual del mundo de los fenómenos, de la medida, el número y el peso, mientras que la existencia misma del alma humana se convertía en tema de preocupación y de debate.

Asistió al hecho de que un manto de sopor había descendido sobre la tierra en el materialismo de los siglos XVIII y XIX, de forma que los orígenes espirituales de la humanidad habían quedado olvidados, y el fluir de la historia ulterior era considerado como un accidente ciego de la evolución darwiniana. Incapaces de encontrar el camino de regreso al reconocimiento del espíritu, las masas habían sido llevadas con engaños a la creencia de que el patriotismo era el ideal más elevado. Y a causa de este orgullo nacional malentendido, los ejércitos de las naciones se movilizaban ahora para matarse los unos a los otros.

Cuando el general Von Moltke recobró el conocimiento, se encontró a sí mismo sentado en una silla y con la mirada clavada en un médico militar que le estaba examinando. A pesar de que había permanecido aparentemente inconsciente durante nueve minutos, no se le diagnosticó nada más grave que un ataque debido al exceso de tensión y fatiga.

Los oficiales de todos los rangos se apresuraron a volver al cumplimiento de sus tareas, al tiempo que manifestaban su alivio por el hecho de que el general no necesitase más que un buen sueño antes de volver a ocupar su puesto. Tan sólo el general Von Moltke conocía el dilema al que se enfrentaba.

Estaba al mando de la fuerza militar más poderosa del mundo. Dos millones" de hombres «dormidos» que se acercaban a toda prisa a las fronteras de Alemania para enfrentarse y aniquilar a otros dos millones de hombres «dormidos» de los ejércitos

francés, ruso e inglés. El gran miedo que anidaba en los corazones de estos hombres era el mismo..., el miedo a despertar al espíritu individual que había en ellos, y a través del cual verían que todos sus celebrados ideales patrióticos no eran más que mortales castillos en el aire.

Y lo peor de todo era que parecía que el instrumento del destino iba a exigir ahora una prolongada pesadilla de muerte y mutilación en un verdadero infierno bélico. Porque ahora el papa, en los cuarteles generales del ejército temía, en su fuero interno, que sólo una larga guerra de magnitud sin precedentes y grandes sufrimientos podría concienciar a la humanidad de sus falsas creencias y de sus falsos ideales.

X

UN «BLITZ» PARA LA REDENCIÓN

La ineludible mano del destino

Mi Plan Magistral es infalible. Nuestros enemigos nunca resistirán su brutal y sólida sencillez. En las manos de hierro de un implacable y decidido comandante en jefe no puede fallar.

General Von Schlieffen.

El general Helmuth von Moltke se enfrentaba, ahora, a un terrible dilema. A la luz de su renacida comprensión del verdadero significado del destino personal en la contingencia del proceso histórico, la muerte de un simple soldado, alemán, francés, ruso o británico, pesaba sobre su conciencia como una tragedia personal.

Y al mismo tiempo era impensable que tuviera que dejar su posición de comandante en jefe en un momento de crisis como aquel. Durante dos años, la estrategia, la táctica y los procedimientos de movilización de todo el ejército alemán habían sido dirigidos a dar un golpe victorioso mediante el Plan Schlieffen. Dado que él mismo había dirigido el Plan, que incluía una batalla relámpago a través de Bélgica, y había supervisado hasta el último detalle de la misma, parecía no haber duda sobre su permanencia en la comandancia.

De acuerdo con el Plan Schlieffen, París caería y las tropas francesas capitularían treinta y seis días después de haber dado la primera orden de movilización. Si podía tomar la iniciativa con mano de hierro y decisión implacable, todavía era posible impedir una guerra de agotamiento que costara millones de vidas.

Un *blitz* le permitiría redimirse.

Una vez tomada esta decisión, el general Von Moltke se quedó atónito al descubrir que su iluminación espiritual no había cambiado en modo alguno su destino personal. Todo siguió como antes, sólo su motivación para actuar había cambiado al proceder de alguna manera como el centurión romano Longino, cuya actuación marcial tampoco pretendía ser misericordiosa.

La sólida y brutal sencillez del Plan Schlieffen tuvo un efecto terrible cuando los ejércitos alemanes atravesaron el centro de Bélgica camino de Francia. Mientras que una mínima fuerza mantuvo a los ejércitos rusos en el frente este, el grueso de las tropas alemanas siguió avanzando, defendiéndose de Metz como una guadaña gigante. En el flanco derecho, el ejército del general Von Kluck sobrepasó Mame y alcanzó posiciones con París a la vista.

Parecía, más allá de toda duda, «una victoria de acuerdo con lo previsto». El general Von Moltke afirmaba: «El enemigo, debilitado a lo largo de la línea, se bate en total retirada y no es capaz de ofrecer resistencia al avance alemán».

Y entonces, en el transcurso de un solo día, se sucedió una serie de misteriosos malentendidos y acontecimientos que dejaron una marca sangrienta en la Historia.

El general Von Schlieffen soñaba con repetir la «batalla de Cannae»⁵⁰ de Aníbal, pero no consiguió materializarla como había planeado porque el flanco derecho de las tropas alemanas no consiguió abatir a las fuerzas anglofrancesas.

El general Von Kluck, un hombre engreído y fanfarrón que pretendía compararse con Atila el Huno, desobedeció las órdenes. Buscando su gloria personal, tuvo la tentación de atacar el flanco expuesto de los franceses que se batían en retirada y se volvió hacia París en lugar de dejarlo atrás. Este error táctico no sólo abrió una brecha entre las columnas alemanas que avanzaban, sino que también expuso el vientre desnudo de sus tropas al salvaje contraataque del ahora más ágil cuerpo anglofrancés.

Las tropas alemanas quedaron exhaustas tras el largo avance, se cortaron los suministros y la situación táctica se había vuelto confusa. El general Von Moltke envió un despacho al coronel de mando con el fin de conocer la posición táctica de Von Kluck y le confirió, con desacierto, pleno poder para ordenar el avance o la retirada.

De repente, a este leal oficial, el coronel Hentsche, le sobrevino un serio ataque de riñón que pareció nublar su juicio completamente. En lugar de tomar la decisión evidente de ordenar a cualquier precio un avance inmediato de acuerdo con el plan previsto, ordenó una retirada provisional a través de Mame y reagrupar así a las tropas para preparar la ofensiva final.

Este fue el punto decisivo de la guerra. Se había desvanecido cualquier esperanza de victoria iluminada. La resistencia francesa se volvió milagrosamente tenaz y contraatacó con valentía salvaje. Tras una carrera hacia la costa, la mortal paralización de la guerra de trincheras se extendió como una gangrena a lo ancho de toda Francia. Las armas modernas se revelaron tres veces más efectivas en la defensa que en el ataque y empezó una guerra de agotamiento mutuo con una ferocidad hasta entonces desconocida.

A lo largo de cuatro años se desarrolló un combate mortal en las trincheras y en los descampados de Flandes. La única esperanza de los soldados de cualquier nacionalidad que se hallaban en este criminal punto muerto era la casi imposible esperanza de que luchaban en una guerra que sería la última.

La trampa había saltado. Lo que el mundo había rehusado escuchar libremente, debía aprenderlo ahora de la amarga copa del azar. Los millones de personas que se desentendieron de la batalla, ahora debían hacer frente a aquellas monstruosas acciones en las que millares de soldados encontraron la muerte en un solo día por ganar diez yardas y avanzar de una roída trinchera a otra.

El general Von Moltke, un hombre acabado y relevado de su cargo, lloraba por un mundo en el cual sólo una masacre de semejante calibre podría despertar a la humanidad al reconocimiento del Espíritu.

XI

LA SABIDURÍA RETROSPECTIVA: UN PANORAMA DEL FUTURO

El general Von Moltke se convirtió en el chivo expiatorio no sólo por el fracaso del Plan Schlieffen, sino también por la llegada de la locura asesina de la guerra que siguió.

⁵⁰ Cannas en la que Aníbal derrotó al ejército romano (nota del corrector)

Sus subordinados habían advertido cómo los informes de las victorias de las primeras y prolongadas incursiones en Francia y Bélgica sólo traían lágrimas a sus ojos. «Parecía fatigado, sus ojos, como embrujados, y su rostro mostraba profundas arrugas —dijo el coronel Eric Ludendorff después de una visita al cuartel general de Von Moltke—. Ningún indicio en el triste semblante sugería al comandante en jefe victorioso.»

Los otros generales, que no se percataban de una nueva dimensión de consciencia cristiana que había nacido en su interior, interpretaron su conducta como una señal inequívoca de que todas las dudas que le habían asaltado cuando entró a ocupar el puesto de comandante en jefe habían regresado. ¿De qué sirve un comandante sin la confianza en su propia estrella, un hombre tan sensible que se ve torturado por la perspectiva del sufrimiento humano, que es la consecuencia inevitable de las decisiones militares en tiempo de guerra? Éstas fueron las palabras que pronunciaron respecto a él.

Cuando fue reemplazado por el general Eric von Flakenhayn, no hizo ningún esfuerzo por defenderse de las acusaciones que pretendían señalarlo como único responsable de la asesina paralización que él, antes que todos los demás, había previsto y querido evitar.

Hasta después de su muerte, acaecida en 1916, no dio la explicación de todo lo que le había sucedido, y entonces lo describió todo desde un nivel privilegiado, desde el que podía ver sin prejuicio alguno por qué el Plan Schlieffen había estado condenado al fracaso.

La fuerte unión existente entre el general y su esposa no se rompió con su muerte. Eliza von Moltke, quien ya había despertado en su interior facultades superiores, permaneció en contacto espiritual con él. Y a través de la facultad de «inspiración», aquello que san Pablo llamaba «hablar con lenguas», el general fallecido era capaz de hablar a través de ella desde niveles superiores de tiempo y de consciencia.

Muchos de los amigos íntimos de la familia Moltke se reunían con regularidad y en secreto, para escuchar las descripciones de lo que el general podía contemplar en la «crónica cósmica», el tapiz eterno del destino del mundo, en el que el pasado, el presente y el futuro estaban entrelazados irremisiblemente.

Eliza von Moltke insistía en que sus comunicaciones con su esposo no tenían nada que ver con facultades de médium. Según su opinión sobre el espiritismo moderno, los médiums en estado de trance no se daban cuenta de las comunicaciones que eran reveladas a través de ellos. En muchos casos, creía, aquello degeneraba en posesión demoníaca, ya que tales médiums no podían identificar la naturaleza de las inteligencias que habían invadido sus almas y se habían apoderado de sus cuerpos. Por el contrario, afirmaba que ella estaba en un estado de consciencia normal y corriente cuando su marido se comunicaba a través de ella. A pesar de que sus palabras eran pronunciadas con la voz de ella, el círculo que escuchaba no albergaba duda alguna de que el modo y el estilo de las frases era totalmente característico del general fallecido.

Estas comunicaciones, puestas por escrito en 1916, contienen la visión profética del general Von Moltke acerca de los acontecimientos destinados a tener lugar en décadas posteriores del siglo XX. Se envolvió en el Archivo Akásico y describió el destino que veía para el mundo desde el año 1916 hasta el año 2000.

Describió que se daría otro paso de gigante en la evolución de la consciencia humana en el siglo XX cuando millones de hombres y mujeres empezaran a experimentar en su interior el nacimiento de una identidad espiritual individual (Yo Superior), y con ello un nuevo sentido de libertad e igualdad moral que trascendería las barreras del nacionalismo.

Describió con todo detalle que Alemania perdería la guerra, así como las condiciones que se le impondrían en las postrimerías de la derrota a la sombra del Tratado de Versalles. Predijo que la clase trabajadora despertaría a la verdad de que la guerra había ido en contra de sus intereses y en contra de los intereses de la humanidad en conjunto. Y que la inmensa mayoría de los veteranos del ejército alemán se darían cuenta de que

no habían sido más que instrumentos de usar y tirar en una guerra sin sentido que les había sido impuesta por las políticas de poder de occidente y por el Kaiser mismo y por las grandes familias Junker.

Veía que las espantosas escenas de masacre en las trincheras ilustrarían la terrible futilidad del patriotismo malentendido en la «Idea de la Patria», así como de la lealtad ciega hacia los líderes de la nación.

También profetizó la caída de los Romanov y de los Hohenzollern, así como de otras grandes dinastías que habían existido durante mil años y que serían expulsadas por nuevas ideologías de connotación internacional..., el fascismo y el comunismo.

Predijo con gran exactitud como Lenin instauraría el régimen comunista en Rusia, y también el modo en el que el nazismo nacería y crecería en Alemania. Tal vez el aspecto más convincente de estas impresionantes profecías pronunciadas por boca de Eliza von Moltke, fue la mención de Adolf Hitler como el futuro Führer del Tercer Reich, ya que en aquella época no era más que un desconocido y totalmente insignificante Meldeganger del Regimiento Litz en el frente occidental.

La mención del entonces desconocido Adolf Hitler como el futuro dictador de la Alemania nazi, y la previsión exacta de toda la cadena de acontecimientos, astutas maniobras políticas y las doctrinas racistas a través de las cuales se haría con el poder, no eran la consecuencia de algún proceso de suposición fantasmal procedente de ultratumba. Las comunicaciones recibidas a través de Eliza von Moltke no eran del carácter sensacionalista y a veces equivocado de las de una «profetisa» de Nueva York, que con ayuda de unos misteriosos poderes no identificados fue capaz de predecir el trágico asesinato del presidente Kennedy.

Los detallados y asombrosos pronósticos que hablaban de la llegada del régimen de Hitler eran percibidos por Helmuth von Moltke como parte integrante de una pantalla gigante, que incluía tanto la historia pasada como el destino futuro de Europa, la manifestación de un inmenso «Organismo del Tiempo», que abarcaba el período entre la Edad Media y la era contemporánea.

Dentro de este Organismo del Tiempo veía que los acontecimientos del siglo XX que se avecinaban eran la metamorfosis kármica del escenario histórico que había tenido lugar mil años atrás. Y era capaz de observar que las personalidades más destacadas que se habían enfrentado en la lucha por el control del destino de Europa para bien y para mal en el siglo IX reaparecían ahora en la tierra para elaborar las consecuencias morales de sus actos pasados.

Las «Mitteilungen» de Moltke son muy extensas y se elevan a varios cientos de páginas mecanografiadas, varias copias de las cuales circulan aún hoy en secreto entre algunos Grupos del Grial de Alemania. Incluyen una identificación y descripción de las encarnaciones pasadas de muchas de las personalidades más importantes del panorama político internacional del siglo XX. Nos limitaremos a cuatro de las personas que menciona, las cuales quedan dentro de nuestro contexto de la historia de la Lanza de Longino y el papel que ha desempeñado en el cambio de rumbo de la historia en el siglo XX: Adolf Hitler, el Kaiser Guillermo, Houston Stewart Chamberlain y el general Eric von Ludendorff.

Von Moltke mencionó a Adolf Hitler como la reencarnación del Landulf de Capua, el arzobispo excomulgado que se refugió en Kalot Embolot, en Sicilia, desde donde ejercía los poderes de magia negra más pavorosos. La figura de «Klingsor», acerca de la cual el mismo Hitler creía que era una encarnación suya anterior. Y describe que las monstruosas prácticas de magia negra del círculo de adeptos, del cual el conde de Terra de Labor era la figura dominante, reaparecerían en la forma del demoníaco ocultismo practicado en la cúpula dirigente del partido nazi.

Su premonición acerca de la meteórica carrera de Hitler, que le conduciría desde la oscuridad y el anonimato hasta la cumbre de la infamia y del poder, incluía la terrible predicción de que se convertiría en el nuevo solicitante de la Lanza de Longino de la

difunta dinastía de los Habsburgo, y de que se embarcaría en una guerra mundial con esta Lanza como talismán de poder, una guerra que reduciría a Alemania tanto a la degradación moral como a un montón de escombros humeantes.

En estas visiones, el Kaiser Guillermo aparece como la reencarnación del obispo de Rothard, el Zorro de Soissons, un personaje de lo más repugnante, a través del cual los «Decretos Pseudoisidóricos» fueron presentados al papa Nicolás I como documentos auténticos. Moltke atribuye el brazo marchito del Kaiser a la retribución kármica por este acto de traición en el siglo IX.

El objetivo original de la falsificación de estos decretos aparecidos en los siglos IX y X, era extender una falsa afirmación que apoyara la idea del poder supremo de la Iglesia Romana sobre los poderes seculares de emperadores y reyes. Estos decretos abrieron el camino para muchos siglos de inquisición sangrienta, en la cual el Vicario de Roma decidía sobre la vida y la muerte de aquellos que se atrevían a poner en duda los dogmas de su Iglesia. Según Von Moltke, las mismas personalidades malvadas que habían perpetrado estas falsificaciones reaparecieron en la tierra en los siglos XIX y XX, a fin de imponer la concepción falaz de la «Desigualdad de las Razas», en oposición al auténtico ideal cristiano de la igualdad de toda la humanidad.

El máximo exponente de esta falsa filosofía racista era Houston Stewart Chamberlain, el hombre que unificó con tanta astucia las doctrinas racistas de Wagner con el concepto de Nietzsche sobre la llegada del «Superhombre», a fin de crear el sueño de la Raza Superior Aria. Y una vez más, Von Moltke había tenido razón al profetizar que sería Houston Stewart Chamberlain quien declarara que Adolf Hitler era el «Mesías alemán», tan esperado.

William Shirer describe el primer encuentro entre Adolf Hitler y Houston Stewart Chamberlain⁵¹.

La mayor influencia que ejerció este inglés fue sobre el Tercer Reich, el cual no se instauró hasta después de seis años de su muerte, pero cuya llegada previo mucho antes. Sus teorías raciales y su ardiente sentido del destino de los alemanes y de Alemania fueron adoptadas por los nazis, que le aclamaban como uno de sus profetas... Es probable que Adolf Hitler aprendiera muchas cosas de los escritos de Chamberlain antes de abandonar Viena. En *Mein Kampf* escribió que lamentaba que no se hubiera prestado más atención a las observaciones de Chamberlain durante el Segundo Reich.

Chamberlain fue uno de los primeros intelectuales de Alemania en ver un gran futuro para Hitler... y nuevas oportunidades para los alemanes si le seguían. Hitler le había conocido en Bayreuth en 1923, y a pesar de que estaba enfermo, medio paralítico y desilusionado por la derrota de Alemania (el colapso de todas sus esperanzas y profecías!), Chamberlain quedó entusiasmado por el joven y elocuente austriaco.

«Tiene cosas poderosas que hacer —escribió a Hitler al cabo de unos días—. Mi fe en el germanismo no se ha tambaleado ni un solo instante, a pesar de que mi esperanza, lo confieso, estaba por los suelos. En un abrir y cerrar de ojos ha transformado usted mi estado de ánimo. El hecho de que en un momento de gran necesidad Alemania dé a luz a un Hitler demuestra su vitalidad; así como las influencias que emanan de él; porque estas dos cosas, personalidad e influencia, deben ir unidas. ¡Que Dios le proteja!»

El hipnótico magnetismo de la personalidad de Hitler funcionaba de maravilla con el anciano y enfermo filósofo, y renovó su fe en el pueblo que él había elegido exaltar. Este notable inglés celebró su septuagésimo cumpleaños con cinco colaboradores del periódico nazi *Völkischer Beobachter* —donde sus «Cimientos del Siglo Veinte» era considerado el «Evangelio del movimiento nazi»— y fue a la tumba, dieciséis meses más tarde, con la firme esperanza de que todo lo que había predicado y profetizado se cumpliría bajo la dirección divina de este «nuevo Mesías alemán».

⁵¹ W. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*.

Se cree que el misterio de la naturaleza de la sangre de Cristo y de la leyenda de la Lanza que la derramó fueron los temas principales de la conversación que mantuvieron Adolf Hitler y el anciano Chamberlain cuando se encontraron en Wahnfried, la residencia de la familia Wagner. Y fue Alfred Rosenberg, el profeta del Anticristo de las *Actas de los Sabios Hombres de Sión*, quien presentó al ex soldado de la voz hipnotizante al hombre perseguido por demonios.

Las enseñanzas de Chamberlain concebían que la sangre aria era el factor esencial en la creación de una futura Raza Superior. Desde su nacimiento, un hombre está predestinado, según la calidad de la sangre que corre por sus venas, a convertirse en un exaltado miembro del Herrenvolk, o a llevar una vida de esclavitud como «subhombre». Una tesis así anticipaba la Gestapo, las Totenkopf SS y los campos de concentración, incluso las cámaras de gas! Y sin embargo, nada de todo eso habría sucedido si no se hubiera establecido, en primer lugar, que Cristo era de ascendencia aria. Una vez que quedó establecido que Jesucristo era un Dios ario, la persecución de las razas inferiores podía convertirse en una cruzada religiosa. Un Himmler, un Heydrich o un Eichmann podrían entonces organizar el genocidio de los subhombres en cumplimiento de un deber religioso... La Inquisición de La Sangre Inferior.

Aunque nunca se ha puesto por escrito el contenido de la conversación entre estos dos hombres, que compartían el secreto de la Lanza del Destino, la implicación de las palabras de Chamberlain inspiraron más tarde a Rosenberg para escribir la Biblia del nazismo: *The Twentieth Century Myth*. Una cosa es bien segura: Chamberlain convenció a Hitler de que la religión y la política podían unirse para dar soporte a la nueva imagen del Herrenvolk.

Chamberlain, cuya clarividencia se había disipado misteriosamente tras la desastrosa derrota en el frente occidental al estallar la primera guerra mundial, era presa ahora de una nueva excitación que le había hecho recobrar su visión anterior, que conservaría durante el resto de su vida.

¿Había llegado el momento de la malvada transfiguración de Hitler ante los ojos del hombre que le proclamaría el Mesías alemán? Tal vez vio el espíritu de Lucifer suspendido sobre el ex soldado de flequillo lacio y bigotillo ridículo. «Hitler despierta almas, es el vehículo de los poderes mesiánicos —proclamó Chamberlain—. He aquí el nuevo líder enviado por Dios al pueblo alemán en un momento de gran necesidad.»

Había sido colocado el último eslabón de la cadena. El profeta del Cristianismo ario había juntado las manos con el recipiente del Anticristo en una cruzada pagana para aniquilar el espíritu libre de la humanidad.

Von Moltke consideraba que el error más grave que había cometido en toda su vida había consistido en dar poder ilimitado a un solo hombre, el cual, sobre todos los demás, enarbolaría el estandarte del régimen nazi: el general Eric von Ludendorff.

Von Moltke había sido el primero en observar la tremenda capacidad ejecutiva y la entrega militar de Ludendorff, cuando éste era todavía un oficial relativamente joven. Había confiado a Ludendorff la administración de los planes de movilización y el plan de avance sobre Bélgica. Más tarde, el coronel Ludendorff había exagerado su celo y había violado la regla de oro del cuerpo de oficiales cuando entró en secreto en la arena política en un intento de ejercer presión para que se incrementara la fuerza numérica del ejército alemán. Von Moltke no había podido proteger a su protegido cuando el Ministro de la Guerra exigió que su subordinado volviera de inmediato al cumplimiento de sus obligaciones militares.

Su primer movimiento en el momento de la movilización consistió en devolver a Ludendorff al mando del ejército y darle poder ilimitado para organizar y supervisar el asalto a través de Bélgica, una tarea que cumplió con gran eficiencia. En aquel momento von Moltke cometió el terrible error de ascender a Ludendorff a general y destinarlo al frente oriental como comandante en jefe. Hindenburg, un anciano general de infantería,

fue sacado del retiro y se le convirtió en un mero mascarón de proa al que Ludendorff pudiera dirigir sus propias órdenes.

Los decisivos y brillantes triunfos de Ludendorff en las batallas de Tannenberg y los lagos de Masuria constituyeron las victorias más sonadas de la primera guerra mundial. Los ejércitos rusos, que superaban a los alemanes en número, en una relación de cuatro a uno, fueron acorralados y aniquilados. Era el principio del meteórico ascenso de Ludendorff al poder. Al cabo de dos años se había convertido en el virtual dictador militar de Alemania.

Mientras estaba vivo, Von Moltke nunca se arrepintió de haber ascendido al hombre que había demostrado ser un genio indiscutible en materia de estrategia y táctica, con un asombroso olfato para tomar decisiones pertinentes y de gran importancia, y una determinación que le hacía comprobar que sus órdenes se cumplieran al pie de la letra.

Después de su muerte, Von Moltke empezó a hablar del mal que se derivaría de forma inevitable de Ludendorff, a quien ahora identificaba como la reencarnación del papa Juan VIII, el pontífice con el expediente más negro de la historia de la Iglesia Romana, que había sido compañero de conspiración de Landulf II de Capua en el siglo IX.

Si no hubiera sido por la impresionante precisión de sus predicciones, reflejada en los acontecimientos futuros del siglo XX, podría pensarse que Eliza von Moltke, que afirmaba manifestar las experiencias que su marido tenía después de la muerte, no sólo estaba peligrosamente enajenada, sino completamente loca. Sin embargo, semejante actitud queda sin valor por el hecho de que las palabras que salían de sus labios profetizaban correctamente los sucesos más destacados de la vida de Ludendorff, incluyendo la circunstancia de que él jugaría un papel de gran importancia en el ascenso de Hitler al poder.

Desde un punto de vista convencional, resulta bastante sencillo emitir un juicio sobre las consecuencias que tuvo para la humanidad el genio malvado de Ludendorff, así como sus decisiones y sus actos.

Por ejemplo, Eric Ludendorff no sólo planeó cada detalle de la violación de la neutralidad de Bélgica en 1914, sino que fue él quien ordenó desde el campo de batalla la primera incursión aérea del siglo, el bombardeo sobre la población civil de Lieja.

De Ludendorff partió también el plan para llevar a los franceses a la encerrona de Verdún con el propósito de engañar al enemigo y enzarzarlo en la matanza con menos sentido que el mundo haya visto jamás. Y de Ludendorff partió también la primera ejecución en defensa y ataque en profundidad, que anticipaba las tácticas móviles que caracterizarían la segunda guerra mundial.

Como dictador militar de Alemania, también era el responsable de dirigir cada aspecto de la vida y de la actividad de la nación alemana hacia un esfuerzo bélico total. La forma de gobierno militar que surgió proporcionó el anteproyecto de la administración totalitaria del Tercer Reich de Hitler. La primera semilla de la posterior persecución a los judíos se sembró en aquella época, después de que Ludendorff anunciara que miles de jóvenes judíos habían eludido la convocatoria del ejército y que la mayoría de los judíos de Alemania estaban relacionados con negocios que no constituían ninguna contribución positiva a la victoria en la guerra.

La decisión de Ludendorff de ordenar a los submarinos alemanes el hundimiento de todos aquellos barcos que comerciaran con Gran Bretaña, fuera cual fuese su nacionalidad, incluyó a Estados Unidos en la guerra. Esta circunstancia no sólo aseguró el hecho de que Alemania sería derrotada, sino que también dio al presidente Wilson la voz cantante en el Tratado de Versalles, que era la causa del descontento justificado que se produjo en las postrimerías del conflicto.

La decisión más drástica del siglo fue tomada por Ludendorff, cuando envió a Lenin y a su «celda» de treinta marxistas en un vagón de tren sellado desde Suiza hasta Rusia. El mismo Lenin se había negado a ir. Tan sólo los enormes regalos de dinero de

Ludendorff y su garantía de que su seguridad personal sería total convencieron a Lenin de que realizara este viaje. El objetivo de Ludendorff era establecer una Quinta Columna en el corazón de Rusia. Pero fue gracias a Ludendorff que este proyecto fue coronado por el éxito. El bloque comunista, y más tarde, el telón de acero aparecieron como la mano del destino a través de la decisión de un general alemán. Y aun así. Ludendorff se convirtió en la voz más ruidosa de la Alemania de la posguerra en lo que se refiere a sus condenas a la amenaza «judeomarxista».

Ludendorff cometió su crimen más grave contra su propio pueblo, ya que en 1917 ya sabía que Alemania nunca obtendría la victoria definitiva. A pesar de saberlo, y tal vez para prolongar su poder personal, envió en vano a millones de alemanes a la muerte en las trincheras de la guerra. Y al final, cuando vio que la guerra estaba irremisiblemente perdida, dejó la responsabilidad de terminarla en manos de los socialdemócratas. De este modo, consiguió cargar la responsabilidad de la rendición sobre las espaldas de la administración civil. Así se creó el mito de que Alemania había sido apuñalada por la espalda.

No se necesitó gran cosa para convencer a Ludendorff de que ofreciera su apoyo al naciente partido nazi, cuando el general se estableció en Ludwigshoehe, en 1919. El capitán Ernst Rohm, cuyas hazañas bélicas bien conocía Ludendorff, le presentó a Adolf Hitler. Los dos hombres, el general y el soldado con la Cruz de Hierro, Primera Clase, descubrieron de inmediato una relación, debida a sus ideologías raciales semejantes, su pretensión de hundir la República de Weimar y el odio que sentían por los judíos.

Al cabo de poco tiempo Ludendorff empezó a aparecer en uniforme para pasar revista a los desfiles de la *Sturmabteilung* nazi, así como para pronunciarse en favor de Adolf Hitler en manifestaciones y mítines. Hitler comprendió rápidamente el gran valor del nombre y del renombre del general vivo más importante de Alemania. Su presencia en los mítines confería al partido nazi un aire de respetabilidad a los ojos de los oficiales, así como de los seguidores de los partidos de derechas de toda Alemania.

Hitler no tenía intención alguna de permitir que Ludendorff se apoderara del partido para dirigir una contrarrevolución, ya que no deseaba ser el segundón de un mascarón de proa político. No había tardado mucho en llegar a la conclusión de que Ludendorff carecía por completo de instinto político. Hitler se dio cuenta, a través de las conversaciones mantenidas con Ludendorff, de que los líderes del Estado Mayor alemán no eran tan sólo fáciles de abordar, sino que también se les podía manejar como si fueran bebés en la arena política. No cabe duda que el verdadero vencedor de Tannenberg, que consideraba a los eslavos como una raza inferior, abrió los ojos de Hitler a horizontes orientales y a los sueños de conquista y ocupación de grandes extensiones de Rusia.

Cuando los nazis intentaron derrocar al Gobierno bávaro en el llamado *Putsch* de Von Kahr⁵² de 1923, fue la presencia del general Ludendorff la que confirió autoridad a la peligrosa empresa. Todo aquel asunto, que carecía de la planificación que consigue las revoluciones victoriosas, no tuvo éxito porque Hitler omitió concentrar a sus hombres en los puntos de evidente importancia estratégica. En lugar de ello, la gran columna de nazis dirigida por Ludendorff y Hitler marchó hacia el centro de Munich, donde fueron cazados en un cuello de botella mientras se acercaban al Marienplatz. Cuando la policía abrió fuego, Hitler salió huyendo y dejó a Ludendorff como la figura solitaria que seguía marchando y apartando los cañones de las armas de la policía.

A pesar de que el *Putsch* fue un estrepitoso fracaso, el juicio que siguió dio a Hitler la posibilidad de que su nombre se hiciera famoso junto al del célebre general. Utilizando el banquillo de los acusados para desacreditar al Gobierno de Von Kahr, las palabras de Hitler se oyeron, por primera vez, más allá de las fronteras de Baviera, y su nombre apareció en los titulares de los periódicos de todo el mundo. Arrebatando la aureola de la figura militar más importante de la primera guerra mundial, Hitler convirtió el juicio en

⁵² Putsch de la Cervecería, intentona de Hitler de hacerse con el poder de Baviera el 9 y 10 de noviembre de 1923 como paso preliminar a derrocar la República de Weimar (nota del Corrector)

un triunfo y forjó el último eslabón, a través del cual su partido nazi podía estrechar las manos con fervor patriótico del sector de principios más elevados de la población alemana.

Mientras Hitler iba a cumplir un año de la condena de cinco en la fortaleza de Landsberg, en la que escribió el primer volumen de *Mein Kampf*, Ludendorff se retiró sin ruido a Ludwigshoehe, lamentándose de que el ejército alemán había obstaculizado el *Putsch*, y jurando que jamás volvería a ponerse un uniforme de oficial alemán, porque había sido degradado por su perfidia. Pasó sus años de retiro escribiendo panfletos contra los judíos, los francmasones, y finalmente contra la maldad del catolicismo romano, proclamando que los Papas eran los archienemigos de la humanidad. Desde las profundidades de su subconsciente, condenaba al papa Juan VIII, el Papa del siglo IX, que según Von Moltke era una encarnación anterior de Ludendorff.

XII

EL HOMBRE QUE ERA SUAVE ENTRE LAS PIERNAS

El Klingsor del siglo XX

En el famoso castillo de Kalot Embolot se convirtió en el hazmerreír del mundo.

El rey encontró a su mujer durmiendo en brazos de Klingsor. Si encontró allí un lecho caliente, tuvo que pagar un alto precio, ya que por mano del rey se convirtió en un hombre que era suave entre las piernas.

El rey pensaba que estaba en su derecho. Le golpeó de tal modo que ya nunca podría dar placer a mujer alguna. Pero aquello significó sufrimientos para muchas personas.

La magia no se inventó en el país de Persia, sino en una ciudad llamada Persida. Klingsor viajó a aquel lugar, y de allí trajo el arte mágico de hacer cualquier cosa que desee.

A causa de la vergüenza inflingida a su cuerpo ya nunca más mostró buena voluntad hacia nadie, ni hombre ni mujer, y cuando puede robarles algo que les causa gozo, especialmente a aquellos que son honrados y respetados, eso hace bien a su corazón.

Wolfram von Eschenbach, *Parsifal*.

A Dietrich Eckart se le ha llamado el fundador espiritual del nazismo. Sea esto cierto o no, ya que a Chamberlain también se le ha dado este título, Adolf Hitler consideraba que Eckart constituía la mayor influencia de su vida y del cumplimiento de su destino. En *Mein Kampf* describe a Eckart como «uno de los mejores que dedicaron su vida a despertar a nuestro pueblo, a través de sus escritos, de sus pensamientos y, finalmente, de sus *actos*».

Detrás del epitafio aparentemente inofensivo con el que Adolf Hitler concluye *Mein Kampf*, se esconde un terrible secreto, ya que el último *acto* realizado por Eckart antes de morir consistió en iniciar a Adolf Hitler en un monstruoso y sádico ritual mágico, semejante a los que celebraba Landulf II en Kalot Embolot, en el siglo IX.

Hacer una descripción aquí y ahora de este ritual, cuando los centros ocultistas de Hitler estaban abiertos entre los miembros participantes del Grupo Thule, resultaría poco comprensible, por no decir poco creíble, para el lector sin el conocimiento previo de la historia y la práctica de los rituales mágicos. Por esta razón, nuestro objetivo inmediato será presentar un mínimo background, con ayuda del cual se pueda comprender este importantísimo momento de la vida de Adolf Hitler. Empezaremos por ofrecer unos cuantos datos biográficos sobre Eckart antes de pasar a considerar la anatomía de la Thule Gesellschaft y sus diversos niveles de actividad, así como el camino que siguió su cúpula dirigente para llegar a practicar tan espantosa forma de «magia astrológica».

Dietrich Eckart y Adolf Hitler no tardaron en descubrir que eran almas gemelas, puesto que compartían muchos rasgos pertenecientes a los inicios de sus carreras. Por ejemplo, Eckart, un brillante estudiante, no había podido hacer su doctorado a causa de que tenía demasiados intereses ajenos a la carrera y una marcada tendencia a beber demasiado.

Konrad Heiden, el periodista de Munich que conoció a Eckart, lo ha descrito como «el mismo tipo de alma desarraigada, agitada y todo menos inmaculada. En Berlín, cuando ya había alcanzado la treintena, había llevado la vida de un vagabundo que se cree poeta. Podía contar a Hitler que (como el mismo Hitler) había vivido en innumerables pensiones de mala muerte y había dormido en bancos del parque por culpa de las maquinaciones de los judíos, las cuales, en este caso, le habían impedido convertirse en un dramaturgo de éxito»⁵³.

Al igual que Hitler, Eckart había alcanzado por primera vez la consciencia trascendental a través del consumo de drogas. A pesar de que Eckart era morfinómano, y había sido hospitalizado en varias ocasiones para curarse de su adicción, también había hecho experimentos con otras drogas, incluyendo sustancias que provocaban lo que hoy llamamos «experiencias psicodélicas».

Veinte años antes (1886), un farmacéutico alemán, Ludwig Lewin, había publicado el primer estudio científico sobre el cactus mexicano y sus fuertes efectos sobre la mente y el sistema nervioso. Muchas personas, inclusive el filósofo inglés Havelock Ellis, fueron inducidos por la publicación de la investigación de Lewin a experimentar con el peyote, el factor operativo del cactus en la dilatación de la mente. Dietrich Eckart pertenecía a uno de los grupos de Berlín que empleaban peyote en sus prácticas de magia neopagana.

La reacción de Eckart a las drogas, y la violencia de su comportamiento durante los períodos de abstinencia, le llevaron finalmente a una estancia prolongada en un asilo para lunáticos de Berlín, donde sus únicos compañeros eran los enfermos mentales. Allí tuvo la oportunidad de escenificar algunas de sus obras, que siempre habían sido rechazadas, y que incluían rituales neopaganos, escenas de las sagas germánicas y las leyendas del Santo Grial.

«Sus dones teatrales —dice Heiden— habían encontrado por fin un refugio. En este lugar para enfermos mentales podía emplear a lunáticos como actores.» Y, si nuestra información es correcta, una de estas obras había sido escrita en torno a la leyenda de la Lanza del Destino y en torno a la historia de cómo la Lanza se había convertido en un talismán de poder en la Edad Media.

Sería un error creer que Eckart carecía de auténtico talento, ya que más tarde hizo una excelente traducción de *Peer Gynt*, de Ibsen, y sus escritos sobre la mitología nórdica tenían lectores de gran nivel cultural. En los años que siguieron a la primera guerra mundial se instaló en Schwabing, el barrio de artistas de Munich, y desde allí publicaba unos chocarreros panfletos de propaganda titulados *Aufgut deutsch*, una publicación semanal competente, aunque, por desgracia, plagada de prejuicios.

Al igual que Hitler, le encantaba la historia, y su tema favorito, aparte de la ideología racista, era el nacimiento del Islam, y sus conocimientos acerca de las invasiones musulmanas de Europa, y del arte, la arquitectura y el simbolismo religioso de la cultura árabe eran realmente muy profundos.

Dietrich Eckart creía que era la reencarnación de Bernardo de Barcelona, un personaje del siglo IX y figura central de los enfrentamientos medievales entre árabes y cristianos. Se creía que había mantenido a raya a los ejércitos carolingios mediante los poderes de la «magia negra».

Eckart había viajado mucho por los países árabes del norte de África, y también había visitado las ubicaciones de las fortalezas árabes de la España medieval, incluyendo las de Granada y Barcelona. Y, como describiremos con más detalle, había realizado un viaje especial a Sicilia, el centro de las intrigas del siglo IX, dirigidas a lograr la ocupación árabe del sur de Italia, y también la guarida de Klingsor, el de las leyendas del Grial.

⁵³ Heiden, *Der Führer*.

Con semejantes intereses, Eckart seguía los pasos de Nietzsche, otro entusiasta estudioso de la cultura musulmana. Y siguiendo la tradición de Nietzsche, también era un ferviente admirador de Schopenhauer y había pasado muchas horas estudiando filosofía oriental y practicando el yoga.

No es difícil de imaginar que todos y cada uno de estos intereses tan distintos entre sí cautivaron la impaciente atención de Hitler, complementaron y colmaron su propia mente autodidacta.

Los cuarenta miembros de la Thule Gesellschaft que asistieron a la histórica reunión del partido obrero alemán para echar un primer vistazo a Hitler, constituían una mezcla bastante extraña. Algunos, como Antón Drexler, tenían tan sólo orientación política y poco conocimiento del arte del ocultismo, sólo una idea general para reforzar sus creencias racistas; otros, como William Guthberlet, que había hecho el horóscopo de Hitler para la ocasión, no eran más que estúpidos inofensivos. Sólo un pequeño núcleo, al que el propio Eckart había ordenado asistir, tenía un conocimiento profundo del ocultismo, adquirido a través de su participación en diferentes órdenes, logias, movimientos y sociedades más o menos asociadas al renacimiento del siglo XIX de la filosofía oriental y de la magia ritual. Este pequeño y compacto círculo de la Thule Gesellschaft, cuya existencia desconocía el grueso de los miembros, estaba aguardando la aparición de un Mesías alemán.

Tal vez no sea más que una simple coincidencia que en aquella misma época el filósofo francés Rene Guenon estuviera advirtiéndole al mundo que era muy probable que estos grupos neopaganos que practicaban la magia ritual se convirtieran en los instrumentos inconscientes de poderes superiores que desencadenarían terribles horrores para la humanidad:

Los falsos Mesías que hemos visto hasta ahora sólo han realizado pequeños milagros, y no fue difícil convertir a sus discípulos. Pero, ¿quién sabe lo que nos depara el futuro?

Si nos detenemos a pensar que estos falsos Mesías no eran más que los instrumentos inconscientes de aquellos que los conjuraban, y si pensamos, más concretamente, en las series de intentos que se han sucedido en los tiempos contemporáneos, nos vemos obligados a concluir que aquellos no eran más que senderos, experimentos, que se renovarían de diversas formas hasta que se alcance el éxito... No es que nosotros, los ocultistas y espiritistas seamos lo suficientemente fuertes por nosotros mismos para llevar a cabo una empresa de estas características. Pero ¿no es posible que exista, detrás de estos movimientos, algo mucho más peligroso, acerca de lo cual sus líderes quizá no saben nada, sino que tan sólo son los instrumentos inconscientes de un poder demoníaco superior?

Dietrich Eckart no era uno de los miembros más antiguos del Grupo Thule, y sólo se unió a él para utilizar el movimiento para sus propios fines. Ya había conocido al así llamado con-

de Heinrich von Sebottendorf, quien había fundado la Thule Gesellschaft como un ramal de la logia antisemita de la antigua Germanenorden. Eckart no tardó mucho en descubrir que el nombre de este «aristócrata» era en realidad Rudolf Glauer, y que era hijo de un conductor de Dresde. Rudolf Glauer afirmaba que había sido adoptado oficialmente, bajo la Ley turca, por Heinrich von Sebottendorf, y de que tenía derecho a poseer el título de conde. Eckart no hizo ningún intento de ponerle en evidencia, ya que no quería estropear la reputación y el poder que estaba adquiriendo el grupo en Baviera.

Rudolf Glauer se instaló en Turquía (1901), a la edad de veintiséis años, después de una agitada vida como marino mercante. A lo largo de los trece años en los que había estado empleado como ingeniero y supervisor de una gran finca, había pasado sus horas libres practicando la meditación sufí y leyendo filosofía oriental. También había ejercido una gran influencia sobre él la literatura teosófica contemporánea, sobre todo los escritos de Madame Blavatsky, y había tomado su inspiración para recrear el mito de Thule casi exclusivamente de la obra de tres volúmenes de ésta, *La doctrina secreta*.

Glauer carecía por completo de toda facultad espiritual. Se limitó a trasponer las grotescas descripciones de Blavatsky de las mágicas condiciones que prevalecían en la desaparecida civilización de la Atlántida, a fin de dar un trasfondo prehistórico al mundo mitológico de la Edda, en el que dioses, gigantes, hombres y bestias estaban enzarzados en una sangrienta lucha por la supervivencia. En la recreación de las antiguas leyendas de Niflheim, Muspellsheim y Midgard, incorporó ideas sobre la relación mágica existente entre el cosmos, la tierra y el hombre. Predijo que los poderes latentes y las facultades que dormían en la sangre de la raza aria reaparecerían en el siglo XX, en el que resurgirían los «Superhombres» en la tierra para despertar al pueblo alemán a las glorias de su antiguo legado y conducirlo hacia la conquista del mundo.

La concepción original de los thulistas modernos era extremadamente burda e ingenua. Las versiones más sofisticadas de la leyenda de Thule se desarrollaron sólo gradualmente a manos de Dietrich Eckart y el general Karl Haushofer, y mucho más tarde fueron refinadas y extendidas bajo la dirección del Reichsführer SS Heinrich Himmler, que llevó a cabo un acto de terrorismo contra un amplio sector de intelectuales alemanes para que echaran una mano profesional a la perpetuación del mito de la superioridad racial de los alemanes.

«En las profundidades de su subconsciente, cada alemán tiene un pie en la Atlántida, donde busca una Patria mejor y un mejor patrimonio», dijo Hermann Rauschning, el Gauleiter que desertó, cuando intentaba explicar la facilidad con la que los alemanes se emocionaban ante las ideologías racistas.

La «Idea de la Patria» había sido elevada para Adolf Hitler en su infancia, a causa de su amor por la mitología teutona. En Viena había escrito incluso dramas sedientos de sangre sobre los héroes épicos de la Edda, las acciones de los cuales, según él, pervivían en la sangre alemana que corría por sus venas. Ahora, a través de sus nuevos asociados en el Grupo Thule se había zambullido en el mundo de la cosmología y de la magia, que habían inspirado el renacimiento en el siglo XX de Thule.

La leyenda de Thule, tan antigua como la raza alemana misma, era interpretada de las más diversas formas en el seno de la Thule Gesellschaft. Y Hitler aprendió muy pronto a distinguir entre la burda propaganda distribuida por la Sociedad para consumo de las masas, y los diversos niveles intermedios de implicación en sus actividades, opuestos al secreto círculo interior, que alcanzaba niveles superiores de iniciación a través de la práctica de la magia ritual.

Pauwels y Bergier, que no supieron distinguir entre la burda propaganda distribuida para el consumo de masas y el conocimiento oculto y más profundo de los estratos internos de la Thule Gesellschaft, pues confundieron lo primero con lo segundo, han escrito una pieza muy pintoresca sobre Thule, en su bestseller titulado *El retorno de los brujos*:

Se suponía que Thule era una isla desaparecida de algún lugar en el lejano norte. ¿De Groenlandia? ¿O Labrador? Al igual que en el caso de la Atlántida, se creía que Thule había sido el centro mágico de una civilización desaparecida. Eckart y sus amigos creían que no todos los secretos de Thule habían perecido. Unos seres, combinaciones de hombre y otros seres inteligentes del Más Allá, pondrían a disposición de los iniciados una reserva de fuerzas a las que se podía recurrir para posibilitar a Alemania la consecución del dominio del mundo y ser la cuna de la raza

de los Superhombres, que estaba al llegar, y que sería el resultado de mutaciones de las especies humanas. Algún día, sus legiones se lanzarían a aniquilar cualquier cosa que se hubiera interpuesto en el camino del destino espiritual de la tierra, y sus líderes serían hombres que lo sabrían todo, que derivarían su fuerza de la fuente misma de la energía, y que serían guiados por los grandes del mundo antiguo. Aquellos eran los mitos en los que se basaba la doctrina aria de Eckart y Rosenberg, y que estos «profetas» de una forma mágica de socialismo habían introducido en la mente de médium de Hitler.

El círculo interior del Grupo Thule se componía exclusivamente de satanistas que practicaban la magia negra. Es decir, tan sólo se ocupaban de elevar sus consciencias mediante rituales hasta una percepción de inteligencias malvadas y no humanas en el universo, así como de encontrar un medio de comunicación con estas inteligencias. Y el adepto maestro de este círculo era Dietrich Eckart.

A pesar del hecho de que el primer crecimiento significativo en la reaparición de la magia antigua en la era moderna tuvo lugar aquí, en Inglaterra, la mente occidental encuentra casi insuperablemente difícil aceptar la existencia de cualquier tipo de magia como una realidad. Tal vez esto sea así porque el concepto básico que se oculta tras cualquier práctica de magia es una creencia en una correspondencia entre el universo y el hombre, es decir, entre el macrocosmos y el microcosmos. La mente occidental, basada en el materialismo, cree que semejante pensamiento es totalmente anticientífico, y, en el caso de la vieja generación, el inglés medio, como en el Hamlet de Shakespeare, no puede llegar más allá de la creencia en «fantasmas».

La actitud opuesta germánica queda reflejada en las líneas de apertura de la dedicatoria en el *Fausto* de Goethe:

De nuevo os acercáis, figuras vacilantes, que flotasteis antaño ante mi turbia mirada. ¿Intentaré ahora deteneros? ¿Podrá mi corazón sentirse de nuevo inclinado hacia las ilusiones de otros tiempos?

¡Como os apretujáis! Pues, bien, venid, acercaos mientras os veo subir entre húmedas nubes. Mi pecho se estremece juvenilmente por el mágico aliento que envuelve vuestro cortejo.

El alma germánica comprende las relaciones entre el cielo y la tierra, comprensión que aparece en el corazón mismo de la mitología teutona y en la historia de la literatura y la filosofía alemanas. Esta creencia en las correspondencias mágicas entre el macrocosmos y el microcosmos llega también a su punto culminante en las obras de Goethe, y sobre todo, en *Fausto*:

(Fausto abre el libro y divisa el símbolo del macrocosmos:)

¡Ah, ante esta visión, qué placer fluye en todos mis sentidos!

Siento un goce vital, joven y sagrado,

que corre inflamando mis nervios y mis arterias.

¿Fue un dios el que trazó estos signos

que calman mi alboroto interior,

que llenan de alegría mi pobre corazón y que,

con su impulso incomprensible,

revelan en tomo a mí el poder de la naturaleza?

*¿Soy yo mismo un dios? ¡Lo veo todo tan claro!
Veo ante mí, en estos puros rasgos,
a la naturaleza activa...*

(Contemplando el símbolo:)
*¡Cómo todo se va entretejiendo hacia el todo,
y lo uno vive y obra en lo otro!
¡Cómo todas las fuerzas celestiales suben y bajan,
entregándose mutuamente los dorados cubos!
¡Llenan todo el universo de armonía
con el rumor de sus alas, que exhalan bendiciones
y penetran armónicamente, desde el cielo
a través de la tierra!*

En la concepción del mundo de Goethe, que es de carácter mágico, la existencia tanto espiritual como física del hombre está relacionada con todo el universo de estrellas, soles y planetas. Así como el hombre no está limitado a su cuerpo físico, que Goethe concebía como adorno del alma y del espíritu, no se considera que las estrellas sean simples masas sin sentido enmarcadas en un continuo tridimensional de tiempo y espacio. Más bien Goethe consideraba las órbitas celestiales como la expresión física exterior de los Seres Espirituales, inteligencias superiores no humanas, que emiten fuerzas espirituales y cualitativas dentro de sus órbitas operativas.

Ni los iniciados en el conocimiento del misterio antiguo, ni los ocultistas modernos consideraban el macrocosmos en términos de espacio y tiempo, sino más bien como esferas de la consciencia trascendental. Los adeptos de la magia ritual, tanto la blanca como la negra, buscan una expansión de la consciencia en lo que ellos llaman la «Luz Astral» de las esferas planetarias. El propósito de sus rituales mágicos es canalizar las fuerzas cósmicas o despertar el «reflejo» de estos poderes desde las profundidades de su propio ser. Y como ayuda para el cumplimiento de este propósito se utilizan, como parte del ritual, muchos signos, símbolos, colores y formas, a fin de guiar al mago hacia la comunicación con estos poderes, a los que aspira servir.

El siguiente gran principio de la magia occidental es la creencia de que la fuerza de voluntad bien entrenada de un hombre es, casi literalmente, capaz de cualquier cosa. Una cita del gran teólogo del siglo XVIII Joseph Glanvill sintetiza de forma admirable esta doctrina:

Y la voluntad está allí dentro... ¿Quién conoce los misterios de la voluntad con su vigor? Porque Dios no es más que una gran voluntad que impregna todas las cosas con su atención. El hombre no debe abalanzarse a los ángeles ni a la muerte, sólo se salvará mediante la debilidad de su pobre voluntad.

El poder motivador, entonces, es, en todas las operaciones mágicas, la voluntad bien ejercitada del mago. Todos los accesorios de la ceremonia mágica, luces, colores, círculos, triángulos, perfumes, no son más que

ayudas para concentrar la voluntad del mago en una corriente impetuosa de energía pura⁵⁴.

A la luz del breve resumen del significado y el propósito de la magia ritual, se verá cómo Adolf Hitler ya había traspasado el umbral de la experiencia en magia durante sus años de formación en Viena, en los que no sólo alcanzó niveles superiores de consciencia, sino que también atravesó el velo de los sentidos para comulgar con el Antiespíritu asociado a la Lanza de Longino. Y aun más, mientras yacía cegado por los efectos del gas mostaza, en un estado de trance forzado, en el Hospital de Pasewalk, en noviembre de 1918, se había dado cuenta de inmediato de la existencia de correspondencias entre el universo y los instrumentos de los procesos físicos y psíquicos de su cuerpo. En un sendero de autoiniciación, ya había convertido los postulados de los magos del tres al cuarto en una experiencia crucial e inmediata.

La forma de magia ritual a través de la cual Dietrich Eckart siguió iniciando a Adolf Hitler se parecía, y en parte se derivaba de ella, a la horrible magia sexual de Aleister Crowley.

La logia de Aleister Crowley, el Astrun Argentinium, era el producto final de un corto y muy dudoso renacimiento de la magia astrológica y ceremonial que tenía lugar en Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX.

Los orígenes del asombroso resurgimiento de la magia medieval en medio de las capas más altas de la sociedad victoriana se remontan a un francmasón llamado Robert Wentworth Little, que fundó la Societas Rosicruciana en 1865. Su razón para incorporar la antigua tradición rosacruciana y nuevos rituales a la francmasonería había sido la de dar un nuevo impulso a los ritos que durante tanto tiempo habían perdido su significado original y su vigor en una maraña de simbolismo muerto. Pero lo que Little no había previsto era que algunos miembros de esta logia crearían más tarde movimientos subversivos que se apartaban por completo de las más elevadas tradiciones morales de la francmasonería. Uno de estos movimientos era el Alba Dorada, del cual los nazis extraerían indirectamente la inspiración demoníaca para su especial combinación de ocultismo.

Alba Dorada fue fundada en circunstancias muy misteriosas, y hasta la fecha circulan distintas versiones sobre su origen. Sólo una cosa es bien segura; nació gracias al hallazgo aparentemente casual de unos documentos procedentes de una fuente de Nuremberg, que contenían rituales de iniciación hasta hoy desconocidos.

En las filas de sus Cinco Templos situados en Inglaterra y en París, militaban personalidades destacadas, tales como el Premio Nóbel W. B. Yeats, Florence Farr, director del teatro Abbey y amigo íntimo de Bernard Shaw, y sir Gerald Kelly, presidente de la Royal Academy⁵⁵.

El Alba Dorada se enfrentó a una grave crisis en 1892. La Orden había obtenido su cédula original y los rituales para los primeros cinco grados de una logia afín en Alemania, con la que mantenía abundante correspondencia. Sin embargo, ni un solo miembro de Alba Dorada había visitado jamás la logia alemana ni conocía a ninguno de sus miembros. Los entusiastas magos incipientes ya pisaban terreno peligroso. Cundió la consternación cuando la logia de Nuremberg se negó a entregar los cuatro grados de ascenso de los adeptos, los cuales conducían directamente a la comunicación con las jerarquías de inteligencias superiores.

⁵⁴ Francis King, *Ritual Magic in England*, publicado por Neville Spearman

⁵⁵ Otros miembros eran Algernon Blackwood, Annie Horniman, amiga íntima de Yeats, Sax Rohmer, Bram Stoker, autor de *Drácula*, Arthur Machen y Peck, astrónomo real. Véase también *The Golden Dawn*, de R. G. Torrens (Neville Spearman).

Tal vez Alba Dorada hubiera tenido un final tranquilo y poco dramático si un cierto Samuel Liddell Mathers no se hubiera ofrecido a acudir en ayuda de los otros magos en apuros. En una reunión general de la logia, anunció que él mismo había establecido contacto con los Poderes, que se le habían presentado con los grados y los rituales requeridos del Segundo Orden. Sin embargo, él no se había comunicado con las jerarquías celestiales, sino con una jerarquía de Superhombres..., los «jefes secretos del Tercer Orden».

Mathers, hijo de un empleado londinense, se había construido con su educación de escuela privada una sólida reputación como estudioso de las materias ocultistas. Sin embargo, a pesar de su inteligencia privilegiada y un profundo conocimiento del ocultismo, nunca había sido del agrado de los demás miembros de la Sociedad. A pesar de que tenía dones espirituales indiscutibles, sus colegas se preguntaban ahora si se podía confiar en él en un asunto de tan vital importancia. Pero cuando se sometió a votación su ofrecimiento, sus nuevos rituales y su autenticidad fueron aprobados por la inmensa mayoría de los presentes.

Como la mayor parte de los miembros de la logia, Mathers había recibido una gran influencia de la *Doctrina Secreta* de Madame Blavatsky. Y en particular, de sus descripciones de «los poderosos guardianes de los misterios eternos, la gran logia blanca de los adeptos supremos». Y estos adeptos supremos, que, según se creía, trabajaban en la sombra, detrás de los escenarios cambiantes de la historia, habían sido, al parecer, los «Superhombres» con los que Mathers había estado en contacto. Sin embargo, si consideramos sus descripciones personales de estos «Superhombres», encontramos una similitud notable con el intrépido y cruel espíritu que Adolf Hitler contempló mientras se encontraba frente a la Lanza del Destino.

«Por lo que respecta a los jefes secretos de la orden, a quienes hago referencia y de quienes he recibido la sabiduría del Segundo Orden, que ya os he comunicado, no os puedo decir *nada*», dijo Mathers.

«Ni siquiera conozco sus nombres terrenales, y en raras ocasiones los he visto en sus cuerpos físicos... Mis encuentros con ellos me han mostrado lo difícil que es para un mortal, por muy avanzado que esté, soportar su presencia... No quiero decir que durante mis pocos encuentros con ellos haya experimentado los mismos sentimientos de intensa depresión física que acompaña a la pérdida de magnetismo; al contrario, la sensación era la de estar en contacto con una fuerza tan terrible que sólo puedo comparar con lo que usualmente experimenta una persona a la que un relámpago cae muy cerca durante una violenta tormenta; esto unido a una dificultad respiratoria parecida al efecto estrangulador del éter. Debido a mi práctica en el trabajo ocultista, no puedo concebir que un iniciado mucho menos avanzado sea capaz de soportar una tensión de tal magnitud, ni aun durante unos minutos, sin que le sobrevenga la muerte..., la postración nerviosa después de cada encuentro es terrible y va acompañada de sudores fríos y hemorragias de la nariz, la boca y los oídos.»

Más tarde, Mathers se convirtió en el patrón de uno de los «magos negros» más infames del siglo XX: Aleister Crowley.

Crowley oyó hablar por primera vez de Alba Dorada cuando era estudiante en Cambridge. Se unió a la Orden en 1898. Su progreso por los grados preliminares fue seguro y rápido, pero se le negó la entrada en el grado de los adeptos a causa de su dudosa reputación. Y cuando Mathers, que se apresuró a detener el potencial de Crowley como maestro adepto, le iniciaba en el templo de París, se produjeron las erupciones que provocaron la disolución de Alba Dorada.

Cuando Aleister Crowley fundó su propia logia, el Astrum Argentinum, pasó rápidamente por las técnicas de aficionado del culto y se dedicó en serio a la práctica efectiva de la magia negra, de una forma nueva por completo. En comparación con Crowley, puede decirse que todos los miembros de Alba Dorada no eran más que muñecas durmientes jugando a las charadas ceremoniales.

Crowley encontró de forma gradual el camino hacia el tipo de magia negra practicada por Klingsor mil años antes. Sus estudios se concentraban en todas las formas del iluminismo sexual y, hacia 1912, había alcanzado el Noveno Grado de una falsa y clandestina logia de Berlín, «Ordo Templi Orientis», que se ocupaba tan sólo de la magia sexual.

Ascendiendo a través de la magia autosexual, una forma de masturbación mágica, llegó a los grados más altos, en los que el acto sexual se convertía en el punto central de la ceremonia, en el que los participantes tomaban el «elixir de la vida», extraído de la mezcla de las secreciones masculinas y femeninas⁵⁶.

En la época que Crowley había pasado en la «Abadía de Thelema» (La abadía de Thule), en Sicilia, se había implicado en prácticas sexuales todavía más perversas y sádicas en grado sumo. Sus ritos incluían ahora sacrificios animales, orgías heterosexuales, flagelaciones cruentas, sodomía, ya que había descubierto que los excesos en los rituales más sádicos despertaban la visión penetrante hacia los instrumentos de las inteligencias malvadas, y además invocaba poderes mágicos fenomenales. Estaba siguiendo los pasos de Landulf II de Capua, el Klingsor del Antigrial «que dominaba todos los espíritus, tanto los buenos como los malos», desde su castillo de Merveille. Y en una visita nocturna al castillo de Klingsor en Kalot Embolot, Crowley había invocado al Anticristo para que se manifestara, a la Bestia de la Revelación invocada por Ernst Pretzsche y Guido von Ligt en Viena, el mismo espíritu apocalíptico que se había aparecido a Dietrich Eckart y Alfred Rosenberg en las sesiones espiritistas del Grupo Thule, en Munich.

Richard Wagner ha descrito la escena en la que Klingsor, rodeado de seductoras doncellas de flores en su jardín mágico, llevaba a cabo los rituales de magia astrológica, los cuales eran la fuente de todo su poder.

En una visita a Sicilia, Dietrich Eckart había buscado el lugar en el que se encontraba el castillo de Klingsor, el cual Wolfram von Eschenbach llama Kalot Embolot, y que en otras sagas del Grial recibe el nombre de Chateau de Merveille (Castillo de los Milagros).

En la cima de Monte Castello, en el sudoeste de Sicilia, descubrió el Templo de Erix, en el que la Sacerdotisa de la Antigüedad había sido una vez la guardiana del Oráculo de Venus, la Diosa del Amor. Y Eckart identificó este lugar en las profundidades de la montaña como Qal'at al-Bellut, la Fortaleza de los Robles, que había sido atacada y capturada en el año 840 por las tropas de Abu-l'Kal-Aghab-ibn-Ibrahim, el sultán árabe que conquistó Palermo e instauró el islamismo africano por toda la isla.

Según el cronista medieval Echempertus, éste era el lugar en el que Landulf II se había refugiado cuando se había descubierto su relación con el Islam. Allí, consumido por la amargura, después de la castración por parte del marido y de los hermanos de una aristócrata a la que había violado, Landulf llevaba a cabo los rituales satánicos de la magia de las estrellas árabes, lo cual aterrorizó a todo el sur de Europa y cambió el curso de la historia en el siglo IX.

No cabe duda que Dietrich Eckart había realizado un detallado estudio de la similitud entre la magia sexual de Crowley y la «magia astrológica» de Landulf II. A pesar de que la potente y efectiva magia de Crowley invocaba a muchos malos espíritus y dejaba

⁵⁶ Véase King, *Ritual Magic in England*.

poderosas fuerzas bajo su mando, todos los seres humanos que participaban en estos rituales resultaban ilesos. Es decir, no se producían víctimas inocentes y que estuvieran allí en contra de su voluntad. La magia de Landulf II, en cambio, incluía sacrificios humanos.

Si las leyendas que proceden de estos oscuros siglos de la historia europea son ciertas, estos rituales practicados en Kalot Embolot incluían terribles torturas, tales como abrir en canal el estómago de las víctimas del sacrificio, y tirar lentamente de sus entrañas, introducir estacas en los orificios de su cuerpo antes de desentrañarlos, así como invocar a los espíritus de la Oscuridad (íncubo), para violar a jóvenes vírgenes apartadas de sus familias.

La naturaleza de cada uno de los espeluznantes rituales estaba determinada por el grado jerárquico de los espíritus satánicos invocados, y se colocaban los correspondientes símbolos y signos astrológicos en consecuencia. Con estos medios tan viles, el Klingsor del siglo IX abría los centros de los cuerpos astrales de sus propios neófitos a una visión del macrocosmos, y les daba poder sobre todas las esferas de espíritus elementales que habitan entre el cielo y la tierra.

Es un hecho bien conocido que la Thule Gesellschaft era, entre otras muchas cosas, una «Sociedad de Asesinos». Que el Grupo Thule celebraba sus propios juicios secretos, en los que muchas personas inocentes eran juzgadas y condenadas, también es un hecho bien documentado. Las autoridades policiales también conocían de sobra sus actividades, ya que algunos oficiales de alta graduación eran, en aquella época, thulistas o miembros de algún grupo afín. Por ejemplo, Pohner, el jefe de la policía de Munich, era miembro del círculo interior de Eckart. El profesor Allan Bullock ha citado la famosa réplica de Pohner, cuando fue interrogado acerca de la existencia de bandas de asesinos políticos en Baviera: «Sí, ipero no las suficientes!». También conocían estos asesinatos y eran totalmente reacios a resolver los casos y detener a los culpables, el ayudante del jefe de policía, William Frick, que más tarde sería el Ministro del Interior, y por un tiempo, superior inmediato de Heinrich Himmler, así como el Ministro de Justicia bávaro, Franz Gürtner, que fue recompensado por su cooperación con los nazis con el cargo de Ministro de Justicia del Tercer Reich.

Aparte de los 300 o más asesinatos políticos perpetrados entre 1919 y 1923, había también un gran número de personas cuya desaparición en extrañas circunstancias había sido denunciada. Y entre estas personas, la mayoría de las cuales eran judíos o comunistas, debemos buscar a las víctimas de los sacrificios que fueron asesinadas en los rituales de «magia astrológica», llevados a cabo por Dietrich Eckart y el círculo interior de la Thule Gesellschaft.

A pesar de que se han publicado algunos libros que sugerían que estos rituales tenían lugar, no existe evidencia circunstancial alguna que pruebe que en estos rituales mágicos fueran torturadas y asesinadas personas indefensas. Sin embargo, existen pruebas de otra índole, procedentes de un círculo secreto de iniciados del Grial, que eran capaces de contemplar estos rituales en una forma superior de consciencia, la cual los ocultistas conocen como proyección astral.

El líder de estos adeptos, como explicaremos con detalle más adelante, era un tal doctor Rudolf Steiner, el adepto cristiano con la iniciación más elevada de Europa⁵⁷. Y fue de uno de sus colaboradores más directos, el doctor Walter Johannes Stein, de quien oí por primera vez una descripción de las atrocidades que se cometían como parte integrante de la magia ritual, en la que Dietrich Eckart abrió los centros de Adolf Hitler a fin de darle una visión de los Poderes y un medio de comunicación con los mismos. No los repetiremos aquí, baste decir que eran increíblemente sádicos y espeluznantes. De hecho, eran mucho más espantosos que el tratamiento dado al grupo que intentó más

⁵⁷ Dado que Hitler no pudo ocultar ninguna de sus actividades a la visión espiritual de Rudolf Steiner, lo declaró el enemigo número uno del partido nazi, y se realizaron los primeros intentos fallidos de asesinar a Steiner en la estación de ferrocarril de Munich, en 1922.

tarde asesinar a Hitler, y cuyos miembros acabaron sus vidas ahorcados lentamente con cuerdas de piano atadas a ganchos de carnicero, en un matadero de Berlín.

Hermann Rauschning, el Gauleiter nazi que desertó a occidente, fue quien vio con más detalle a Adolf Hitler como el Klingsor del siglo XX:

Ante todo, Hitler es el miasma pestilente de la sexualidad furtiva, antinatural, que inunda y pudre la atmósfera a su alrededor, como una emanación repugnante. Nada a su alrededor es lineal. Relaciones subrepticias, sustitutos y símbolos, falsos sentimientos y lujuria escondida. Nada en torno a este hombre es natural y auténtico, nada tiene la claridad de un instinto natural. « Oh, si Hitler supiera lo bien que siente tener a una chica fresca y natural», dijo Forster, otro de los Gauleiter de Hitler⁵⁸.

Rauschning ha descrito su primera visita para ver a Hitler en la aguilera de su montaña, Barbarroja, y lo que allí encontró. Después de caminar a través de una garganta rocosa y subir unos cuantos cientos de metros en un elevador, entró en un edificio de paredes de cristal, protegido por la selva nevada de las montañas de Baviera. Pero cuando entró en el santuario de Hitler se enfrentó de inmediato con una monstruosa incógnita que le dejaría estupefacto y horrorizado.

Allí, encima del mundo, fuera del alcance de cualquier mortal, Hitler se sentaba en su trono «contemplando la eternidad y desafiándola». Pero de las paredes de aquel lugar, en el que Hitler soñaba con dominar el mundo, convulso por el paroxismo del odio y al borde de la locura, colgaban cuadros de desnudos obscenos, cuadros sin intención artística ni encanto, que sólo estaban destinados a ilustrar las desviaciones sexuales más perversas.

Aparte de Rauschning, ninguno de los demás biógrafos de Hitler ha percibido que la perversión sexual se convirtió en el punto central de su vida. Se ocupan del tema de un modo fragmentado, con titulares como: « ¿Era impotente Hitler?» o «La actitud de Hitler hacia las mujeres». No comprenden que el corazón de toda su existencia era una monstruosa perversión sexual, la motivación detrás de cada acto a través del cual se tomaba una sádica venganza contra la humanidad.

Wolfram von Eschenbach describe en *Parsifal* (libro VIII), cómo la castración de Klingsor, cuando aún era un hombre joven, le condujo a una perversión sexual parecida y a un odio tan amargo por la humanidad y a un deseo de venganza a través de la adquisición de poderes mágicos:

Jamás un joven ha llegado a la ancianidad con tanto honor. Señor, sus maravillas están aquí, pero son pequeñas en comparación con las poderosas maravillas que tiene aún en muchas tierras... Os diré cómo es; se ha vuelto amargo con mucha gente. Su tierra se llama Terra di Labur, y él desciende de uno que también aprendió a obrar milagros, como Virgilio de Nápoles.

«Os contaré la historia de Klingsor. Su capital era Capua. Tomó el camino hacia la fama y no se fue sin recompensa. Klingsor, el duque, estaba en boca de todos, tanto hombres como mujeres, hasta que cayó en desgracia. Sicilia tiene un noble rey llamado Ibert, e Iblis era su mujer, la mujer más amante jamás salida del seno de una madre. Klingsor la sirvió hasta que ella le recompensó con amor. Por esto el rey le quitó su honor.

⁵⁸ Hermann Rauschning, *Hitler me dijo*.

Si os tengo que contar este secreto, debo pedir os perdón, porque no está bien que yo diga tales cosas. Un corte de cuchillo, y Klingsor se convirtió en un eunuco.»

Y aún le contó más. «En el famoso castillo de Kalot Embolot, se convirtió en el hazmerreír del mundo. El rey encontró a su esposa durmiendo en brazos de Klingsor. Si encontró allí un lecho caliente, tuvo que pagar un alto precio, ya que por mano del rey se convirtió en un hombre que era suave entre las piernas. Le golpeó de tal modo que ya nunca podrá dar placer a mujer alguna. Pero aquello significó sufrimientos para muchas personas.

»La magia no se inventó en el país de Persia, sino en una ciudad llamada Persida. Klingsor viajó a aquel lugar, y de allí trajo el arte mágico de hacer cualquier cosa que desee. A causa de la vergüenza inflingida a su cuerpo ya nunca mostró buena voluntad hacia nadie, ni hombre ni mujer, y cuando puede robarles algo que les causa gozo, especialmente a aquellos que son honrados y respetados, eso hace bien a su corazón.»

No cabe duda que Adolf Hitler era tan impotente como Klingsor, el hombre que «era suave entre las piernas», ya que también él era incapaz de alcanzar el orgasmo a través de las relaciones sexuales normales. A pesar de que Adolf Hitler sólo tenía un testículo, circunstancia que el doctor Stein advirtió en una ocasión en la que se bañaban en el Danubio, y que más tarde fue confirmada por las autoridades médicas rusas al examinar el cuerpo carbonizado de Hitler delante del Bunker de Berlín en 1945, no hay razón alguna para pensar que no sufriese alguna capacidad orgánica para mantener relaciones sexuales normales.

Antes bien, su impotencia tenía profundos fundamentos psicológicos. Sólo conocía la plenitud sexual a través de los extremos del sadismo y del masoquismo, sólo obtenía placer infligiendo dolor a otros o infligiéndoselo a sí mismo. En sus años de formación en Viena, le vemos soñando con su amor de Linz, con quien nunca intentó establecer una relación normal. Y en contraste con estas masturbaciones irreales, iba en secreto al barrio chino de la ciudad para que le atara y le azotara cualquier prostituta dispuesta a ganarse un par de miserables *hellers*.

Se afirma que hubo un tiempo en el que Adolf Hitler estaba realmente enamorado de su sobrina, Geli Raubal, a la que trajo de Viena a vivir con él en Villa Wachenfeld, en el Obersalzberg, sobre Berchtsgaden. Pero ¿puede llamarse a eso amor, si sus atenciones la llevaron finalmente a una muerte trágica?

Después de seis meses, en los que sus relaciones parecían evolucionar de forma armoniosa, Hitler la instaló en un lujoso piso de la Prinzregentenstrasse, de Munich, donde empezó una relación más íntima, a la que siguió la ruptura casi inmediata.

Hitler se volvió celoso y la acusó de mantener relaciones con otros hombres, incluyendo a su guardaespaldas y chófer, el ex convicto Emil Maurice. Por un lado estableció una tiranía total sobre cada aspecto de la vida de ella, incluso se negaba a que hablara con nadie. Por otro lado, deseaba ser esclavizado por ella en sus relaciones sexuales, y le rogaba que le maltratara y le usara a placer. En una ocasión fue lo suficientemente indiscreto para escribir una carta en este sentido, que más tarde fue puesta en circulación y produjo el terrible final de todos aquellos desafortunados que la habían leído.

Finalmente, cuando Geli Raubal ya estaba al borde de un ataque de nervios, y rogó a Hitler que le permitiera regresar a Viena, él la encerró en su cuarto, donde se cree que se suicidó. A pesar de que el veredicto del juez rezó «suicidio», incluso los nazis de más alto rango creían que Hitler la había matado en un arranque de furia, o que Heinrich Himmler era el que le había disparado por creer que se había convertido en una amenaza para el futuro del partido.

Todo el mundo sabe que la relación de Hitler con Eva Braun, una mujer vana y estúpida, siguió más o menos el mismo modelo. Sufría su tiranía en todos los aspectos, excepto en el dormitorio, donde se convertía en la dueña todopoderosa y él, en el esclavo sumiso.

Rauschning describe que estaba presente cuando una mujer clarividente en el círculo de Hitler le dijo en tono de advertencia: «Mi líder, no toque la magia negra. Todavía están abiertas ante usted la magia blanca y la negra. Pero una vez que se haya embarcado en la magia negra, ella decidirá su destino. Le retendrá preso. No elija el éxito fácil y rápido. Ante usted se extiende el poder sobre una esfera de espíritus puros. No permita que los espíritus terrenales le aparten del camino verdadero, porque le robarán su poder creativo».

El mismo Rauschning sabía muy bien que Hitler se había entregado a fuerzas que le estaban apartando («fuerzas de violencia oscura y destructiva»). Y en este aspecto, la percepción de Rauschning del alma de Hitler era penetrante y significativa.

«Imaginaba que todavía podía elegir libremente, pero había estado ligado durante mucho tiempo a una magia que puede ser descrita, no sólo en forma de metáfora, sino como un hecho literal, como las Jerarquías Malvadas de los Espíritus. En lugar de un hombre que surgiera paso a paso de la oscuridad de la juventud, y se librara de su escoria en un rumbo ascendente, asistíamos a la evolución de un hombre poseído, la presa sin remedio de los Poderes de las Tinieblas... La razón por la que recorría el camino hacia el Abismo radicaba en el carácter tambaleante de su voluntad.»

A pesar de que Rauschning estaba desarrollando los poderes de un mago supremo, él mismo sabía bien poca cosa de las artes de la magia negra, y nunca había pertenecido al círculo interior en el que se practicaban estas artes. En una de sus últimas entrevistas con Adolf Hitler, el Führer le dijo que el partido nazi acercaría la Edad Media. «El intelecto se ha desarrollado de un modo autocrático y se ha convertido en una enfermedad de la vida —le dijo Hitler—. Estamos al borde de una tremenda revolución de las ideas morales y la orientación espiritual del hombre. Se acerca una nueva era de la interpretación mágica del mundo, una interpretación en términos de voluntad y no de inteligencia.»

En otra ocasión, Hitler habló abiertamente acerca de la francmasonería y los rituales de la magia ceremonial. Y a pesar de que Rasuchning no comprendía el significado profundo de las palabras del Führer, las apuntó con toda fidelidad en su diario.

Al parecer, Hitler creía que la francmasonería se limitaba ya sólo a «una unión inofensiva de protección mutua de intereses». «Pero existe un elemento peligroso —dijo—, el cual he copiado de ellos. Han desarrollado una doctrina esotérica, no sólo la han formulado, sino que la han impartido mediante símbolos y ritos misteriosos..., es decir, sin molestarse en utilizar sus cerebros, sino trabajando directamente sobre la imaginación, a través de símbolos de un culto mágico. Todo esto es un elemento peligroso del que me he apoderado. ¿No ve que nuestro partido debe tener este carácter? Tiene que ser una orden. Una orden, la orden jerárquica del clero secular».

Sin duda, Rauschning es el único biógrafo auténtico de Hitler. Al leer sus obras *Hitler habla* y *la Bestia del Abismo*, uno se siente impresionado ante la similitud entre sus descripciones de Hitler y muchos pasajes sobre Landulf de Capua del cronista medieval Echempertus. Si se comparan estos dos grupos de documentos, separados por un milenio, uno se sorprende ante la semejanza en el carácter, la vida y las actitudes del Führer alemán y el Klingsor medieval, de quien Hitler afirmaba ser la reencarnación.

A Hitler le gustaba que le vieran con una fusta de montar en las manos; ya ha abandonado ese hábito. Pero las cualidades que revelaba han permanecido: desdén, arrogancia, brutalidad y vanidad. Hitler está lleno de resentimiento. Una palabra casual, una asociación de ideas pueden enfurecerle en cualquier momento. No sólo es susceptible, sino que también es brutal y vengativo. Vive en un mundo de insinceridad, de engaño y autoengaño. No tiene un ápice de generosidad. El odio es como

el vino para él, le intoxica. Aparte de brutal y vengativo es también un sentimental, una mezcla que resulta familiar. Amaba a sus canarios y lloraba cuando uno moría. Pero a aquellos hombres a los que guardaba rencor, los torturaba de un modo horrible. Tiene el instinto de un sádico que disfruta sexualmente torturando a otros.

Incluso cuando alaba a otros, es tan egocéntrico que al que honra es a sí mismo... Aunque está convencido de que tiene magnitud divina, agradece cada cumplido y hasta la adulación más burda... Depende en todo momento de la aprobación de los que le rodean, y debe la seguridad en sí mismo al aliento de las mujeres. Las mujeres dotadas de algo más que un toque de histeria son las primeras que elige.

Se considera que el conocimiento detallado de las debilidades y los fallos del adversario es la primera condición para alcanzar el éxito. [...] Cree que sólo puede alcanzar sus metas mediante la corrupción sistemática de las clases influyentes y dirigentes. No le importa que la gente le tilde de tirano sediento de sangre, ya que afirma que toda regla es, en el fondo, tiranía. Lleva a cabo una política de fuerza con determinación férrea, y no ve qué puede importar utilizar todo tipo de engaños y tergiversaciones. Se adscribe al uso deliberado del poder en un momento en el que en el extranjero todavía quedan ilusiones respecto de las fuerzas que moldean la historia...

«Estamos despiertos —dice—. Deja que los demás duerman.» ⁵⁹

XIII

EL MEISTERSINGER DEMONIACO

El Flautista de la fonducho

Los gestos de Hitler y el carácter emocional de su forma de hablar, elevándose hasta el borde de la histeria, donde gritaba y escupía su resentimiento, surtía el mismo efecto sobre sus oyentes... Conseguía comunicar una pasión a su público, de modo que los hombres silbaban y gruñían, y las mujeres estallaban en sollozos sin querer, aunque sólo fuera para aliviar la tensión, atrapados en la expresión de poderosas emociones de odio y exultación, de la que se ha eliminado toda represión... Su poder para embrujar a la audiencia ha sido comparado con las artes ocultas de los curanderos africanos o los chamanes asiáticos; otros los han comparado con la sensibilidad de un médium, y el magnetismo de un hipnotizador.

Allan Bullock, *Hitler — Un estudio de tiranía*.

Hanisch, un vagabundo que vivía en la misma pensión que Hitler, en Viena, ha recordado lo fascinado que se sentía Hitler por el poder de la retórica, incluso en sus tiempos de oscura pobreza.

«Una tarde —narra Hanisch—, Adolf Hitler fue al cine en el que pasaban una película de Kellermann, *El Túnel*. En esta película aparece un agitador que exalta a las masas con sus discursos. Hitler estuvo a punto de volverse loco. La impresión que le causó fue tan fuerte que durante varios días no habló más que del poder de la palabra hablada.»

⁵⁹ Extractos de las obras de Rauschning, *Hitler me dijo* y *The Beast from the Abyss*.

Ya en su adolescencia, a Hitler le habían encantado las narraciones de los grandes oradores de la historia. Gustl Kubizek menciona que el poder de la oratoria, ilustrado de forma tan dramática en la ópera *Rienzi*, de Wagner, había hecho confesar a Hitler que creía que algún día él también mantendría a las masas en vilo con el mágico poder de la palabra.

En *Mein Kampf*, Hitler habla de la importancia de la oratoria: «El poder que siempre ha iniciado las grandes avalanchas religiosas y políticas de la historia ha sido, desde tiempos inmemoriales, el mágico poder de la palabra hablada. Las amplias masas de gente sólo pueden ser conmovidas a través del poder del discurso. Todos los grandes movimientos y los movimientos populares, erupciones volcánicas de pasiones y emociones humanas, fueron provocados por el incendio de la palabra extendido entre la masa...».

Y Hitler está incluso a punto de revelar una parte de su técnica mágica cuando habla de vencer la resistencia emocional del grupo. Según él, esto no se puede conseguir a través de los argumentos, sino sólo a través del recurso de las «fuerzas ocultas». «Siempre seguirá el camino de la gran masa, de modo que la emoción vivida de sus oyentes le sugiera la palabra adecuada que necesita, y cuando la pronuncie, volverá directamente al corazón de los oyentes.»

Otto Strasser, que también era un brillante orador, aunque nunca fue miembro de la jerarquía superior nazi, comprendió una parte del mágico poder que se escondía detrás de la capacidad de Hitler para comunicar las pasiones más desatadas a su audiencia:

Hitler reacciona a la vibración del corazón humano con la precisión de un sismógrafo, o tal vez de un repetidor, lo cual le permite, con la exactitud que no proporciona don consciente alguno, actuar como un altavoz que proclama los deseos más íntimos, los instintos más inconfesables, los sufrimientos y las revoluciones personales de toda una nación⁶⁰.

Strasser no tiene en muy buen concepto los argumentos intelectuales de Hitler, basados en libros que no ha acabado de comprender. «Pero dejad que se despoje de sus muletas, y que se adelante con valentía, que hable como si le moviera el espíritu, y se transformara de golpe en uno de los mejores oradores del siglo... Adolf Hitler entra en una sala. Olfatea el aire. Durante unos instantes avanza a tientas, siente la atmósfera. De pronto, se lanza a hablar. Sus palabras se dirigen hacia su objetivo como flechas, mete el dedo en cada llaga, libera el subconsciente de la masa, expresa las aspiraciones más íntimas, y les dice lo que quieren oír»⁶¹.

El profesor Allan Bullock tal vez se acerque más a la verdad de lo que él mismo cree cuando escribe: «El poder de Hitler para embrujar a la audiencia ha sido comparado con las artes ocultas de los curanderos africanos o los chamanes asiáticos; otros lo han comparado con la sensibilidad de un médium, y con el magnetismo de un hipnotizador». Sin embargo, la mera observación externa no podría revelar jamás la verdadera fuente de las facultades mágicas con las que Hitler extendía el incendio de la palabra por los corazones del pueblo alemán, para incitarlo a seguir la causa racista nazi.

Los dones clarividentes de Hitler, que se debían a la «apertura» de sus centros de visión, eran de carácter atávico. Es decir, era incapaz de controlar o dirigir su visión. Y sus percepciones no estaban asociadas de un modo directo a las realidades espirituales del mundo de los fenómenos. La activación de los centros en el organismo astral de

⁶⁰ Otto Strasser, *Hitler & I*.

⁶¹ Ibid.

Hitler se producían involuntariamente, cuando se había columpiado hasta las alturas del frenesí. Tal vez se pueda comparar hasta cierto punto su visión con los más profundos «viajes» con mescalina o LSD, en los cuales el sujeto se ve atrapado en un continuo móvil de colores y formas, ya que cada chakra hace su contribución específica al total de la experiencia trascendental.

En el auténtico camino hacia el Grial, estos centros se desarrollan a través de disciplinas de meditación, en las cuales los pensamientos y los sentimientos purificados nutren a los órganos de visión, del mismo modo que la luz del sol y el agua nutren el crecimiento de una planta desde la semilla. La evidente comparación entre la madurez de estos chakras y las leyes del crecimiento en la naturaleza y el florecimiento de los capullos, inspiró a los antiguos a denominar estos órganos de visión clarividente como «flores de Loto».

Las capacidades dormidas se despiertan mediante el desarrollo de capacidades concretas, la adquisición de cualidades morales, y el dominio de funciones escondidas dentro del alma. Cada centro madura como consecuencia de un número específico de atributos. Por ejemplo, el «sendero de los ocho pétalos» budista conduce a la adquisición de ocho atributos, a través de los cuales la flor de Loto de ocho pétalos asociada a las tiroides madura y se activa para la visión.

Cada uno de estos órganos basados en las siete glándulas endocrinas produce un tipo distinto de visión. Por ejemplo, el chakra que interpenetra la glándula del timo permite la visión de los sentimientos y las disposiciones cambiantes de los demás, mientras que el órgano de diez pétalos situado en el plexo solar abre la visión de los talentos y las habilidades y establece contacto con los Seres Espirituales. Otros centros revelan los pensamientos secretos y los objetivos ocultos de los demás, y desvelan la vida interior de perfectos desconocidos como si de libros abiertos se tratara.

Hemos descrito con brevedad los medios repugnantes e ilícitos que se utilizaban para abrir los centros de visión de Adolf Hitler en los rituales de iniciación obscenos y sádicos, que se celebraban bajo la dirección de Dietrich Eckart y el círculo interior de los thulistas. Y no cabe duda que durante los increíbles vuelos de oratoria de Hitler, estas facultades dormidas despertaban, de modo que, al igual que un Flautista de Hamelín inspirado, era capaz de alcanzar el dominio instintivo de su audiencia; un chamán oriental que escupe sus mortales mantras para provocar en sus oyentes explosiones de emociones incontrolables, como si fueran subbudistas en un Latihan.

Al contrario que los materialistas contemporáneos, Adolf Hitler nunca había aceptado la capacidad del buen discurso como un aspecto más del comportamiento humano. La revelación del poder de oratoria de Hitler puede encontrarse también en el *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach, obra de la que tenía un conocimiento asombrosamente profundo.

En el corazón de este fascinante poema medieval, que ya de por sí es un importante documento de iniciación, hallamos una maravillosa descripción del hecho de que la palabra humana es también una espada que sale de la boca del hombre. Se denomina a esto «palabra-espada», algo que ha quedado obsoleto, atrofiado, estropeado, algo que ha perdido su poder. Tan sólo si se descubre la verdadera fuente de su poder, se podrá renovar esta «palabra-espada».

Escondida en un significativo pasaje de *Parsifal* encontramos la revelación de esta fuente misteriosa:

La espada resistirá el primer golpe; al segundo temblará. Si después la llevas de nuevo al manantial, se renovará otra vez por la corriente de agua.

Debes dirigirte al agua en su manantial bajo las piedras, antes de que la luz del día lo haya alcanzado. Si las piezas no se han perdido y las unes

correctamente, tan pronto como la fuente las moje, la espada quedará entera, las junturas y el filo, más fuertes que nunca, y los signos (de las constelaciones) grabados sobre la hoja no perderán su brillo. La espada requiere unas palabras mágicas. Temo que se te haya olvidado aprenderlas. Pero si tus labios han aprendido las palabras, el poder de la fortuna florecerá y crecerá para siempre.

El trovador describió más tarde el Manantial de Kunneware custodiado por un dragón, como el origen del manantial mágico, sobre el manantial había un globo, y sobre el globo se sentaba un dragón.

En este maravilloso simbolismo del Grial, el manantial representa las glándulas sexuales, las gónadas. Aquí el globo (o chakra) está sentado, el órgano espiritual que los antiguos designaron con la esvástica de cuatro brazos.

El dragón que custodia el manantial simboliza el salvajismo compacto de la sangre de la raza, los instintos sexuales más primitivos, que deben ser superados y transformados antes de que la fuente agote su virtud, es decir, el poder curativo creativo de la palabra.

Aquí, en el manantial de Kunneware, el hombre no debe tan sólo superar el egoísmo y el orgullo de la raza, sino que también debe unir las piezas rotas de la espada. Y estas piezas deben encajar de tal manera que cada pieza se coloque en el lugar exacto para formar los signos del Zodíaco; una especie de rompecabezas, en el que las constelaciones deben reaparecer en su orden y situación correctos. «No debe perderse una sola pieza.»

El caballero del Grial debe llevar a cabo esta operación debajo de la piedra, antes de que salga el sol. Es decir, debe conseguir esto mediante la percepción trascendental, sin que tercie la consciencia del mundo tridimensional de los sentidos.

Cabe destacar que este pasaje es inmediatamente posterior al que describe la primera visita infructuosa de Parsifal al Castillo del Grial, donde no formuló la pregunta compasiva a Anfortas, que estaba herido: «Hermano, ¿qué te pasa?». Porque la palabra mágica que junta las piezas de la destrozada palabra-espada es AMOR, el amor de Cristo, la palabra hecha carne. Y sólo a través de este amor, que va más allá de todo prejuicio de raza, color, nacionalidad, credo y sexo, el espíritu individual humano puede nacer en un hombre.

Adolf Hitler, muy versado en la narración y en el trasfondo histórico de *Parsifal*, era consciente de la doctrina medieval de las correspondencias entre el macrocosmos y el microcosmos, en las que se habla de que el hombre es la imagen concentrada de todo el cosmos. Y de que el principio creativo (la palabra) del universo ha sido implantado en el hombre y se manifiesta en la tremenda capacidad del lenguaje humano.

En este sentido, no cabe duda que Adolf Hitler advirtió que la destrozada palabra-espada con las constelaciones grabadas sobre ella era el hombre mismo. Pero no quería seguir el camino de la renovación cristiana, a través de la cual la palabra se expresara cada vez más con inspiración moral y con los poderes curativos del amor. Pretendía utilizar los mágicos poderes de la palabra con fines destructivos, para sembrar el odio, la discordia y la enemistad entre los hombres.

Con los poderes del nazismo, Hitler pretendía apartar a la humanidad de la realización del espíritu individual humano. En sus frenéticos discursos, representaciones públicas de magia astrológica para aquellos que tenían ojos para verlo, invocaba los instintos brutales y el salvajismo primitivo en la sangre de la raza. El único objetivo del espíritu luciférico, que se había apoderado del alma de Hitler como si de una muñeca se tratara, consistía en seducir al pueblo alemán para que renunciara al derecho a la vida de su espíritu en favor de la tentadora idea de la superioridad racial.

La gente nos considera los enemigos del espíritu. Lo somos. Pero en un sentido mucho más profundo de lo que los estúpidos burgueses jamás

habrían soñado. ¿Qué me importa la doctrina cristiana del significado infinito del espíritu individual y la responsabilidad moral personal? La contrapongo con claridad glacial a la doctrina salvadora de la inmortalidad y la insignificancia del individuo, y de su existencia continuada sólo en la mortalidad visible de la sangre de la raza... Estoy liberando al hombre de las exigencias de la libertad espiritual y de la independencia personal, que tan sólo unas pocas personas pueden sobrellevar... Un Cristianismo alemán constituye una distorsión. O se es alemán o se es cristiano⁶².

Con la perspicacia del genio, Richard Wagner representó la figura de Klingsor como un brujo de magia negra que blandía la Lanza del Destino como un símbolo fálico. Y a la luz de la ópera del Grial de Wagner, vemos a Adolf Hitler como el Klingsor del siglo XX subiendo al escenario de la historia para escupir torrentes de veneno sexual inspirado de forma mágica, a fin de cegar a la humanidad, de no permitirle ver el significado del destino individual en el proceso histórico⁶³.

Si comparamos a Hitler con Landulf II de Capua, resulta fascinante descubrir que este duque de Terra dei Labori no sólo utilizó la Lanza para sus propios fines demoníacos, sino que también grabó un Hagenkreuz o esvástica camuflada en su emblema heráldico.

Las tradiciones y leyendas sobre la figura de Klingsor no terminan en el siglo IX. Porque el nombre de Klingsor vuelve a hacer su aparición en el Wartburg Krieg de 1207. Se dice que un tal obispo Klingsor eliminó a todos los trovadores de Europa en su batalla, incluso al mismo Wolfram von Eschenbach. Por lo que se refiere a Wartburg, que inspiró la ópera de Wagner, *Tannhauser*, se dan indicaciones de que el obispo Klingsor se había asociado con poderes diabólicos que había aprendido a controlar. El espíritu luciférico que era la fuente de sus asombrosos talentos, se conocía ahora con el nombre de nazi o nazismo. Von Eschenbach, que cantaba llevado por los sentimientos purificados del corazón, demostró que no podía competir en pie de igualdad con la sabiduría ocultista del hechicero y con sus artes de magia astrológica.

Ningún historiador ha sido capaz de identificar positivamente a esta figura del obispo de Klingsor, pero se cree que se trataba del conde de Acerra, el señor de Terra di Labori y Capua.

Se sabe que el conde de Acerra era un hombre malvado y un adepto a la magia. Se rumoreaba que su hermana, Sibilla, la reina de Sicilia, había dado a luz un niño concebido en rituales demoníacos. Cuando huyó del emperador Enrique IV y se refugió en Kalath-el-Bellut, su terrible secreto quedó al descubierto. Su hijo fue castrado y el conde de Acerra, que había invocado al espíritu impuro que le había engendrado, fue condenado a una muerte horrible. A pesar de que se suponía que había muerto en el potro en 1197, corrieron rumores en aquella época de que había escapado y se había refugiado en Hungría.

Klingsor de Hungría, al igual que Landulf II de Capua unos cuatro siglos antes, era el personaje central de un círculo de adeptos, entre los cuales se encontraban algunas de las figuras eclesiásticas más importantes de la época. Y a través de este círculo se creó todo el proceso de la Inquisición.

El obispo Klingsor estaba dotado de previsión, y predijo el nacimiento de santa Isabel de Turingia, que ha sido definida como una especie de alma gemela de san Francisco de Asís. A través de su confesor, Conrad de Marburgo, se desató la primera furia de la Inquisición. La exterminación de los albigenses y los cataros tuvo lugar un año después

⁶² Extractos de las conversaciones de Hitler con los Gauleiters.

⁶³ En una escena del *Parsifal* de Wagner, Klingsor arroja la Lanza a Parsifal, el cual la coge al vuelo. Parsifal, el representante del espíritu individual humano, no puede ser herido por los mágicos poderes de Klingsor. En manos de Parsifal, la Lanza sirve a los poderes del Santo Grial.

del ataque a Wartburg. Siete años más tarde (1215), fueron instauradas leyes herejes en el Concilio Luterano.

En la época en la que vivió el obispo Klingsor surgió la fábula del Flautista de Hamelín en Centroeuropa, y algunos historiadores han asociado su origen con él. Narra la historia de un cazador de ratas que se enfureció con toda la población de la ciudad de Hamelín. A fin de vengarse de ellos, se puso a tocar la flauta y todos los niños de la zona se agruparon en torno a él. Hipnotizados por la magia de su música, le siguieron fuera de las murallas de la ciudad hasta una caverna de las colinas, donde desaparecieron y se perdieron para siempre. Esta leyenda que relata el sacrificio de niños inocentes representa el instrumento de las fuerzas ocultas en la historia, que pretendían apartar a la humanidad de sus verdaderas metas espirituales. La leyenda también profetizaba los mágicos poderes de la oratoria, con los que Adolf Hitler apartaría al pueblo alemán de la realización de su auténtico destino, lo privaría de su independencia, y lo conduciría a la degradación moral a través de ideologías raciales distorsionadas.

A través de una fuente fascinante hemos descubierto que Adolf Hitler también se consideraba la reencarnación del conde de Acerra. Después de subir al poder e instaurar el Tercer Reich, Adolf Hitler envió a Hermann Goering⁶⁴ en misión especial a visitar al famoso médico y escritor sueco Axel Munthe, que había reconstruido el templo de Tiberio en las montañas de Capri, con vistas a la bahía de Nápoles.

Axel Munthe, autor del bestseller de la preguerra *La historia de San Michele*, empezó a restaurar el antiguo templo de Tiberio cuando se estaba quedando ciego, y perdió la vista por completo antes de terminar su obra. Jamás pudo contemplar la belleza del restaurado San Michele, obra en la que había puesto tanto empeño.

En agosto de 1937, durante un viaje a Roma para mantener unas conversaciones con el Ministro de Asuntos Exteriores italiano, el conde Ciano, Goering se escabulló vestido de paisano a Nápoles y tomó un vapor para Capri.

Munthe, trastornado por la visita del vicecanciller que había fundado la Gestapo se mostró bastante reacio a abrirle las puertas de su casa. Pero después de que Göring le asegurara que había venido en nombre de Adolf Hitler para hacerle una oferta de compra por San Michele, Axel Munthe accedió a hablar con él. El sueco quedó impresionado ante los conocimientos de Goering en materia de historia y de arte, y los dos hombres se enzarzaron en una conversación que duró varias horas.

Al cabo de unos meses, durante una corta estancia en Londres, ciudad en la que se instaló definitivamente al estallar la guerra, Axel Munthe visitó a Walter Johannes Stein en su residencia de Kensington. Stein era amigo suyo desde hacía años, y le contó al detalle la extraña conversación que había mantenido con Hermann Goering.

Al parecer, cuando Goering averiguó que el mismo Axel Munthe era un ocultista de penetrante percepción, le habló con toda franqueza de las razones por las que Adolf Hitler quería comprar San Michele, lugar al que pretendía retirarse cuando llegase a la vejez.

Hitler, dijo Goering, no sólo se considera la reencarnación de Landulf II de Capua y del conde de Acerra, ambos señores de Nápoles y Capri (Terra di Labur), sino que también cree que es la reencarnación de Tiberio, el emperador romano que se retiró a la isla para pasar en reclusión el último año de su vida⁶⁵.

⁶⁴ En el libro aparece como Göring, aunque en la mayoría de los libros aparece como lo he escrito. (N de C.)

⁶⁵ Adolf Hitler ofreció a Munke un precio muy elevado por San Michele. El doctor Stein me contó que Alex Munke se negó a vender, porque creía que él era la reencarnación del cesar Tiberio, y afirmaba que había tenido recuerdos trascendentales acerca de la vida del romano.

En el curso de su largísima conversación, Goering afirmó con orgullo que él siempre se había encarnado al lado de su Führer. Afirmó que había sido el conde Boese⁶⁶, amigo personal y confidente de Landulf II en el siglo IX. También aseguró que en el siglo XIII había resucitado como Conrad de Marburgo, el asociado más cercano al obispo Klingsor, el hechicero del Wartburg.

Goebbels fue mencionado en el mismo contexto como la reencarnación de Eckbert de Meran, el obispo del siglo XIII de Bamberg, que presentó al conde de Aceita a la Corte del rey Andrés de Hungría, bajo cuyo reinado tuvo lugar la Batalla de Song.

Goebbels se convirtió en un miembro activo de la Sociedad Edelweiss cuando vivía en Suecia, en 1921. La Sociedad Edelweiss, un ramal de Alba Dorada, aguardaba la llegada de un Mesías nórdico. Cuando oyó hablar por primera vez a Hitler, no le cupo duda que estaba escuchando al «Salvador de Alemania». «Las convicciones de Hitler eran pronunciadas palabra por palabra como si salieran de mi propia alma —dijo—. Cuando me presenté, Hitler afirmó que era la mano del destino la que nos había unido. Hablábamos al unísono de las cosas que estaban más cerca de nuestros corazones.»

Pero había sido Goebbels, el cual oyó hablar a Hitler por primera vez en un mitin del partido en Bamberg, el profeta del nuevo líder como un Meistersinger mágico. Goebbels, el hijo cojo de un humilde impresor de Rheydt, se había asegurado el patrocinio de la Sociedad Alberto Magno, a fin de pagarse los estudios universitarios. Hizo la carrera de literatura e historia y asistió a cinco universidades distintas. Durante su estancia en Friburgo en 1918, había realizado un estudio sobre la historia medieval asociada al misterio del Santo Grial. En el curso de su vida estudiantil empezó una novela titulada *Michael*, que plasma el diario de un héroe que combina las ocupaciones de soldado, poeta, amante, patriota y revolucionario, un joven «ansioso por absorber la vida por cada una de las fibras de su ser». El héroe responsabiliza a los judíos de la penosa situación de Alemania. «Han violado a nuestro pueblo, han destrozado nuestros ideales, han debilitado la fortaleza de la nación, han corrompido la moral... Son el eczema maligno en el cuerpo de nuestra nación enferma... Su intelecto ha envenenado a nuestro pueblo.» Cuando el héroe alcanza los límites de la desesperación en lo que se refiere al destino del pueblo alemán, de repente despierta en él una nueva esperanza de que reaparezca un orador mesiánico:

Estoy sentado en una sala en la que no había estado jamás. Entre perfectos desconocidos. La mayoría de ellos son personas pobres y desgraciadas. Trabajadores, soldados, oficiales, estudiantes. Apenas me doy cuenta de que el hombre que está allá arriba empieza a hablar despacio, al principio con cierta vacilación.

Pero de pronto, se libera el torrente de sus palabras. La luz de ellas brilla sobre él. Escucho. Estoy cautivado. ¡Honor! ¡Trabajo! ¡La Bandera! Todavía existen tales cosas en este pueblo del que Dios ha apartado su mano benefactora.

La audiencia está encendida. Una luz de esperanza brilla en los rostros grises. Alguien aprieta el puño. Otro se seca el sudor de la frente. Un anciano oficial rompe a llorar como un niño.

Siento frío y calor. No sé que me ha pasado. Me parece oír el sonido de disparos. Unos cuantos soldados se levantan y gritan «hurra», y nadie parece darse cuenta.

Y el hombre sigue hablando, y todo lo que bullía en mi interior cobra forma. ¡Un milagro!

⁶⁶ Hermann Goering elaboró un árbol genealógico totalmente ficticio, en el que remontó sus antepasados hasta el conde Boese, un noble de sangre carolingia, y hasta Conrad de Marburgo, el confesor de Isabel de Turingia. El falso árbol genealógico ha sido mencionado por casi todos los biógrafos de Góring. Sin embargo, ninguno de ellos ha descubierto jamás las verdaderas razones por las que lo confeccionó.

Entre las ruinas alguien nos muestra la bandera.

Los que están a mi alrededor ya no son desconocidos. Son hermanos. Me acerco a la tarima y clavo la mirada en el rostro del hombre.

¡No es un orador! ¡Es un profeta!

El sudor corre por su rostro. Un par de ojos arden sobre la pálida tez. Tiene los puños apretados. Y como en el Juicio Final retumba una palabra tras otra, una frase tras otra.

No sé qué hacer. Tengo la sensación de haberme vuelto loco.

Empiezo a aplaudir. Y nadie parece sorprenderse.

El que está en la tarima me mira por un breve instante. Esos ojos azules me marcan como una llama, es una orden.

Me siento como si hubiera vuelto a nacer. Ahora ya sé dónde me conduce mi camino. El camino de la madurez. Tengo la sensación de estar intoxicado. Todo lo que recuerdo es la mano del hombre estrechando la mía. Un voto de por vida. Y mis ojos se encuentran con dos estrellas azules.

De este modo, el modelo del destino de Joseph Goebbels anticipaba su encuentro con Adolf Hitler, la reaparición del Meistersinger demoníaco del Wartburg.

La impresión que Adolf Hitler causó en Goebbels el día que se conocieron en Bamberg queda reflejada en el diario del ministro de Propaganda nazi, documento que fue confiscado por la Inteligencia aliada después de la caída de Berlín en 1945:

¡Doy gracias al destino por la existencia de un hombre así!... El es el instrumento creativo del destino y la deidad. Me encontraba junto a él, profundamente conmovido... Es así... Le reconozco como mi líder de un modo incondicional... Es tan profundo y místico. Sabe cómo expresar la verdad infinita... Parece un profeta de la vieja escuela. Y en el cielo, una nube blanca parece adoptar la silueta de la esvástica. ¿Es una señal del destino? Cuánta fuerza elemental hay en este hombre, comparado con los intelectuales. Y sobre todo, su arrolladora personalidad... Con un hombre así, se puede conquistar el mundo. Me siento muy unido a él. Mis dudas se desvanecen... No podría soportar tener que dudar de este hombre. Alemania sobrevivirá. *Heil Hitler!*

TERCERA PARTE LA SANGRE Y LAS CENIZAS

Wagner ha proclamado la eterna tragedia del destino humano. No era tan sólo un músico y un poeta; era la figura profética suprema entre los alemanes. Descubrí a Wagner muy temprano gracias a la Providencia. Todo lo que hallé en Wagner se correspondía con mis convicciones más íntimas.

Tenemos que interpretar el *Parsifal* de Wagner de un modo muy diferente a la concepción general. Detrás de los absurdos externos de la historia, con toda su parafernalia cristiana y las mistificaciones del Viernes Santo, se esconde algo diametralmente distinto, que constituye el verdadero contenido de este profundo drama.

No se aclama la religión cristiana de la compasión, sino la pureza y la nobleza de la sangre. En la protección y la glorificación de su pureza, la fraternidad de los iniciados se ha unido.

El rey Anfortas sufre del incurable mal de la sangre impura. El hombre no iniciado, pero puro, se siente tentado a abandonarse en el mágico jardín de Klingsor a la lujuria y a los excesos de la civilización corrupta, en lugar de unirse a la élite de caballeros que guardan el secreto de la vida, la sangre pura.

Todos padecemos el mal de la sangre mixta y adulterada. ¿Cómo podemos purificarnos y expiar este mal? ¿Debemos formar una compañía de los realmente iniciados? Una orden... la fraternidad de los templarios en torno al Santo Grial de la sangre pura!

Debemos darnos cuenta de que la compasión a través de la que el hombre alcanza la comprensión es sólo para el hombre corrupto. Y de que esta compasión merece un solo tratamiento..., dejar morir al hombre enfermo. La vida eterna concedida por el Grial está reservada para los de sangre pura y noble.

Hermann Rauschning, compendio de extractos de *Hitler habla*.

XIV

EL NOMBRE ESCULPIDO SOBRE LA PIEDRA

El linaje espiritual de la reencarnación

Dices que aspiras al Grial. Estúpido. Me appena oír eso. Porque ningún hombre puede ganar el Grial a menos que sea conocido en el cielo, y a menos que el Grial lo llame por su nombre. Esto es lo que tengo que decirte acerca del Grial, porque sé que es así y lo he visto por mí mismo.

Allí vive un esforzado anfitrión (en Montsaelvesche), y te diré cómo se sostienen. Viven sobre una Piedra de la clase más pura. Si no lo conoces, te será nombrado. Se llama Lapis Exillis...

Por el poder de esta *Piedra* el fénix queda reducido a cenizas, pero las cenizas le devuelven la vida. Así el fénix muda la pluma y cambia de plumaje, el cual después será brillante y reluciente y tan hermoso como antes... Este poder hace que la *Piedra* proporcione al hombre el don de que sus huesos y su carne vuelvan a ser jóvenes. A la *Piedra* se la denomina también Grial.

En este día llega a él un mensaje, allí donde radica su mayor poder. Hoy es Viernes Santo, y allí esperan a una paloma, que descenderá volando del cielo. Lleva una pequeña hostia, y la deja sobre la *Piedra*...

Mira cómo son anunciados estos dos que han sido llamados junto al Grial. Sobre la *Piedra*, alrededor de sus bordes, aparecen esculpidas unas letras, que dan el nombre y el linaje de cada uno, niño o niña, de los que realizarán el sagrado viaje. Nadie tiene que borrar la inscripción, ya que una vez ha leído el nombre, éste se desvanece ante sus ojos.

(Así habló el ermitaño Treverezent a Parsifal.)

Wolfram von Eschenbach, *Parsifal*.

Walter Johannes Stein se fue a la guerra con un saco lleno de libros. Se alistó en el ejército imperial austriaco como humilde artillero, y se licenció con la graduación de capitán. Había dejado su hogar como un completo principiante en la investigación sobre el Santo Grial. Volvió de la guerra como un adepto que había leído su nombre grabado alrededor del borde de la Piedra.

A pesar de que siempre participó en las encarnizadas batallas contra el ejército invasor soviético, y obtuvo una condecoración por su valor y distintas menciones, de algún modo encontró tiempo para escribir la disertación de su doctorado. Se trataba de una tesis sobre el tiempo y la consciencia, que describía los procesos fisiológicos del cuerpo humano como la sede potencial de nueve dimensiones superiores de percepción trascendental.

Cuando se marchó al frente en 1914, todavía no había hallado un camino que condujera a la consecución de una consciencia superior. Se enfrentaba al mismo problema que había azotado a la mayoría de los estudiosos de las ciencias ocultas: cómo despertar los poderes dormidos del alma, los cuales conducen a una verdadera visión espiritual. En su opinión, era evidente que una visión de estas características sólo se podía alcanzar a través de la meditación, y, ¿cómo encontrar tiempo para practicarla bajo las condiciones de una guerra moderna?

Llegó a la conclusión de que, dado que su intención era lograr un tipo de pensamiento que ya no dependiera del cerebro, el contenido de su meditación debería estar desprovisto de sentidos. Se decantó por la antigua meditación rosacruziana de la Cruz Negra y las Siete Rosas Rojas. Los símbolos separados, que nunca aparecían juntos en el mundo de los sentidos, sí, este tipo de meditación ya significaba un paso adelante en dirección a una experiencia desprovista de sentidos. Además, todo el proceso mental de esta meditación en concreto englobaba el significado interno de la sangre, el tema central de la búsqueda del Grial.

Fuera cual fuese la inmediata situación táctica de su batería, en ataque o en retirada, o simplemente, la parálisis de la cortina de fuego de artillería entre las armas austriacas y las rusas, fuera cual fuese la situación, él se obligaba a sí mismo a encontrar tiempo tres veces al día para dedicarlo a una sesión concentrada de meditación. Esto por sí solo ya constituía todo un logro.

A través de la perseverancia con la meditación, extrajo de las profundidades de su alma fuerzas mucho más poderosas de las que había empleado jamás en sus procesos mentales cotidianos. De un modo paulatino, paso a paso, se fue dando cuenta de que durante aquellos períodos de meditación, su alma se liberaba del cuerpo, lo cual producía una sensación muy parecida al hecho de quedarse dormido. Sin embargo, en lugar de

pasar al estado de inconsciencia, observó que despertaba a una percepción más elevada de otro nivel de existencia.

Después de poco más de un año en el frente, los capullos de una auténtica clarividencia de los mundos del espíritu empezaron a florecer en una facultad que los ocultistas llaman cognición imaginativa.

En aquel punto de su evolución interior fue enviado a casa desde el frente, ya que le habían concedido un permiso para ir a consolar a su madre por la pérdida de su hijo mayor. A Fritz, el hermano de Walter, le había sido concedida a título póstumo la condecoración más alta al valor y a la devoción por el deber. Murió defendiendo un fuerte de un ataque ruso; voló el fuerte con él dentro cuando el enemigo batía sus defensas. Los dos hermanos habían estado muy unidos. Él también acusó la pérdida profundamente. Los dos habían considerado que la base multirracial de la dinastía austrohúngara era una causa por la que valía la pena luchar, pero la muerte era un precio muy alto.

Durante su breve permiso, Walter Johannes decidió hacer una corta visita al Hofburg, a fin de contemplar una vez más la Lanza de Longino, la antigua arma asociada a la extraña leyenda del destino del mundo. Hacía un tiempo de lo más agradable mientras atravesaba el Ring y subía la escalera de la Weltliche Schatzkammer.

Los vigilantes, en su mayoría soldados demasiado ancianos para seguir sirviendo, saludaban al joven teniente mientras caminaba por las galerías de la sala estilo rococó. Contempló de paso la escena ahora familiar de las insignias de los Habsburgo, y se encaminó directamente hacia el arma, que tenía un aspecto solitario dentro de su lecho de terciopelo rojo detrás de la vitrina.

Ya habían pasado más de dos años desde que había estado en el mismo lugar junto a Adolf Hitler, en el cual ni siquiera pensó en aquel momento. En lugar de ello, se puso a pensar en que sus compañeros de la Facultad de Ciencias se hubieran reído de él porque creía en la leyenda de la Lanza del Destino. Cualquier insinuación que se refiriera al significado de un destino personal habría sido tomada como un chiste. Y por esta razón, nunca había hablado de sus investigaciones sobre la historia de la Lanza con nadie, a excepción de su madre y su hermano Fritz, que había muerto.

La mera visión de la Lanza le hizo darse cuenta de hasta qué punto se había convertido en una personalidad dividida, que retenía con tenacidad dos puntos de vista aparentemente opuestos y se resistía a renunciar a cualquiera de los dos.

Por un lado, su mente estaba dominada por la hipótesis atomística de la psicología moderna, que pretendía definir al hombre tan sólo en términos del mundo físico en que vive. Toda su carrera de Ciencias en la universidad le había instruido en el sentido de un mundo desprovisto de espíritu, un mundo sin Dios en el que el hombre queda reducido a un ente insignificante; la tierra misma no es más que una mota de polvo cósmico en una galaxia moribunda.

Por otro lado, su incipiente clarividencia le había despertado a una existencia espiritual, en el que la percepción en sí misma era conocimiento, y en el que no cabía el pensamiento derivado del intelecto. Se describía a sí mismo como «medio escéptico, medio visionario». Y sin embargo, no podía encontrar un puente entre estos puntos de vista contrapuestos, los cuales tal vez explicaran cómo la materia estaba constituida por espíritu y se sostenía por él.

A pesar de este dilema, tenía la inquebrantable convicción de que en todo el universo reinaba un orden moral, y de que el juicio y la consecuencia se hallaban en el corazón del proceso histórico y del desentrañamiento del destino personal. Día a día, mientras crecía el número de bajas y muchos de sus antiguos compañeros de estudios perdían la vida, surgía en su interior la certeza cada vez mayor de que sobreviviría para cumplir algún tipo de misión espiritual.

Mientras todos estos pensamientos cruzaban su mente, había estado examinando la Lanza que había inspirado a tantas y tan diferentes figuras históricas en la historia del Cristianismo. Recorrió con la mirada las falanges de forma extraña que habían sido añadidas para simbolizar las alas de una paloma, las cruces doradas engastadas en el deslustrado metal, el Clavo insertado en la abertura central de la hoja, la larga y afilada punta.

¿Se trataba realmente de la Lanza que el centurión romano había clavado en el costado de Cristo como un acto de misericordia?, se preguntó. ¿O es que algunas de las figuras más importantes de la historia habían sido víctimas de un engaño?

No había contado con el efecto que este talismán de la sangre de Cristo causaría sobre sus incipientes facultades de clarividencia. De repente se dio cuenta de que tenía facultades psicométricas. Parecía despedir vibraciones místicas, que tenían el poder de evocar poderosas imágenes. Antes de que pudiera reunir las fuerzas para deshacerse de ellas, se encontró en las garras de una experiencia que se apoderó de sus sentidos. Sintió cómo le arrancaban del continuo terrenal de espacio-tiempo de un modo abrupto, rayano en el salvajismo, y era precipitado a un nivel superior de percepción.

Todo lo que le rodeaba en la Casa del Tesoro se desvaneció mientras viajaba a través del tiempo como un cautivo reacio sobre una alfombra mágica dirigida hacia lo desconocido. Se sintió transportado al centro de una escena asombrosa que tomó forma en su imaginación espiritual. Y con esta cognición recién nacida se convirtió en testigo de una guerra maniquea de los mundos, entre los espíritus de la Luz y los de las Tinieblas.

Sobre él, en la distancia, divisó una poderosa figura que guiaba a una impresionante multitud de ángeles, un espíritu translúcido vestido con una túnica blanca que caía en pliegues de belleza viva, la expresión máxima de la absoluta pureza de corazón. Con gran asombro y gozo contempló la majestad y la fuerza de espíritu de este Ser heroico, cuyo semblante era «el semblante del Señor».

Supo de inmediato que se encontraba ante el arcángel del Grial, el «Zeitgeist». Su yelmo lanzaba destellos y brillaba con el fuego consagrado del hierro fundido en una herrería cósmica. En la mano derecha sostenía un arma de luz que agitaba por los cielos con propósitos inconmensurables y voluntad divina; de la hoja salían relámpagos que descendían para atravesar a los malos espíritus que pretendían entrar en los mundos celestiales, de los que habían sido expulsados.

Cuando la batalla se acercó más, como si de una terrible tormenta de truenos se tratara, él mismo se sintió en la línea de fuego de este Excalibur celestial. Aunque estaba acostumbrado al estrés de la batalla física en la guerra terrenal entre los hombres, con todo el horror que ello implicaba, nunca había experimentado algo ni remotamente parecido a esta escena, en la que los malos espíritus eran expulsados de nuevo en llamas de desolación ante el ilimitado poder del guardián del umbral del macrocosmos.

Y ahora se sentía tentado a huir, presa del pánico, junto con todas aquellas criaturas grotescas que le rodeaban, que parecían haber cobrado vida desde las pinturas de pesadilla de Jerónimo Bosch, o desde los lienzos del infierno de Orcagna. De algún modo reunió el coraje para quedarse. Y aun más, sabía que debía adelantarse y abrirse al fuego purificador. Un intenso dolor y una gran angustia atravesaron su alma cuando fue alcanzado por el rayo. Tuvo la sensación de quedarse vacío cuando los males del falso orgullo y del materialismo eran expulsados de su alma. Cuando ya no pudo soportar más aquella agonía, perdió el sentido.

Así como la experiencia trascendental le había arrebatado los sentidos físicos, ahora se encontraba en un abismo que también quitaba el aliento, dentro de las cuatro paredes de la Casa del Tesoro. Su mano derecha estaba completamente extendida, como si agarrara algo, y los puños estaban tan apretados que las uñas habían abierto heridas en las palmas. No sabía cuánto tiempo había estado en trance. Podrían haber sido varios minutos, o tal vez tan sólo unos segundos. Nadie parecía prestarle atención. La Lanza yacía ante él en su lecho de terciopelo rojo, detrás de la vitrina. La luz del sol inundaba la sala rococó a través de las altas ventanas, e iluminaba los brillantes colores de las

insignias de los Habsburgo. El contraste entre la pacífica escena de la Schatzkammer y la tremenda energía de la Guerra de los Mundos, de la que acababa de emerger, provocó en él una tensión mental casi insoportable.

Mientras regresaba por el Ring recordó que era el Día de San Miguel. Y le vinieron a la mente los versos de Miguel en la obra *Prólogo en el cielo*, de Goethe, que describían casi a la perfección su propia y estremecedora experiencia:

MIGUEL: Y surgen tormentas rivales en el extranjero

desde el mar hacia la tierra, desde la tierra hacia el mar

que forjan una cadena de la más profunda acción

alrededor de todo, con tremenda energía.

Allí las llamas se elevan en la desolación

ante el destructor camino del trueno.

Y aun así, Señor, sus mensajes siguen alabando

el gentil movimiento de Tu Día.

¿Y había sido una visión parecida la que había inspirado aquellos versículos marciales y misteriosos en la Revelación de San Juan?: «Y había guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y el dragón luchaba y sus ángeles, y no prevalecieron; y tampoco estaba ya su lugar en el cielo». (*Revelación*, 12, 7-8).

Era impresionante que una imagen mágica de estas características se pudiera introducir en la imaginación humana en forma de cognición, y al mismo tiempo, fuera de naturaleza de experiencia temporal. Pero sabía que los Seres implicados, tanto los buenos como los malvados, eran reales, en el sentido más exacto de la palabra, más reales, de hecho, que el pavimento sobre el que caminaba.

La visión del arcángel del Grial había sido, en sí misma, una especie de recolección espiritual. Sentía en espíritu que había servido a este Ser sublime en una existencia anterior a su vida terrenal, y también a lo largo de innumerables vidas anteriores en la tierra. Por fin sabía lo que significaba ser un caballero del Grial. Sobre todas las cosas, sabía que debía dedicar su vida a alcanzar las metas del Grial en la tierra, y que debía esforzarse y prepararse para las tareas que le esperaban. Al igual que un caballero del Santo Grial de la Edad Media, juró solemnemente servir al espíritu del Más Alto, aunque ello le costara la vida.

Durante los meses que siguieron a su primera visión del espíritu del Tiempo, el espíritu de la Lanza del Destino, se dedicó con más energías y más determinación a su meditación, y desarrolló aún más su capacidad para crear imágenes vividas y para manejar pensamientos como si fueran objetos. La recompensa a sus esfuerzos llegó un amargo día de diciembre de 1916, mientras estaba de servicio en el frente como oficial de observación de los artilleros de su batería.

Estaba en medio de una barrera en la que los obuses estallaban demasiado cerca a su alrededor. El momento tan esperado de iluminación oculta llegó cuando una granada cayó en la trinchera en la que se encontraba, justo al lado suyo, y no estalló.

En un instante vio toda su vida pasar ante él, en una gran pantalla. Y asistió a aquella proyección de su vida con la consciencia indiferente, de espectador, del Ego Superior. Sin embargo, los acontecimientos de su vida no pasaban ante él a cámara rápida y en orden cronológico. Al contrario, la pantalla mostraba la interacción de causa-efecto, que interpretó como una unidad procedente de un nivel superior de consciencia. De alguna forma había sido apartado del tiempo terrenal, en el que las cosas suceden una detrás de

otra. En lugar de ello, tenía la sensación de que él mismo era un Ser del Tiempo, y no un alma atrapada en el tiempo.

El siguiente paso hacia el Grial exigía que aprendiera a eliminar todas las imágenes pensadas de su consciencia. Había llegado al punto en el que se enfrentaba al gran dilema de la anatomía del vacío, en la que el alma debe buscar la plenitud total en un vacío aparente. Le había llegado la hora de mantener su mente en expectante vacío mientras conservaba los enaltecidos sentimientos de respeto y humildad de un alma que aguarda la gracia de Dios.

En estos momentos de absorción silenciosa y desprovista de imágenes, nació una visión del mundo espiritual, el mundo de las jerarquías de los Seres suprasensibles. Y paso a paso, Walter Johannes adquirió el don de la capacidad de vaciar su alma a voluntad, para poder entrar en este mundo invisible, desde el que los Seres creativos modelan y sostienen el mundo de los sentidos.

En las primeras incursiones en el macrocosmos, el incipiente iniciado del Grial se enfrenta a la tarea de orientarse en un mundo nuevo, en el que debe aprender a reconocer e identificar los grados jerárquicos ascendentes de los espíritus celestiales. No sólo debe alcanzar la comprensión de la naturaleza y las facultades de cada grado, sino que debe aprender a diferenciar entre los innumerables modos en los que envían sus actividades al mundo tridimensional.

Sobre todo, Walter Johannes se quedó asombrado por el modo en que estos espíritus celestiales se relacionaban los unos con los otros en constante transformación. Al igual que las letras del abecedario, sus agrupaciones y el orden, que variaba con gran rapidez, parecían expresar una sinfonía del mundo creativo, un nuevo lenguaje del espíritu de una profundidad infinita y gran cantidad de significados. Con gran satisfacción se dio cuenta de que Wolfram von Eschenbach había descrito la facultad de interpretar estas relaciones cambiantes como el «aprendizaje del abc, pero sin la ayuda de la magia negra»⁶⁷.

La visión de las jerarquías celestiales, que ha inspirado a toda una serie secreta de iniciados del Grial desde los días de José de Arimatea, estimula una añoranza inefable en el alma humana por llegar más allá de la actividad de una mera percepción del mundo espiritual. Y Walter Johannes deseaba establecer comunicación directa con estos espíritus sublimes que servían a los propósitos de la Santísima Trinidad.

Mientras que la evolución de la cognición imaginativa había sido alcanzada mediante la adquisición de un pensamiento desprovisto de sentidos e independiente del cerebro, y la facultad de la inspiración, mediante la purificación de la vida de los sentimientos, ahora el paso definitivo hacia la identificación intuitiva con los espíritus suprasensibles exigía el refuerzo de los poderes morales de la voluntad.

En este último ascenso hacia la realización del Grial, el hombre se da cuenta de la verdadera naturaleza de su espíritu individual. Descubre que su ego terrenal, que hasta entonces había considerado el centro y el corazón de su ser, no es más que el reflejo del Yo Eterno que se apodera de él.

Walter Johannes estaba a punto de leer su nombre grabado en la Piedra, también llamada Grial. Porque el espíritu individual también es el guardián de la memoria superior de toda una serie de vidas que el alma ha vivido anteriormente en la tierra.

Mira cómo son anunciados los que han sido llamados junto al Grial.
Sobre la *Piedra*, alrededor de sus bordes, aparecen esculpidas unas letras

⁶⁷ El astrólogo moderno que intenta predecir el futuro a través de las posiciones y las interrelaciones de los planetas visibles y las estrellas fijas, y los utiliza como una especie de abecedario de significado interior, materializa los últimos ecos de una sabiduría antigua y sublime.

que dan el nombre y el linaje, de cada uno, niño o niña, de los que realizarán el viaje⁶⁸.

Por supuesto, este linaje mencionado por Wolfram von Eschenbach no es un árbol genealógico de sangre terrenal, sino un linaje de sucesivas encarnaciones en la tierra, el recuerdo de las cuales queda retenido por el Ego espiritual hasta que el alma haya alcanzado la madurez y sea capaz de recibirlo.

El signo del Santo Grial, como ya hemos dicho brevemente en un capítulo anterior, en el que describíamos el simbolismo alquímico de la búsqueda, es una paloma que vuela desde el sol al círculo invisible contenido entre los brazos de la luna creciente. Y Walter Johannes, que percibía ahora las relaciones entre el macrocosmos y el microcosmos, descubrió la misma configuración en el hombre. La paloma representa los sentimientos purificados del corazón (sol), que se elevan para penetrar en el pensamiento frío e intelectual del cerebro (luna), para liberarlo de una concepción sin alma y tridimensional del universo.

Este proceso, que en ocultismo se conoce como la «eterización de la sangre», puede ser percibido mediante la clarividencia como una luz etérea que surge de la sangre en el corazón humano e inicia un proceso alquímico en el cerebro, y en especial, en la glándula pineal, que se convierte entonces en el órgano de la memoria superior..., el Tercer Ojo. Con el Tercer Ojo el alma percibe su nombre grabado en la Piedra.

Cada letra que aparece en los bordes de la Piedra se percibe con la glándula pineal activada para representar una vida anterior en la tierra. En conjunto, estas letras proporcionan la biografía del alma en su lucha de vida en vida en la evolución de la consciencia dentro del proceso histórico. La realización interior de la biografía .espiritual del Yo Eterno es el fruto de la lectura del nombre en los bordes de la Piedra.

Walter Johannes comprendía ahora por que la búsqueda legítima del Grial no podía ser emprendida por un personaje como Adolf Hitler, quien no sentía compasión alguna por los sufrimientos y las tribulaciones de los demás. Tan sólo un alma que se hubiera convertido en el vehículo sacrificial del Amor de Dios podía despertar a la comprensión, sin ayuda de la magia negra, de su espíritu individual humano. Y ésta era la verdadera interpretación del lema de los caballeros del Grial: *Durch Mitleid wissen* (Conocer a través de la compasión).

El linaje que Walter Johannes percibió en los bordes de la Piedra que englobaba una biografía espiritual que retrocedía 5.000 años en la historia. Una serie de rostros, algunos masculinos, otros femeninos, aparecía ante él, rostros procedentes de la historia del mundo antiguo... Persia, Egipto, Caldea, Palestina, Creta, Grecia y Roma. También aparecían ante su visión espiritual figuras de los siglos de los primeros padres de la Iglesia, de la caída del Imperio Romano, de la dinastía carolingia, de la Inglaterra medieval, de la era escolástica, la era del descubrimiento, de la revolución francesa y las guerras napoleónicas.

Un sinnúmero de seres humanos conectados entre sí por un tapiz de causa y efecto moral, como si cada uno de ellos hubiera puesto los cimientos tanto del carácter interior como de los acontecimientos externos para sus futuras apariciones en la tierra.

Contempló este viaje de su alma a través de los siglos con los ojos del espíritu. Se trataba de un acto de gracia que ya nunca más se presentaría en esta forma. Tan pronto como una figura había desfilado ante su visión, se desvanecía de inmediato. En otro nivel de consciencia recordó las palabras de Wolfram von Eschenbach: «Nadie tiene

⁶⁸ Von Eschenbach, *Parsifal*.

que borrar la inscripción, ya que una vez que ha leído el nombre, se desvanece ante sus ojos».

El rostro de cada una de las figuras había dejado una huella indeleble en su mente. Si hubiera visto los rostros como ilustraciones en color de un libro, los habría considerado simples rostros de la historia. Algo muerto, desaparecido. Pero ahora se daba cuenta de que todos aquellos rostros habían sido sus rostros, expresiones de su propia identidad; sus alegrías y sus sufrimientos, sus amores y sus odios, sus ambiciones y su lucha, sus éxitos y sus fracasos, habían sido los suyos propios.

XV

LA GIBA DEL DROMEDARIO Y LA SONRISA INESCRUTABLE DE LA ESFINGE

Una nueva técnica de investigación histórica

La historia se había convertido en un asunto muy personal para Walter Johannes Stein. Se daba cuenta de que el mundo contemporáneo estaba dormido al verdadero significado del proceso histórico. La historia era algo que los vivos habían ayudado a crear en sus vidas anteriores en la tierra. Sobre ellos recaía la responsabilidad absoluta de lo que el mundo era, es y será.

Aparte de la breve ojeada a su propio linaje espiritual, Stein se preguntaba como sería posible retener la experiencia de una vida anterior con la misma claridad y riqueza de detalles con la que recordaba su vida presente. No tuvo que esperar mucho tiempo.

En el curso de las semanas siguientes surgió una nueva forma de memoria. También se manifestaba en forma de una consciencia rica en imágenes vividas. A su mente llegaron, uno tras otro, los recuerdos de la vida de un aristócrata de la corte de los francos en los siglos VIII y IX. Nunca sabía cuando encajaría una pieza del rompecabezas. Y primero no entendía qué despertaba este proceso a la vida. Al parecer, los acontecimientos de su propia vida eran en sí mismos estímulos que traían recuerdos de la vida de este personaje, que había vivido mil años antes.

A pesar de que empezó a percibir la vida de este caballero medieval en imágenes vividas, el proceso se parecía al funcionamiento de la memoria corriente, en la que el ojo de la mente invoca recuerdos. Pero él no podía invocar estos recuerdos superiores, sino que tenía que esperar hasta que aparecían de un modo espontáneo. Y los recuerdos no se presentaban en orden cronológico. Es decir, no parecían seguir una secuencia temporal desde el nacimiento hasta la vejez, y parecían contradecir lo que conocemos como la ley de la causa y efecto en la sucesión temporal. Por ejemplo, la consecuencia moral de cada acción se conocía antes de que la acción en sí fuera percibida. Sobre todo aprendió a no intelectualizar la experiencia ni especular sobre ella, sino a esperar a que naciera sin ningún tipo de interferencia egoísta.

Cuando terminaron las hostilidades, ya sabía tanto acerca de una encarnación anterior, de la época de Carlomagno, como de su vida presente del siglo XX. Y sin embargo, mucho de lo que recordaba contradecía la historia universalmente aceptada del siglo IX. Cuando volvió a Viena y encontró a la ciudad sumida en la revolución que siguió a la muerte de Francisco José, se impuso una tarea importante: buscar en los archivos de Europa los informes de historia medieval, a fin de encontrar pruebas de todo lo que sus recientemente adquiridas facultades le habían revelado.

Sabía que la prueba histórica de esta encarnación del siglo ix sería muy difícil de demostrar. Tenía la sospecha de que había habido una conspiración en aquella época y en siglos posteriores para eliminar su nombre y sus actos de todos los informes históricos.

La vida que ahora recordaba con tanto detalle pertenecía al conde Hugo de Tours (Hugo von Touron), que había sido uno de los iniciados más importantes del Santo Grial en la Edad Oscura, un hombre al que la Santa Sede temía y odiaba a la vez.

Walter Johannes se había trastornado en grado sumo al enterarse de que el mismo Hugo había sido el amigo más íntimo y el mayor confidente de Carlomagno, y un hombre cuyos consejos el emperador de los francos valoraba sobre todos los demás. Y sin embargo, Einhard, el biógrafo más conocido de Carlomagno, no consideró que Hugo de Tours fuera siquiera digno de mención. Y lo mismo sucedió en el caso de los biógrafos posteriores, poseídos de una lealtad igual de intensa hacia Roma, pues no incluyeron ni una sola palabra acerca de este caballero y estudioso en sus descripciones de la era carolingia.

Hugo de Tours había estado presente en la Misa Mayor de San Pedro, en Roma, la mañana de Navidad del año 800, cuando el papa León III engañó a Carlomagno para que se identificara por completo con la Santa Sede. Se trataba de un intento astuto y premeditado de convertir a Carlomagno en servidor de Roma a cambio del título de «César Augusto».

Walter Johannes había visto imágenes vividas de esta escena, en la que el Papa colocó sin previo aviso la corona sobre la cabeza de Carlomagno, mientras una multitud embriagada gritaba: «Al emperador divinamente coronado larga vida y victoria».

Recordaba que Carlomagno se había llevado una sorpresa y se había quedado como paralizado con una expresión de disgusto en el rostro. Hasta aquel momento, lo único que Carlomagno había pensado de la Iglesia Romana era que él mismo debería llevar la batuta en la elección de los Papas y en el gobierno de Roma. Acababa de concluir una guerra contra los lombardos a fin de acallar su rebelión y hacer regresar al Papa que había sido expulsado de su capital.

Carlomagno se había convertido en el cáliz de la sabiduría del Grial a través de su abuelo (materno) Charibert, conde de Laon, que había implantado en sus descendientes la capacidad de la visión clarividente. A causa de la fascinación por la búsqueda del Grial Carlomagno se había rodeado de adeptos del conocimiento del Grial. De Hugo de Tours, Carlomagno se había enterado de la existencia de las jerarquías de espíritus celestiales y del papel que desempeñaban en el destino de la humanidad. A través de la clarividencia, Carlomagno había visto al Espíritu de la Lanza de Longino, la Lanza que se convirtió en el talismán de su destino personal y en el símbolo de su poder para dirigir un imperio tan poderoso y vasto como el de César Augusto, un milenio antes.

Sin embargo, Carlomagno no era un hombre instruido. A pesar de que poseía una perspicacia innata y un arraigado sentido de la justicia, no había aprendido a leer y a escribir; de hecho, todos los intentos realizados en este sentido habían fracasado. Pero aun así consiguió aprender a hablar latín y un poco de griego. Debido a sus propias limitaciones académicas, respetaba en gran medida a los hombres de letras y se rodeó de algunos de los sabios más notables de la época.

En su capital de Aquisgrán, en sus campañas casi ininterrumpidas contra los sajones y en las escuelas de aprendizaje que se movían constantemente en torno a él, siempre había abogados tanto del Cristianismo ortodoxo romano como del Cristianismo del Grial. Carlomagno sentía una inclinación casi idéntica hacia ambas corrientes.

El rey se había conmovido especialmente por *La ciudad de Dios*, de san Agustín, y se hacía leer varios pasajes de la obra cada día. Y este mismo Agustín de Hippo⁶⁹, el más grande de los primeros padres de la Iglesia, había rechazado el Cristianismo maniqueo, que en su sistema contaba con muchas similitudes con la búsqueda del Grial.

La situación en la corte de los carolingios degeneró en una especie de batalla entre los abogados de la fe en dogmas que el intelecto no estaba en disposición de refutar, y los

⁶⁹ San Agustín de Hipona (N del C)

que defendían un camino hacia la visión de los mundos espirituales en el que la percepción y el conocimiento eran una unidad.

Sin embargo, Carlomagno tenía sentido de la historia y creía sobre todas las cosas en su propia indispensabilidad y en su grandeza predestinada. A través de sus espías, el papa León III se había enterado de la naturaleza del talón de Aquiles del rey de los francos. Al ser coronado sin previo aviso en la Misa Mayor como un «acto divino» de ritual (ya de por sí una forma de poderosa magia) Carlomagno quedaba atrapado en la causa romana, de la que ya nunca podría escapar. Aquel momento marcó el eclipse del Cristianismo del Santo Grial, que en cuestión de décadas sería eliminado de la historia de Europa. Carlomagno, que al principio se había enojado por el gesto del Papa, se convirtió finalmente en un vasallo de Roma en todo lo concerniente a los temas religiosos. El Papa se consideraba a sí mismo el líder de la renovación del Imperio Romano en occidente, un punto de vista que enfatizaba en monedas, inscripciones y sellos. El triste y decepcionado Hugo de Tours fue enviado a Bizancio para convencer al Emperador del este de que reconociera la coronación de Carlomagno como Santo Emperador Romano de occidente. De este modo, el poder del Cristianismo fluyó de Grecia a Roma.

Hugo de Tours cayó en desgracia como consecuencia de las intrigas de la facción rival en la corte, la cual convenció al emperador de que su antiguo favorito pretendía matarle.

Walter Johannes recordaba el encarcelamiento de Hugo, el juicio al que fue sometido y la sentencia a muerte que se dictó contra él. También recordaba con toda claridad que el verdugo había sido incapaz, por alguna misteriosa razón, de hacer caer el hacha para decapitarle. Y que el emperador, enfurecido, se adelantó para ejecutarle con sus propias manos, pero también había sido incapaz de propinar el fatal golpe. Como consecuencia de esta milagrosa intercesión que Carlomagno había atribuido al arcángel del Grial, el emperador reconoció que la propia mano de Dios estaba protegiendo a un hombre inocente. El emperador había pedido perdón a su antiguo amigo y consejero, y le ofreció cualquier regalo que deseara, en señal de gracia real. Hugo pidió a Carlomagno el relicario más valioso del Cristianismo, el Praeputium Domini, la reliquia del primer derramamiento de sangre en la circuncisión de Cristo.

Ninguno de estos acontecimientos quedaba reflejado en los archivos históricos conocidos, Walter Johannes empezó a estudiar todas las leyendas de la era de los carolingios, con la esperanza de que quedara en ellos algún vestigio de estos extraños sucesos acaecidos en una de sus encarnaciones pasadas. Después de una larga búsqueda en Francia y Alemania, encontró lo que buscaba en un documento poco conocido de los archivos de la biblioteca de Estrasburgo.

La leyenda escrita por un tal Peter Lyra estaba plasmada tanto en latín y en alemán. Había sido escrita muy tarde, en 1672, pero había sido copiada de un manuscrito mucho más antiguo, que databa del año 1434, y que había sido destruido por el incendio de Estrasburgo en 1870. Y este documento había sido copiado de otro aun más antiguo, que databa del siglo XIII de la época en la que Wolfram von Eschenbach había cantado su Parsifal por Europa.

El encantador manuscrito de Peter Lyra, aunque en algunos puntos resulta poco preciso y exagerado, contenía mucha información sobre la vida de Hugo de Tours, y era tal y como Walter Johannes la recordaba. Por ejemplo, la exaltada posición de Hugo en la corte de Carlomagno estaba plasmada de un modo claro y correcto:

Era costumbre de Carlomagno no abordar nada de importancia sin el consejo y la ayuda del más excelente, sabio y experimentado de los hombres.

Por motivos militares se procuró los servicios de los bravos, valerosos y experimentados héroes Gerald, Roland, Theodoris y Rudolf. Su corte real era dirigida por Echardus y Volradus. La ciudad y los municipios fueron confiados a Eschinobaldus y Eginadus. Alcuinius, Albinus y Clement

ayudaban al rey en cuestiones de ciencia y en el aprendizaje de la resolución de problemas.

Del mismo modo, en aquellos tiempos vivía en el reino un poderoso y rico caballero, de nombre Hugo. Estaba desposado con una mujer, piadosa y recogida, generosa e impecable tanto de palabra como de obra, cuyo nombre era Aba. Su esposo era el más gentil de los hombres; de noble cuna, bravo y osado en la guerra, rico, generoso con los forasteros, amable y gracioso con los suyos. Cayó en gracia al rey. No gustaba tanto de ningún otro converso, ni buscaba otro consejo que no fuera el de Hugo. Era el primer confidente del rey, el más noble, su más querido servidor. Sobre todas las cosas el rey sabía con certeza que no sólo era amante de la verdad y de la justicia, sino que era inteligente, prudente, de buenas intenciones y lleno de honestidad.

Aquí también encontró la historia de los hombres que urdieron la caída de Hugo:

La sombra es la desgracia del cuerpo, pero también es el compañero inalienable de la virtud. Con ojos envidiosos observa siempre el favor obtenido con los actos caballerescos y las virtudes. Sócrates bien dijo que para los descreídos, nada es tan difícil de conseguir como la felicidad de los piadosos. En ver-

dad son el centro de la araña, que extrae veneno de las flores más bellas. A costa de un gran dolor el príncipe Hugo conoció la naturaleza maligna de aquellos hombres, y pagó un precio muy alto por la lección. Sus virtudes principescas, que le habían proporcionado el amor de tantos, llenaba a sus enemigos con la bilis del odio, y con el veneno de la envidia. Dado que los hombres de piedad no pueden ir mano a mano con los hombres de mente malvada, algunos de los cortesanos envidiosos empezaron a urdir la forma de corromper el honor de Hugo. A fin de conseguirlo, concentraron todos sus esfuerzos en hacer que Hugo pareciera odioso a los ojos del rey y en despojarle de su favor. Así lo dijeron entre ellos. A menos que Hugo no sea arrebatado de la nube de gracia, nunca podrá ser atrapado por el infortunio. Porque él está protegido por el favor del cetro y la corona, y por tanto, está demasiado seguro...

El manuscrito narraba toda la historia de las falsas acusaciones que se hicieron contra Hugo, de su miserable estancia en la prisión, y de cómo el rey le encontró culpable de traición y le condenó a muerte. Y después seguía un capítulo titulado «De cómo el duque Hugo fue salvado de la muerte con la ayuda especial de Dios».

Entretanto, el duque Hugo, que se sometía con humildad a su muerte, se había despojado de sus collares y había dejado desnudo su cuello, y con los ojos vendados y de rodillas, encomendándose a Dios, ofreció su cabeza al filo del hacha, y en completa y resignada expectación esperó el golpe mortal.

Pero cuando el verdugo se acercó desde atrás, levantó el hacha y se dispuso a bajar los brazos, un miedo súbito, inesperado, que no había experimentado jamás, se apoderó de tal forma de él que giró sobre sus talones y preguntó asombrado: «¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? ¿De quién es esa voz? ¿De quién procede la orden? ¿Debo, lleno de vergüenza, retirarme de mi lugar sin haber cumplido mi obligación? Pero no sé qué es

esto. Siento que en mi interior no queda fuerza, no queda poder. Diré a todos los presentes que no puedo continuar, pueden hacer conmigo lo que quieran, pero no puedo más».

Después de describir la vacilación del verdugo a la hora de cumplir con su deber, y la consecuente furia de la gente, el manuscrito pasa a narrar la reacción del rey ante esta situación potencialmente sediciosa:

Finalmente, cuando quedó claro que todos los gritos de aliento dirigidos al verdugo eran en vano, y más aún, no se pudo encontrar a nadie dispuesto a asestar el golpe mortal a la vista del milagro que se acababa de producir, el rey reaccionó de un modo inesperado. Ante el temor de convertirse en el hazmerreír de su pueblo y con miedo a que aquello desembocara en sedición y rebelión, el rey se sintió invadido por la ira, que expresó así: «¿He vivido para ver el día en que el último de mis hombres se niega a cumplir mis órdenes? ¿Qué? ¿Tengo que soportar en mi reino, en mi corte, en medio de mis consejeros privados, la presencia de un traidor convicto que urde mi caída y la de mi corona? No lo toleraré. No, no lo toleraré. Hugo debe morir aunque tenga que manchar mis reales manos con su sangre».

Pero cuando el rey se disponía a matar a Hugo con su espada, el brazo se le quedó inmóvil, rígido, tan rígido que no fue ni capaz de dejar caer ni el brazo ni la espada.

Percibiendo esto, el rey se aconsejó a sí mismo, recobró el espíritu y decidió intentar otros métodos. Así habló: «Ahora veo lo mucho que me he equivocado, reconozco las justas y poderosas manos del Supremo, el protector y refugio del inocente. Levántate, querido Hugo, deja que te abraze, tú, a quien Dios ha protegido de mi injusticia. Levántate, héroe piadoso y honesto; con tus plegarias reconcíliame con Dios, que está enojado con razón, y pídele que me devuelva el pleno uso de mi brazo».

Cuando Hugo de Tours fue desatado y le quitaron la venda de los ojos, el brazo del rey sanó de un modo milagroso. Carlomagno ofreció a su amigo cualquier cosa que deseara, como compensación del mal que le había hecho.

Después el júbilo y la alegría reinaron por toda la corte y se extendieron por toda la ciudad. Aquello indujo al rey a hacer un nuevo pacto con Hugo, y le ofreció con ello no sólo honor y rango, sino que deseaba conferirle toda la gracia real.

Bajo el título «De la reliquia escogida por el duque y de otros regalos», el manuscrito de Lyra describía un objeto muy valioso guardado en una cajita de plata, que el rey había obtenido como regalo del patriarca Fortunato.

Hugo recordaba la existencia de tal tesoro, y aunque sabía que el rey lo tenía en gran estima, él no deseaba nada tanto como este valioso tesoro.

«Sólo esto te pido y deseo que Vuestra Real Majestad me conceda y me otorgue los regalos enviados desde Jerusalén, que incluyen, entre otras cosas, una porción del Cuerpo Sagrado de nuestro Salvador y Redentor, una parte de la Santa Cruz y de la sangre derramada por nosotros, sobre todo porque sólo esto eliminará todos los insultos que me han sido inflingidos».

El rey estaba trastornado ante esta petición. «Querido Hugo, me pides más que si me pidieras el reino entero. Sin embargo, a fin de cumplir mi promesa ordenaré que te sea concedido lo que desees, aunque sea a costa de mi riqueza. Y lo que hasta ahora ha sido mi consuelo y mi alegría, desde ahora será tuyo».

El licenciado en Ciencias austriaco que investigaba su vida anterior en la era de los carolingios, recordaba con toda exactitud que Hugo y su esposa Aba habían guardado las reliquias en una capilla de su propia casa, mientras decidían dónde debían ser enviados los objetos. Y recordaba que Hugo había diseñado personalmente la cruz en la que serían conservados los objetos.

Después de que la obra quedara terminada Hugo metió dentro de ella el Praeputium Domini de la sangrienta circuncisión de Nuestro Señor; también un fragmento de la verdadera Cruz, un poco de sangre Sagrada y algunas reliquias más, a fin de conservarlas mejor.

En la percepción de cómo Hugo de Tours había encontrado un lugar para esta Cruz, el joven austriaco había dudado de sus facultades. Porque por su mente fluían los recuerdos de Hugo cuando colocaba la cruz que contenía los relicarios en la giba de un camello, de modo que estos *instrumentos del destino* conducirían al torpe animal al lugar en el que el Praeputium Domini sería venerado como signo de la castidad exigida a los caballeros del Grial.

Encontró la confirmación de estos extraños acontecimientos bajo el título «De cómo la Sagrada Cruz fue colocada sobre un camello y de cómo la divina providencia fue invocada para acompañarla en su camino».

Hugo recordaba con aprobación que los filisteos habían colocado el Arca de Dios sobre un vehículo tirado por vacas lecheras, con la orden de que la llevaran a su destino sin la ayuda del hombre.

Por tanto, él también depositó su confianza en la divina providencia ordenó que su tesoro, obtenido de Dios y dedicado a él, fuera colocado sobre un dromedario; pero sin conductor para acompañarlo, de modo que fuera guiado por la mano y la gracia de Dios.

A fin de proteger la Sagrada Cruz de las tormentas, de la lluvia y de cualquier otra contingencia del viaje, la cruz fue encerrada en una caja, algunos libros y escritos fueron colocados de forma conveniente en otra caja. Ambas cajas fueron atadas a los lados del dromedario, con la esperanza y la confianza de que el animal llevaría su carga hasta el lugar que más complaciera a Dios.

Pero a fin de obtener noticias y tener algún testimonio del esperado éxito, Hugo creyó conveniente designar a cinco caballeros de confianza conocidos por su rango y su virtud, que fueron encargados de seguir los pasos del dromedario hasta que llegaran al lugar que el animal sin jinete escogiera para dejar su carga...

Hugo de Tours se dirigió al dromedario antes de que partiera:

«Tú que llevas estas cosas sagradas, ten cuidado en cada paso del camino para que estos tesoros no sean deshonrados por el azar, ni sufran daño o perjuicio de ninguna clase. Dios te guiará y te conducirá, a través de bosques, ciudades, campos y pueblos, y mediante las campanillas atadas a tu cuello, pregunta dónde puede estar el lugar de destino, y dónde puede hallarse el heredero a quien debe entregarse ese sagrado tesoro que llevas en tu giba.»

Finalmente, Hugo transmite sus órdenes a los caballeros que seguirán al dromedario:

«Y vosotros, testigos, tened cuidado de este mensajero, no le azucéis ni le molestéis, no dejéis que pase hambre ni sed, a vuestras expensas proporcionadle todo lo que necesite. Id en nombre de Dios y tomad nota de vuestros pasos con diligencia, de las ciudades y de los campos por los que paséis, a fin de que podáis dar cuenta de vuestro viaje.»

El manuscrito describía entonces el viaje sin contratiempo del dromedario:

Después de la despedida el dromedario empezó su viaje como si le hubieran dado una señal especial, y como si su camino hubiera sido ablandado y allanado.

Viajó por matorrales y campos, escaló colinas y montañas, atravesó bosques y brezales, cruzó la Borgoña hasta Francia, y se dirigió directamente hasta su capital, París, donde advirtió de su presencia a todos los hombres con las campanillas, de modo que la gente corrió hacia las ventanas para contemplar la extraña procesión y alabar a Dios por lo que había ordenado de forma tan milagrosa... Todos y cada uno de los hombres rezaron para que el dromedario finalizara su viaje y para que aquella felicidad recayera sobre su propio hogar, de modo que la preciosa carga fuera dejada delante de ellos.

Los ciudadanos y habitantes de París hubieran celebrado que el camello se quedara con ellos para protegerlos, sobre todo porque ya existían bellos edificios e iglesias dispuestos a recibir el tesoro. Pero Dios no quiso que esto sucediera, así que el dromedario siguió viaje, y nadie pudo retenerlo.

El dromedario continuó su viaje a través de Alsacia, donde lo finalizó, y dejó su carga en Niedermünster.

El grito que se extendía más y más había llegado tan lejos, que parecía probable que la conjetura se hiciera realidad, sobre todo porque el dromedario no partió hacia la derecha ni hacia la izquierda, imprimió sus pisadas en la roca como si de cera se tratara, lo cual, probablemente, llevó a los adoradores que le seguían de cerca a la conclusión de que aquél era el lugar en el que el extraño invitado se detendría.

Después le siguieron con mayor fervor, hasta que, guiado y dirigido por los senderos de la región de Niedermünster, percibieron con claridad el convento de la colina.

El forastero, guiado hasta ahora por la divina providencia, se detuvo cuando se aproximaba al convento, como si deseara contemplar el edificio..., pero de repente siguió su camino y cuando llegó a la verja del convento para señoras nobles dio unas patadas en el suelo y llamó a la puerta con ayuda de un llamador que colgaba de ella, a fin de entrar en las

puertas de la justicia y descansar..., el forastero entró (porque la verja se había abierto para él), y entregó la herencia que le había sido confiada, y exigió un recibo o un testimonio que indicara que había cumplido su misión.

Cuando Walter Stein visitó Niedermünster para continuar sus investigaciones, averiguó que, según una antigua tradición, el lugar en el que el dromedario se había detenido estaba marcado con la impresión de una pata. Un historiador local, que no sabía nada acerca del trasfondo histórico del viaje del animal, le señaló la huella de una pata de dromedario grabada sobre una roca en la plaza amurallada de las ruinas de la capilla de los Caballeros en San Jaime. (Todavía se puede ver cerca de la curva del lugar en el que se encontraba originalmente el hotel San Jaime antes de ser pasto de las llamas.)

Mientras reconstruía la extraordinaria cadena de acontecimientos acaecidos en su anterior vida, no se había sentido motivado tan sólo por la curiosidad, aunque ésta había desempeñado un papel importante. Ni tampoco porque ahora veía ilimitadas posibilidades para una nueva técnica de investigación, en la que la evidencia de los hechos quedaba desvelada a la luz de los recuerdos trascendentales de encarnaciones anteriores. Más allá de estas consideraciones, estaba interesado en el asunto de la posesión del Praeputium Domini. Según la tradición, el poseedor de esta valiosa reliquia del primer derramamiento de la sangre fue el líder del impulso del Grial en el siglo IX.

Le parecía de vital importancia el hecho de que la reliquia había sido llevada al convento de Niedermünster, que estaba bajo la dirección de santa Odilia. Santa Odilia era la patrona de los caballeros que iban en busca del Santo Grial, y el Odilienberg (la colina de Odilia) se encontraba en el corazón del territorio del Grial en la Edad Media.

Odilia era hija de Eticho (al que a veces llamaban Adalrich), que heredó el ducado de Alsacia en el año 666. Cuando descubrió que su hija había nacido ciega, se preguntó: «¿Quien ha pecado, ¿los padres o la hija?». Cuando escuchó rumores en la corte que le señalaban como responsable de la ceguera de su hija, decidió matarla. La madre huyó a Regensburg con la niña. Erhard, el obispo de Regensburg, recibió en un sueño la inspiración de buscar y bautizar a la niña. Al ser bautizada recuperó la vista. El obispo Erhard comparó el milagro con aquel que realizó Cristo al curar al hombre ciego. «La Luz de la Vida» le ha concedido la gracia de la vista, dijo, y por ello la llamó Odilia, Sol Dei, el Sol de Dios.

Después de recuperar la vista, Odilia fue llevada de nuevo a la corte de su padre en Alderichsheim, donde todo le fue bien hasta que llegó a edad casadera y se negó a cumplir la orden de su padre, que deseaba que se casara. En esta ocasión se ocultó en una antigua ermita, que más tarde sería el retiro de Treverezent, el maestro de la sabiduría del Grial.

Cuando se produjo la reconciliación entre padre e hija, Odilia, que se había convertido en una mujer madura y de santo carácter, fundó conventos en el Hochburg y en el valle que se extendía bajo él. En las montañas meditaba y recibía inspiración a través de visiones de la Revelación de san Juan; en el valle curaba a los enfermos que acudían a ella desde todos los rincones de Europa. En ambos centros, así como en los monasterios de los alrededores, los misterios del Santo Grial eran venerados y guardados. Se preparaba a las novicias paso a paso (*gradúale*) para la iniciación cristiana.

Walter Stein descubrió una historia del Hohenberg (o Odilienberg) y una breve biografía de santa Odilia en las obras de Dionisio Albrecht, que había desentrañado el verdadero significado y la misión de la orden de santa Odilia, que se convirtió en la «Familia del Grial»:

Esta orden ducal se extendió, como en su tiempo la orden de Jacobo: desde el centro de Alsacia hacia Francia, hacia los reinos de Roma y Austria, hacia España, y hacia Sajonia y Brandenburgo. Al igual que la

semilla de Jacob, de acuerdo con las estrellas en su orden, se extendió por todos los puntos de la brújula, así también lo hizo la raza de santa Odilia.

En este punto de su investigación, Walter Stein empezó a comprender los pasajes más importantes del *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach, en los que se describe también el origen del linaje del Grial:

Kyot, el sabio maestro, se puso a seguir la pista de esta narración en los libros latinos, para averiguar dónde había habido un pueblo entregado a la pureza y digno de que se le confiara el cuidado del Grial. Leyó las crónicas de las tierras, en Bretaña y en otros lugares, en Francia y en Irlanda, y en Anschau encontró la narración. En ella leyó la verdadera historia de Mazadan, y el informe exacto de toda su familia allí estaba escrito.

En la historia de Albrecht de Odilienberg encontró un árbol genealógico completo del linaje de la familia del Grial, en cuya sangre anidaban profundas facultades clarividentes. Se sintió encantado al encontrar el nombre de Hugo de Tours inscrito en este mágico árbol genealógico. También reconoció los nombres de aquellas personalidades de la corte de Carlomagno y sus sucesores que habían sido amigos íntimos de Hugo; se trataba de hombres y mujeres que habían cultivado una vida espiritual en la búsqueda del Grial, al contrario de los férreos dogmas del Cristianismo de Roma.

Se preguntaba si los miembros de la familia del Grial se habrían reencarnado en los siglos XIX y XX, y si su destino le permitiría ponerse de nuevo en contacto con ellos. A pesar de que todavía no lo sabía, estaba a punto de conocer a muchos de ellos. Se convertirían en el círculo de iniciados a los que Adolf Hitler tildaría de enemigos número uno y de antagonistas espirituales de la Alemania nazi.

Mientras seguía los pasos del linaje de Odilia en siglos posteriores, descubrió que casi todas las grandes dinastías de Europa tenían su origen en la línea ducal de Eticho, en el siglo VII. Y su asombro fue mayúsculo al averiguar que todos los poseedores de la Lanza del Destino desde Carlomagno hasta la muerte de Francisco José, el último de los Habsburgo, tenían sangre de la familia del Grial en sus venas. Adolf Hitler se convertiría en el único poseedor de la Lanza que no podía afirmar tener tal ascendencia.

Y en aquel momento comprendió con gran claridad la razón por la que Landulf II de Capua y el círculo de adeptos ocultistas que se extendía desde Bizancio hasta España, a través de toda Europa, habían tenido la intención de llevar a esta donosa familia hasta la ceguera espiritual y la degradación moral. Y también la razón por la que sus esfuerzos dirigidos a aniquilar la dirección de las Casas Reales europeas se realizaban con la aquiescencia y la ayuda de Roma.

Los recuerdos más instructivos experimentados acerca de su vida anterior como Hugo de Tours, se referían al viaje del noble franco al este, viaje en el que visitó Jerusalén y después se dirigió a la corte de Haroun-el Raschid en Bagdad. En esta misión, Hugo iba acompañado del obispo Haito de Basilea. El abuelo de Carlomagno, Charibert de Laon, había instado a que se realizara otra embajada de aquel tipo en su tiempo. En aquella época, Europa sufría en gran medida la opresión del Islam, sobre todo en España y en el sur de Francia. Por esta razón se enviaron embajadores al calipso de Persia, que todavía ejercía la mayor influencia sobre el mundo árabe. Los persas, que anteriormente habían sido derrotados por el Islam, pero que se habían recuperado gracias a su sabiduría y a su conocimiento del Estado, eran los aliados naturales del Cristianismo.

Cuando Hugo llegó a Bagdad, la situación había cambiado a peor. Haroun-el Raschid había matado a su regreso de la Meca a todos los miembros dirigentes de la noble familia persa de Barnicide, que hasta aquel momento había dirigido el régimen. A pesar de que El-Raschid había enviado regalos y palabras aduladoras al famoso Carlomagno, su simpatía iba dirigida de forma exclusiva a los musulmanes y al cerco de Europa desde todos los flancos.

Durante su larga estancia en Asia Menor, Hugo aprovechó todas las oportunidades para aprender las enseñanzas de la religión persa. En el zoroastrismo reconoció una sabiduría estelar que había profetizado la encarnación de Cristo. En Bagdad oyó hablar también del maniqueísmo y de su gran profeta Mani, que había sido martirizado del modo más cruel a causa de sus enseñanzas cristianas, enseñanzas que guardaban gran similitud con el sendero que conduce al Santo Grial. Allí estudió también las obras alquímicas de Aristóteles, traducidas al árabe, que por entonces aún no eran conocidas en occidente.

Cuando Hugo regresó a Europa, Carlomagno había muerto. En la división del imperio carolingio, el apoyó a Lothair, el hombre que se había casado con su hija. Durante algunos años residió en el reino intermedio de Lombardía. Finalmente, ya anciano (sobrepasó los cien años de edad) se retiró a la solitaria ermita de Adelrichsheim, en la que se convirtió en el maestro de la sabiduría del Santo Grial.

Después de que Walter Stein descubriera aquella ermita en Adelrichsheim, en la que Hugo había enseñado a sus discípulos el verdadero significado de la Sangre de Cristo, y el verdadero misterio de los sacramentos, el austriaco alcanzó un nivel aún más alto de consciencia trascendental y una visión aún más profunda de encarnaciones todavía más antiguas. De este modo fue capaz de identificar aquellos rostros, que originalmente se le aparecieron grabados en los bordes de la Piedra (o joya preciosa), que también recibe el nombre de Grial.

La figura central de esta cadena de vidas terrenales le interesó profundamente. Se trataba de un rabino barbudo. Y ahora supo que era el rostro de san José de Arimatea. Y por la gracia de Dios revivió por unos instantes la vida de esta casi legendaria figura, que se convirtió en el primer guardián terrenal del Santo Grial.

Corría desde la ciudad de Jerusalén hacia el monte del Gólgota, en el que Jesucristo había sido crucificado aquel día. Llevaba consigo un documento firmado por Poncio Pilato, el cual le otorgaba el derecho a enterrar el cuerpo del Señor. En las manos sostenía el recipiente de jaspe, en el que guardaría la Sangre Sagrada. Se trataba del mismo plato en el que Jesucristo había colocado el pan y el vino consagrados en la Última Cena. Y José guardaba el plato en el cuarto superior de su casa.

Cuando se acercó más al lugar de la crucifixión, vio como los soldados de los fariseos mutilaban los cuerpos de los dos ladrones crucificados a ambos lados de Jesucristo. Un centurión desmontó de su caballo y se dirigió a la cruz central, donde clavó una Lanza en el costado del Salvador. Y de la herida salió sangre y agua. Y de inmediato pareció como si el sol se hubiera eclipsado, porque el mundo se sumió en una oscuridad total y estalló una poderosa tormenta de truenos. Y se hincó de rodillas y adoró el cuerpo del Señor, que brillaba con luz sagrada en la oscuridad...

XVI

UNA VEZ CADA MIL AÑOS

Y cuando los mil años hayan transcurrido, Satanás será liberado de su prisión.

Apocalipsis, 20, 7.

Medio muerto de hambre, esposado y en espera de la sentencia de muerte, un joven mayor alemán llamado Albrecht Haushofer estaba sentado en una celda de la prisión de la Lehrterstrasse de Berlín, y meditaba sobre el destino de la nación alemana.

Albrecht Haushofer había sido arrestado bajo la acusación de pertenecer al círculo que había planeado el asesinato de Adolf Hitler en el cuartel general de WolfSchanze, Prusia oriental, el 20 de julio de 1944.

Cada día, durante la segunda mitad del año 1944 y la primavera de 1945, mientras esperaba su inevitable ejecución, llegaban noticias a la prisión sobre la terrible suerte de aquellas personas que habían estado implicadas, aunque sólo fuera de un modo indirecto, en el intento de asesinato.

«Los criminales obtendrán de mí poca compasión —había exclamado Adolf Hitler con grandes ansias de sangrienta venganza—. Nada de largos discursos. Nada de tribunales militares. Llevaremos a rastras a estos traidores ante el tribunal popular con la rapidez del rayo. Dos horas después de que se dicte sentencia, serán ahorcados sin compasión.»

La primera sesión del tribunal popular envió al patíbulo a un mariscal de campo, tres generales y cuatro oficiales, todos ellos amigos personales de Albrecht Haushofer. Aquella misma noche, Hitler vio una película de su ejecución, aplaudiendo con avidez el espectáculo de ocho hombres desnudos que eran ahorcados lentamente con cuerdas de piano atadas a ganchos de carnicero.

Dos meses antes de que terminara la guerra, la rueda de la muerte incluyó a unas 4.000 personas, que según el régimen habían participado en la conspiración dirigida a derrocar el nazismo. Ni siquiera se salvó el general Rommel, que, de acuerdo con Hitler, se suicidó para salvar a su mujer y a su familia del tribunal popular.

El general Von Tresckow, del frente oriental, que había dirigido la conspiración, sintetizó los sentimientos de todos sus compañeros: «Ahora todos se volverán contra nosotros y nos llenarán de abusos. Pero mi convicción es inquebrantable; hemos hecho lo que debíamos. Hitler no es tan sólo el archienemigo de Alemania; es el archienemigo de todo el mundo. Dentro de pocas horas estaré ante Dios para responder de mis obras y de mis omisiones. Doy gracias a Dios porque seré capaz de mantener con la conciencia tranquila todo lo que he hecho en mi lucha contra Hitler».

Lo peor de todo es que la persecución antisemítica había destrozado la médula de la resistencia moral a la tiranía nazi, que antes había sido proporcionada por la élite del cuerpo de oficiales. Algunos generales, que buscaban de un modo vergonzoso salvar el pellejo, entregaban a cientos de sus oficiales para que fueran torturados por la GESTAPO y asesinados del modo más brutal por las Totenkopf SS.

Dado que el Estado Mayor no había aunado sus fuerzas para contrarrestar las amenazas del brutal ex soldado y sus secuaces, las grandes tradiciones del ejército alemán quedaron reducidas a la miseria. Todos los oficiales fueron obligados a hacer el saludo nazi y a jurar lealtad eterna a Adolf Hitler y a la causa nazi. El último vestigio de moralidad del Tercer Reich había sido aplastado.

Lo que confundía a Albrecht Haushofer, estudiante de filosofía oriental que había pasado un año con los lamas en el Tíbet, era el desconocimiento de la razón por la que a una personalidad tan brutal y demencial como la de Adolf Hitler, el cual era un instrumento de los poderes del mal, se le había permitido escapar ileso como si fuera obra de un milagro, a pesar de que su supervivencia significaría la prolongación de la guerra y una destrucción de magnitud inimaginable en toda Alemania.

En un momento de intuición percibió por qué Hitler tenía que sobrevivir hasta que Alemania fuera totalmente arrasada por sus enemigos. Era la única forma de hacer entender a todos y cada uno de los alemanes la magnitud de la incapacidad de evaluar correctamente el significado de la libertad espiritual individual, y el deber de imponerse un sentido de responsabilidad personal hacia el vecino, a menos que todas las ciudades, los pueblos y las aldeas de la Patria hubieran sido reducidos a escombros y ocupados por

las tropas enemigas. Sólo de este modo toda la población tendría una salvaje imagen visual de la consecuencia última de permitir al demoníaco régimen nazi crecer en medio de ellos.

Ahora comprendía con toda claridad que si Alemania hubiera sido liberada prematuramente por el asesinato de Hitler, la insidiosa idea de la «puñalada por la espalda» habría resurgido para moldear nuevos escenarios de dictaduras tiránicas y nuevos intentos de conquistar el mundo. Y además, se dio cuenta de la razón por la que su estimado cuerpo de oficiales y el estado Mayor tenía que caer tan bajo a los ojos de la nación. Porque este mito había sido alimentado en el cuerpo de oficiales y en el Estado Mayor después de haber sido puesto en circulación por el general Eric von Ludendorff.

En toda Alemania se sabía que Hitler había salvado la vida gracias a una milagrosa coincidencia, en vez de saltar en mil pedazos a causa de la explosión de una bomba en el cuartel general.

El valeroso líder de los asesinos, el coronel Stauffenberg, había colocado la bomba en un abultado maletín bajo la mesa junto a la que se encontraba Adolf Hitler. Unos segundos antes de que el detonador hiciera estallar la bomba, un oficial de Hitler se dio cuenta de que el abultado maletín le molestaba. Sin apenas percatarse de lo que hacía, apartó el maletín y lo deslizó hasta el otro extremo del robusto soporte de la mesa. Este acto inconsciente, realizado en el último segundo, salvó a Hitler de una muerte segura.

Adolf Hitler proclamó en público que había salvado la vida gracias a la providencia, de modo que podía continuar con su misión como líder del pueblo alemán. Pero Albrecht Haushofer conocía muy bien la verdadera naturaleza de los malignos poderes que funcionaban a través y alrededor de Hitler, ya que su propio padre, el profesor Karl Haushofer, el mago maestro del partido nazi, había jugado un papel importante en la iniciación de Hitler a la percepción de cómo funcionaban los poderes del mal dentro del proceso histórico. Su padre, con muy poco acierto, había aconsejado a Hitler que sacara la Lanza del Destino del Hofburg de Viena y lo llevara a Nuremberg, desde donde emanaría sus poderes malvados desde el mismo corazón del movimiento nazi.

Según una antigua leyenda, la vida de un adepto maligno que poseyera la Lanza del Destino quedaría protegida hasta el mismo momento en que perdiera la posesión del talismán. No era difícil comprender que los poderes de la magia negra estaban protegiendo a la persona del Führer contra sus adversarios. Pero lo que más impresionó a Albrecht Haushofer fue el descubrimiento de que otros poderes, más elevados y benefactores, utilizaban a los instrumentos del mal para alcanzar sus propias metas morales y sus propósitos para la humanidad. En este caso, la prolongación de la vida de Hitler causaría la cantidad de destrucción y de degradación necesaria que, en última instancia, constituiría la salvación moral de toda la nación. A través de esta línea de pensamiento adquirió un gran conocimiento de la ley del karma sobre la formación del destino de todo un pueblo.

Aunque antaño había sido un nazi convencido, Albrecht había sentido una gran desilusión cuando captó la verdadera naturaleza y el alcance de las ambiciones de Adolf Hitler. No tardó mucho en convencerse de que Alemania había caído en las garras de poderes demoníacos. La magnitud de su decepción alcanzó proporciones trágicas cuando se dio cuenta de que su propio padre había sido el responsable de soltar a la Bestia del Apocalipsis contra la humanidad.

Durante los cuatro últimos años de su vida, puso por escrito sus pensamientos en forma de sonetos, los cuales obtendrán tal vez algún día el lugar que se merecen en la literatura alemana. Escribió su último soneto en su celda de condenado. Fue encontrado en su chaqueta después de que un pelotón de la SS le abatiera junto a Klaus Bonhoffer, el hermano del pastor Dietrich Bonhoffer, uno de los pocos clérigos dispuestos a pagar el precio más alto por sus convicciones cristianas.

El soneto titulado *El Padre* recuerda una antigua leyenda oriental, que guarda gran similitud con un versículo del *Libro de la Revelación*: «Y cuando los mil años hayan transcurrido, Satanás será liberado de su prisión.» (Capítulo 20, versículo 7).

Según esta leyenda oriental, que Albrecht Haushofer había oído en el Tíbet, los espíritus de los poderes malvados estaban encarcelados, enterrados a mucha profundidad en el océano. Allí permanecían encerrados por la mano benefactora de Dios, hasta que *una vez cada mil años*, un pescador se veía ante la elección de liberar al terrible demonio o devolverlo directamente a las profundidades.

Para mi Padre la suerte está echada...

Una vez más el demonio tuvo que ser repelido

y arrojado de nuevo a su prisión...

Mi padre rompió el sedal...

No sentía la respiración del Malvado,

pero lo liberó para destruir al mundo.

XVII

EL MAGO MAESTRO

Las dos caras de Karl Haushofer

Es comprensible que Albrecht Haushofer no quisiera creer que su propio padre había sentido la verdadera naturaleza de la Principalidad luciférica que anidaba en el alma de Adolf Hitler. Sin embargo, no cabe duda que Karl Haushofer no sólo había oído la respiración de la Bestia Apocalíptica, sino que también pretendió conscientemente y con intenciones nada honorables enseñar a Hitler cómo desencadenar sus poderes contra la humanidad en un intento de conquistar el mundo.

En los últimos años se ha levantado una acalorada controversia acerca de la influencia que ejercía Karl Haushofer sobre Adolf Hitler, si es que ejercía alguna. Esta controversia tan sólo ha surgido porque amplios círculos mal informados no se percatan en absoluto de que este notable y enigmático hombre tenía dos personalidades completamente separadas.

La figura del brillante y activo profesor de geopolítica es bien conocida de todos, y sobre este aspecto de su vida existe una amplia documentación. Pero Karl Haushofer tomaba todas las precauciones posibles para conciliar esta parte de su vida con la otra cara de su personalidad como líder de una comunidad secreta de iniciados y una autoridad en todos los aspectos de la «Doctrina Secreta». Y sin embargo, para cualquiera que tenga verdadera perspicacia en materia de ciencias ocultas, la personalidad del iniciado ocultista queda implícita en cada palabra que el profesor escribió, así como en su actividad en el panorama político de Munich, en los años que siguieron al final de la primera guerra mundial.

Empezaremos describiendo brevemente su obra y su background desde un punto de vista por completo externo, de un modo que nos permita proseguir investigando en esa corriente esotérica de satanismo, a través del cual pretendía elevar a Alemania hasta la cumbre del poder mundial.

Karl Haushofer nació en Baviera en 1869. Escogió la carrera militar, y sus dotes intelectuales y su meticulosa atención a los detalles pronto le valieron un nombramiento en el cuerpo de oficiales. Su extraordinaria comprensión de los asuntos orientales le consiguió diversos contratos con el servicio de Inteligencia alemán en la India y en Japón. Estudió varias lenguas orientales, incluyendo el japonés, el cual aprendió a hablar con mucha fluidez cuando trabajaba de observador militar en la embajada de Tokio. También dominaba el sánscrito, y realizó sus propias traducciones de algunos textos

budistas e hindúes; se convirtió en una autoridad en misticismo oriental y confesaba que era discípulo incondicional de Schopenhauer.

A la tardía edad de cuarenta y cinco años, puesto que su trabajo le impedía asistir regularmente a la universidad, obtuvo su doctorado con una brillante tesis sobre geografía política. Sirvió en el frente occidental durante toda la primera guerra mundial y se ganó una buena reputación como uno de los mejores soldados jóvenes de Alemania.

El tema de su tesis era un desarrollo de la idea de Ratzel acerca de que el ocaso de cada nación era la consecuencia del declive del concepto del espacio. «El espacio no es tan sólo el vehículo del poder; es poder en sí mismo —dijo a su primer grupo de estudiantes, entre los cuales se encontraba Rudolf Hess, además de otros que se convertirían en miembros de la cúpula dirigente del partido nazi—. Tengo la intención de impartir la asignatura de geografía política como un arma para resucitar a Alemania, a fin de que pueda alcanzar la grandeza para la que está destinada. Reeducaré a toda la nación en el sentido de una percepción del papel de la geografía en la historia, de forma que todos los jóvenes alemanes dejen de pensar en términos de municipios y empiecen a pensar en términos de continentes enteros.»

Aquella era una medicina muy fuerte para los estudiantes de una nación derrotada, que poco antes había sido obligada a entregar una parte de su territorio, así como todas sus colonias, a los vencedores.

Una sola palabra sostenía la primera lectura de Haushofer ante un auditorio muy concurrido en la Universidad de Munich, una palabra que justificaría una nueva ola de agresiones por parte de un pueblo que se consideraba apuñalado por la espalda: *Lebensraum*⁷⁰!

Sus ideas llegaban mucho más lejos que las limitadas enseñanzas de todos sus predecesores en el campo de la geografía política. No le interesaba en lo más mínimo realizar un análisis objetivo de los hechos geográficos, sino que asociaba las ideas geográficas tan sólo a una provocativa teoría de expansión territorial agresiva a escala mundial. Su demanda de *Lebensraum* para el pueblo alemán y sus planes para conseguirlo no eran más que un pretexto para el bandidaje internacional a gran escala, de hecho, un anteproyecto de la conquista del mundo.

Al mismo tiempo cubría la geografía con un velo de misticismo racial, y proporcionaba a los alemanes una razón para volver a aquellas zonas de Asia de las que se creía que procedía la raza aria. De este modo tan sutil, incitaba a la nación alemana a conquistar toda Europa del Este, y además, toda el área interior de Asia, que se extiende casi cinco mil kilómetros de oeste a este, desde el río Volga hasta el Yangtze, e incluye la parte sur de las montañas del Tíbet. En opinión de Haushofer, cualquiera que consiguiera el control de estas tierras, desarrollara sus recursos económicos y organizara la defensa militar, poseería la supremacía del mundo.

Sus teorías se extendieron como un incendio por toda Alemania, y se convirtieron en el alimento maligno de aquella falsa sublimación del Alma del Pueblo, que siguió a la degradación de la derrota en la guerra. En 1935, ya se enseñaba geopolítica a todos los escolares en el Tercer Reich, y este estímulo de la consciencia geopolítica por toda Alemania constituyó una proeza propagandística que ni el propio Goebbels pudo igualar.

«De un modo u otro, todos somos actores en el escenario de la política mundial —proclamó Haushofer por la radio a millones de ávidos oyentes—. Incluso en el lugar más humilde, como seguidores voluntariosos de un líder escogido por Dios, contribuimos a moldear el futuro de nuestro pueblo, aunque sólo sea en forma del eco correcto en el momento justo y el lugar indicado... No seáis estrechos de miras; pensad en términos de grandes espacios, en términos de continentes y océanos enteros, y con ello, tomad el mismo rumbo que el de vuestro Führer.»

⁷⁰ Espacio vital, lo que llevaría al régimen de Hitler a invadir Rusia (Nota del Corrector)

El ex general, dotado del olfato académico para convertir simples hechos en inspiración patriótica, escribió en total cuarenta volúmenes, 400 ensayos, y fundó la *Revista geopolítica*. ¡Debido a su inspiración personal fueron catalogados unos 3.420 libros de geopolítica en el período de entreguerras!

Es bien sabido que Rudolf Hess presentó a Karl Haushofer a Adolf Hitler, y que el profesor, armado con tomos y tomos de geopolítica, visitaba con frecuencia a Adolf Hitler mientras éste escribía *Mein Kampf* en la fortaleza de Landsberg, después del fracaso del *Putsch* de Munich de 1923.

En un momento dado, Karl Haushofer contribuyó a la evolución psicológica de Adolf Hitler con una línea de argumentación, con una tesis y con una serie de hechos geográficos cargados de significado político. En *Mein Kampf* aparece una nueva línea. Además de los viejos clichés, encontramos con frecuencia la invocación al *Lebensraum*, discusiones entre los términos de espacio para vivir y seguridad exterior, evaluación del espacio como el reforzamiento de la defensa, demandas de fronteras naturales, equilibrio entre el poder terrestre y el poder marítimo, y el lugar de la geografía en la estrategia militar. Esta graduación desde la chusma que aparece en capítulos anteriores de *Mein Kampf* a los pasos elementales de la geopolítica es demasiado circunstancial para ser una mera coincidencia, en vista del tipo de lectura que Haushofer admitió haber llevado a Hitler y a Hess en la prisión de Landsberg. En el capítulo 14 de *Mein Kampf* casi se puede sentir la presencia de Haushofer, a pesar de que las líneas fueron escritas por Hess y dictadas por Hitler...

Haushofer le entregó una espada envainada de conquista de su arsenal de investigación académica. Hitler la desenvainó, afiló la hoja y tiró la funda...

La geopolítica no funcionaría en la formación de una élite de la Alemania hitleriana del mismo modo que la doble hipótesis de lucha de clases y materialismo dialéctico había servido para racionalizar el comunismo en la Unión Soviética. Aquella ciencia falsa confería un halo de respetabilidad a una conspiración que empezó en una cervecería de Munich y terminó en un imperio mayor que el de Gengis Khan⁷¹.

Tras la subida al poder de Hitler en 1933, el profesor Haushofer fue de gran utilidad en la preparación de la Alianza Tripartita. Aunque no realizó personalmente los acuerdos, que incluían la cooperación de Japón en un plan para la conquista del mundo, todas las conferencias entre las autoridades japonesas y los estadistas nazis se celebraron en su casa cercana a Munich. Llamaba a estas reuniones «cooperación cultural». Veía a Japón como una nación alemana de Alemania, el *Herrenvolk* de Oriente. No fue mera coincidencia que Matsuoka, el ministro de Asuntos Exteriores de Japón, volviera a Tokio y expresara la siguiente opinión: «A una nación sólo se le ofrece la oportunidad de alcanzar la grandeza una vez cada mil años». La oportunidad fue Pearl Harbour, y no cabe duda que este ataque desprovisto de escrúpulos y cuidadosamente planeado sin que mediara declaración de guerra partió de la inspiración del profesor Haushofer.

Todas las invasiones nazis siguieron el modelo de sus enseñanzas, y Adolf Hitler utilizaba sus métodos de estrategia geopolítica, su vocabulario, sus mapas y sus argumentos.

⁷¹ Edmund A. Walsh, *Total Power* (Faber & Faber).

Algunas personas han intentado justificar las acciones de Haushofer diciendo que lo único que él hizo fue crear nuevas teorías geopolíticas, que los nazis utilizaron de un modo que él nunca había previsto. Pero no cabe duda que era totalmente consciente de cada palabra que escribía, consciente de que el cumplimiento de su planes implicaría ríos de sangre humana y sufrimientos entre las minorías esclavizadas de las denominadas razas inferiores (según su terminología), después de que la maquinaria de guerra alemana les hubiera forzado a rendirse. Porque Haushofer era miembro de la Academia Alemana de Leyes, y como tal, se convirtió en uno de los principales participantes del grupo de trabajo que preparó la tiránica legislación impuesta a los pueblos conquistados. De este modo hizo todos los preparativos para los campos de concentración, en los que el genocidio se convertiría en una industria estatal con subproductos. Y sin embargo, como si este nada envidiable informe de sus actividades no fuera suficientemente espeluznante, detrás de esta figura tan respetable de general alemán y de profesor bávaro, se escondía un personaje todavía más siniestro..., el Mago Maestro que consiguió desencadenar toda la furia de la Bestia del Apocalipsis sobre la humanidad.

Ya hemos hablado de que Dietrich Eckart consiguió desarrollar y abrir los centros de visión del cuerpo astral de Hitler, y le facilitó la visión del microcosmos y los medios de comunicación con los poderes de las tinieblas. Así como el modo en que ayudó a su discípulo a definir y utilizar sus recuerdos acerca de su encarnación anterior como Landulf II de Capua, en el siglo IX. Ahora le correspondía a Karl Haushofer contribuir con grados de iniciación mucho más elevados, que servían para expandir y metamorfosear el «organismo del tiempo» (cuerpo etéreo) de Hitler, y le enseñaron a considerar la evolución del hombre en una dimensión temporal enorme.

En este sentido, estaba revelando a Hitler las enseñanzas de la «Doctrina Secreta», de la cual su sistema de geopolítica no era más que la punta del iceberg. Esta doctrina era un medio para sintonizar la consciencia de raza del pueblo alemán, y preparar a la nación para un intento de conquistar el mundo.

Con la divulgación de la Doctrina Secreta, Haushofer dilató la consciencia temporal de Hitler y le presentó un panorama global de la evolución de la tierra, explicando el trabajo de las jerarquías del mal e ilustrando la forma en que estos poderes se han opuesto a la verdadera evolución de la humanidad en cada paso de la evolución de la conciencia humana. A través de semejante instrucción, Haushofer despertó a Hitler a los verdaderos objetivos de la principalidad luciférica que le poseía, de modo que se pudiera convertir en el vehículo consciente de su malvado objetivo del siglo XX.

Y finalmente, Haushofer adoptó el papel de Mefistófeles cuando inició a Hitler en el significado ocultista de la sangre y en el papel que desempeñarían los ritos de sangre en la creación de una mutación mágica de la raza aria, una mutación que produciría un nuevo paso en la evolución humana, el nacimiento del «Superhombre».

Durante las dos primeras décadas del presente siglo, nació el sentimiento en el núcleo de la vida intelectual alemana de que la dirección determinada por Dios de la evolución humana había tocado a su fin, y de que el hombre quedaría atrapado para siempre en la esterilidad intelectual de la consciencia tridimensional, a menos que asumiera la responsabilidad de su propia evolución futura.

A causa de la desesperación que siguió a la decepción ante el materialismo dialéctico del siglo XIX, surgió el reconocimiento de que había nacido una nueva era de libertad, en la que el hombre podía alcanzar por sí mismo la redención y la reanimación de todos los aspectos de la vida. Al mismo tiempo se creía que este nuevo paso en la evolución humana no podría tener lugar sin la aparición en la tierra de individuos excepcionales que llevaran el renacimiento espiritual a todas las esferas de la ciencia, el arte y la religión. En esta atmósfera de percepción profética nació la idea de la llegada del Mesías alemán.

Se hicieron muchas profecías distintas respecto de la naturaleza del nuevo Mesías, o, de hecho, de una serie de Mesías, que producirían una renovación de la filosofía, la

religión, la medicina, la poesía, la música, la pintura, la escultura; de hecho, de todos los aspectos de la actividad humana.

Entre los diversos grupos que creían que no se podía despertar ningún aspecto de la vida humana sin la aparición de un salvador, se encontraba la fraternidad pangermánica y de orientación racista. En ella, el concepto del «Superhombre» de Nietzsche pasó a primer plano, la manifestación de un Hombre-Dios que guiaría a la raza aria en la conquista del mundo y que instauraría un nuevo orden que duraría mil años.

Sólo en este contexto de expectación mesiánica podemos comprender el verdadero significado de la extraña «competición de ensayos» que tuvo lugar en la Universidad de Munich en 1920. Un millonario alemán que vivía en Brasil ofreció un premio muy sustancioso al estudiante que redactara la mejor tesis sobre el tema: «¿Qué características debe tener el hombre que guiará a Alemania de nuevo a la cumbre de su gloria pasada?».

El ganador de este concurso fue un tal Rudolf Hess. Su ensayo, que recibió grandes elogios, plasmaba la imagen de un Mesías que guardaba gran similitud con el Anticristo de las *Actas de Sión*. Asimismo, llevaba en cada línea el sello de las enseñanzas de Karl Haushofer, tutor personal de Rudolf Hess en el departamento de geopolítica de la universidad.

Rudolf Hess había hablado a Karl Haushofer con todo detalle de Adolf Hitler, y al parecer, el profesor no quedó nada impresionado, en un principio, por este líder salido de la chusma que encabezaba el movimiento nazi. El ex general se negaba a creer que este soldado de bigotillo a lo Chaplin y extraños modales se convirtiera algún día en el salvador de los pueblos alemanes. Pero después de asistir al juicio por el fallido *Putsch* de 1923, Haushofer empezó a comprender la verdadera magnitud y la potencial capacidad de liderazgo de Adolf Hitler.

Sentado en el área reservada para él en el tribunal de la vieja escuela de infantería de la Blumenbergstrasse, Haushofer quedó embelesado ante la oratoria y la audacia de este revolucionario desconocido, cuya sola presencia parecía empequeñecer a la famosa figura del general Ludendorff.

«El hombre que ha nacido como dictador no es forzado —gritó Adolf Hitler ante los corresponsales de la prensa mundial—. Lo desea. No le empujan, se empuja él mismo... El hombre que siente que ha sido llamado para gobernar a un pueblo no tiene derecho a decir: "Si queréis, cooperaré". No. Su deber es seguir adelante».

Día a día, mientras gritaba a los jueces y a los abogados, Adolf Hitler se ganó la estimación del profesor, que le observaba con su acostumbrada frialdad. El último día del juicio, Haushofer ya había llegado a la conclusión de que estaba escuchando las palabras del hombre que un día guiaría a Alemania hacia la conquista del mundo.

«El ejército que hemos formado crece día a día —gritó Hitler—. Alimento la orgullosa esperanza de que llegará el día en que estas simples compañías se convertirán en batallones, de batallones en regimientos, de regimientos a divisiones, en que la vieja escarapela será sacada del fango, en que las viejas banderas ondearan de nuevo, en que habrá una reconciliación en el Juicio Final, al que estamos preparados para afrontar.»

Las palabras finales de Adolf Hitler, que escupió a los jueces antes de que pronunciaran la sentencia, fueron especialmente impresionantes y significativas:

«No son ustedes, señores, quienes nos juzgan. Esta sentencia la dicta el eterno tribunal de la historia. Ya sé qué sentencia dictarán. Pero ese tribunal no nos preguntará: "¿Habéis cometido alta traición o no?" Aquel tribunal nos juzgará, el jefe supremo del antiguo ejército, sus oficiales y soldados, como alemanes que sólo querían lo mejor para su pueblo y su patria, que querían luchar y morir. Pueden decláramos culpables un millar de veces, pero la Diosa del eterno tribunal de la historia sonreirá y romperá en pedacitos la sentencia de este tribunal. Porque ella nos absuelve.»

Adolf Hitler fue llevado a la fortaleza de Landsberg para cumplir una sentencia de cinco años, donde le acompañaba Rudolf Hess, quien finalmente se había entregado y había confesado su participación en el intento de derrocar al Gobierno bávaro. Hitler era tratado más como un invitado de honor que como un preso. Le dieron una enorme habitación con una espléndida vista del río Lech, donde mil años antes Otón el Grande había concentrado a sus tropas para que avanzaran bajo los designios del talismán de la Lanza de Longino contra la furia de los magiares. A pesar de que se observaban con atención todos los movimientos de Hitler en la fortaleza, y se investigaba cuidadosamente la identidad y el historial de sus visitantes, nadie ponía objeción alguna a las visitas aparentemente inofensivas de un profesor de geopolítica de la Universidad de Munich. Sin embargo, en el verano de 1924, en presencia de Rudolf Hess, Karl Haushofer inició a Adolf Hitler en la «Doctrina Secreta», un acto que tendría consecuencias desastrosas para el mundo entero.

No corresponde en este libro ofrecer más que los detalles más imprescindibles que conciernen a las enseñanzas de la Doctrina Secreta, y en todo caso, debemos limitarnos a abarcar de un modo muy genérico aquellos aspectos que arrojaron una luz especial sobre la naturaleza del ocultismo del partido nazi.

XVIII

LA DOCTRINA SECRETA

El origen de la raza aria en la Atlántida

Por aquel entonces había gigantes en la tierra, y también después de que los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres, y ellas les dieron hijos. Son éstos los famosos héroes que había antaño.

Génesis 6,4.

Cuando la Doctrina Secreta apareció por primera vez entre los iniciados del antiguo Tíbet, hace unos 10.000 años, no se enseñaba de forma intelectual, ni se transmitían las enseñanzas de generación en generación. Sólo cuando los centros en el cuerpo astral de un novicio habían madurado y se había expandido del todo su organismo etéreo, sólo entonces se le podía revelar la Doctrina Secreta.

En la preparación final de este momento de revelación, el novicio aprendía paso a paso a leer las escrituras cósmicas, en el mismo proceso que las ulteriores tradiciones del Grial llamarían «aprender el abc, pero sin ayuda de las artes de la magia negra».

Cuando el Tercer Ojo había sido abierto a la visión total del Archivo Akásico, el iniciado se convertía en testigo de la evolución del mundo y la humanidad. Viajando a través del tiempo, se le desvelaba el origen espiritual de la tierra y del hombre, y era capaz de seguir los pasos del destino de la humanidad a través de las condiciones de vida y los ciclos de desarrollo siempre cambiantes⁷².

Los aspectos de la Doctrina Secreta que Haushofer transmitió a Adolf Hitler se referían principalmente a los orígenes de las diferentes razas de la humanidad, en este período de la prehistoria que los ocultistas conocen por el nombre de Atlántida, una civilización que se desarrolló durante muchos milenios en un continente desaparecido, que se encontraba en lo que ahora es el fondo del Océano Atlántico.

Muchas de las descripciones que Karl Haushofer repetía a Adolf Hitler respecto a las condiciones de vida en la antigua Atlántida deben parecer fantásticas y espeluznantes a las mentes condicionadas de un modo intransigente por los estériles y pétreos conceptos del materialismo moderno.

Una parte de la extraordinaria configuración del entorno, de las asombrosas condiciones de forma, facultad y consciencia, así como de los mágicos poderes y las capacidades existentes en la Atlántida han sobrevivido en la fabulosa mitología de los pueblos del norte de Europa.

Los hombres de la Atlántida no eran las criaturas primitivas típicas de la prehistoria, contemplada de un modo tan equivocado por la ciencia moderna y los antropólogos contemporáneos. Algunas de las numerosas y variadas civilizaciones de la Atlántida alcanzaron niveles asombrosos de perfección social y tecnológica, con gran cuidado e integridad. Los científicos de la Atlántida descubrieron métodos para extraer la fuerza de la vida de semillas, y pusieron estas fuerzas a disposición de un gran número de empresas comerciales que florecían por todo el continente. Los medios de transporte no incluían tan sólo los barcos de gran propulsión, sino también aviones de varios tipos con mecanismos altamente sofisticados.

Una de las cosas que a la mente moderna le resulta más difícil de comprender sobre las condiciones del medio ambiente de la Atlántida es que la naturaleza misma de los elementos y sus combinaciones eran distintas por completo en aquella época. Puede decirse con razón que el agua en esta etapa de la evolución era mucho más «aguada» que el agua de hoy en día, y que el aire, en consecuencia, era mucho más «denso».

Para la contemporánea percepción de los sentidos, la Atlántida habría estado envuelta en una espesa niebla. Sin embargo, sus habitantes no tenían ningún problema en esta situación, porque no adquirirían su experiencia en el mundo de los fenómenos a través de la percepción directa de los sentidos. Vivían en una especie de consciencia de imágenes vividas, en la que las imágenes llenas de color reflejaban las realidades del mundo de los sentidos.

La distinción más clara entre el hombre contemporáneo y el hombre de la Atlántida queda establecida como consecuencia de los tremendos cambios ocurridos en la evolución de la consciencia humana, cambios que han tenido lugar constantemente durante todo este tiempo.

⁷² El iniciado tibetano que «leía» la crónica cósmica veía que el hombre «no» había evolucionado a partir de formas inferiores de existencia animal, que a su vez habían evolucionado a partir de formas elementales de procesos físicos y orgánicos. Reconocía dentro del desarrollo total del hombre una suerte de proceso evolutivo dual. Por un lado, contemplaba la evolución de un mundo físicomaterial hacia una condición en la que el hombre podía descender a la vida como ser físico. Y por otro lado, asistía al hecho de que el organismo psíquicoespiritual del hombre había sido creado por jerarquías espirituales en preparación del descenso desde el macrocosmos hasta la existencia terrenal del microcosmos. Un antiguo tibetano, si viviera ahora para describir este concepto de evolución, se vería obligado a hablar tanto en la terminología física de Darwin como en la terminología bíblica de la mitología del Génesis. Sólo a través de la unión de estas dos concepciones podría revelar la interrelación de realidades reveladas en la doctrina secreta.

Mientras que el hombre moderno alcanza el máximo de consciencia en el mundo de los fenómenos, durante el sueño la consciencia de sí mismo queda totalmente anulada. Pero el hombre de la Atlántida experimentaba un descenso de la consciencia durante el día, mientras trabajaba en el mundo de los fenómenos. Por la noche, su consciencia despertaba a una visión directa de la consciencia, en la que podía ver las jerarquías del macrocosmos, con las que, mediante poderes mágicos, establecía comunicación.

La era de la Atlántida pasó por siete épocas, en las que se desarrollaron siete subrazas de forma consecutiva, cada una de las cuales se conservaba a sí misma mientras las demás evolucionaban de forma paralela. Según la Doctrina Secreta, estas siete subrazas se llamaban Rmoahals, Tlavatli, Toltecs, Turanianos, Arios, Akkadianos y Mongoles.

Adolf Hitler había aprendido algo acerca de la Atlántida a través de miembros de la Thule Gesellschaft, pero sólo había escuchado las ideas más burdas, que habían sido desarrolladas a partir de un análisis intelectual del folclore nórdico y teutón. No cabe duda que se sintió fascinado por todo lo que aprendió de Haushofer respecto a las facultades y los poderes de los primeros habitantes de la Atlántida, poderes enteramente mágicos.

La fuente de los poderes mágicos de los Rmoahals, los Tlavatli y los Toltecs era un organismo etéreo totalmente expandido, que llegaba mucho más allá de los confines del cuerpo físico. Su lenguaje, por ejemplo, estaba íntimamente ligado con las fuerzas de la naturaleza. Sus palabras no sólo podían acelerar el crecimiento de las plantas y domar bestias salvajes, sino que también eran capaces de producir la curación inmediata y milagrosa de las enfermas fuerzas terribles en tiempos de hostilidades.

Lo que Karl Haushofer tenía que decir respecto a los líderes de la Atlántida produjo un efecto de lo más duradero e impactante sobre el modo en que Hitler contemplaba su futuro papel como líder del pueblo alemán. Porque las subrazas de la Atlántida no pertenecían a los rangos de los seres humanos de evolución normal. Por supuesto, pertenecían a la clase de sus semejantes hasta cierto punto. Pero dado que los cuerpos físicos eran más suaves y tenían una mayor plasticidad en aquella época, y eran más maleables, más manejables, los Seres Espirituales podían adoptar forma humana. Tenían cualidades mentales y espirituales sobrehumanas, y a los ojos de sus contemporáneos eran Superhombres. Se les podía llamar híbridos humano-divinos, una especie de Hombres-Dioses. Todos los mortales menores los veneraban, y aceptaban su guía con gratitud, por lo que obedecían sin rechistar todas sus órdenes.

Aquellos Superhombres instruían al pueblo en ciencia, arte, leyes y religión, y le enseñaban las técnicas de la fabricación de herramientas y la conducción de vehículos.

Los Superhombres conocían bien las leyes que se referían a la formación de nuevas razas. En sus Oráculos, seleccionaban a discípulos especiales que eran enviados al aislamiento de centros de aprendizaje. Allí se enseñaba a los discípulos a desarrollar las cualidades necesarias para la creación de una nueva raza. Estas mutaciones dirigidas con tanto cuidado, que controlaban el nacimiento y la sucesión de las subrazas durante toda la época de la Atlántida, contrastaban de un modo radical con la aparición de otros tipos de mutantes de una naturaleza distinta por completo.

El tamaño, la forma y la plasticidad del cuerpo en este período prehistórico estaban más condicionados por las verdaderas cualidades del espíritu que por las fuerzas de la herencia. Allí donde las fuerzas mágicas habían sido objeto de abuso, a fin de servir a la satisfacción egoísta de los instintos, las pasiones y los deseos, surgían figuras humanas monstruosas y grotescas tanto en lo que se refiere a su tamaño como a su forma. La existencia de estos «automutantes» nos ha llegado en las descripciones de los gigantes en muchas mitologías nórdicas, sobre todo en la Edda, que fue estudiada con gran entusiasmo por Dietrich Eckart y la Thule Gesellschaft.

Todas las tendencias en la evolución de la consciencia durante la primera mitad de la época de la Atlántida se dirigían hacia el refinamiento de los poderes de la memoria. Dado que la capacidad de pensar en conceptos todavía no existía, la experiencia personal

sólo se podía adquirir a través de la memoria. Cuando aparecía una imagen en el alma de uno de los primeros habitantes de la Atlántida, recordaba un gran número de imágenes similares que ya había experimentado con anterioridad. De este modo, se acumulaba sabiduría y el juicio personal era dirigido en consecuencia.

La facultad de la memoria también empezó a configurar la vida en comunidad de este continente desaparecido. Los grupos de gente elegían a un hombre como su líder, un hombre que hubiera acumulado una buena cantidad de recuerdos. La identidad racial era básicamente una faceta de la vida en comunidad.

Se daba un nuevo paso cuando se podía transmitir la memoria de generación en generación, en forma de una especie de «memoria de sangre». Los hombres recordaban los actos de sus antepasados con la misma claridad con la que recordaban sus propias vidas. Los dirigentes transmitían su sabiduría a los hijos y a los nietos. Los cultos ancestrales evolucionaron en líneas similares a las que aparecieron en China muchos milenios después. Dinastías enteras de reyes construyeron vastos reinos e imperios, y el hilo continuo del gobierno incrementaba la cantidad de recuerdos de los cuales se podían extraer juicios.

Sin embargo, el poder de la memoria trajo consigo un culto a la personalidad desastroso, en el cual la ambición personal de un dirigente se exaltaba al máximo. Cuanto mayor fuera el poder personal de un dirigente, tanto mayor era su deseo de explotarlo. Y dado que los habitantes de la Atlántida tenían un dominio mágico sobre las fuerzas de vida en la naturaleza, este abuso de poder conllevó consecuencias desastrosas. Si se utilizan las fuerzas del crecimiento y la reproducción de un modo independiente del contexto de sus funciones naturales, establecen una relación mágica con los poderes elementales que se encuentran en el aire y en el agua. Muchos de los reyes más poderosos de los Turanianos habían sido iniciados por los Oráculos en los aspectos del funcionamiento de los espíritus elementales. Ahora traicionaban estos conocimientos. El abuso egoísta de las enseñanzas de los Oráculos, en los que tenía su origen la fertilidad sagrada, produjo la más terrible de las destrucciones. Los rituales de magia negra, que implicaban la perversión de los poderes de la reproducción humana, liberaron fuerzas poderosas y ominosas, y condujeron a la destrucción del continente por tormentas catastróficas de viento y de agua.

En este momento crítico de la historia de la Atlántida, surgió una nueva raza que protegería la esencia espiritual del hombre frente a la destrucción, y garantizaría el progreso justo del hombre en los siguientes mil años, justo hasta la primera mitad de nuestra propia era postatlántica.

Los poderes destructivos que anidaban en las facultades mágicas de los degenerados pueblos de la Atlántida sólo podían ser detenidos por el surgimiento de una facultad superior..., *la facultad del pensamiento*.

La facultad del pensamiento trasciende incluso una memoria mágica del pasado. A través del pensamiento, el hombre puede comparar sus experiencias y puede improvisar. Como consecuencia del pensamiento, surge la facultad del juicio moral, que puede regular y comprobar los poderes del instinto, los impulsos y el deseo, que de otro modo serían insaciables. Sólo el surgimiento de semejantes poderes de pensamiento y la capacidad de escuchar la voz interior de la consciencia pudieron poner fin a la urgencia que existía en la Atlántida por la satisfacción egoísta de los perversos apetitos que estaban destruyendo gradualmente el continente.

Bajo tales circunstancias de urgencia se fundó la «Raza Maestra» de la Atlántida. Pero esta nueva raza, *la raza aria*, no estaba constituida tan sólo por los refinamientos de las anteriores subrazas de la Atlántida. Se consiguió una especie de adelanto en la evolución humana, a fin de configurar la Raza Original, que continuaría viviendo bajo nuevas condiciones del medio ambiente que siguieron a la destrucción total del continente de la Atlántida.

El viejo modelo de la consciencia en imágenes que había reflejado en cuadros de colores las realidades invisibles del mundo físico, fue reemplazado por la capacidad de ver el mundo de los fenómenos con una percepción directa de los sentidos.

El organismo etéreo en el nuevo tipo de hombre ario estaba dirigido a producir la metamorfosis hacia la inteligencia personal y una visión directa del mundo de los sentidos. Pero estas facultades de pensamiento y de percepción sensorial se adquirían a costa de la pérdida total de los poderes mágicos sobre la naturaleza y las fuerzas de vida en el organismo humano. Incluso se había transformado la forma básica del hombre. Los cuerpos plásticos, maleables, suaves y cartilagosos de los Tlavatli, los Toltecs y los Turanianos fueron reemplazados por lo que hoy conocemos como la forma del hombre moderno, la base del cual es el esqueleto óseo.

El nacimiento de la nueva raza tuvo lugar en medio de terribles condiciones atmosféricas en las regiones situadas más al norte del continente. Después de muchas generaciones se consiguió crear un cuerpo que fuera lo suficientemente fuerte para resistir los efectos de los poderes adversos del alma, que habían desfigurado las razas anteriores de la Atlántida. La correspondiente contracción del organismo etéreo despojó a la nueva progenie de todos los poderes mágicos sobre la naturaleza. Pero esta porción de cuerpo de vida que se unía ahora con el cuerpo físico empezó a transformar el cerebro físico en el instrumento esencial del pensamiento. Dado que este proceso continuó produciéndose, las nuevas generaciones empezaron a sentir el «yo» o ego en el cuerpo físico, y se despertó la primera experiencia de la «consciencia de uno mismo».

Los elegidos para ser líderes eran aislados en centros de aprendizaje situados en las montañas, donde recibían la educación más rigurosa y se les imponía una disciplina estricta. En estos lugares les enseñaban que todo aquello a lo que se enfrentaban de forma visible en la tierra, estaba dirigido por poderes invisibles del macrocosmos, y que debían entregarse a ellos y ponerse a su servicio de forma incondicional. Su educación, que corría a cargo del híbrido Hombres-Dioses, o Superhombres, les llevó al punto en el que podían captar con el pensamiento los principios sobre los que se debería desarrollar la raza aria. Sobre todo les enseñaban a respetar y a proteger la pureza de su sangre. Su fuerza de voluntad moral era reforzada y puesta a prueba, a fin de que apartaran de sí todos los deseos de una naturaleza egoísta. De este modo se desarrollaban las mejores cualidades de los mejores especímenes de la raza, y así, el refinamiento de los pueblos arios progresaba.

Los grandes dirigentes de las razas degeneradas del sur del continente veían los peligros que encerraba permitir que la nueva raza aria se desarrollase y les declarase la guerra. Desde las nieblas que envolvían las laderas de las montañas, los guardianes arios se enfrentaban a verdaderas hordas de pueblos indeseables, muchos de cuyos miembros eran de tamaño y forma grotescos. Utilizaban los poderes mágicos más pavorosos y eran capaces de actos de fuerza sobrehumana. Los arios utilizaron contra ellos su recién adquirida inteligencia, y la capacidad de improvisar demostró ser mucho más poderosa que todas las fuerzas mágicas que se concentraban contra ellos. A través de los mitos, sobre todo de los que nos relatan la astucia de los gigantes, nos ha llegado el eco de la ferocidad de estas batallas prehistóricas, que se libraban entre los primeros hombres dotados de consciencia de sí mismos y las criaturas mágicas.

La mayor diferencia entre los arios y las anteriores subrazas del continente radicaba en la naturaleza de la consciencia en sí misma. Las masas de la nueva raza estaban completamente separadas de cualquier percepción directa del espíritu. Por la noche entraban en el vacío del sueño, y durante el día eran ciegos al funcionamiento del espíritu en la naturaleza. El antiguo poder mágico de la memoria se desvanecía, y cada nueva generación estaba más aislada de todo conocimiento de los orígenes espirituales del hombre. En muchos aspectos, estos arios se parecían al hombre moderno, aunque no estaban confinados, como lo estamos nosotros hoy en día, en la consciencia tridimensional, ya que experimentaban sus pensamientos como algo concedido por los poderes divinos. La capacidad personal de dirigir y combinar los pensamientos por un método intelectual no existía en aquel entonces. Más bien, los pensamientos parecían fluir hacia ellos desde entidades superiores, a fin de guiarlos e influenciar su voluntad.

A fin de remediar la ceguera espiritual del pueblo ario que había nacido a través del encierro total en el mundo de los sentidos, se preparaba a la élite de la raza para la iniciación en el «Oráculo del Sol». Después de un entrenamiento todavía más duro, que exigía una gran autodisciplina y una total obediencia, los centros de los cuerpos astrales de los pocos elegidos eran madurados y abiertos a la visión de las jerarquías espirituales. Bajo el símbolo de la «Rueda del Sol» o la «Esvástica de los Cuatro Brazos», los nuevos iniciados asumían el liderazgo de la raza y se convertían en los intermediarios entre las masas del pueblo y los invisibles poderes superiores. Enseñaban una nueva religión que pretendía establecer una relación entre cada aspecto de la vida y el orden divino universal en el mundo.

Los Pueblos Arios fueron llevados fuera de la Atlántida por el gran Manu, el último de los Dioses-Hombres o Superhombres. La migración los llevó por toda Europa y Asia hasta el área del desierto de Gobi, y desde allí hasta las montañas del Himalaya. Allí, en el techo del mundo, fue fundado un Oráculo del Sol, que dominaría y dirigiría las Siete Civilizaciones de la era postatlántica. Los iniciados se entrenaban en este Oráculo, se reencarnaban como líderes de los diversos pueblos que también habían sobrevivido al Diluvio y se instalaron en todos los rincones de Europa, Asia y América. La inmensa mayoría de los mejores arios se establecieron en la India.

No resulta difícil imaginar el efecto que estas revelaciones de la Doctrina Secreta causaron en la futura configuración de la fértil y satánica mente de Adolf Hitler. Y, tal como describiremos más adelante, las enseñanzas racistas que recibió de Karl Haushofer en la fortaleza de Landsberg serían implantadas en el entrenamiento de las formaciones de las SS, y en los burgos en los que se pretendía que surgiera una nueva gama de superhombres nazis.

XIX

EL PUNTO CRÍTICO EN EL TIEMPO

Los cálices para las huestes de Lucifer

«Estoy fundando una orden —confió Adolf Hitler a Rauschning, hablando de sus planes para establecer los burgos en los que tendría lugar la segunda fase de la creación de una nueva raza—. De allí surgirá la fase final de la mutación humana... ¡El Hombre-Dios!»

Karl Haushofer no sólo había realizado un profundo estudio sobre los orígenes de la raza aria en la Atlántida, y sobre el modo en que había sido moldeada para cumplir su destino histórico en el mundo. El profesor también era la fuente de toda la mística biológica del racismo del partido nazi, así como el responsable inmediato de inspirar la idea de realizar experimentos de incubación y de llevar a cabo una educación especial en los burgos en los que aparecería una nueva raza de Superhombres.

Después de iniciar a Adolf Hitler en la Doctrina Secreta en la fortaleza de Landsberg, Haushofer se convirtió en la figura central de una sociedad secreta llamada «Vril» o «Logia Luminosa», que fue fundada en Berlín. La única cualificación aceptable para entrar a formar parte de este exclusivo círculo satánico era la presentación de un grado lo suficientemente alto de iniciación en la Doctrina Secreta.

La Logia Luminosa no sólo comprendía miembros procedentes de los movimientos ocultistas más importantes de Europa, sino que también atraía a iniciados de todos los rincones del planeta, incluso del Tíbet, de Japón, de la India, de Cachemira, de Turkistán y de Ceilán. En el cuartel de la Sociedad en Berlín, lamas tibetanos, budistas japoneses y miembros de otras sectas orientales se codeaban con ex alumnos de Gurdjieff, miembros de varias órdenes rosacruceanas, antiguos asociados a la Logia de París del Alba Dorada y dudosos personajes de la *Ordo Templi Orientis*, de Aleister Crowley.

El único objetivo de esta Logia era realizar más investigaciones sobre los orígenes de la raza aria y sobre el modo en que las capacidades mágicas que dormían en la sangre aria podían ser reactivadas para convertirse en poderes sobrehumanos. Resulta sorprendente el hecho de que una de las obras que demostró ser una fuente inagotable de inspiración para los dirigentes de la Logia había sido escrita por un inglés, Bulwer-Lytton, francmasón y miembro de una sociedad inglesa rosacruceana, que escribió otras obras menos conocidas aparte de su elogiada novela *Los últimos días de Pompeya*, por la cual se hizo famoso. En uno de estos libros menos conocidos, titulado *La Raza que viene*, revelaba muchas de las verdades que había aprendido a través de la iniciación personal en la Doctrina Secreta. Lytton, un hombre íntegro y un académico de mérito, sentía gran interés por las profecías que se referían al bien y al mal mencionado en el *Apocalipsis*. No tenía idea de que este libro, en el que describía el surgimiento de una nueva raza de grandes facultades espirituales y poderes sobrehumanos se convertiría en la maligna inspiración de un pequeño grupo de nazis que tenían la intención de crear una Raza Superior para esclavizar al mundo.

La primera noticia del Vril fue revelada al mundo occidental a través de Willi Ley, un científico de cohetes, cuando huyó de Alemania en 1933. Según Ley, los discípulos de Haushofer creían que estaban desvelando un conocimiento secreto, a través del cual serían capaces de crear una mutación en la raza aria. Entre otras cosas, relató historias que había oído sobre sus extrañas meditaciones y el tipo de ejercicios que realizaban a fin de desarrollar poderes sobrehumanos de concentración y visión clarividente.

Ley, ingeniero y experto en ciencias naturales, consideraba que aquel asunto era inofensivo y bastante ridículo. No podía prever que el Reichsführer SS, Heinrich Himmler, se apoderaría un día de la Logia Luminosa y la incorporaría al Ahnenerbe, la Oficina de

Ocultismo Nazi; y tampoco podía prever que proporcionaría el anteproyecto para la fundación de un nuevo orden en los burgos, y que finalmente desembocaría en experimentos con la médula espinal y con las cabezas decapitadas de los comisarios judíomarxistas⁷³.

El Vril es un antiguo nombre indio para las enormes fuentes de energía que se pueden conseguir como consecuencia de la expansión del cuerpo etéreo o del organismo del tiempo en el hombre. Los informes de Ley eran correctos, ya que los iniciados del Vril pasaban horas y horas en silenciosa contemplación de semillas, hojas, flores y frutas, incluso de manzanas cortadas por la mitad! De hecho, los miembros de esta Logia estudiaban las leyes de la metamorfosis en las plantas, que anteriormente habían sido estudiadas en Europa por Goethe. Goethe fue el primer europeo que consiguió, a través de este tipo de contemplación, adquirir una extensión parcial del organismo etéreo, lo cual explica tanto la fuente de su genio como sus notables poderes extrasensoriales.

Existe una amplia documentación sobre el hecho de que Goethe era capaz de predecir muchos acontecimientos futuros, y de que sentía grandes tormentas, erupciones y terremotos que se producían a miles de kilómetros de distancia. La capacidad asombrosa y algo parecida de Karl Haushofer para predecir el futuro también es del dominio público. Cuando era general en el frente occidental durante la primera guerra mundial, era capaz de predecir las fechas y las horas exactas de las batallas que se avecinaban, e incluso trasladó su cuartel general en varias ocasiones, porque tenía la capacidad de predecir la estrategia que utilizaba el enemigo en sus bombardeos, y sabía incluso en que lugar exacto iban a caer los obuses.

Haushofer adquirió estos extraordinarios dones gracias a su pertenencia a la Sociedad Dragón Verde, en Japón, en la que el dominio del organismo del tiempo y el control de las fuerzas de vida en el cuerpo humano es el objetivo central, a fin de ascender, por los grados sucesivos de la iniciación. Una de las pruebas más duras de este tipo de iniciación exige la capacidad de controlar las fuerzas de vida de las plantas, de un modo parecido a los poderes con que contaba el antiguo pueblo de la Atlántida. El iniciado debe activar el proceso de germinación en una semilla, y hacer que se desarrolle su crecimiento hasta el estadio de la planta madura, de modo que la flor aparezca en cuestión de minutos. Estos poderes no están tan sólo conectados con el control de los espíritus elementales, sino también con el pleno desarrollo y activación del chakra de diez brazos situado en el cuerpo astral, que interpenetra el abdomen alrededor del ombligo físico. Sólo se ha permitido a dos europeos la entrada en esta orden japonesa, que exige los juramentos de completa discreción y obediencia, juramentos mucho más estrictos e intransigentes que los de sociedades de características similares existentes en el mundo occidental.

Los iniciados del Vril se daban perfecta cuenta de que su objetivo de crear una mutación en la raza aria era totalmente inalcanzable en términos de la ciencia materialista del siglo XX, que concluye que todas las mutaciones se han producido a través de influencias a largo plazo del entorno. Pero a sus ojos, la ciencia contemporánea era una ciencia judíomarxista y liberal, una conspiración de mentes mediocres que no se merecían otra cosa que el desprecio. Ellos la habían sustituido por la ciencia nordiconacionalista, una concepción mágica del mundo basada en la cosmología de la Doctrina Secreta. Sólo a los iniciados elegidos se les permitía conocer las realidades de esta cosmología. Para el consumo del gran público, se exteriorizaba como el gemelo de la geopolítica, y se incluía dentro de una propaganda conocida genéricamente con el nombre de *Welteislehre*⁷⁴.

⁷³ En castellano sería judeomarxista (N del C)

⁷⁴ El profeta de la *Welteislehre*, la doctrina del Hielo Eterno, era Hans Horbiger, que ya contaba setenta años de edad cuando Adolf Hitler subió al poder. Parecía una figura sacada del Antiguo Testamento. Tenía una melena larga y ondeante, y una larga barba blanca. Proporcionó a los nazis la cosmología que contradecía por completo las matemáticas y la astronomía occidentales. El Wel adquirió las proporciones de un enorme movimiento popular. Horbiger afirmaba haber alcanzado su nueva concepción de la ciencia y de la evolución del mundo en esta do de consciencia superior. Hitler le llamaba el «Copérnico alemán». Su teoría se basaba en la perpetua lucha entre el hielo y el fuego, así como entre las fuerzas de rechazo y de atracción en la evolución del cosmos. Los nazis aceptaban las ideas de Horbiger, porque parecían confirmar los escritos de Nietzsche y

La cosmología escondida tras la ficción popular de la *Welteislehre* tenía sus orígenes en el antiguo Tíbet, hace nueve mil años, y se trataba de un eco de los secretos conocimientos de los iniciados, que aparecieron por primera vez por escrito miles de años más tarde en los *Vedas*, las *Upanishads* y en la filosofía Samkhya.

El universo se concebía como un vasto organismo que abarcaba en su interior tanto al macrocosmos como al microcosmos, la sucesión de acontecimientos en la tierra que tenían su origen y estímulo en los movimientos dirigidos por el espíritu del sol y de los planetas, sobre un trasfondo de las emanaciones cósmicas procedentes de las estrellas fijas.

Esta referencia a la astronomía espiritual, en la que los ritmos reiterados de los cuerpos celestiales activaban las condiciones cambiantes de la vida en la tierra, puede encontrarse también en muchos otros sistemas orientales y occidentales. Tal vez este tema alcanzó su máxima expresión en las obras de Dionisio el Aeropagita y de Enéades de Plotino, así como en el pensamiento de toda la escuela neoplatónica, uno de los sistemas filosóficos más espirituales y de mayor profundidad intelectual que el mundo ha conocido.

Una parte integrante de esta cosmología era la idea de que la tierra era también un organismo consciente y viviente, una especie de reflejo gigante del hombre, de cada aspecto de la constitución física y psicoespiritual del hombre, que encuentra su contrapartida exacta en el organismo de la tierra.

Del mismo modo que se consideraba que el hombre tenía un organismo etéreo, se atribuía un organismo de similares características, aunque en tamaño gigante, a la tierra. Y todo el proceso de evolución espiritual y física de la humanidad se atribuía a un gran ritmo central de la aspiración y la espiración del organismo del tiempo de la tierra, que desembocaba al mismo tiempo en la contracción correspondiente en la vida del hombre en evolución.

Los miembros del Vril creían que el punto crítico de la contracción del organismo del tiempo coincidía con la aparición de la raza aria y el eclipse de todos los poderes mágicos en el continente de la Atlántida. Y veían el contrapunto vital en la expansión del organismo etéreo del planeta, que tendría lugar en el siglo XX. Por esta razón pronosticaron un gran amanecer para la magia.

Horst Wessel, miembro del Vril y uno de los máximos exponentes de la *Welteislehre*, predijo que la fecha exacta de este punto sería el año 1909, treinta años después del fin del Kali-Yuga, o Era Oscura. Éste fue el año en que Adolf Hitler contempló por primera vez la Lanza de Longino en el Hofburg de Viena⁷⁵.

Las teorías y las conclusiones del Vril fueron puestas a disposición de Adolf Hitler, el cual demostró gran interés por todos los detalles que pudieran contribuir a la personal mezcla de mística biológica, que estaba cobrando forma en su mente brutal y demente⁷⁶.

las visiones de Wagner en lo referente a los orígenes de la raza aria. Las teorías de Horbiger aún contaban con medio millón de seguidores después de la derrota del nazismo.

⁷⁵ Horst Wessel, un gran favorito de Hitler, fue asesinado por los comunistas mientras llevaba a cabo una campaña en pro de los nazis en Berlín. Su muerte fue conmemorada con un himno que se convertiría en el himno sagrado del partido nazi. Horst Wessel profetizaba abiertamente en sus discursos en público el surgimiento de poderes mágicos sobrehumanos en los pueblos arios del siglo XX.

⁷⁶ Conocemos a través de varias fuentes su fascinación por el concepto de las fuerzas etéreas del cosmos, la tierra y el hombre. La revelación más sensacional en este sentido salió a la luz cuando Hitler mandó detener las pruebas de los cohetes V2 en Penenmunde.(Peenemünde)

El general Walter Domberger, que era el encargado de estas pruebas sobre los primeros tipos de misiles dirigidos, relata en sus memorias que Hitler creía que los misiles se interpondrían en el camino de las fuerzas etéreas alrededor de la tierra. Al parecer, Hitler había soñado, y después intuido en estado de trance, que

Adolf Hitler creía que el siglo XX sería un «punto crítico en el tiempo» en toda la evolución de la humanidad. Imaginaba que el resurgimiento de los poderes mágicos se produciría de un modo asombrosamente repentino. E incluso comparó la anticipada transición con la aparición de la pubertad en la adolescencia, cuando las fuerzas dormidas se despiertan de pronto para marcar el significativo cambio de la niñez a la edad adulta.

Ya hemos descrito que Adolf Hitler imaginaba que estaba en el umbral de estos poderes mágicos, y que las facultades que había adquirido a través de la iniciación eran en sí mismas una especie de preludio de lo que vendría en un futuro muy próximo, cuando las grandes fuerzas invisibles del mundo etéreo se convirtieran en algo mucho más asequible para el hombre.

Según él, el nuevo tipo de hombre que estaba a punto de aparecer en la tierra sería capaz de viajar hacia adelante y hacia atrás en el tiempo, y de captar acontecimientos de un pasado muy lejano, así como de contemplar el destino del hombre que viviría miles de años más tarde. «Lo que hoy se conoce como historia —decía—, lo aboliremos por completo.»

Pero Hitler no sólo vaticinó el nacimiento de facultades espirituales, sino que llegó hasta el punto de profetizar verdaderos cambios fisiológicos en las generaciones venideras, tales como la abertura de una cuenca frontal y la reaparición visible del «ojo del cíclope».

«Hitler siempre hablaba del ojo del cíclope», escribe Rauschnig, que oyó en varias ocasiones las opiniones de Hitler acerca de la llegada del Superhombre. «Algunas personas ya pueden activar su glándula pineal para una visión limitada de los secretos del tiempo —le dijo Hitler, y con estas palabras se refería, sin lugar a dudas, a sus propias experiencias de sus reencarnaciones anteriores—. Pero el nuevo tipo de hombre estará equipado físicamente para esta visión, del mismo modo que nosotros vemos ahora con nuestros ojos físicos. Será un don natural, que no requerirá esfuerzo alguno».

Adolf Hitler había recorrido un largo camino desde que leyera por primera vez el *Superhombre* de Nietzsche en sus tiempos de pobreza, en Viena. Se siente uno tentado a preguntarse que habría pensado el propio Nietzsche de los puntos de vista de Adolf Hitler acerca del tema de su libro más elogiado. Si recopilamos todo lo que Hitler dijo sobre el Superhombre que se avecinaba, nos encontramos ante un cuadro de lo más fantástico.

El Nuevo Hombre tendría un semblante extraordinario, estatura gigantesca, un físico glorioso y fuerza sobrehumana. Sus poderes intuitivos sobrepasarían de largo el mero pensamiento intelectual, tendría una facultad mágica de imaginación, una especie de consciencia sobrehumana en imágenes, que obviaría la necesidad de la combinación sensorial de los pensamientos intelectuales y abstractos.

Este Superhombre, que nacería entre nosotros en un espacio de tiempo muy corto, manifestaría facultades mágicas, tales como poderes mágicos de lenguaje, que todos los mortales se verían obligados a obedecer. Todos los espíritus entre cielo y tierra obedecerían sus órdenes. Incluso el clima y la combinación de los elementos químicos se regirían por sus poderes acústicos. Los Superhombres se convertirían en la élite de la tierra, en los señores de todo lo que dominaban. Nada escaparía a su visión espiritual, y ningún poder terrenal podría enfrentarse a ellos. «Serán los Hijos de los Dioses», dijo Hitler.

caería una terrible venganza sobre la humanidad si los instrumentos de estas fuerzas del cosmos eran molestados.

A pesar de que en aquella época se creía que los V2 podrían incluso salvar a Alemania de la derrota, las pruebas fueron interrumpidas durante más de dos meses, hasta que Hitler fue convencido de que no se producirían tales reacciones como consecuencia del hecho de mandar los misiles a la estratosfera con rumbo a la destrucción de Londres.

¿Y cuál era la clave de este increíble potencial en el hombre? Sería descubierta a través de la naturaleza y la calidad de la sangre. ¡Tan sólo la sangre aria percibiría los recursos recientemente liberados del poder creativo cósmico!

Estos pueblos, que nacían a partir de los remanentes de otras razas que habían sobrevivido a la destrucción de la Atlántida, no serían incluidas en las mutaciones. Y la raza judía, que había surgido en un momento en que el poder etéreo creativo había tocado fondo, sería excluida de todo este proceso de evolución humana.

«Sólo imitan a los hombres, pero no pertenecen a la misma especie», dijo el profesor Kart Haushofer. «Los judíos están tan apartados de los humanos como lo están los animales», reiteró Heinrich Himmler. «No considero que los judíos sean animales, están más alejados de los animales de lo que lo estamos nosotros —concluyó Adolf Hitler—. Por ello no constituye un crimen eliminarlos, ya que no pertenecen a la humanidad».

Adolf Hitler expresaba las conclusiones del Vril cuando afirmaba que la única raza verdadera era la raza aria, y que sólo la raza aria podía tomar parte en la gran aventura heroica del repentino y mágico paso en el progreso de la evolución de la humanidad.

Éste era el credo nazi, y Adolf Hitler se convirtió en su profeta. En diversas ocasiones habló de su vocación como heraldo de la nueva raza de Superhombres: «La creación todavía no ha finalizado. El hombre todavía tiene que pasar por varias etapas de metamorfosis. El hombre postatlántico ya está en una fase de degeneración tal que apenas es capaz de sobrevivir... Todas las fuerzas creativas se concentrarán en una especie nueva. Los dos tipos de hombre, el viejo y el nuevo, evolucionarán rápidamente en diferentes direcciones. Uno de ellos desaparecerá de la faz de la tierra, el otro florecerá... ¡Éste es el verdadero objetivo que se esconde detrás del movimiento nacionalsocialista!»

«Estoy fundando una orden —confió Adolf Hitler a Rauschning, poco antes de que éste desertara a occidente. En esta ocasión hablaba de sus planes para establecer los burgos en los que tendría lugar la siguiente fase de la creación de una nueva raza—. De allí surgirá la última fase de la mutación humana... ¡EL HOMBRE-DIOS! Este espléndido Ser se convertirá en objeto de la adoración universal.»

Sin embargo, el objetivo último de Hitler en la mutación biológica no pretendía abrir el camino a la reaparición del tipo de híbrido Dios-Hombre mencionado en el *Génesis*, que un día caminó por la tierra del continente de la antigua Atlántida. Esos Seres Espirituales, que se encontraban por encima del hombre, pero por debajo de las jerarquías celestiales, podían adoptar forma humana, porque la plasticidad de la constitución humana lo permitía en aquella época. Pero estos mensajeros divinos sólo estaban autorizados a actuar de puentes entre dos mundos, porque el hombre no era lo suficientemente maduro en aquella época para asumir la dirección de su propio destino.

El duro aprendizaje y la despiadada e inhumana disciplina a la que fueron sometidos los desafortunados niños de los burgos, estaba destinado a moldear sus almas, para que se convirtieran en el cáliz desinteresado para la incorporación de espíritus demoníacos de un orden superior. Porque el Dios-Hombre no habría sido otra cosa que las legiones de Lucifer, las huestes del antiespíritu asociadas con la Lanza del Destino. Los alemanes son muy afortunados de que los ejércitos alemanes fueran derrotados en la batalla, y de que el régimen nazi fuera eliminado de la faz de la tierra. Porque, ¡quién puede decir que en los próximos cien años, estos experimentos con la mutación humana no hayan alcanzado, hasta cierto punto, las metas que perseguían!

XX

AGARTHA Y SCHAMBALLAH

Los resonadores gemelos del Mal

La Doctrina Secreta, que estudia la historia del Planeta Tierra mediante la crónica cósmica, describe que toda la evolución de la tierra y de la existencia del hombre se desarrolló a partir del macrocosmos espiritual, como consecuencia de las ininterrumpidas actividades creativas de los Seres Espirituales. Según esta doctrina, la vida interior del hombre ha sido guiada, desde los primeros tiempos, por estas jerarquías de Seres Espirituales, pero algunas de estas jerarquías son enemigas de este plan divino de la evolución humana.

La consciencia del hombre de los primeros tiempos debería haber seguido siendo una imagen de espejo infalible del mundo, pero este objetivo fue vuelto del revés por una jerarquía de poderes contrarios, que pretendía evocar en el alma del hombre una suerte de resistencia a estas condiciones. Estos espíritus, la primera jerarquía de la trinidad del mal, que recibe el nombre genérico de Lucifer, pretendía apartar la consciencia del hombre de la mera naturaleza de espejo. Los adversarios luciféricos de las jerarquías celestiales deseaban crear prematuramente en el hombre una capacidad de desarrollar una actividad libre dentro de su consciencia, de modo que fuera separada de la mano conductora del macrocosmos.

La intervención de Lucifer inició un proceso a través del cual el hombre se convirtió en el dueño de su propia cognición, y en un ser capaz de resolución personal. Al mismo tiempo, el hombre podía ser inducido al mal o a error. El «yo» humano, o ego, pasó a depender de ciertos elementos inferiores del alma. Las influencias superiores espirituales ya no eran capaces de controlar y regular los anhelos y las pasiones a los que se exponía el hombre. De este modo, se vio atrapado en la rueda de la existencia física, y demasiado implicado en los procesos materiales de la tierra.

Este período de la evolución de la humanidad, que tuvo lugar en épocas todavía más tempranas que la Atlántida, se describe en la Biblia con la imagen simbólica de la «Caída del Paraíso», en la que las metas del mal se apoderan del hombre a través de las tentaciones de la serpiente.

En las fuerzas de la propia tierra, bajo cuya influencia cayó el hombre, funcionaban otros poderes demoníacos. Estos espíritus, que pertenecían exclusivamente al mundo material en el que Lucifer confinaba al hombre, reciben el nombre de Espíritus Ahrimánicos, y genéricamente se los conoce por «Ahriman». Se trata de la segunda jerarquía de la trinidad del mal, y estos espíritus pretenden desposeer al hombre de toda visión del macrocosmos, y reducirle al confinamiento total en el mundo tridimensional de medida, número y peso. Ahriman quiere conseguir que el hombre contemple el mundo susceptible de ser percibido por los sentidos como su única realidad. Si no hubiera sido por la intervención de Ahriman, los poderes espirituales que yacen en las fuerzas de la naturaleza nunca habrían estado vedados a la visión humana.

Lucifer y Ahriman son dos grandes enemigos de la evolución de la humanidad. Lucifer provoca que el hombre sea espiritualmente independiente de las jerarquías celestiales, y le tienta a erigirse él mismo en un Dios. Ahriman lucha por establecer un reino totalmente material en la tierra, un reino aislado por completo de las realidades espirituales, y pretende hundir al hombre tan profundamente en él, que llegue a perder toda su consciencia acerca de sus orígenes y su destino espirituales.

Las jerarquías del mal fueron las culpables de la degeneración de la vida del alma de las masas de la Atlántida, que ya hemos descrito con anterioridad. Lucifer provocó la lujuria del poder, el falso orgullo y el egoísmo, rasgos que condujeron al abuso de los poderes mágicos, mientras que Ahriman utilizó los perversos anhelos sexuales del populacho para inspirar rituales de magia negra, que produjeron la destrucción del continente.

Ni siquiera las disciplinas y los entrenamientos que acompañaron a la fundación de la raza aria fueron suficientes para librarse de las perniciosas influencias de los poderes del mal. Dos secciones separadas de los pueblos arios, encabezadas por iniciados desertores de los Oráculos, se dedicaron al culto al mal, y establecieron sus propias comunidades separadas en las montañas que ahora están sumergidas en el fondo del Océano

Atlántico, en las proximidades de Islandia. A partir de estas civilizaciones crueles y sedientas de sangre nació la leyenda de Thule. Estos iniciados del mal también sobrevivieron a lo que la Biblia denomina el Diluvio Universal. También emigraron hacia el este, a través de Europa hacia Asia, y se establecieron en el Tíbet, en dos grandes asentamientos de cavernas debajo de los santuarios de las montañas del Oráculo del Sol, donde los grandes iniciados se instalaron para supervisar la sabia conducción de las civilizaciones de la era postatlántica.

En tanto que el Oráculo del Sol empezó a declinar al cabo de unos cinco mil años, las Comunidades de las Cavernas que servían a las fuerzas del mal han sobrevivido hasta la era moderna. El repentino y definitivo eclipse de estos centros del misterio demoníaco se produjo cuando la China comunista se anexionó el Tíbet en 1959, y los soldados de Mao aniquilaron a todos los adeptos que quedaban.

Muchos rumores e historias sobre las actividades demoníacas de los adeptos de las cavernas habían llegado a occidente en las primeras dos décadas del siglo XX. La literatura del Grupo Thule hablaba de estas dos órdenes secretas, que seguían el «camino de la derecha» y el «camino de la izquierda». El Oráculo luciférico recibía el nombre de Agartha, y se creía que era un centro de meditación concentrado en proporcionar sustento a los Poderes. El Oráculo Ahrimánico se denominaba Schamballah, un centro en el que se celebraban rituales para controlar los poderes elementales. Los iniciados de Agartha estaban especializados en la proyección astral, y pretendían inspirar el falso liderazgo en todo el mundo. Los adeptos de Schamballah querían implantar la ilusión del materialismo y llevar todos los aspectos de la actividad humana al abismo.

Sobre todo a raíz de la iniciativa del profesor Karl Haushofer y otros miembros de la Sociedad Vril de Berlín y de Munich, fueron enviados equipos de exploración al Tíbet. Las expediciones alemanas al Tíbet, que se realizaron entre 1926 y 1942, iban dirigidas a establecer contacto con las Comunidades de las Cavernas, y convencerlas de que consiguieran la ayuda de los poderes ahrimánicos y luciféricos para la continuación de la causa nazi y para la proyectada mutación, que anunciaría la nueva raza de los Superhombres.

Tres años después del primer contacto con los adeptos de Agartha y Schamballah, una comunidad tibetana se estableció en Alemania, con sucursales en Berlín, Munich y Nuremberg. Pero sólo los adeptos de Agartha, los servidores de Lucifer, estaban dispuestos a apoyar la causa nazi. Los iniciados de Schamballah, que se ocupaban de la llegada del materialismo y de la continuación de la era de la máquina, se negaron a cooperar. ¡En el servicio a Ahriman, ya habían establecido contacto con el occidente, y trabajaban en afiliación con determinadas logias de Inglaterra y América!

Los adeptos de Agartha eran conocidos en Alemania como la «Sociedad de los Hombres Verdes», y se tomaron fuertes medidas para guardar silencio sobre su verdadero significado. Se unieron a ellos siete miembros de la «Sociedad del Dragón Verde», de Japón, con los que habían mantenido comunicación astral durante cientos de años.

Adolf Hitler mantenía conversaciones regulares con el líder de los tibetanos en la capital alemana, un hombre de probada clarividencia que dominaba las artes de la predicción. Se rumoreaba que había predicho la fecha exacta en la que Hitler se convertiría en canciller, así como la fecha exacta del comienzo de la guerra mundial.

Las enseñanzas de este grupo tibetano, que habían sido desarrolladas por la inspiración directa del profesor Karl Haushofer, atrajeron la atención del Reichsführer SS Heinrich Himmler. Himmler creó una escuela de ocultismo en la sucursal de Berlín, y se impuso a muchos de los miembros de las capas altas de las Totenkopf SS, el *Sicherheitsdienst* y la Gestapo, la asistencia a cursos de meditación, trascendentalismo y magia.

Himmler fue persuadido para fundar el Ahnenerbe, la Oficina de Ocultismo nazi. El Ahnenerbe incorporó a los miembros de la Orden Templaria de Crowley, del Vril y la Thule Gesellschaft en la Orden Negra de las SS. Sus objetivos eran: llevar a cabo

investigaciones sobre la localización, las características generales, los logros y la herencia de la raza indogermánica.

El director de investigaciones era un amigo íntimo de Karl Haushofer, el profesor Wirth, un experto en filosofía oriental, que enseñaba sánscrito y Sagradas Escrituras en la Universidad de Viena. Muchos de los cerebros académicos de Alemania fueron presionados a engrosar las filas del Ahnenerbe, que tenía cuarenta y nueve ramales. Tal era la influencia de Agartha en la Alemania nazi.

Con el trasfondo ocultista que hemos descubierto, debería resultar posible entender que las enseñanzas geopolíticas de Karl Haushofer y su exigencia de *Lebensraum* no eran más que la fachada de objetivos exclusivamente demoníacos. No le interesaba la investigación del verdadero origen de la raza aria. Su única intención era conquistar el mundo al servicio de los poderes luciféricos. La derrota de los ejércitos alemanes en Stalingrado puso fin a sus sueños. Y también produjo el eclipse de la confianza nazi en Agartha.

Durante los últimos meses de la guerra, los lamas del Tíbet fueron descuidados completamente por los nazis. Habían fracasado en su misión de utilizar los poderes de Lucifer para la causa nazi. A fin de expresarles su repulsa personal, Hitler ordenó que se les dieran las mismas reducidas raciones que recibían los prisioneros de los campos de concentración. Cuando los rusos llegaron a su cuartel general, situado en las afueras de Berlín, descubrieron sus cuerpos desnudos dispuestos en filas, y cada uno de ellos tenía un puñal ceremonial clavado en el abdomen. Habían escogido la versión oriental del suicidio, ya que lo preferían a la rendición a los comunistas y a las desgracias que les esperaban en el futuro.

La primera asociación de los nazis con los Oráculos tibetanos de las Cavernas no pasó inadvertida a ciertos hombres perspicaces y observadores del mundo occidental. Hombres de la talla de lord Tweedsmuir, más conocido como John Buchan, el novelista, advirtieron a los políticos de la época de la llegada de una religión satánica a Alemania, así como del tipo de civilización que podría desarrollarse a partir de la fusión entre la tecnología alemana y el misticismo y la magia orientales. Huelga decir que no se prestó ninguna atención a estas advertencias. Incluso en el proceso de Nuremberg, celebrado al final de una guerra mundial que había costado veinticinco millones de vidas y había creado los horrores de los campos de concentración, sólo se escucharon algunas risas avergonzadas cuando antiguos miembros del Ahnenerbe declaraban desde el banquillo e incluían menciones sobre Agartha y Schamballah.

Los representantes de occidente se negaban simplemente a reconocer la verdadera naturaleza de sus enemigos derrotados. Sus extrañas creencias, sus prácticas inhumanas y sus horribles crímenes sólo podían explicarse en términos psicoanalíticos como aberración mental. La ciencia occidental, que había creado la bomba atómica, negaba la existencia del mal y hablaba en términos de behaviorismo y relatividad de la moral. La religión de occidente, que había reducido a su Dios a un simple carpintero de Nazaret, no comprendía el concepto de hombres que adorasen al Anticristo cósmico, y que hubiesen adquirido la iniciación en los mundos suprasensibles a través de rituales de sacrificio. Los que lo sabían guardaban silencio. Los líderes de las logias ocultistas y las sociedades secretas no tenían nada que ganar si exponían en público la naturaleza satánica del partido nazi. Una investigación pública de estos ritos ocultistas y del conocimiento de la iniciación podrían haber desvelado realidades espirituales que ellos mismos pretendían ocultar a la humanidad a toda costa.

Era tal la ceguera y la ignorancia de los oficiales de seguridad aliados, encargados de los prisioneros de Nuremberg, que no reconocieron la naturaleza demoníaca de los «últimos ritos» que se practicaron con algunos convictos que esperaban la horca.

El coronel de las SS Von Sievers, el director del Ahnenerbe, que fue condenado por su participación en los monstruosos crímenes contra la humanidad, fue a la horca sin haberse arrepentido. El último visitante de su celda de la muerte fue un tal Friedrich

Heischler, una de las figuras más enigmáticas del siglo XX, además del responsable de la concepción original de la «Sociedad para el Estudio de las Herencias Ancestrales».

Heischler, un iniciado en un grado aún más alto que Haushofer, y muy superior a él en cuanto al conocimiento de la Doctrina Secreta, nunca se unió al partido nazi. Era miembro de un culto mundial de orden superior, y muchos de los miembros de la cúpula dirigente del partido nazi le consideraban su mentor espiritual y padre confesor. Von Sievers, Heydrich y Kaltenbrunner le profesaban una profunda devoción. Heinrich Himmler hablaba de él en respetuosos susurros, y le consideraba la figura más importante de Alemania después de Adolf Hitler.

Cuando Karl Haushofer cayó en desgracia en el tribunal nazi, el Führer buscaba el consejo de Friedrich Heischler en todos los asuntos de ocultismo, sobre todo en lo que se refería a los ritos del medio ambiente, de entrenamiento y panreligiosos de los burgos, en los que surgiría la raza luciférica. Heischler también era el responsable del «ritual del aire sofocante», en los que miembros seleccionados de las SS hacían votos de fidelidad irreversible a los poderes satánicos. Si los nazis hubieran ganado la guerra, Heischler podría haberse convertido en el Sumo Sacerdote de una nueva religión mundial, que habría sustituido la cruz por la esvástica.

Ante los mismísimos ojos de los guardianes de las celdas de los condenados, que se cuidaban sobre todo de que los presos no recibieran veneno con el que les fuera posible librarse de la horca, Wolfram von Sievers se hincó de rodillas mientras Heischler entonaba los cánticos de una misa negra, un himno final de adoración a los poderes del mal, que aguardaban a su alma al otro lado de la tumba. Ahora debemos dirigir nuestra atención a los orígenes de la misa negra.

XXI

LA LANZA COMO SÍMBOLO DEL CRISTO CÓSMICO

El mayor adversario de Hitler

Destruida está mi maldad; aniquilado mi mal.

Apartado ha quedado el pecado que era mío.

Camino por el sendero que conozco, en dirección a la isla de la justificación.

Llego a la tierra del horizonte celestial; paso por el portal sagrado.

¡O Dioses que venís a recibirme!

¡Extendad vuestras manos hacia mí!

Me he convertido en un Dios, uno entre vosotros.

He recuperado el ojo del Sol.

Después de que fuera herido

en el día de la batalla de los dos adversarios.

Libro egipcio de los muertos

Es un error común creer que los poderes del mal no reconocen la divinidad de Cristo. Al contrario. Goethe, que sabía perfectamente que esto es así, ilustró la verdadera relación entre el Bien y el Mal en el prólogo de *Fausto*, en el que plasma un dramático encuentro entre el Señor y el Diablo.

El Mefistófeles de Goethe, una mezcla de Lucifer y Ahriman, porque el poeta era incapaz de distinguir entre estos dos tipos de mal, admite a regañadientes que es un miembro servil del séquito de Dios, y que su tarea especial consiste en tentar al hombre a trastornar el orden divino en el mundo. Dice:

Señor, puesto que vuelves a acercarte una vez más a ti mismo e interrogas qué acontece entre nosotros, me observas todavía en medio de los tuyos, tal como antaño solías verme con agrado. Perdóname, pero no sé hilvanar palabras altisonantes, aunque se burle de mí todo este séquito.

En este sentido, la cúpula dirigente del nazismo era un grupo de satanistas autoconfesos. Estos hombres, que se habían entregado al servicio del mal, estaban muy alejados de las congregaciones de las iglesias cristianas, que apenas son capaces de convencerse a sí mismas de la realidad de algo que no sea la existencia material.

Adolf Hitler reconocía la divinidad de Cristo con la misma certidumbre interior que caracterizaba a los santos medievales, tales como san Francisco de Asís. Pero Hitler odiaba a Cristo y despreciaba todas las metas y todos los ideales cristianos. Y su entrega al servicio del mal explica su singular fascinación por la Lanza de Longino. A sus ojos, la Lanza era un símbolo apocalíptico de una guerra maniquea de los mundos, una poderosa batalla cósmica librada entre las jerarquías de la Luz y de las Tinieblas, batalla que se reflejaba en la tierra mediante la lucha entre los poderes del bien y del mal por el control del destino del mundo.

Con toda razón, el partido nazi despreciaba a las iglesias cristianas, tanto a la católica romana como a las reformistas, por su insistencia de que el Cristianismo es superior a cualquier otra religión porque está exenta de toda mitología. El partido nazi consideraba, de nuevo con toda razón, que la teología rígida y poco imaginativa de los clérigos contemporáneos, dominados por una mezcla de intelecto cartesiano y fe supersticiosa en los dogmas, era totalmente incapaz de comprender que el Cristianismo del Grial y la Revelación es el punto álgido de toda mitología.

El Cristianismo cósmico del Grial y la *Revelación de San Juan* tienen un rasgo común con la adoración nazi al Anticristo. Ambos penetran en reinos mitológicos, como un romanticismo divino y demoníaco, bajo los mismos «cielos abiertos del Apocalipsis, de los que se ha apartado el velo, y en los que la especulación intelectual cerrada carece tanto de poder como de validez.

Para el aspirante al Santo Grial, que ha preparado con devoción y paciencia su alma para el momento de gracia, el velo ha sido bajado «de arriba abajo» por el espíritu cristiano del tiempo. Los adeptos a la magia negra como Eckart, Haushofer y Heischler tuvieron que descender el velo de abajo arriba con ayuda de drogas, mantras, rituales y otras artes satánicas. Sin embargo, todos los adeptos malvados y buenos deben atravesar la misma cortina del mundo de los sentidos hacia las mismas dimensiones superiores de tiempo y consciencia, leer la misma «crónica cósmica» y compartir la visión y la participación en los mismos mundos suprasensibles.

Sin este conocimiento de fondo del ocultismo, resulta imposible comprender por qué los líderes nazis consideraban que sus verdaderos adversarios se encontraban entre los grupos secretos de personas que habían adquirido la iniciación en los misterios del Santo Grial. Y ello explica porque las SS y la Gestapo llegaron a tales extremos para investigar,

perseguir y torturar a hombres sin aparente importancia política, y que, por lo que parecía, no representaban ninguna amenaza para el nazismo.

Sin una porción de esta comprensión del ocultismo, resulta increíble que Adolf Hitler, que subió al poder absoluto en Alemania e hizo de todo menos conquistar el mundo, considerase que su mayor enemigo era un filósofo austriaco llamado Rudolf Steiner.

Sin embargo, si contemplamos la historia de nuestro siglo desde su verdadera perspectiva dentro de la evolución de la consciencia humana, nos daremos cuenta de que la principalidad luciférica que habitaba el alma de Hitler pretendía, mediante doctrinas racistas, apartar a la humanidad del reconocimiento interior del espíritu individual humano. También veremos que el doctor Rudolf Steiner era el profeta del Cristo Cósmico en nuestro tiempo, así como el heraldo solitario del significado eterno del yo espiritual, que intenta nacer en las almas de los hombres de nuestros días.

Adolf Hitler despotricaba de Rudolf Steiner en las reuniones políticas de la primera época del partido nazi, y le acusaba de ser el criminal de guerra directamente responsable del fracaso del Plan Schlieffen y de la consiguiente derrota de Alemania en la primera guerra mundial. Rudolf Steiner había sido amigo personal del general Helmuth von Moltke, y Hitler le acusaba de haber utilizado los poderes de la magia negra para trastornar el equilibrio mental del Jefe Supremo del ejército en el período crítico de la invasión alemana de Bélgica y Francia en 1914.

Las razones personales de Hitler para desear quitar a Steiner de en medio eran mucho más siniestras. Dietrich Eckart había identificado a Rudolf Steiner como la figura central de un extenso círculo de iniciados en el Grial, que habían descubierto la naturaleza satánica del Grupo Thule y observaban todas sus reuniones y sus rituales de iniciación desde el plano astral. Eckart estaba convencido de que nada escapaba a las penetrantes facultades ocultistas de Steiner. Y dado que Steiner no ocultaba su intención de advertir a Alemania acerca de las metas secretas del partido nazi, había sido colocado a la cabeza de la lista de víctimas que debían ser liquidadas de inmediato por los asesinos del Thule.

El plan consistía en asesinar a Steiner dentro de un vagón de tren en la estación de Munich, donde los dos cargadores de una escopeta de cañones recortados debían ser vaciados a corta distancia de su rostro⁷⁷.

Rudolf Steiner llegó a la estación de ferrocarril para tomar el tren de mediodía a Basilea. Más tarde admitió que sabía que aquella mañana intentarían asesinarle, pero que había rechazado cancelar su viaje, porque sólo había sido advertido del atentado a través de sus facultades ocultistas. De acuerdo con su código moral, intentar evitar los acontecimientos que debían producirse a través de métodos ocultistas era magia negra. Por esta razón, no tomó ninguna precaución para protegerse.

Steiner se habría precipitado a una muerte rápida y cruenta aquella mañana de 1922 si no hubiera sido por la oportuna llegada de Walter Johannes Stein y algunos de sus asociados. Stein tenía un infiltrado en la Thule Gesellschaft, y conocía todos los detalles del plan de asesinato. Ahora Rudolf Steiner se sentía justificado para marcharse de allí lo antes posible, y sus amigos le rodearon por todos los lados mientras se apresuraba a salir de la estación. Aquella misma noche lo llevaron a Suiza y nunca volvió a pisar Munich.

⁷⁷ Durante los primeros cuatro años que siguieron a la fundación del partido nazi, se cometieron no menos de 397 asesinatos políticos en Alemania, y la mayoría de ellos fueron perpetrados por la cúpula dirigente de la Thule Gesellschaft. Los thulistas seguían las costumbres de las antiguas sociedades medievales en lo que se refería a la planificación y la comisión de sus asesinatos. A la manera del Fehme, se repartían boletos entre los impacientes candidatos para saber quién sería el responsable de dar muerte a la víctima. Ninguno de los asesinatos cometidos por el Grupo Thule dio lugar a nada más que a una corta condena en prisión para los culpables. Ernst Pohner, el jefe de la policía de Munich, y Wilhelm Frick, su ayudante, ambos thulistas convencidos, advirtieron a Hitler y a Eckart que se mantuvieran apartados de los escenarios de los crímenes cometidos en público por thulistas.

En aquel período, Steiner estaba muy ocupado en la conclusión del Goetheneo, un edificio que representaría, tanto en sus formas arquitectónicas como en las formas artísticas de su construcción interior, la concepción del mundo de Goethe, que expresaba las múltiples relaciones existentes entre el macrocosmos y el microcosmos. Steiner lo concebía como el edificio central de una especie de «Universidad libre» para la enseñanza del ocultismo, donde los estudiantes podrían recibir la preparación moral, artística, científica y espiritual para la iniciación en los misterios más profundos del Cristianismo esotérico.

Walter Johannes Stein había visto el Goetheneo en la primavera de 1919, cuando dirigió la mirada hacia las montañas desde la ermita del Grial, en Alderichsheim, cerca de Basilea. En la distancia, coronando una colina del Jura, se levantaba un impresionante edificio de dos cúpulas, que brillaba a la suave luz del sol. En el pequeño pueblo de Domach, que estaba situado bajo este Templo del Grial del siglo XX, descubrió una comunidad internacional que se había reunido para estudiar las asombrosas enseñanzas de Rudolf Steiner sobre los orígenes espirituales y el destino de la humanidad. Este grupo, constituido por personas procedentes de diecisiete naciones, incluía a hombres y mujeres de gran importancia en todos los aspectos de la vida. Se trataba de destacados académicos, profesionales e industriales. Quedó encantado al descubrir un pequeño núcleo de personas entre ellos que, al igual que él, habían recorrido buena parte del sendero hacia el Grial. Pero no tardó mucho en descubrir que su propia perspicacia en temas de ocultismo, que incluía el recuerdo de encarnaciones pasadas y la visión directa de lo suprasensibles, quedaba tremendamente empequeñecida ante la inconmensurable comprensión de Rudolf Steiner de las realidades espirituales.

Rudolf Steiner era un estudiante de Ciencias de la Universidad de Viena cuando, en 1879, contempló por primera vez la Lanza de Longino en la Casa del Tesoro del Hofburg. Sus investigaciones acerca de su historia y del significado de la leyenda se anticiparon al interés de Hitler por este talismán de poder en treinta años.

La visión de la Lanza llevó a Rudolf Steiner a tomar el rumbo exactamente opuesto al que habían tomado todos los personajes del pasado que la habían contemplado con algún conocimiento de sus poderes legendarios. Mientras que la Lanza siempre había inspirado a los demás a investigar métodos para conseguir una visión de lo suprasensible, él se vio influenciado a librarse de todos los poderes clarividentes.

La asociación de la Lanza con toda una cadena de personajes, que habían servido o se habían enfrentado al espíritu del tiempo a lo largo de dos mil años, evocaba en el joven Steiner una visión directa de este poderoso ser celestial, que inspira las tareas constantemente cambiantes de la humanidad a través de las distintas épocas.

Su reacción inmediata ante la visión del *Zeitgeist* fue de respeto, humildad y doloroso conocimiento de sí mismo. Al parecer se dio cuenta, con una aterradora claridad, de la dualidad de su alma. Ahora veía que por un lado, su personalidad estaba dominada por el intelecto, que proyectaba los pensamientos como si fueran sombras muertas de la realidad, y que le confinaba en un conocimiento derivado de los sentidos. Por otro lado, la otra mitad de su alma contemplaba directamente lo suprasensible con una visión espiritual que no desvelaba el modo en que el mundo del espíritu pasaba a los reinos naturales de la tierra.

Percibía que esta división del alma se reflejaba de modo universal en la trágica dualidad de la ciencia y la religión, que causaba tales estragos en el mundo contemporáneo. Las Ciencias Naturales consideraban que el mundo material era la única realidad, y concebían el proceso de creación y de evolución tan sólo en términos estrictamente físicos. La religión, que en secreto se consideraba desacreditada por la ciencia, había caído en la fe ciega de los dogmas, y presentaba un hipotético cielo tridimensional al final de la vida, que albergaría a los creyentes después de la muerte. En ningún caso se apreciaba el reconocimiento de la existencia de un macrocosmos, desde el cual los poderes moldearan, informaran y alimentaran al mundo de la naturaleza.

En su primera visita a la Schatzkammer para contemplar la Lanza, Rudolf Steiner sintió que su destino personal consistía en encontrar un puente entre el mundo del espíritu y el mundo de la naturaleza.

A pesar de que ya había empezado a interpretar el proceso histórico en términos de la evolución de la consciencia, ahora se dio cuenta de que en los últimos tres mil años, los cambios en el carácter de la percepción humana habían sido muy rápidos y radicales. Y descubrió que la historia de la filosofía occidental trazaba los pasos graduales en la contracción de la consciencia y el modo en que se había perdido todo el conocimiento sobre el macrocosmos.

Encontró la clave de esta evolución de la consciencia humana en la actitud en lenta transformación hacia la naturaleza y la validez del pensamiento, así como en el creciente valor que empezaba a dar a la evidencia de los sentidos.

Steiner pensaba que era muy significativo que los filósofos griegos hubiesen considerado que las ideas que se captaban a través del pensamiento fuesen más reales que el mundo de los fenómenos. Y estudió cómo esta creencia en la capacidad intrínseca de pensar para alcanzar la verdad desapareció gradualmente en la Edad Media.

También creía que el acto crítico que produjo el escepticismo del hombre respecto a la validez espiritual del pensamiento tuvo lugar en la era del Grial, en el siglo IX, cuando la Iglesia Romana borró el espíritu individual humano de la anterior tricotomía del hombre. A partir de aquel momento, y dado que el espíritu había sido relegado a una categoría de mera cualidad intelectual, ya no se confió más en el pensamiento como método para alcanzar la verdad. Era inevitable que la humanidad se volviera hacia la evidencia de los sentidos como única realidad.

Por esta razón, consideraba que era una consecuencia natural que la verdadera naturaleza del pensamiento y del arte del antiguo mundo se malinterpretara por completo cuando llegó el renacimiento clásico del siglo quince. La reaparición de las enseñanzas griegas no revivió una nostalgia por el conocimiento del espíritu, sino que se limitó a acelerar la sed del hombre por desvelar los secretos del mundo físico. Y en esta batalla por conseguir el dominio de la naturaleza, el intelecto sin espíritu reinaba por todas partes con su método inductivo basado por completo en la evidencia de los sentidos. Se había sembrado la semilla de la era materialista, y con ella se produjo una laguna cada vez más ancha entre el espíritu y la materia. De hecho la misma laguna que Rudolf Steiner había sentido con tanta fuerza en su alma.

Sin embargo, sentía que una parte del plan divino de la evolución consistía en que el hombre debía ser separado totalmente de lo espiritual (macrocosmos) y ser confinado en el aislamiento de la experiencia tridimensional en un mundo aparentemente olvidado de Dios. Se dio cuenta de que sólo en este aislamiento de lo divino los hombres podrían desarrollar la *consciencia de sí mismos* y la *libertad*, que son condiciones *sine qua non* de la aparición del *Amor* en la tierra.

Enfrentado a estas conclusiones, Steiner empezó a considerar que sus propios poderes clarividentes eran más un obstáculo que una ayuda. En ciertos sentidos, estas facultades retrasaban la posibilidad de alcanzar el mayor conocimiento de uno mismo en el mundo de los sentidos. En aquel momento ya había llegado al punto en el que podía discernir que su propia visión espiritual, que había poseído desde la más tierna infancia, había nacido a causa de alguna circunstancia hereditaria. Identificó este tipo de facultad como el último vestigio del atavismo de las antiguas tribus germánicas, que una vez habían estado simbolizadas por la esvástica de los cuatro brazos.

Mientras contemplaba la Lanza del Destino en el Hofburg, se dio cuenta de que tenía un pie en los tiempos modernos y otro en el mundo de los antiguos héroes germánicos como Baldur y Siegfried. Decidió encontrar un camino para librarse de su visión espiritual, de modo que fuera capaz de compartir la ceguera de sus congéneres. Y por ello, Steiner se despojó de las facultades que más tarde se convertirían en la posesión más preciada de Adolf Hitler.

Pasaron muchos años antes de que los poderes atávicos de Steiner se desvanecieran por completo y él pudiera contemplar la Lanza del Destino sin que apareciera el menor rastro de visión atávica. El resonador más potente de la facultad espiritual que conoce el hombre ya no surtía efecto alguno sobre él. Por fin había entrado en la arena de lo que llamaba «los trabajos trabajados de los dioses», el confinamiento absoluto en la existencia material, que los alquimistas habían denominado «el cubo de basura de la consciencia».

A pesar de que ya no podía mirar el mundo de los seres espirituales, sus compañeros constantes desde la niñez, Rudolf Steiner sabía que su propio ego era un espíritu que vivía en un mundo de espíritus ahora invisible. Y este conocimiento actuaba como un pisapapeles cuando dirigió su atención a la construcción de un puente entre el mundo de los espíritus y el mundo de la naturaleza.

Le parecía que el puente ya existía en el hombre, y que sólo podía ser cruzado a través de la adquisición de algún tipo de consciencia superior. Tenía la certeza de que el mismo camino de conocimiento científico que había reducido al hombre al encierro en el mundo materialista, también tenía la clave de un nuevo ascenso hacia una visión mucho más penetrante del macrocosmos. Se puso a buscar un camino por el que se pudiera elevar el pensamiento como instrumento de la investigación científica hasta un nivel tal de consciencia superior, que rebasaría los límites de la existencia sensorial y llegaría a una comprensión objetiva y racional del trasfondo espiritual del mundo físico.

Aunque era nuestra misión ilustrar cómo la Lanza de Longino produjo un punto crítico en la vida de Rudolf Steiner, nuestro contexto no permitirá hacer una descripción detallada de la construcción de este puente entre el espíritu y la naturaleza. Baste decir que siguió dos caminos aparentemente contradictorios, que más tarde se fundieron en lo que él llamaba Ciencia Espiritual. Uno de los caminos era de naturaleza filosófica, y le condujo a un estudio profundo de la actividad del pensamiento en sí mismo, y los frutos de su trabajo aparecieron en *The Philosophy of Spiritual Activity*⁷⁸. El otro camino le llevó a un estudio, que duró toda su vida, sobre los escritos científicos de Goethe, y a desarrollar la teoría del conocimiento implícita en la concepción del mundo de Goethe.

A la edad de veintitrés años, Rudolf Steiner firmó un contrato para editar y escribir un comentario sobre los escritos científicos de Goethe para una colección de clásicos alemanes. La calidad de sus conocimientos le valieron un lugar en los archivos de Goethe en Weimar, donde tuvo la posibilidad de estudiar los diarios personales y los manuscritos inéditos del poeta, a fin de contribuir a una nueva edición de sus obras. Y así fue que a través del destino personal, Steiner pudo ganarse la vida durante un período de catorce años, y afianzar su reputación académica con el trabajo que el camino de la evolución espiritual interior le exigía.

Goethe creía que la naturaleza tenía dos esferas separadas y distintas; una que llevaba al mundo submaterial, en el que el diseño inteligente del universo nunca podía encontrarse; la otra era aquella en la que la naturaleza en sí misma se convertía en un cáliz para el espíritu que le designaba, le informaba y le alimentaba. El interés de Steiner se despertó en primer lugar a través de la teoría de la «metamorfosis», es decir, de la transformación de una forma física inferior en una más elevada, como consecuencia de la influencia ejercida sobre ellos por las fuerzas suprasensibles. Siguiendo las leyes de la metamorfosis que funcionaban en el ciclo vital de las plantas, Goethe concibió la idea de una Planta Arquetípica. Y esperaba que si encontraba las mismas leyes de la metamorfosis en los reinos superiores de la naturaleza, sería capaz de concebir los espíritus arquetípicos de todas las cosas vivientes.

Goethe no consiguió gran cosa en la búsqueda de estas elevadas metas, ni llegó más lejos en lo que se refiere a la Planta Original. Pero Rudolf Steiner, que siguió los pasos del poeta en el desarrollo de una «fantasía extrasensorial», no sólo concibió la idea de la

⁷⁸ Obra publicada en edición de bolsillo por la Anthroposophical Publishing Company, Nueva York.

Planta Original, sino que la percibió directamente con una forma nueva de la visión espiritual: la Cognición Imaginativa.

Steiner se había preguntado a menudo en su juventud si los pensamientos (ideas universales) eran los medios por los que las realidades del mundo espiritual se incorporaban en la consciencia corriente. Ahora encontró la confirmación de esta teoría del conocimiento. Para él, la Planta Arquetípica ya no era sólo una idea, sino que era un ser espiritual, el ego activo de todo el reino vegetal de la tierra.

De este modo, Steiner empezó a entrar de nuevo en el macrocosmos con una consciencia más elevada, en la que las disciplinas científicas y racionales quedaban incluidas. Las realidades espirituales no sólo quedaron desveladas detrás del mundo de las plantas, sino también detrás del mundo de los minerales, los animales y los hombres⁷⁹.

Durante el período en el que Rudolf Steiner estaba empleado en la edición de los escritos científicos de Goethe, desarrollaba en secreto sus propias facultades espirituales hasta un grado superior. Por este método adquirió un profundo conocimiento del trasfondo espiritual del universo, la tierra y el hombre. Cuando alcanzó la edad de cuarenta y cinco años empezó a hacer público su camino hacia el conocimiento espiritual. Durante los veinticinco años siguientes realizó seis mil lecturas públicas y escribió unos cincuenta libros, en los que describía un camino que conducía al espíritu del hombre hacia el espíritu del universo. Afirmaba que siempre se había acercado a las realidades suprasensibles por métodos científicos, y llamaba a su método de investigación de estas realidades «Ciencia Espiritual»⁸⁰.

El aspecto más destacado del camino de Rudolf Steiner hacia el conocimiento de las realidades espirituales es el hecho de que volvió del revés la iniciación tradicional que se había practicado hasta entonces por todos los sistemas ocultistas del este y del oeste.

Por ejemplo, el camino de los cultos de iniciación orientales y occidentales insistían en el desarrollo de los chakras en el organismo astral de abajo arriba, es decir, empezando todo el proceso con la apertura de la flor de Loto de cuatro brazos asociada con las gónadas. Por esta razón, estos caminos tradicionales exigían el retiro absoluto a un ashram o a un monasterio, donde se protegía al novicio de todas las tentaciones del mundo, sobre todo del deseo sexual.

Steiner, que basaba su camino en la iniciación del pensamiento, cogió a la serpiente por la cabeza, y desarrolló estos centros desde el hemisferio cerebral hacia abajo. Se puede describir su camino como «una forma de vivir», que se adapta por completo a las responsabilidades y a los ideales cristianos. De hecho Steiner era capaz de seguir un

⁷⁹ El doctor Steiner ha descrito en su autobiografía, *The Story of My Life*, el proceso a través del cual alcanzó la percepción clarividente de los arquetipos. Pueden encontrarse más detalles en sus libros *Goethe's World Conception* y *The Theory of Knowledge applicable to Goethe's World Conception*.

⁸⁰ «Mantenía que no era suficiente hoy en día revelar los hechos de la realidad espiritual mediante la recopilación de las enseñanzas espirituales del pasado, pero también que ya era hora de que el hombre empezara a avanzar hacia un conocimiento directo del mundo suprasensible mediante el desarrollo de sus facultades latentes, en un estado de consciencia totalmente racional.

«Declaraba que el desarrollo, en los tres últimos siglos, del pensamiento lógico y del espíritu científico de observación habían constituido un paso necesario en la evolución humana, hacia el descubrimiento por parte del hombre, a un nivel superior, del trasfondo espiritual del universo. Su única disputa con la ciencia se refería a que ésta aceptaba la limitación de la observación científica de los fenómenos de la existencia sensorial, y que, en la elaboración de sus conceptos, contemplaba la base atomística de la materia como la clave del conocimiento último antes que como la forma de los objetos físicos, vistos en relación a su entorno y a sus particulares metamorfosis. Y la ciencia se refugiaba en los conceptos teóricos, imposibles de verificar con la observación directa. Consideraba fundamental que el conocimiento espiritual fuera justificado antes que el camino científico del pensamiento.» (A. P. Shepherd, *Scientist of the Invisible*, Hodder and Stoughton.)

camino así mientras se hallaba inmerso en las mil y una actividades que conformaban su vida diaria. Afirmaba que cualquiera podía seguir este camino hasta el Santo Grial si dedicaba unos diez minutos diarios a la meditación «despojada de sentidos». Al mismo tiempo, advertía que era necesario dar cinco pasos en el reforzamiento del carácter moral por cada paso en dirección a la visión suprasensible.

El método de iniciación de Rudolf Steiner se compone de tres etapas: probación, iluminación e iniciación. Y también tiene tres fases de ascenso hacia la percepción espiritual: imaginación, inspiración e intuición. La cognición imaginativa abre la visión del trasfondo espiritual del mundo físico; la inspiración desvela el macrocosmos, y proporciona la comprensión de sus condiciones y de las jerarquías espirituales que lo habitan. La iniciación permite al hombre convertirse en un ciudadano de pleno derecho del macrocosmos y le proporciona los medios para actuar dentro de él y comunicarse con todos los grados de seres espirituales. Ya hemos descrito el desarrollo de estas facultades en un capítulo anterior, «El Nombre grabado sobre la Piedra».

El tercer nivel de la percepción espiritual confiere la categoría de conocimiento intuitivo obtenida a través de la lectura de la «crónica cósmica», en la cual se recupera todo el pasado de la humanidad.

También hemos mencionado que Adolf Hitler alcanzó una visión parcial de este lazo del tiempo por medio de las drogas, y que Haushofer era capaz de desenmarañar de él la historia de la Atlántida como consecuencia de su iniciación en la Sociedad Dragón Verde. Así describe Rudolf Steiner el Archivo Akásico en una de sus obras más importantes, *La Ciencia Oculta*:

Los hechos concernientes al pasado más lejano no han pasado más allá del alcance de las investigaciones ocultistas. Si un ser adquiere existencia corpórea, su parte material perece tras la muerte física. Pero las fuerzas del espíritu, que desde sus propias profundidades, dieron vida al cuerpo, no desaparecen de este modo. Dejan sus huellas, sus imágenes exactas, impresas en la obra fundamental del mundo. Cualquiera que sea capaz de incrementar su percepción a través de lo visible hasta lo invisible, llega a un nivel en el que puede ver ante él lo que se puede comparar con un vasto panorama espiritual, en el que están plasmados todos los acontecimientos pasados de la historia del mundo. Estas huellas imperecederas de todo lo inmaterial reciben en el mundo de la *ciencia oculta* el nombre de Archivo Akásico⁸¹.

Nuestro contexto requiere una breve consideración de lo que Rudolf Steiner tenía que decir acerca de esta fuente imperecedera sobre la encarnación de Cristo, que veía como el punto central de la evolución de la consciencia humana.

El origen de la cristología de Steiner y la fuente de todas sus enseñanzas cristocéntricas eran la consecuencia directa de la contemplación de la cruz en Gólgota, dentro de la experiencia espiritual de la crónica cósmica, una realidad que permanece eterna y tan vivida como el verdadero hecho de la crucifixión en el escenario de la historia del planeta.

«La evolución de mi alma —escribió Steiner en su autobiografía—, se basaba en el hecho de que me encontraba ante el misterio de Gólgota en un festival del conocimiento muy íntimo y solemne.»

⁸¹ Obra publicada en edición de bolsillo por la Anthroposophical Publishing Company, Nueva York.

A lo largo de toda su vida se había mostrado reacio a aceptar algo que partiera de la «fe en la revelación», y por esta razón se había mostrado abiertamente hostil hacia el Cristianismo ortodoxo de las Iglesias. Cuando alcanzó el nivel de la percepción intuitiva en su camino de autoiniciación, su asombro fue mayúsculo al descubrir que el Archivo Akásico confirmaba la autenticidad del Nuevo Testamento.

Realizó una serie de ciclos de lectura sobre los evangelios, y leía directamente de la crónica cósmica cuando hablaba de un modo tranquilo, digno e impersonal sobre las escenas y los acontecimientos de la vida de Cristo, que habían sido representados ante el ojo de su alma⁸². Dado que nunca había tenido grandes ansias de triunfo, ya que no favorecía a ninguna denominación eclesiástica ni había estudiado nunca al detalle los evangelios, entró en esta realidad invisible a los sentidos sin prejuicios y con la actitud científica de un observador bien entrenado.

Entre estos ciclos de lectura sobre los evangelios que ofreció Rudolf Steiner, que tal vez constituyen la contribución más importante a la comprensión del Cristianismo en los tiempos modernos, hay un grupo de lecturas publicadas bajo el título de *The Fifth Gospel*. Escogió este título para indicar que el Archivo Akásico se convertirá algún día en el evangelio de toda la humanidad.

En estas lecturas Steiner llena un hueco que, de algún modo, existe en todos los evangelios, dando ciertos detalles de la vida de Cristo entre los doce y los treinta años, es decir, desde la escena del templo, en el que el joven fue encontrado en acalorada discusión de las Escrituras Hebreas, hasta el momento en que fue bautizado por Juan, en el río Jordán, es decir, cuando el Cristo Cósmico descendió a la encarnación.

De labios de Rudolf Steiner oímos los detalles de los viajes por el mundo que realizó Jesús, y que han sido la fuente de tantas leyendas sin confirmar, y vemos al joven nazareno viajando por muchos países extranjeros para estudiar las religiones y los cultos de iniciación de los diferentes pueblos.

Al parecer, Jesús de Nazaret poseía una clarividencia muy penetrante, y estudió cómo las jerarquías de Lucifer y Ahriman habían provocado el lento declive de las facultades espirituales y la gradual contracción de la consciencia hacia el total confinamiento en el mundo de los sentidos, circunstancias que se dieron durante la sucesión de grandes civilizaciones que siguieron a las migraciones de los pueblos de la Atlántida.

Adondequiera que viajara (la India, Persia, Egipto, Babilonia, Caldea, Grecia), descubría que los cultos del misterio de estas antiguas civilizaciones, a través de los cuales Brahmanes, Sacerdotes-Reyes, Faraones y Sibilos habían recibido un día la guía de las jerarquías celestiales, se habían sumido en la decadencia.

Las influencias corruptoras gemelas de Lucifer y Ahriman habían despojado al hombre de aquellas facultades a través de las cuales se había experimentado antes como un ser espiritual en el universo espiritual. Lucifer se había introducido en la sangre de la humanidad para crear un egoísmo sin límites y un extensísimo sentimiento de autosuficiencia, mientras que Ahriman había cortado la conexión del hombre con el macrocosmos, y le había privado de la visión del funcionamiento de los poderes espirituales que se escondían detrás de la naturaleza. Desprovisto del mundo del espíritu, el hombre veía el mundo físico como su única existencia, y, en consecuencia, entraba en el macrocosmos después de la muerte en un estado de ceguera espiritual

⁸² Cuando Rudolf Steiner describía las escenas y las realidades del mundo espiritual, parecía sentirse a sus anchas con los espíritus. No describía, de hecho veía los objetos y las escenas de estas regiones ignotas, y las hacía tan visibles a los demás que los fenómenos cósmicos parecían auténticos. Si uno le escuchaba, no podía dudar de la autenticidad de su visión espiritual, que parecía tan clara como la visión de lo visible, pero con un alcance mucho mayor. (Extractos de conversaciones con Edouard Schuré, dramaturgo francés y una autoridad en los temas de los antiguos misterios, después de asistir a un ciclo de conferencias que dio Steiner en París en 1906.)

absoluta. Y dado que un alma humana que se halla en las garras de Ahriman sólo puede volver a nacer como un egoísta aún mayor, se estableció una reacción en cadena que dejó a la humanidad sin esperanza de salvación.

La continuación gradual del trágico proceso de la caída no sólo afectó al hombre. Todo el organismo de la tierra y todos sus reinos se encontraron también atrapados en este descenso al aislamiento fuera del espíritu, y entraron con demasiada profundidad en la condición de materia y muerte. A Jesús de Nazaret le parecía que toda la existencia planetaria había pasado a manos de los poderes del mal y que la humanidad y la naturaleza serían arrojadas a las tinieblas eternas del abismo.

Rudolf Steiner describe que Jesús de Nazaret oía el himno triunfante de los poderes del mal en todos los lugares a los que viajaba por el mundo, y este himno de las tinieblas sonaba con la mayor fuerza en los templos y los santuarios en los que anteriormente los misterios del espíritu habían sido madurados y alabados:

iAum, Amén!

Los Males gobiernan,

testigos del Egoísmo liberados,

la Culpa en la que incurrieron otros,

experimentada en el Pan de cada Día,

donde la Voluntad de los Cielos no reina,

ya que el Hombre se ha separado de Tu Reino,

y ha olvidado Vuestro Nombre,

padres de los Cielos⁸³.

Tal vez el significado inmediato de este himno triunfante se hará más asequible si lo expresamos de un modo menos poético. Era como si las jerarquías de Lucifer y Ahriman se burlaran del hombre con las palabras: El mal gobierna. El hombre cae en la tentación por culpa del falso orgullo y el deseo insaciable. Un egoísmo sin límites le enemista y endeuda con el vecino, con el cual libra una tremenda lucha por el poder y los bienes materiales (El pan de cada día). Nadie presta atención a la Voluntad del Padre, el Reino de los Cielos queda separado de la tierra, y ya no se pronuncia el nombre del espíritu.

De esta forma es mucho más fácil reconocer este himno del mal como el reverso del Padrenuestro, que Cristo dio a los hombres asegurándoles la salvación y protección contra el abismo, así como la recuperación de su verdadera identidad espiritual. Durante muchos siglos ha existido una creencia supersticiosa de que decir el Padrenuestro al revés constituye una forma de misa negra. Sin embargo, nadie conocía la verdadera naturaleza de este extraño ritual. Los nazis fueron la excepción a la regla. Se ofrecía el himno del mal como un acto de adoración, tanto en las ceremonias del aire sofocante, en las que la cúpula dirigente de las SS hacía votos irreversibles de servir a Lucifer, como en las Misas Negras celebradas con la sangre (simbólica) de Adolf Hitler.

⁸³ iAum, Amén!/Es walten die Uebel/Zeugen sich lösender Ichheit/Von anderen erschulte Selbstheitschuld/Erlebet im taglichen Brote/In dem nicht waltet del Himmel's Wille/Da der Mensch sich schied von eurem Reich/Und vergass eure Namen,/Ihr Väter in den Himmeln.» Original en alemán de *Fifth Gospel*. Publicado por Rudolf Steiner Press, Londres. Editado originalmente por Nachlassverwaltung, Dornach, Suiza.

Steiner encuentra en Jesús la unión de dos corrientes humanas, la unión de la naturaleza sin pecado del alma antes de la caída, con toda la sabiduría terrenal adquirida a lo largo de milenios de evolución de reencarnaciones. Y creía que esta unión mística entre la inocencia celestial y la sabiduría terrenal constituía el cáliz del Santo Grial.

Para Steiner, la entrada de Cristo en el proceso físico e histórico tuvo lugar en el momento del bautismo por Juan Bautista. En este momento, el sagrado Ser del Dios del Amor salió de este cáliz del Grial, la primera interpenetración entre «la gloria de la eternidad y la obra maestra del tiempo».

La crónica cósmica revela que la unión de las naturalezas divina y humana tuvo lugar en etapas progresivas durante los treinta y tres años de la vida terrenal de Cristo, y que la sucesión de milagros que se describen en los evangelios señalan la unión cada vez más estrecha entre Cristo y los elementos de la tierra y su penetración en la psique y en el cuerpo de Jesús.

La fase final de esta pasión progresiva tuvo lugar cuando Cristo se volcó en los procesos mortales del cuerpo físico. La fase última de la encarnación sólo se alcanzaba en la cruz mediante las palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

El espíritu del universo se había contraído en el sacrificio, y se había identificado completamente con el cuerpo del hombre caído. Experimentaba los confines de la consciencia humana dentro de un cerebro mortal. El Dios del Amor había entrado en un aislamiento terrible de la consciencia tridimensional para conquistar la muerte y reanimar a la moribunda existencia de la tierra, a fin de conducir a la humanidad hacia la ciudadanía de pleno derecho en el macrocosmos y al cumplimiento de un destino cósmico.

Las limitaciones de este libro sólo nos permiten seguir uno de los aspectos de la vida de Cristo: el modo en que el Cristianismo se convirtió en el cumplimiento, en el escenario de la historia del mundo, de los cultos de iniciación secreta de todas las civilizaciones anteriores. Si seguimos este tema específico seremos capaces de arrojar cierta luz sobre el derramamiento de sangre en Gólgota, y el modo en que la Lanza de Longino se convirtió en un talismán del destino.

Todos los rituales de iniciación precristianos tenían un denominador común. Su propósito era crear una disociación temporal de la percepción física, a fin de entrar en dimensiones superiores de tiempo y consciencia, en los que se manifestaban todos los mundos espirituales.

Observando las reglas ascéticas de vida y autodisciplina, y siguiendo los diversos métodos de meditación, los centros del cuerpo astral eran llevados hasta la madurez, y el cuerpo etéreo era parcialmente separado del físico, de modo que el proyectado viaje al cosmos espiritual quedara grabado en la memoria del candidato.

Durante el proceso de iniciación, cuando el cuerpo astral del candidato era dilatado y guiado a través de un mundo de seres espirituales, su ego, o «yo», no tomaba parte en estos procedimientos. Es decir, las antiguas formas de iniciación se ocupaban tan sólo del cuerpo astral, y el candidato no se daba cuenta de lo que sucedía. La consciencia de sí mismo había sido eliminada por medio de la hipnosis, de modo que se sumía en un profundo trance antes de que empezara la iniciación espiritual. Cuando el ritual terminaba, el candidato volvía en sí y recobraba la consciencia de sí mismo, en la que *recordaba* la experiencia espiritual que su cuerpo astral había vivido en el macrocosmos.

Las técnicas de iniciación se hicieron más y más sofisticadas y peligrosas, hasta que llegaron a la fase muy avanzada del «sueño del templo» de los antiguos egipcios. Con esta técnica, el candidato pasaba por una forma de muerte ritual. Envuelto en una mortaja y encerrado en un sarcófago, su ego era llevado a un estado en el que quedaba suspendido de un hilo entre la vida y la muerte en los procesos físicos del cuerpo.

Al final de este procedimiento, el Hierofante se adelantaba para nombrar al candidato de lo que virtualmente consistía en una resurrección ritual desde la tumba. El alma

recién iniciada había pasado por una especie de muerte mística en los procesos físicos del metabolismo, y ahora despertaba a la vida con la *memoria-conocimiento* de su Yo Eterno, que había sido percibido astralmente detrás del velo de los sentidos. Le parecía que había vuelto a nacer. De hecho, los iniciados de Egipto recibían a menudo el nombre de «los nacidos dos veces».

Llegaba un momento en la evolución del hombre en el que el cuerpo etéreo estaba demasiado inmerso en el cuerpo físico para permitir estos métodos de iniciación con algún margen de seguridad. En este período se utilizaban las drogas, incluida la llamada seta sagrada, para llegar a una forma de iniciación sintética. En los estados de consciencia superior evocados por las drogas, la persona que buscaba realidades espirituales podía incluso entrar en la esfera del Archivo Akásico, y contemplar el pasado y el futuro en un lazo indivisible de tiempo. *Los pergaminos del Mar Muerto* ofrecen el testimonio de las visiones provocadas por las drogas de los iniciados esenios, que, al igual que los Terapeutas de Egipto, llevaban a cabo dichas prácticas. En un mundo que se sumía cada vez más en las tinieblas por la falta de la luz del espíritu, todos los medios para alcanzar una visión de las realidades espirituales estaban moralmente justificadas⁸⁴.

El último ritual de iniciación, que era muy peligroso y a menudo fracasaba, era la inmersión total en el agua, hasta que el candidato estaba a punto de ahogarse. Este método producía la separación parcial del cuerpo etéreo del cuerpo físico, y estimulaba una especie de experiencia del Yo Superior. El candidato veía ante él toda su vida en una gran pantalla, y por unos breves instantes experimentaba la existencia del espíritu individual humano. En sí, a través del bautismo de Jesucristo por las sabias manos de Juan Bautista, el Hijo de Dios se había encarnado.

El descenso de Cristo por la escalera de Jacob de las nueve jerarquías del mundo espiritual fue observado por los principales iniciados de todos los antiguos templos del misterio. La llegada del Dios del Sol había sido predicha por los profetas, los sibilos, las mitologías de todas las razas y las leyendas de todos los pueblos. Pero cuando Cristo se introdujo en un cuerpo terrenal y se puso a caminar entre los hombres, no le reconocieron como el Mesías largo tiempo esperado. El acontecimiento espiritual más importante de la evolución de la humanidad pasó casi inadvertido.

«¿Quién creéis que soy?», preguntó Cristo a sus discípulos después de dos años pródigos en acontecimientos. Resultó que algunos creían que Él era la reaparición de Elías, lo cual demuestra que creían en la reencarnación. Otros habían sugerido que Él era Juan Bautista, que había regresado de la muerte. Lo cual indica que la posibilidad de la «incorporación» también se contemplaba en aquel tiempo. Sólo Pedro, en un momento de intuición suprema, le reconoció como el Hijo de Dios.

Las enseñanzas y los milagros de Cristo eran, en sí mismos, una representación pública de las prácticas que hasta entonces se habían llevado a cabo tan sólo en los Centros del Misterio secretos. Pero el hecho de que toda la vida de Jesucristo fuera un cumplimiento público de los cultos de iniciación de la antigüedad sólo se hizo visible con la resurrección de Lázaro.

⁸⁴ En su obra *The Sacred Mushroom and the Cross*, John Allegro ha descrito que los essenes alcanzaban niveles superiores de consciencia mediante el uso de la amanita muscaria. Insiste en el hecho de que los acontecimientos descritos en los Evangelios nunca tuvieron lugar en la tierra, sino que fueron percibidos tan sólo en estados trascendentales provocados por la poderosa influencia de la seta sagrada. Una secta hereje llamada los Docetistas, del siglo ni, tenía el mismo punto de vista erróneo. La equivocada concepción de John Allegro nace como consecuencia de la falta total de comprensión de las dimensiones superiores del tiempo. El hecho de que los acontecimientos de la vida de Cristo fueran percibidos en épocas precristianas por essenes en un estado de consciencia provocado por las drogas no implica que Jesús no viviera jamás en la tierra. Al contrario, el hecho de que estos acontecimientos fueran percibidos de forma clarividente en la «crónica cósmica», una dimensión que abarca pasado, presente y futuro en un lazo de tiempo indivisible, debería ser considerado un signo de que más tarde la encarnación se produjo.

Lázaro, hermano de María Magdalena y Marta, se había sometido a una forma antigua de iniciación, que los profetas hebreos habían practicado durante cientos de años bajo el signo de Jonás.

Los procesos de iniciación habían fracasado. Mientras el cuerpo astral de Lázaro planeaba por los mundos espirituales, su ego había traspasado el umbral de la muerte física. Cuando llegó el momento de sacarle de la tumba, no sólo se descubrió que había muerto, sino que su cuerpo estaba en estado de putrefacción.

El Evangelio según san Juan deja bien claro que Lázaro estaba sumido en el sueño de iniciación del templo. Jesucristo dice: «Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero voy a despertarle».

Los discípulos le dijeron: «Señor, si duerme, curará».

Pero Jesús hablaba de su muerte y ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño.

Entonces Jesús les dijo claramente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos donde él»...

Algunos dijeron: «¿Éste, que abrió los ojos al ciego, no pudo evitar su muerte?».

Jesús se conmovió otra vez en sí mismo, y llegó al sepulcro. Era una cueva con una piedra que cubría la entrada.

Jesús dijo: «Quitad la piedra». Marta, la hermana del muerto, dijo: «Señor, ya huele, pues ya lleva cuatro días».

Jesús le dijo: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?».

Quitaron entonces la piedra. Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: «Padre, te doy gracias, porque me has escuchado. Yo bien sé que siempre me escuchas, pero lo he dicho por la multitud que me rodea, para que crean que Tú me has enviado».

Dicho esto, gritó con voz fuerte: « ¡Lázaro, sal fuera!». Y el muerto salió atado de pies y manos con vendas, y envuelta la cara en un sudario.

Jesús les dijo: «Desatadle para que ande».

Lázaro fue la última persona que realizó esta forma de iniciación de los profetas del Antiguo Testamento. También fue la primera alma humana que experimentó la nueva forma de iniciación que Cristo había traído a la humanidad: la iniciación del ego. Hasta el punto que la comprensión racional lo permita, intentemos entender cómo se produjo esta transición.



La calavera de Lázaro, según se conserva en la Capilla del Grial, en Ansbach.

El «yo» de Lázaro, su ego mortal y terrenal, había sido dormido en el cuerpo físico mientras su organismo astral madurado se expandía hacia el cosmos. Si la iniciación se hubiera desarrollado con normalidad, Lázaro habría despertado para recordar estas visiones astrales de los seres espirituales en las esferas celestiales del microcosmos. También habría sentido que se había unido en la memoria con el Espíritu del Pueblo que vivía en la sangre de la raza judía. Es decir, Lázaro habría alcanzado un grado de iniciación en el que se habría ganado el derecho a llamarse a sí mismo «el israelita», el rango por el que habría sido aceptado como un auténtico testigo de Jehová.

Lo que esta antigua forma de iniciación no podía conseguir era la unión permanente entre el alma del hombre y su ego superior. Es decir, esta iniciación sólo podía evocar el recuerdo de la existencia del Yo eterno; no podía transformar el alma en el vehículo del espíritu individual humano. La intervención de Lucifer y Ahriman en la evolución humana habían descartado la posibilidad de que el espíritu individual humano encontrara un hogar permanente en el alma del hombre mientras éste viviera en la tierra. El alma y el espíritu sólo se unían así después de la muerte.

Y esto fue exactamente lo que pasó en el caso de Lázaro cuando su iniciación fracasó y traspasó el umbral de la muerte. En este momento se unió con su ego superior, y desde este sagrado punto espiritual privilegiado, contempló el tapiz de su vida terrenal desplegándose ante él.

Cristo hacía referencia precisamente al ego superior, el espíritu individual humano en este contexto, y lo denominaba «Padre». De hecho, todo el significado de la encarnación de Cristo se puede expresar con sus palabras: «Yo soy el camino, la verdad, la vida. Nadie llegará al Padre si no es a través de mí». Y con las palabras: «El padre y yo somos uno».

La voz que llamó a Lázaro para que saliera del sepulcro era la de su propio ego superior. El poder que le devolvió la vida y reanimó y sanó su cuerpo era el mismo poder que emanaba del Ser Eterno. Porque la experiencia intuitiva del Ser Cristo era la misma que la de su espíritu individual humano.

Cuando Cristo reemplazó al Hierofante, o Iniciado Maestro, en el ritual de la resurrección, se convirtió en el Salvador de la humanidad, el representante en la tierra del Ser Eterno que había intentado en vano introducirse en el alma de todos los nombres.

De acuerdo con las tradiciones de los misterios de la antigüedad, la consciencia de sí mismo de Lázaro había sido extinguida mediante la hipnosis. Pero el hierofante original había fracasado en su intento de devolverlo a la vida. Lázaro fue llamado por el poder del Amor Infinito, el ego macrocósmico de Cristo. Para Lázaro, el cumplimiento de esta antigua tradición tenía un nuevo significado. Había vuelto a nacer con el conocimiento intuitivo de que en Cristo el alma humana podría convertirse en el cáliz del Espíritu.

Lázaro fue el primer hombre que experimentó a través de Cristo la recuperación dentro de sí mismo de su ego superior. Una experiencia que san Pedro expresó más tarde en palabras después de que Cristo hubiera consumado un acto semejante para toda la humanidad a través de su muerte y resurrección en el Gólgota: «Vivo, pero no yo, sino Cristo en mí».

En sus lecturas sobre el Evangelio según san Juan, Steiner revela que Lázaro no fue el único que volvió al cuerpo cuando Cristo le resucitó. En este sentido, sus investigaciones acerca del Archivo Akásico sacaron a la superficie un hecho asombroso: Juan Bautista, que había sido decapitado por orden de Herodes Antipas unos diecinueve meses antes, también volvió a la vida en aquel momento. Y Steiner describe que Juan y Lázaro vivían juntos en el mismo cuerpo, unidos por el objetivo, pero trabajando a diferentes niveles de actividad espiritual.

Y Steiner desarrolla aún más este misterio con la revelación de que la individualidad de Juan Bautista, que había vuelto de la tumba, es la misma que Juan el Divino, el autor del Evangelio según san Juan y de la revelación. Esta realidad se expresa en el evangelio, cuando Juan es nombrado como «aquel al que Dios amaba». Por supuesto, el Dios del Amor ofrecía su amor por igual a toda la humanidad. Esta expresión se utiliza tan sólo en el sentido de que cumple la antigua tradición de iniciación en la que el hierofante nombraba al candidato al que resucitaba «El Amado».

La encarnación de Cristo en el cuerpo y la sangre del Jesús humano era el descenso del espíritu del Sol al Cáliz de la luna, la configuración que se convirtió en el símbolo del Santo Grial en la Edad Media.

Cristo vino a guiar la consciencia del ego de los judíos, y después de toda la humanidad, más allá de las lealtades limitadas y llenas de prejuicios de familia, tribu y raza. Pero a fin de transformar el egoísmo humano y traer Amor Universal a todos los hombres, era necesario cambiar la naturaleza de la sangre, porque la sangre es el cáliz de la identidad tribal y racial. Y Cristo sólo podía cumplir su misión a través de la espiritualización de los elementos, a fin de que se convirtieran en el espíritu de la tierra.

De hecho, Cristo dijo a Pedro (cuyo nombre Cefas significa piedra) que sobre esta roca (la tierra) construiría su Iglesia.

Moisés, que libró a los judíos de la cautividad en Egipto, había sido el primero en percibir el reflejo de Cristo cuando descendía, y el Señor se le apareció indirectamente en forma de truenos, relámpagos y el «arbusto ardiente». El gradual proceso de sacrificio de la penetración y la espiritualización de los elementos continuó a lo largo de toda la vida de Cristo en la tierra.

Una etapa posterior de este poderoso e invisible proceso, en el que el espíritu del sol se unía con los reinos de la naturaleza, se produjo en la Última Cena, cuando Cristo dio a sus discípulos los sacramentos del pan y el vino y les dijo: «Tomad y comed; éste es mi cuerpo. Tomad y bebed; ésta es mi sangre». El último acto, a través del cual el Cristo Jesús divino-humano pasó a la encarnación en el cuerpo de nuestro planeta, tuvo lugar en el derramamiento de la Sangre Sagrada en el Gólgota, cuando el centurión romano traspasó el costado de Cristo con una Lanza⁸⁵.

La muerte en la cruz y la resurrección eran el cumplimiento público de la antigua forma de iniciación en la arena de la historia mundial; el secreto ritual de la iniciación se transfería al plano visible del proceso histórico.

La derrota de Lucifer y Ahriman en la cruz salvaron a la vida terrenal del hombre del abismo, y la pusieron sobre un camino diario de vuelta a los mundos espirituales; un acto de amor infinito que garantizaba la recuperación gradual del ego eterno y el cumplimiento de un destino espiritual para toda la humanidad. El Dios del Amor se había sacrificado al nivel del alma humana, a fin de que ésta pudiera convertirse en el cáliz viviente del espíritu individual humano: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Los avíos que se utilizaron en este singular y poderoso ritual del Gólgota se convirtieron en los relicarios más preciados de la Edad Media. Sin embargo, la devoción religiosa con los que han sido conservados estos relicarios no era la consecuencia de falsos sentimientos ni de materialismo inoportuno.

Se consideraba que los diversos artículos y vestimentas que se utilizaban en los rituales antiguos de iniciación habían sido «cargados» con poderes espirituales, y que eran talismanes de magia blanca. Por esta misma razón, aunque en un sentido mucho más sagrado, la Lanza, los Clavos, la Copa, la Corona de Espinas, la Túnica, el Sudario, entre otras cosas, se tenían en tal alta estima entre los cristianos hasta los albores del Renacimiento en el siglo XV.

Cada relicario fue asociado a poderes únicos. La cruz era objeto de reverencia por sus poderes para ahuyentar el mal. La Corona de Espinas evocaba la más profunda humildad en todos aquellos que la contemplaban. La Túnica devolvía la salud y la vida a los enfermos e inspiraba la visión espiritual de la vida de Cristo a aquellos que seguían el

⁸⁵ Cuando empezó la evolución de la Tierra, el ego humano estaba conectado físicamente con la sangre. La sangre es la manifestación extrema del ego humano. Los hombres habrían fortalecido más y más el ego, y si Cristo no hubiese aparecido, habrían estado totalmente encerrados en el desarrollo imparable del egoísmo. Quedaron protegidos de ello mediante el acontecimiento del Gólgota. ¿Qué era aquello que tenía que fluir? ¡La sangre que es la sustancia del ego! El proceso iniciado en el Monte de los Olivos cuando las gotas de sudor cayeron del Salvador como si de sangre se tratara, continuó cuando la sangre salió de las heridas de Cristo en el Gólgota. La sangre que fluía de la cruz era la señal del enorme egoísmo inherente a la naturaleza del hombre, egoísmo que debía ser sacrificado. El significado espiritual del sacrificio del Gólgota requiere un estudio amplio y profundo. La consecuencia de lo que allí sucedió puede no ser obvia para un químico, es decir, para alguien que sólo tenga el poder de la percepción intelectual. Si la sangre que corrió en el Gólgota hubiera sido analizada químicamente, se habría descubierto que contenía las mismas sustancias que la sangre de cualquier otro ser humano; pero la investigación ocultista revelaría que era una sangre bien diferente. A través de la sangre de la humanidad los hombres se habrían visto encerrados en el egoísmo si el Amor Infinito no hubiera permitido que esta sangre fluyera. Como revela la investigación ocultista, el Amor está mezclado con la sangre que corrió en el Gólgota. El autor del Evangelio según san Lucas cumplió su objetivo, que era describir cómo, a través de Cristo, el Amor Infinito había llegado al mundo para eliminar gradualmente el egoísmo. (Rudolf Steiner: *Lectures on Luke Gospel*, 1909)

camino contemplativo de la vida monástica. El Cáliz de Jaspe⁸⁶, del cual el Ser Cristo dio los sacramentos del pan y del vino, y en el que José de Arimatea recogió un poco de Sangre Sagrada, recibió el nombre de Cáliz Sagrado; simbolizaba un camino cristiano hacia la muerte del egoísmo y la resurrección del espíritu en Cristo. Y de la misma manera, la Lanza de Longino cobraría una importancia única para la evolución de la consciencia humana en el proceso histórico; un significado que moldeó la creencia en sus poderes para inspirar un destino histórico en el mundo.

Ya hemos descrito en el prólogo de este libro que el centurión Gayo Casio, representante de Poncio Pilato en la crucifixión, protegió el cuerpo de Cristo de la mutilación de la que iba a ser objeto por parte de los soldados de los fariseos. Y que cuando atravesó el costado de Cristo con la Lanza para demostrar que ya había muerto, también cumplió la profecía de Isaías: «No se le quebrará hueso alguno» y la profecía de Ezequiel: «Contemplantarán al que han traspasado».

Sin embargo, el acto de Longino tenía una importancia aún mayor. Y a fin de entender todas las implicaciones de su acto en el Gólgota, debemos considerar lo que sucedió en realidad en el momento en que clavó la Lanza en el costado derecho de Cristo, entre la cuarta y la quinta costilla, y le atravesó el cuerpo⁸⁷.

La sangre que goteó desde la herida a la tierra fue el vehículo a través del que el espíritu del sol pasó a la encarnación dentro del cuerpo de la propia tierra. El acto de Longino produjo el nacimiento del Cristo cósmico como el Espíritu de la Tierra.

La esencia espiritual de la Sangre Sagrada cayó a la tierra desde esta herida en forma de elemento traza sagrado, una especie de bálsamo homeopático, a través del cual el ego macrocósmico del Ser Cristo podría reavivar la esfera astral y permeabilizar el reino etéreo del organismo de la tierra.

La Luz de Cristo que cegó el ojo espiritual de san Pablo en el camino hacia Damasco, era la nueva aura de éter y sol de la tierra, la primera que brillaba sobre la tierra con la promesa de reanimar la existencia moribunda de la tierra y reintegrarla en el dominio solar del macrocosmos.

Si Longino no hubiera sido inspirado por el espíritu del tiempo para clavar la Lanza en el costado del Salvador en este momento, la sangre sagrada nunca habría fluido hacia la tierra. Según el Evangelio según san Juan, el gran milagro fue que la sangre fluyó de un cuerpo sin vida: «Pero uno de los soldados clavó su Lanza en el costado, y de inmediato salió sangre y agua. Y él que lo vio lo escribió, y sus escritos son ciertos: y él sabe que dice la verdad, para que lo creáis».

Gayo Casio Longino realizó la acción correcta del modo más adecuado, en el lugar exacto y en el momento decisivo. Y en este momento, todo el futuro de la evolución de la tierra y la humanidad quedaba en sus manos.

Y así nació una leyenda en torno a la Lanza de Longino, que dice que todo aquel que la poseyera tendría el destino del mundo en sus manos. Porque todo aquel que la poseyó a lo largo de los siglos de la historia del Cristianismo, podía labrarse un destino en la historia del mundo si perseguía las metas correctas del espíritu del tiempo del modo adecuado, de acuerdo con las tareas específicas que debían llevarse a cabo en la época, dentro de la evolución de la consciencia humana. O podía convertirse en el cáliz del

⁸⁶ El Cáliz de Jaspe estaba dentro de un enorme cáliz de plata, que según se cree, el misterioso personaje Melchizedec (Melquisedec) había entregado a Abraham, el fundador de la raza judía. Más tarde pasó a manos de José de Arimatea. La Última Cena se celebró en la habitación superior de su casa.

⁸⁷ Según la mitología del Antiguo Testamento, el cuerpo de la mujer había sido creado a partir de la quinta costilla del hombre. En el desarrollo del embrión humano, los órganos sexuales no cobran forma hasta la formación de la cuarta costilla y antes de la quinta costilla. Este simbolismo también se cumplió en la crucifixión, ya que la sangre que fluyó de la herida producida por la Lanza surgió entre la cuarta y la quinta costilla, como una señal de que Cristo transcendía la división de sexos.

antiespíritu del tiempo y obstruir y tergiversar estas metas, a fin de llevar a la humanidad a la adoración de falsos dioses o al abismo del materialismo.

La Lanza de Fineas, símbolo durante todo el Antiguo Testamento de los poderes únicos de la sangre de la raza judía, también jugó un papel decisivo en el sacrificio de la crucifixión. Con ayuda de esta espada se introdujo la esponja impregnada en vinagre en la boca del Cristo moribundo, un símbolo de que la sangre judía se había convertido en bilis y ya no tendría importancia en la evolución de la humanidad, ya que había sido reemplazada por la sangre de la Nueva Alianza para toda la humanidad. Porque éste es en verdad el principio contenido en la evolución de la consciencia humana: que lo que una vez fue el mayor vehículo del bien se convierte en un vehículo de la tragedia y del mal cuando se agota y rebasa su límite temporal. El mantenimiento de las costumbres tribales y un riguroso prejuicio racial a la vista de un nuevo impulso universal que pretendía abarcar a toda la humanidad, sólo podía traer a la raza judía el sufrimiento más terrible que un pueblo pueda experimentar en la tierra.

Rudolf Steiner incorporó su concepción del Cristianismo cósmico en las formas arquitectónicas del Goetheanum de Dornach, Suiza. El interior del edificio de dos cúpulas era una obra maestra del trabajo en madera. Los dinámicos métodos de escultura y labrado integraban cada uno de los aspectos de la obra en el tema central del Apocalipsis. Los enormes pilares de madera labrados en sucesión ilustraban la concepción de Goethe sobre la ley de la metamorfosis a través de los siete sellos de la revelación. Las primeras pinturas psicodélicas del siglo aparecían como frescos en las cúpulas y en las ventanas de vivos colores.

Dietrich Eckart tenía el ansioso deseo de que este edificio, que en principio debería haber sido construido en Munich y recibido el nombre de «Johannesbau», ardiera hasta los cimientos, y de que el doctor Steiner y su círculo inmediato de adeptos murieran abrasados en las llamas. El Goetheum fue incendiado en la Nochevieja de 1923, mientras el doctor Steiner daba una conferencia a unas ochocientas personas en el interior del edificio. El incendio fue provocado por un espía germanosuízo, que era un fanático nazi y, al mismo tiempo, miembro de una iglesia. Su paga en monedas de oro por este crimen fue encontrada en su cuerpo carbonizado entre las cenizas del edificio a la mañana siguiente. El doctor Steiner y sus asociados pudieron escapar a la muerte porque el incendiario no había podido trabajar con la rapidez planeada.

La primera razón por la que se quería destruir el Goetheum era la destrucción de una talla en madera de la Trinidad del Mal. El doctor Steiner había tardado varios años en acabar la talla de nueve metros realizada en madera de olmo, que plasmaba a Jesucristo como el representante de la humanidad en el acto de derrotar a Lucifer y a Ahriman. Tanto en sus conferencias públicas como privadas, había señalado la naturaleza de los espíritus demoníacos que habitaban el alma de Adolf Hitler e inspiraban la *weltanschauung* nazi. En la talla, Lucifer aparecía en su pose característica. A Hitler le enfurecía esta obra, y Eckart le convenció de que intentara destruirla. Esta talla, que todavía no estaba terminada cuando se produjo el incendio, aún estaba en el estudio de Steiner, en los sótanos del Goetheum, y así escapó de las llamas. Ahora es la obra principal del Goetheum que Steiner diseñó en hormigón antes de morir en marzo de 1925. Más de un millón de personas, incluyendo a un gran número de alemanes, han viajado a Dornach para verlo.



Dibujo realizado por Rudolf Steiner con la representación del «Doppelgänger» y destinado a las vidrieras del Goetheanum de Dornach, Suiza. (Foto: Anthroposophical Society.)

XXII

EL «DOPPELGÄNGER»

Heinrich Himmler: el Antihombre

Se ha comparado a Himmler con un trozo de cable que obtiene su corriente eléctrica desde el exterior... y esta corriente es Hitler. Él mismo no podía generar corriente eléctrica.

Casi todos los miembros de su personal aliviaban su conciencia cargando con la responsabilidad oficial y moral de sus prácticas en las SS a Heinrich Himmler. Sus subordinados le servían fielmente, le necesitaban como líder porque sin él como cabeza de turco potencial de Dios, la historia y los enemigos de Alemania, no podrían haber pasado por lo que pasaron...

Incluso en la muerte Heinrich Himmler desempeña una función semejante... La conciencia de Alemania está limpia porque la culpa de todo lo siniestro, deleznable, criminal y horrible que sucedió en el país y en los estados ocupados entre 1933 y 1945 recae sobre Himmler.

Willi Frischauer, *Himmler: The Evil Genius of the Third Reich*

En cada ser humano existe una especie de «antihombre», que el diccionario define como una «contrapartida» o «fantasma». Muchos filósofos y poetas han descrito sus experiencias personales con este fantasma, que en ocultismo recibe el nombre de «doble».

Goethe, por ejemplo, ha hablado de la ocasión en la que entró en su estudio de Weimar y vio lo que parecía ser la contrapartida exacta de sí mismo, sentada en la silla detrás del escritorio y mirándole fijamente.

Apartó de sí el primer sentimiento de alarma que le asaltó ante esta inusual experiencia, y se quedó mirando durante unos segundos el rostro de aquella contrapartida visible de momento que denominó *Doppelgänger*. Era la primera de una serie de experiencias, a través de las cuales el poeta comprendió más tarde la razón de la existencia de esta sombra despiadada e inhumana en el alma del hombre.

La confrontación con el doble es una experiencia común a las personas que recorren el camino del ocultismo. Es una de las muchas experiencias en la búsqueda del Santo Grial que invocan un poder moral interior y la capacidad de alcanzar el equilibrio mental necesario para enfrentarse a las realidades espirituales que la gran masa de la humanidad no conoce.

Al igual que el mismo Mefistófeles, el *Doppelgänger* también ocupa el lugar adecuado en la corte de Dios. La tarea asignada al doble es la de crear en el alma humana una oposición en la vida de los sentimientos hacia lo bueno, lo bello y lo verdadero. Sólo enfrentándonos al doble, empujándolo con firme resolución, somos capaces de encontrar el buen camino moral como seres humanos. La constante tensión durante toda la vida entre el alma humana y el doble proporciona un estímulo escondido para obedecer los dictados de la conciencia.

A pesar de que la verdadera experiencia consciente del funcionamiento interno del doble sigue siendo un misterio para la mayoría de la gente, resulta bastante sencillo reconocer sus efectos en todas las esferas de la vida humana en los tiempos modernos. El objetivo del *Doppelgänger* es deshumanizar la actividad humana, es decir, intentar

que la humanidad quede reducida a una esfera inhumana. El *Doppelganger* es el antihumano, el antihombre.

El doble no existe tan sólo como una sombra ahrimánica en el individuo. Hay miembros en esta subjerarquía de *Doppelganger* que tienen un poder mucho mayor, y actúan como antiespíritus de pueblos, naciones y razas enteros. Y por fin tenemos al *Doppelganger* del mundo, el antiespíritu de la humanidad, que desempeña un papel histórico como servidor de Lucifer al obstaculizar la correcta evolución de la consciencia humana.

Hemos descrito con cierto detalle cómo se produjo la posesión del alma de Adolf Hitler por parte de la principalidad de la jerarquía de Lucifer. A este cuadro hemos de añadir la presencia del *Doppelganger* del mundo, el antihombre global, en el cuerpo sin ego del Reichsführer SS, Heinrich Himmler, el instrumento más temido de terror e inquisición en la historia de la humanidad.

Muchas autoridades eminentes han señalado que Heinrich Himmler anticipó en numerosas ocasiones la política futura de Adolf Hitler. Sin embargo, no hay verdadera sustancia en esta aparentemente interminable controversia respecto a quién era el verdadero genio del Tercer Reich: Himmler o Hitler. Porque la inteligencia luciférica que poseía el alma de Adolf Hitler estaba en constante comunión tácita con el *Doppelganger* que ocupaba el cuerpo de Heinrich Himmler. La investigación ocultista revela que detrás de las personalidades terrenales separadas de estos dos hombres, Lucifer y el espíritu del antihombre trabajaban como una sola inteligencia, el principio luciférico que galvanizaba el *Doppelganger* como si fuera una corriente eléctrica que viniera del exterior a fin de administrar el arma del terror que eliminaría toda resistencia interna al nazismo.

La relación secreta entre Adolf Hitler y Heinrich Himmler era en sí misma una especie de antimagen de la relación correcta entre el ego y el doble ahrimánico en cada alma humana.

El doble carece de efectividad en nuestras vidas hasta que pasamos de la infancia a la adolescencia. Por lo general, los primeros efectos del doble se hacen sentir a los doce años de edad, y es entonces cuando empezamos a presionar contra la presencia de los sentimientos inhumanos para tomar decisiones morales propias.

Esta lucha inhumana del doble en el alma se intensifica a medida que nos hacemos mayores, y la experiencia consciente de resistirnos al mal a fin de alcanzar nuestras metas morales continúa, a lo largo de toda nuestra vida. Pero el *Doppelganger*, un Ser de las tinieblas, de temor y oscuridad, tiene miedo a morir, ya que no puede enfrentarse a la luz de la existencia del espíritu al otro lado de la tumba. Por esta razón, el doble abandona el alma humana exactamente tres días antes de la muerte. Las almas sensibles son conscientes de este momento en el que el doble se marcha y los deja con una sensación interior de paz y armonía durante los últimos tres días de sus vidas en la tierra. Se podrían citar miles de ejemplos de las dos guerras mundiales, en las que los hombres de pronunciada consciencia y sentido de la estética intuían la inminente llegada de la muerte cuando el doble los abandonaba.

La relación progresiva durante la vida, en la que el ego humano mantiene a raya al doble, y vence sus influencias despiadadas e inhumanas, se vio como un reflejo de espejo demoníaco en el escenario de la historia de la relación cada vez más profunda entre Adolf Hitler y Heinrich Himmler. Porque en tanto que Hitler entregó paso a paso su alma, a fin de que se convirtiera en el cáliz de Lucifer, el *Doppelganger* que funcionaba en Himmler intentaba anular la consciencia moral del pueblo alemán, de modo que la espantosa persecución a los judíos y la inquisición acabaran por liquidar del todo la consciencia nacional.

En este sentido, resulta muy significativo el hecho de que Heinrich Himmler naciera en octubre de 1900, cuando Adolf Hitler cumplió doce años. Y también es significativo el hecho de que Heinrich Himmler tuviese exactamente doce años cuando su futuro Führer tuvo su primera experiencia de posesión demoníaca por parte de Lucifer, delante de la

Lanza del Destino, en la Casa del Tesoro del Hofburg, en Viena. Pero la relación entre Lucifer y el *Doppelganger* del mundo se dejó sentir especialmente tres días antes de la muerte de Adolf Hitler.

Cuando llegó el momento en el que Adolf Hitler, encerrado en el Bunker de Berlín (abril de 1945) tuvo que enfrentarse a las consecuencias morales de sus actos, Heinrich Himmler tuvo miedo de cruzar en compañía de su Führer las puertas de la muerte.

Porque algunas semanas antes del fin de la resistencia alemana de Berlín, Himmler había hablado de forma grandilocuente sobre el hecho de sacrificar su vida a la cabeza de su división Escort⁸⁸ de las SS, en un ataque final a los ejércitos rusos que cercaban la ciudad. Sin embargo, Himmler había estado contemplando en secreto la posibilidad de mantener negociaciones para una paz separada con los británicos y los americanos, con la mediación de un árbitro sueco, el conde Folk Bernadotte.

Según Walther Schellenberg, que acompañó a Himmler durante aquel período, el único obstáculo que había impedido al Reichsführer iniciar estas negociaciones había sido su voto de fidelidad a Adolf Hitler.

Exactamente tres días antes de que Hitler se suicidara en el Bunker, Himmler decidió de repente iniciar negociaciones para la paz a espaldas de su Führer. En el plazo de unas horas, su oferta de una paz separada con los aliados fue difundida por la radio sueca. Era un acto de traición que Adolf Hitler no podía perdonar, y su última acción fue dictar un testamento político, en el que expulsaba a Himmler del partido nazi y le condenaba a muerte. «Antes de mi muerte, expulso del partido y de todas sus oficinas al antiguo Reichsführer SS y Ministro del Interior, Heinrich Himmler».

En el mismo momento en el que decidió traicionar a Hitler, Himmler se sumió en un estado de apatía total. El suministro de corriente eléctrica había quedado interrumpido. El *Doppelganger* del mundo, la fuente de su poder, le había abandonado. A partir de aquel momento Himmler no tuvo siquiera la fuerza para organizar a sus SS, todavía leales y completamente equipadas, a fin de consolidar su posición de poder contra otros contendientes al liderazgo a través de las armas; ni siquiera fue capaz de utilizar los vastos recursos de la policía secreta para huir del país con documentación falsa y dinero.

En lugar de ello, Himmler se dejó detener por un par de soldados ingleses en un insignificante puesto de control de carretera, cerca de Bremervörde. Ataviado con un disfraz plausible y acompañado por dos de sus ayudantes de las SS, que podrían haber desarmado con toda facilidad a los aburridos soldados, a Himmler se le cruzaron los cables y reveló su verdadera identidad. Cuando le desnudaron para registrar sus ropas y sus pertenencias personales en el cuartel general del mariscal de campo Montgomery, en Lüneburg, se introdujo una cápsula de cianuro entre los dientes y murió al cabo de pocos minutos. Fue enterrado por un sargento inglés, que antes de la guerra había trabajado como basurero. Lo envolvió en unas redes de camuflaje y lo ató con alambre, tras lo cual su cuerpo fue enterrado en algún lugar del bosque de Lüneburg. Nadie, a excepción del ex basurero, conoce el lugar exacto. El cáliz del *Doppelganger*, el hombre que nunca fue tal, había sido desechado y enterrado como una basura cualquiera en una tumba anónima.

Fue el mito tan extendido y arraigado de «la puñalada por la espalda» el que posibilitó que el *Doppelganger* del mundo apareciera en el escenario de la historia alemana en el siglo XX. La diseminación de este mito, proclamado con tanta insistencia por Adolf Hitler, convenció a las masas de que los ejércitos alemanes eran inconquistables e invencibles, y de que el armisticio que acabó con la primera guerra mundial fue impuesto a Alemania a causa de una traición interna.

⁸⁸ No se a que división se refiere, en la historia de las divisiones SS, no había ninguna con este nombre (nota del Corrector)

En la sombra de esta ilusión tan extendida y peligrosa, el Antihombre, casi de un modo invisible, subió al poder cuando ya era demasiado tarde para detenerlo. Porque el monstruo que había invadido a Heinrich Himmler, el tirano más improbable del mundo, alcanzó la cumbre del poder personal sobre la vida y la muerte del pueblo de Alemania, bajo el pretexto de salvaguardar sus intereses y proteger a la nación de enemigos inexistentes.

El cáliz de este alud de esclavización masiva y exterminación de millones de personas inocentes tenía que ser un hombre sin ego, un zombi sin alma, totalmente incapaz de experimentar amor o cualquier otra motivación humana. Y esto es lo que era Heinrich Himmler, un antihombre en un cuerpo humano. No se puede decir siquiera que Himmler fuera un alma encarcelada y poseída por el mal, como era el caso de Adolf Hitler. Porque en Himmler no había un alma consciente que pudiera ser poseída, sólo un cuerpo y un cerebro que podían ser ocupados y dirigidos a metas inhumanas.

El padre de Himmler, el profesor Gebhard Himmler, había sido durante varios años el tutor personal del príncipe Heinrich de Baviera, a quien enseñaba la historia de la familia de la monarquía de los Wittelsbach. Y el joven Heinrich, que había sido bautizado con el nombre de este príncipe católico romano que se convirtió en su Dios-Hombre, creció en una atmósfera cultural en la que fue nutrido también desde su más tierna infancia con la misma dieta de mitología alemana e historias de los grandes héroes y reyes de la historia germánica.

Más tarde, en el instituto de bachillerato de Landshut, donde su padre ocupó el puesto de director, Heinrich Himmler sorprendía a sus profesores con la amplitud de su memoria exenta de colores de los acontecimientos y fechas de la historia europea. Este talento para almacenar datos y reproducirlos como un ordenador cuando era necesario, se convirtió en el talento que llevaría a Himmler al poder. Su capacidad para memorizar la historia también era una preparación a través de la que el *Doppelgänger* del mundo podía anticipar la *Weltanschauung* de Adolf Hitler, que se desarrolló también a partir de un gran sentido de la historia.

Himmler carecía por completo de todo calor humano, personalidad y sentido del humor, por lo que sus compañeros le consideraban una nulidad. Su actitud hacia él era una mezcla de desprecio y temor, ya que pronto se ganó la reputación de aguafiestas y chivato.

Los contactos de la familia con la Casa Real bávara facilitaron su entrenamiento como oficial durante la primera guerra mundial, pero las hostilidades terminaron unas semanas antes de que Himmler fuera considerado lo suficientemente mayor para participar en la batalla, en el frente occidental. Sin embargo, aún quería convertirse en un soldado profesional, de modo que solicitó un puesto permanente en la Reichswehr de la posguerra, una fuerza muy eficiente que contaba tan sólo con cien mil hombres escogidos cuidadosamente. Su asombro fue mayúsculo al enterarse de que le habían rechazado por ser inadecuado tanto física como psíquicamente. Ingresó en la Universidad Politécnica de Munich para hacer la carrera de perito agrónomo, y después entró a trabajar como representante de una empresa que se ocupaba de la producción de fertilizantes artificiales. Era un joven sin ilusiones, decepcionado, y parecía que se enfrentaba a un futuro sin esperanzas de éxito.

Cuando aún era estudiante en Munich, Himmler empezó a interesarse por el panorama político del país. La ideología racista del nazismo y su brutalidad hacia los judíos entusiasmaron a Himmler de tal modo que intentó unirse a la SA de Adolf Hitler, los camisas marrones que aparecían en todos los mítines del partido para aterrorizar y disolver los grupos comunistas locales. Los duros no-comus que se unían a las SA, en su totalidad veteranos de guerra muy curtidos, rechazaron sus reiteradas solicitudes para ingresar en la organización. El joven enclenque con voz de pito y extraña mirada en los ojos aumentados por los lentes sin montura era exactamente el tipo de hombre que no querían. Por fin, encontró un puesto en uno de los muchos frentes patrióticos insignificantes, cuyo nombre era *Reichskriegsflagge*.

Para él fue un gran día cuando volvió a ponerse su uniforme militar como miembro de la *Reichskriegsflagge*, que fue llamada a actuar en apoyo de Adolf Hitler en su revolución de bolsillo de Munich, en 1923.

Después de que el desastroso *Putsch* fuera sofocado y dispersado por un par de balas bien dirigidas de la policía, Himmler siguió como miembro de un piquete revolucionario organizado delante del Ministerio de la Guerra. Pronto llegó la policía para disolver el piquete y arrestar a sus miembros. Pero nadie consideró que valiera la pena arrestar a aquel hombre de aspecto retraído, y ni siquiera se molestaron en quitarle la pistola! Y finalmente, el pálido joven se fue andando por las calles sin ser molestado y tomó un tren para volver a casa.

Sin embargo, el destino reservaba en secreto a este zombi sin ego, que ni siquiera había sido capaz de atraer la atención de nadie, aun con un arma cargada, un ascenso meteórico hacia el poder. El fracaso del *Putsch* de Munich produciría la desbandada temporal de las SA, que con tanto fervor habían prestado sus servicios. Y Himmler encontraría una puerta trasera que llevaba directamente al centro de la nueva e infame organización que fue creada. Cuando Hitler salió de la fortaleza de Landsberg, lo primero que hizo fue formar las SS, las *Scutzstaffeln* o guardia de protección. Esta nueva formación de hombres que llevaban uniforme negro era la guardia personal de Adolf Hitler y otros líderes del partido cuando se encontraban en mítines políticos en áreas hostiles al nazismo.

Mientras tanto, Himmler había sido despedido de la empresa química que le había contratado, y mientras buscaba un nuevo empleo redactó una solicitud para entrar al servicio de Georg Strasser como secretario. Strasser era el jefe del partido nazi en Landshut. Himmler consiguió el empleo por una sola razón. Strasser pasó por alto la evidente falta de personalidad, los modales vacilantes y el tartamudeo de Heinrich Himmler cuando vio que se había licenciado en químicas. Strasser había sido químico antes de dedicarse por completo a la política. La posición de Himmler cobró importancia cuando Georg Strasser fue encargado de dirigir toda la propaganda del partido.

El siguiente eslabón en la cadena que llevaría a Himmler por el camino hacia una posición de poder fue encajado cuando Adolf Hitler instauró una forma remunerada de empleo para los miembros voluntarios de las recientemente formadas SS. Adolf Hitler disponía de elevadas inversiones en el periódico *Völkischer Beobachter*, y se dio a los miembros de las SS empleos como vendedores de espacios.

Y de este modo, los primeros miembros de la orden más temida de la Alemania nazi se ganaban la vida vendiendo espacios publicitarios, y eran tanto reporteros para recabar noticias como espías que recogían información sobre las actividades de los comunistas locales y otros enemigos del partido nazi. En su calidad de secretario de Georg Strasser, Himmler seleccionaba y clasificaba la información que los hombres de las SS traían a la redacción. Al cabo de poco tiempo, Himmler fue ascendido a ayudante del jefe de propaganda del partido nazi.

Willi Frischauer, autor de una obra sobre Himmler, pasó muchos meses investigando los detalles de la vida de Himmler en este período. Su descripción de los sucesos que llevaron al encuentro entre Hitler y Himmler y al modo en que se desarrolló su relación ulterior ofrece un cuadro espeluznante de la comunión entre Lucifer y el doble del mundo. Por supuesto, Frischauer no era ocultista y no tenía intención de ilustrar una relación ocultista de estas características. Se trata de que su obra está tan bien documentada que la secuencia de acontecimientos en su estudio biográfico contiene en sí mismo todas las pistas de la presencia del Antihombre detrás de la fachada de la vida de Himmler.

El joven oficial del partido (Himmler) ocupaba un pequeño escritorio en una habitación atestada de periódicos y estanterías llenas de informes del partido y correspondencia. Un retrato de Adolf Hitler adornaba la pared que se hallaba en frente de Himmler: «Te miro, mi Führer, te miro

directamente». Estas son las palabras que Himmler acostumbraba a decir en un intento de hacer un chiste respetuoso típico de él. Hans Erhard, una de las personas que conoció a Himmler en aquella época, me dijo que había observado a escondidas cómo Himmler no sólo miraba el retrato de Hitler, sino que se dirigía a él en una especie de ensayo para el día en que conociera al Führer.

Cuando llegó el día, no mucho más tarde, Himmler no tuvo ocasión de hablar con Hitler. El Führer miró a través de él, y ni siquiera le preguntó su nombre. Resulta característico de la nebulosa insignificancia de Himmler en aquel tiempo que yo nunca consiguiera averiguar la fecha o la ocasión exacta en la que estos dos hombres establecieron contacto personal. Himmler estaba allí..., eso era todo. Imperceptiblemente se introdujo en el grupo de líderes nazis que al principio le despreciaban, y después le aceptaron como alguien a cuya presencia se habían acostumbrado. Su rasgo más destacado en aquella época era un servilismo perruno hacia sus superiores, una decidida vacilación a expresar puntos de vista propios, una diligencia incansable para guardar informes y notas de cualquier tipo. Himmler ha sido descrito más tarde como un índice con piernas...⁸⁹

No cabe duda que Hitler no se daba cuenta en aquel tiempo de la comunión entre el espíritu que le poseía y el *Doppelganger* del mundo existente en Himmler, ni siquiera de que Himmler estaba poseído por un Ser semejante. Sin embargo, tampoco cabe duda que el principio luciférico, que utilizaba el subconsciente del Führer a su antojo, no sólo reconoció el antihombre cósmico en Himmler, sino que lo despertó a la vida, y dirigió sus objetivos inhumanos hacia las metas demoníacas del nazismo.

Resulta muy significativo que Hitler considerara a Himmler en el período de 1925 un ser digno tan sólo de desprecio. Al comprobar las ansias de Himmler por otro ascenso y su fascinación por los cargos, aunque carecieran de significado, le asignó un cargo que todos los dirigentes nazis consideraban el mayor chiste de la historia del partido. Se dice que incluso el lúgubre Rudolf Hess se partió de risa cuando oyó hablar del asunto.

Había llegado el momento de eliminar la influencia del Gobierno sobre las SA, y una nueva y vigorosa campaña de reclutamiento estaba proporcionando decenas de miles de nuevos reclutas que venían a engrosar las filas de los veteranos camisas marrones, que reaparecían ahora en las calles, vestidos con sus uniformes de antes del *Putsch*.

Parecía que la existencia misma de las SS carecía ahora de sentido, y Adolf Hitler estaba convencido de que esta pequeña fuerza de doscientos hombres en uniforme negro desaparecería pronto del escenario nazi.

Con todo el boato y la ceremonia, ascendió al ambicioso empleado al puesto de jefe suplente de las SS. Y confió a Himmler la conservación de la llamada «bandera de sangre» del fallido *Putsch* de noviembre, símbolo del mayor fracaso de la historia del partido.

La única persona que consideraba que este ascenso era magnífico era el mismo Himmler, que no se daba cuenta de que era víctima de la mayor zancadilla que se había hecho en los últimos años. Consideraba que su nuevo puesto era un triunfo personal, un reconocimiento generoso de su valor, y un apoyo hacia cosas mucho más importantes. Por desgracia para millones de personas inocentes, aparte de los líderes de las SA, la propia historia demostraría que Himmler tenía toda la razón cuando afirmaba, aparentemente como un demente, que su nuevo ascenso, su cargo y su nombramiento eran de gran importancia.

⁸⁹ Willi Frischauer, *Heinrich Himmler* (Odhams Press).

Adolf Hitler era incapaz de ver, aunque el genio malvado que poseía su alma lo anticipó con asombrosa exactitud, que llegaría el día en que las SA demostrarían una vergüenza terrible ante sus ambiciones personales de convertirse en el Führer indiscutido del Tercer Reich. Y que se impondría la necesidad de una fuerza alternativa de hombres decididos y entregados a fin de liquidar a los líderes de los camisas marrones.

Es cierto que Adolf Hitler se quedó atónito cuando vio el increíble cambio que se había operado en el empleado insignificante, y se sintió muy complacido al ver el modo en que Himmler había moldeado a las SS, así como con las innovaciones y estrictas disciplinas que había introducido, y que estaban de acuerdo con los más elevados ideales racistas de los nazis. Y por esta razón, Hitler conservó las SS, los *Leibstandarte Adolf Hitler*, y permitió a Himmler incrementar las filas de las SS a una fuerza de unos treinta mil hombres.

En 1933, cuando Hitler subió al poder mediante las argucias políticas, no previó que se vería obligado a ordenar el asesinato del capitán Rohm y de toda la cúpula dirigente de las SA, a fin de eliminar a los camisas marrones, amenaza potencial a su posición como líder del partido nazi. Incluso cuando se convirtió en canciller y repartió cargos y despachos a toda la jerarquía nazi, Himmler sólo recibió un mínimo reconocimiento por sus servicios con el ascenso a jefe de la policía de Munich, y las SS siguieron siendo una parte nominal del poder absoluto de las SA.

El Estado Mayor del ejército alemán, que había dado pie al mito de la «puñalada por la espalda», forzó finalmente a Hitler a volverse contra sus antiguos camaradas entre los «Alte Kämpfer» de las SA. Y al solicitar la eliminación de la *Sturmabteilung*, el Estado Mayor se convirtió en responsable directo del hecho de que Himmler alcanzara de repente y como por obra de un milagro la cumbre del poder, una posición única en el país, que le convertía en la persona más poderosa de Alemania después de Hitler.

Mientras observaba el surgimiento del régimen nazi, el Estado Mayor alemán había tratado con mucha astucia con Hitler, y habían obtenido muchas concesiones de vital importancia a cambio de su promesa de no intervenir con la fuerza en los asuntos de política interna. Los generales habían incluso inducido a Hitler a someter una ley (la Ley del ejército número 20) a la Cámara de los representantes, que expulsó a todo el personal de la Reichswehr (oficiales y otras graduaciones), que se encontraran fuera de la jurisdicción de los Tribunales civiles. Y convencieron al senil presidente Von Hindenburg para que conservara su derecho a nombrar a un Ministro de Defensa de su propia elección en cualquier Gobierno que estuviera en el poder. De este modo, el ejército alemán se había hecho con una posición de independencia total, fuera del control del partido nazi cuando Hitler se convirtió en canciller.

El capitán Ernst Rohm, jefe de las SA, y uno de los mejores amigos de Adolf Hitler, sentía escaso respeto por los generales y por las rígidas tradiciones del cuerpo de oficiales. Señaló que sus voluntarios armados superaban en número a la Reichswehr en una relación de treinta a uno. Estaba seguro de que podría convencer al Führer para que derrotara al ejército alemán y convirtiera a la *Sturmabteilung*, que contaba con tres millones de hombres, en el núcleo de la nueva fuerza militar de la nación.

Las esperanzas de Rohm se vieron truncadas, porque Adolf Hitler creía ahora en sus tantas veces repetida mentira sobre la imbatibilidad del ejército alemán. Consideraba que la Reichswehr era indispensable para el cumplimiento de sus sueños de conquistar el mundo. Creía que no lo lograría sin sus disciplinas tradicionales y su espíritu combativo, sus cursos de entrenamiento, su habilidad militar y su experiencia técnica. Si se producía la necesidad de escoger entre la Reichswehr y la *Sturmabteilung*, serían sus antiguos camaradas, los que le habían ayudado en su lucha por el poder, los que serían llevados al paredón.

Durante un tiempo, Hitler buscó una forma de compromiso, a través del cual lo mejor de las SA pudiera ser incorporado al ejército alemán. Pero los generales no estaban dispuestos a aceptar un compromiso de estas características.

El cuerpo de oficiales, con mucha razón, consideraba que la *Sturmabteilung* era un hatajo de estúpidos incultos e indisciplinados, que habían sido los culpables de un reino de violencia en las calles sin precedentes en la historia de la nación, un período de brutalidad y terror, en el que habían sido asesinadas personas inocentes a causa de rencores personales disfrazados de actividad política justificada.

Y además, los generales señalaron la completa ausencia de moralidad en el capitán Rohm y sus colegas de la jefatura de las SA, hombres como Heines, que se había ganado una reputación a escala nacional por el desorden y la lujuria reinantes en su forma de vida, y por sus excesos y sus prácticas homosexuales. Sin embargo, no fueron estas críticas las que indujeron a Adolf Hitler a tomar su decisión definitiva.

Lo que finalmente convenció a Hitler del peligro potencial que representaban Rohm y su *Sturmabteilung* fue la amenaza abierta de una contrarrevolución. Las SA sentían que se les había excluido vergonzosamente de la concesión de cargos y empleos cuando Hitler subió al poder. Y ahora no podían esperar a obtener los rangos, el prestigio, la paga y los gajes del ejército profesional, de modo que estaban dispuestos a cualquier derramamiento de sangre para alcanzar sus metas.

El capitán Rohm se enfrentaba a la posibilidad de un motín en el seno de su organización, de modo que se vio obligado a declarar en público que comprendía sus necesidades. «Todo aquel que crea que las tareas de la *Sturmabteilung* ya se han cumplido, dijo a miles de hombres de las SA congregados en el Tempelhofer Feld, en las afueras de Berlín, tendrá que acostumbrarse a la idea de que estamos aquí y de que pretendemos quedarnos, pase lo que pase». En otro discurso en el que se quejaba de que la revolución de Hitler no había ido lo suficientemente lejos, gritó: «Tenemos que empezar a desalojar la pocilga y sacar a algunos de los cerdos de sus agujeros».

Ésta fue la señal para que Adolf Hitler ascendiera a Heinrich Himmler a una posición desde la que se pudiera convertir en el carnicero oficial del Estado y organizar el baño de sangre que implicaría el asesinato de cuatro mil dirigentes de las SA, el legado de los años de lucha de Hitler por el poder. ¿Y dónde puede encontrarse, en la historia alemana, una serie tan espectacular de ascensos y aumentos de poder como la que se dio a Himmler en aquel momento? El *Doppelgänger* del mundo se dirigía hacia la cumbre del poder personal, desde la que podría tener las vidas de cada hombre, mujer y niño de Alemania, y después de toda Europa, en la palma de la mano.

A partir de octubre de 1933, la prensa alemana empezó a anunciar las agarraderas del ascenso de Himmler con monótona regularidad: 27 de octubre, Himmler jefe de la policía política de Mecklenburg y Lübeck; 20 de diciembre, Himmler jefe de la policía política de Badén; 21 de diciembre, Himmler jefe de la policía política de Hesse y Anhalt; 24 de diciembre, Himmler jefe de la policía política de Brema. Los titulares gritaban; el pueblo alemán que se estaba empezando a percatar de los métodos de Himmler temblaba. Ernst Rohm y las SA reconocían la escritura de la pared. Siguieron otros nombramientos: Turingia, Sajonia, Hamburgo, Württemberg. En pocos meses, Himmler se había convertido en el jefe de la policía política de casi todas las provincias de Alemania, excepto Prusia, donde Goering se aferraba a su puesto⁹⁰.

Mientras Himmler se hacía cargo de la Gestapo de Goering y la organizaba a escala nacional, y los espías del *Sicherheitsdienst* (Departamento de Inteligencia Política de las SS) vigilaban de cerca las actividades de Rohm y sus colegas, Adolf Hitler seguía indeciso sobre la perspectiva de matar a los hombres que le habían llevado al poder.

⁹⁰ *Ibíd.*

En este momento ocurrió algo que precipitaría los acontecimientos. Catorce años antes, el general McClean, un francmasón de alto grado, había sugerido al general Eric Ludendorff que el ejército alemán había sido apuñalado por la espalda. Ambos generales estaban cenando juntos después del armisticio de 1918, y Ludendorff expresó su creencia de que el ejército alemán no podría haber sido derrotado en el campo de batalla. «Quiere decir que fueron apuñalados por la espalda», señaló el general McClean. «Sí, eso es. Eso es exactamente lo que quería decir. ¡Fuimos apuñalados por la espalda!», gritó Ludendorff, excitado al oír una expresión tan adecuada para el mito que intentó después difundir.

Y ahora, en el momento de la crisis de 1934, Anthony Edén, el secretario de Asuntos Exteriores británico, un hombre que había seguido la tradición conservadora de mezclar la francmasonería con la política de poder, llegó a Berlín para mantener conversaciones con Hitler. Había llegado a Alemania con la misión de exigir que la fuerza de la *Sturmabteilung* fuera reducida en dos tercios. No tenemos la intención aquí de sugerir cualquier forma de conspiración francmasónica, sino que queremos intentar, tan sólo, ilustrar como la ley del Karma funcionó a nivel internacional al elevar al poder al *Doppelgänger* que habitaba el alma de Heinrich Himmler.

Al atender la exigencia de Edén de reducir la fuerza de la SA, Hitler veía la oportunidad de hacerse con un aura de confianza internacional, bajo cuya protección podría rearmar y expandir a la Reichswehr. El general Blomberg, jefe del Estado mayor del ejército, aprovechó misteriosamente la visita de Edén para presionar a Hitler. «Relaje la tensión de la nación, o, si no, Hindenburg declarará la ley marcial y entregará el poder al ejército», dijo a Hitler. La suerte estaba echada.

Cuando un desconocido disparó a Hitler en los sótanos de la casa de Goering en Schorfheide, en las afueras de Berlín, se asumió que el atentado formaba parte de un plan de las SA para matarle.

Himmler, que se encontraba entre Hitler y el desconocido tirador, resultó herido en el brazo. «Estoy muy agradecido al destino, gritó Himmler con júbilo. ¡Me ha permitido salvar la vida de mi Führer!» A partir de aquel momento, Himmler hablaba de sí mismo como «hermano de sangre» de Hitler. La purga Rohm empezó casi de inmediato.

Los *Leibstandarte Adolf Hitler*, al mando de Sepp Dietrich, acompañaron a Hitler a Munich para liquidar a Rohm y a sus secuaces más inmediatos. Himmler se quedó en Berlín para organizar un cuartel general de ejecución, en las barracas de Lichtenfelde, donde podía supervisar personalmente el asesinato de la gran cantidad de líderes de las SA y otros revolucionarios arrestados.

El hombre sin conciencia caminaba arriba y abajo detrás de los pelotones de fusilamiento. Entre los que fueron asesinados a sangre fría se encontraba Gregor Strasser, su antiguo jefe en la época de Munich. Mientras los muertos se amontonaban y las armas se calentaban tanto que casi era imposible sostenerlas, el antihombre apuntaba los nombres de los débiles, de los que no tenían estómago para matar a sangre fría.

Cada disparo allanaba el camino de Himmler hacia el poder absoluto, y el baño de sangre inauguraba lo que se convertiría en la corta y cruenta historia de la Orden Negra. La era del *Doppelgänger* había comenzado⁹¹.

⁹¹ El rasgo más destacado del funcionamiento del *Doppelgänger* es la capacidad infinita de falsificar y disfrazar, hacer que algo parezca lo que no es, y fingir razones benignas y justificación moral a fin de esconder los objetivos malvados. El régimen nazi se basaba en semejantes prácticas. Por ejemplo, Adolf Hitler alcanzó el poder personal a través de una ley falsificada, la llamada «ley de la facilitación», a través de la cual el Führer consiguió independizarse por completo del presidente y del Reichstag. El verdadero nombre de esta ley, que Hitler se aseguró incendiando el Reichstag, a fin de demostrar la existencia de peligrosos enemigos de la nación, era «ley para la solución de los problemas del pueblo y la nación». De este modo quedó eliminado el poder de todos los demás partidos políticos, las instituciones estatales y los sindicatos de la noche a la mañana. La aplicación de esta ley a nivel individual eliminó la libertad personal de todos los alemanes en el Tercer Reich.

Mediante una *Scechutzhaftsbefehl*, una orden de arresto preventivo, el Reichsführer SS Heinrich Himmler, sus agentes de paisano de la Gestapo y sus servidores vestidos con los temidos uniformes negros, podían arrestar a quien quisieran. Todo lo que se requería era el nombre del prisionero sobre un impreso ya preparado («De acuerdo con el párrafo I de la orden de protección de la nación y el pueblo, llevar preso en arresto preventivo»). Se trataba de la calle sin retorno que millones se vieron obligados a recorrer hacia la brutalidad, la tortura y la exterminación masiva de los campos de concentración.

A la luz de todo lo que sucedió después, resulta bastante sencillo identificar retrospectivamente el disfraz del *Ur-Doppelgänger* que anidaba en todas las increíbles y audaces falsificaciones de Himmler respecto a la justificación moral para el uso del «arresto preventivo», y que anidaba también en el modo en que ocultaba las verdaderas condiciones de los campos de concentración.

Como dijo Himmler en un discurso que pronunció en Munich en el año en que fundó el campo de concentración de Dachau, mientras trataba de silenciar las atroces historias que se extendían por el extranjero: «El arresto preventivo es un acto de protección. Si hubiera tomado estas medidas de un modo más bien amplio, ientonces me habrían interpretado mal en muchos lugares! Tenéis que entender que todos los que se nos oponían estaban excitados, molestos y llenos de hostilidad. Sólo mediante el arresto preventivo he podido salvar a las personalidades que ocasionaban esas molestias. Sólo así he podido garantizar su seguridad y su vida».

Y en otra ocasión manifestó, dirigiéndose a un grupo de periodistas con su característica voz de falsete: «Quisiera decir ahora que los judíos son tan ciudadanos como los que no profesan el credo judío. Hay que entender el arresto preventivo de los judíos con este espíritu»⁹².

Bajo lo que Himmler llamaba «un acto de protección», millones de hombres, mujeres y niños fueron esclavizados sin piedad, matados de hambre y trabajo en lo que se convirtió en una empresa especial con subproductos. El *Doppelgänger* planetario o antihombre que habitaba el cuerpo y el cerebro del Reichsführer SS demostraba el dominio de esta técnica de falsificación, que culminaba con cosas como casas de baños de aspecto inocente que, en realidad, eran cámaras de exterminación camufladas, y también contenían aparatos de radiaciones radiactivas para esterilizar a los trabajadores esclavizados que rellenaban moldes complicados, aunque carentes de utilidad, junto a unos mostradores y que nada sospechaban de lo que les estaban haciendo.

El ejemplo arquetípico de este trabajo de falsificación del *Ur-Doppelgänger* en la evolución de la humanidad⁹³, tuvo lugar en la crucifixión cuando Caifas, el Sumo Sacerdote de los judíos, y el capitán del Sanedrín ordenaron al capitán de la guardia del templo romper los huesos a Jesucristo. La justificación moral que se dio para esta orden era que, según la Ley judía, ningún hombre podía ser asesinado en el día del Sabbath. El verdadero objetivo que se ocultaba detrás de este subterfugio, como ya hemos mencionado en el prólogo de este libro, era mutilar el cuerpo de Cristo para que, de este modo, las masas no creyeran en él como Mesías; porque estaba escrito en las Escrituras que «no se le quebrará hueso alguno». La presencia en el Gólgota del centurión romano Gayo Casio, y su acto marcial, aunque compasivo con la espada hicieron fracasar este diabólico plan.

⁹² Extractos de periódicos alemanes de 1933-1934, según la traducción inglesa que publica Frischauer en su obra *Heinrich Himmler*.

⁹³ El *Doppelgänger* ha permanecido activo durante los dos mil años del Cristianismo. Y, por supuesto, el funcionamiento de la subjerarquía del *Doppelgänger* en el siglo XX no se ha limitado a las maquinaciones de los nazis. En los periódicos y en los noticiarios de la televisión pueden verse innumerables ejemplos del trabajo del antihombre en todos los rincones del planeta.

A la luz del trasfondo espiritual que hemos establecido respecto a la primera liberación del *Ur-Doppelgänger* contra Jesucristo, así como de la obstaculización de sus metas inhumanas a través del acto oportuno, decisivo y mundialmente importante del centurión romano, resulta sorprendente que el mismo antihombre monstruoso que habitaba el cuerpo y el cerebro de Himmler estuviera asociado del mismo modo a la Lanza del Destino en el siglo xx. Heinrich Himmler estaba fascinado por la Lanza del Destino y se enzarzó en un profundo estudio de su historia a lo largo de los siglos. De hecho, los dos temas centrales de interés en la vida del Reichsführer SS eran la Lanza de Longino y el significado ocultista de la sangre.

En tanto que Adolf Hitler esperó pacientemente treinta años entre el momento en que vio por primera vez la Lanza en el Hofburg y el día en que la reclamó como su posesión, Himmler se le adelantó, ya que se hizo construir una réplica exacta de la Lanza en 1935, tres años antes de que Hitler anexionara Austria y robara todos los tesoros de la dinastía de los Habsburgo.

La amenaza contenida en una profecía germánica que databa de mil años atrás había llevado a Himmler a ordenar que le hiciesen la réplica exacta de la Lanza asociada a la leyenda sobre el destino histórico del mundo. Esta profecía, pronunciada por un adivino sajón durante el reinado de Enrique el Cazador de Pájaros, en el siglo x, se cumpliría al pie de la letra. Hablaba de «una tormenta gigantesca que surgiría desde el Este para arrollar a los pueblos alemanes, si no se enfrentaban a ella y la rechazaban en la región del Birkenwald, en Westfalia».

Himmler, el hombre de la memoria fotográfica, que había registrado cada faceta de la historia y las leyendas alemanas, interpretó esta profecía en el sentido de que Alemania sería invadida y arrollada por las hordas eslavas y amarillas de Rusia y Siberia, a menos que se toparan con una Orden tan disciplinada y entregada como la Orden de los antiguos caballeros teutones.

Todos los escolares alemanes han oído hablar de las heroicas acciones de los caballeros teutones. Procedían de muchas tierras y habían demostrado su espíritu caballeresco luchando por diferentes soberanos y banderas. Pero cuando entraban en el recinto austero del Marienberg dejaban sus escudos grabados con las insignias de al menos cuatro antepasados caballerescos y aristocráticos. La cruz se convertía en su único emblema. No buscaban ser otra cosa que los miembros desinteresados de la Orden, y no perseguían más que el honor de morir en la batalla a fin de obtener la vida eterna.

Durante algunos años, Himmler había considerado la posibilidad de convertir las SS en una orden caballeresca. Pero nada más lejos de su mente que realizar una cruzada al servicio de la cruz. Concebía la orden como una organización basada en la sangre aria, en la que cada miembro debería demostrar que la sangre que corría por sus venas estaba limpia de la «vergüenza de la raza», *Rassenschande*, o de toda mezcla con sangre no aria durante al menos las últimas cinco generaciones. Y ahora divisaba un burgo en Westfalia, que habría de convertirse en el punto de reunión y el retiro para los líderes de las SS y otros miembros veteranos y entregados de las *Scutzstaffeln*. De este burgo saldría esta entregada orden de los nuevos guardianes de las SS, que podrían repeler y derrotar la tormenta del este que anunciaba la profecía. Y en este burgo se guardaría la réplica de la Lanza a la que se atribuían poderes para la conquista del mundo.

En las ruinas de un antiguo, aunque no identificado, burgo medieval en las cercanías de Paderborn, Heinrich Himmler colocó ceremoniosamente la primera piedra de lo que sería el infame Wevelsburg. El proyecto, que costó unos trece millones de marcos, fue construido en menos de un año, y se trata del trabajo más arduo realizado por los trabajadores esclavizados de un campo de concentración cercano, bajo el restallar y los golpes de látigo de sus guardias de las SS.

Cuando quedó terminada, se reveló como una reconstrucción única de un castillo medieval, construido para materializar la imagen que Himmler tenía en mente. Cada estancia estaba amueblada con un estilo distinto. No había dos mesas iguales en todo el castillo. Fueron contratados los mejores artesanos para elaborar finos tapices, mobiliario sólido de roble, pomos de hierro forjado, candelabros. Se compraron alfombras valiosísimas, cortinas de pesado brocado flanqueaban las altas ventanas. Las puertas fueron revestidas y embellecidas con piedras y metales preciosos. Las torres del castillo, construidas en el antiguo estilo germánico sobre una base triangular, se elevaban a gran altura por encima de los bosques circundantes⁹⁴.

A pesar de que Bartels realizó la mayor parte del trabajo arquitectónico en la construcción del Wevelsburg, Himmler añadió su toque maestro, convirtiendo a la Lanza en el tema central del diseño interior y la decoración simbólica del castillo. Porque Himmler creía había que diseñar, construir y decorar cada estancia de acuerdo con la vida, las tradiciones y las hazañas de cada uno de los personajes que habían poseído la legendaria Lanza, desde el siglo IX hasta el siglo XIX, es decir, desde Carlomagno hasta el fin del imperio alemán en 1806, cuando la antigua e histórica arma fue sacada en secreto de Nuremberg y llevada a Viena, donde estaba fuera del alcance de las ambiciosas garras de Napoleón Bonaparte.

Había una habitación dedicada a Barbarroja, que siempre se mantenía cerrada y se reservaba para Adolf Hitler, en el caso que quisiera visitar el sagrado santuario de la élite de las SS. Había estancias dedicadas a Otón el Grande, Enrique el León, Federico Hohenstauffen, Felipe de Schwaben, Conrado VI, por mencionar tan sólo unos cuantos de los ilustres reyes y emperadores que habían reclamado la Lanza de Longino y habían asociado el cumplimiento del destino histórico del mundo a sus poderes.

Cada habitación contenía piezas auténticas de la época correspondiente, y objetos, tales como espadas, escudos, armaduras, incluso ropas y joyas que habían pertenecido a cada uno de los heroicos personajes que habían poseído la Lanza. De las paredes colgaban pinturas y tapices junto con las insignias de sus Cortes. Himmler envió a sus subordinados por toda Alemania y Europa para rebuscar en los museos y las colecciones privadas y trajeran todos sus hallazgos al precio que fuera.

Cuando los líderes de las SS y los miembros más veteranos se reunían, lo cual sucedía varias veces al año, en el Wevelsburg para asistir a conferencias y eventos similares, se les asignaba cada vez una habitación diferente, de modo que todos se familiarizaran gradualmente con la historia de esta antigua arma, cuyos poderes el Reichsführer tenía en tanta estima.

Heinrich Himmler siempre ocupaba la misma habitación, y no permitía que nadie más durmiera allí en su ausencia. La habitación estaba dedicada al elogiado Enrique I, llamado a veces el «Cazador de Pájaros», el primero de los grandes reyes sajones, y el sádico *Reichsheini* creía ser su reencarnación! En esta habitación, dedicada a la memoria del rey que repelió a las hordas invasoras de los magiares del este, se guardaba la réplica de la Lanza del Destino. Estaba sobre el escritorio de Heinrich Himmler, y descansaba sobre un cojín de terciopelo rojo, dentro de un estuche de cuero de aspecto antiguo. Un talismán temporal de poder hasta el día en que el Führer anexionara Austria y devolviera a la Patria el arma auténtica, que, según Himmler creía equivocadamente, sería entregada a las SS como símbolo de la nueva Orden sagrada.

No es posible considerar la personalidad de Himmler en conexión con la reencarnación, ya que carecía de ego. Las cuestiones que surgen aquí se refieren a la naturaleza verdadera de su experiencia personal de identidad. Lo más seguro es que

⁹⁴ Frischauer, *Heinrich Himmler*.

experimentara varios niveles de consciencia de sí mismo sintética. Por ejemplo, la identidad de familia era en él un rasgo muy acusado, y lloró como un niño cuando su madre murió, tras lo cual pareció inconsolable durante mucho tiempo. También existían elementos de una identidad de oficial, en la que se introdujo en las postrimerías de la primera guerra mundial. Y también había identidad de raza, un castillo en el aire completamente irreal, sobre el que se basaba buena parte de su personalidad como Reichsführer SS, y bajo cuyos designios cometería abominables crímenes contra la humanidad.

Una cosa es segura; nunca existió un «yo» humano en Himmler que pudiera ser invadido por el espíritu individual humano, que contuviera en sí mismo la biografía espiritual de vidas pasadas en la tierra, es decir, lo que anteriormente hemos denominado «el linaje espiritual de la reencarnación».

¿Tuvo Himmler alguna vez alguna idea, aunque fuera inarticulada, sobre la verdadera naturaleza del espíritu que trabajaba en él y a través de él? ¿Sintió, aunque sólo fuera durante un instante, que era el vehículo del *Doppelgänger* de la humanidad, el antihombre planetario? Por supuesto, la respuesta tiene que ser negativa, ya que no había un ego en él que se pudiera dar cuenta de todo ello.

Sin embargo, hay pruebas que demuestran que conocía la existencia de este Ser, y que sabía qué aspecto tenía en la visión espiritual, puesto que se encontró un cuadro de este Ser entre sus atesorados libros y pertenencias en el estudio de su casa, después de que se ocultara al final de la guerra, y antes de que se suicidara.

Se trataba de la reproducción de un cuadro que Rudolf Steiner había utilizado para el diseño de una de las ventanas del Goetheeneo, edificio que los nazis habían quemado. El cuadro representa un cuerpo parecido al de una serpiente, con cabeza con cuernos y orejas gigantescas. El rostro muestra una expresión vacía y estúpida bastante parecida a la del semblante inhumano de Himmler, una especie de mirada mongoloide.

Es imposible decir lo que cruzó la mente de Himmler cuando vio el cuadro. Según algunas fuentes, Himmler se consideraba el «espíritu de la vergüenza de la raza». Está claro que nunca lo consideró un autorretrato. Los ayudantes más cercanos a Himmler y que sabían las respuestas a algunos de estos enigmas están muertos o bien guardan silencio al respecto.

No se sabe qué hizo decidirse a Himmler por Enrique el Cazador de Pájaros. Todos los personajes de la historia que Himmler incorporó a la administración diaria de la Gestapo y del *Sicherheitsdienst* eran, en su totalidad, figuras bien siniestras. Hombres como Ignacio de Loyola, el fundador de los jesuitas, Torquemada, el Inquisidor por excelencia, y Fouché, pieza central del desarrollo de la policía estatal. Pero Enrique I encajaba perfectamente con la idea de la laguna de mil años entre las encarnaciones, el deseo de asociarse con uno de los poseedores de la Lanza y la ilusión de que estaba destinado a obstaculizar el cumplimiento de la antigua profecía referente a la destrucción de Alemania por parte de las hordas del este.

XXIII

HITLER RECLAMA LA LANZA DE LONGINO

La campana de la capilla Real de los emperadores de la dinastía de los Habsburgo sonó para celebrar la anexión alemana de Austria y su incorporación al Tercer Reich. Grandes multitudes llenaban el Ring y se alineaban a ambos lados de la Ringstrasse para dar la bienvenida al Führer en Viena, la capital de su país natal.

Las tropas del octavo regimiento de Keitel y los tanques de la división acorazada de Guderian, que habían cruzado la frontera de Austria dos días antes, estaban ahora concentradas en ordenada formación delante del Hofburg. Todos esperaban al hombre que un día había vagado por las calles de la ciudad imperial «como un vagabundo, desaliñado y con el estómago vacío». El mismo hombre que había asumido en Alemania el poder de los reyes de Hohenzollern y que ahora se había apropiado del de los emperadores de Habsburgo»⁹⁵.

Adolf Hitler cruzó la frontera para conducir por los pueblos vestidos de fiesta de camino hacia Linz, la ciudad en la que había vivido y en la que había ido al colegio. En Linz esperó la llegada del Reichsführer SS, para que le confirmara que sus minuciosos planes para apoderarse de la Lanza de Longino habían tenido éxito, y que una guardia compuesta de soldados de asalto estaba vigilándola en la Casa del Tesoro del Hofburg.

Habían terminado sus temores de que este talismán de poder se le escapara en el último momento, al igual que se le había escapado a Napoleón. Sin embargo, Hitler todavía temía un intento de asesinato, como el que había cometido Friedrich Staps en la persona del emperador francés, de modo que retrasó su entrada en Viena un día más, a fin de que se pudieran tomar las medidas de seguridad necesarias para protegerle. Mientras la excitación crecía hasta convertirse en una ardiente fiebre ante el anuncio de Hitler de que la anexión de Austria sería total, y mientras las SS apresaban a miles de antinazis conocidos y potenciales, Adolf Hitler visitó Leonding para poner una corona de flores en la tumba de su madre.

No resulta difícil imaginar los sentimientos de resentimiento y amargura de Hitler al recordar la pobreza y el aislamiento en que su madre había muerto en Linz, así como los propios años de miseria y soledad de marginado en Viena, que siguieron a la muerte de ella.

Adolf Hitler le diría al alcalde de Viena: «Tenga la seguridad de que esta ciudad es la niña de mis ojos... Le daré todo el esplendor que se merece». Sin embargo, nada más lejos de la verdad⁹⁶. Estaba decidido a reducir a la antigua ciudad imperial a la condición de ciudad de provincias, y a Austria, a la posición del satélite más insignificante de Alemania. Las personas que «le habían rechazado y condenado en su juventud a una vida de miserias y penuria» tendrían que pagar el precio de su error.

Cuando Hitler recorría la Ringstrasse en dirección al Ring y al Heldenplatz, donde le esperaba el comité de recepción delante del Hofburg, el tumultuoso júbilo de la multitud llegó casi al delirio. ¡Cómo podían saber los habitantes de Viena que el éxtasis que reflejaba el rostro de Adolf Hitler era el éxtasis retorcido de la venganza!

El espíritu blasfemo de Friedrich Nietzsche debió retorcerse de alegría cuando Adolf Hitler manifestó la mayor decepción de su vida a sus nuevos e inocentes súbditos: «Sentí la llamada de la providencia. En tres días el Señor los ha castigado (a Miklas, Schuschnigg y todos aquellos que se habían atrevido a desafiarle). Y el día de la traición se me concedió la gracia de unir mi patria al Reich. Le daría gracias al que me ha permitido volver a mi patria, para poder llevarla ahora al Reich alemán. Mañana cada alemán reconocerá la hora y medirá su importancia y se inclinará humildemente ante el Todopoderoso, que en unas cuantas semanas nos ha enviado semejante milagro»⁹⁷.

⁹⁵ W. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*.

⁹⁶ Hitler hablaba con gran veneno contra el pueblo de Viena: «Viena jamás debería haber sido admitida en la unión con la gran Alemania», dijo. Nunca sintió el más mínimo afecto por Viena. Detestaba a su pueblo. (Testimonio en Nurem-berg de Baldur von Shirach, Gauleiter de Viena.)

⁹⁷ «El omnipresente Papen, que se apresuró a ir en avión de Berlín a Viena para asistir a las festividades, encontró a Hitler pasando revista a las tropas delante del Hofburg, el antiguo palacio de los Habsburgo. "Sólo puedo decir —escribió Papen mas tarde—, que estaba sumido en un estado de éxtasis".

»Pero debajo del éxtasis, y eso no fue advertido por Papen, podría haber ardido en Hitler un sentimiento de venganza contra un pueblo y una ciudad que no le habían apreciado cuando era joven, y a los que odiaba

Después de pasar revista a las filas concentradas de las SS austriacas, y dar permiso para la fundación de un nuevo regimiento de las SS, *Der Führer*, Adolf Hitler rehusó una invitación a realizar una gran visita por la ciudad, que antes había visto desde la pensión de mala muerte en que vivía. Dejó el Ring para ser conducido directamente al Hotel Imperial, donde le esperaba la suite más lujosa de la ciudad. Se canceló la cena y la recepción que estaban planeadas, y Hitler, que seguía temiendo un intento de asesinato, permaneció en su suite estrechamente vigilada.

Mucho después de medianoche salió del Hotel Imperial en compañía de Heinrich Himmler, a fin de realizar una visita a la Weltliche Schatzkammer y reclamar la Lanza del Destino como suya.

En el Hofburg les esperaban Wolfram von Sievers, jefe de la Oficina de Ocultismo nazi, el mayor Walter Buch, experto legal nazi y jefe del USCHLA, y Ernst Kaltenbrunner, SS Führer, de Austria. Los tres, junto con la *Sicherheitspolizei* de Reinhardt Heydrich, habían desempeñado papeles separados para ayudar a Hitler a asegurarse la Lanza.

Von Sievers, responsable de la organización de la investigación académica sobre la historia de la Heilige Lance, había llegado a Viena algunos días antes del Anschluss, a fin de asegurarse de que el talismán no era sacado de la ciudad. Se habían abierto expedientes confidenciales sobre todo el personal conectado con el Hofburg, desde el director y los responsables de los archivos hasta los vigilantes más modestos.

Cuando las tropas alemanas cruzaron por primera vez la frontera austriaca, el presidente Miklas había dado orden de que refuerzos especiales de la policía formaran un cordón alrededor del centro de la ciudad, a fin de proteger los edificios del Gobierno, incluido el Hofburg. Cuando la policía llegó al Hofburg, se toparon con filas llenas de resolución de uniformes negros de las SS, armadas hasta los dientes y con la firme determinación de no permitir interferencia alguna. Las llaves de la Casa del Tesoro, que equivale a la Torre de Londres, en la que se guardan las joyas de la Corona, habían sido entregadas a los nazis por soldados desertores. Ernst Kaltenbrunner había aparecido en escena con órdenes de que las SS abrieran fuego sin someterse a las órdenes de la policía. Como fue el caso de todas las ciudades, pueblos y aldeas de Austria aquella noche, la policía dejó entrar a los nazis, que se encontraban al borde del poder absoluto.

El mayor Walter Buch, suegro de Martin Bormann y jefe del *Oberstes Parteigericht*, estaba presente para organizar la entrega legal de las Reichskleinodien, los preciados símbolos del antiguo imperio germánico que incluían la Heilige Lance. Su tarea consistía en organizar la devolución de la Lanza de Longino a través de la frontera a Nuremberg. Pero Walter Buch, un ocultista que era el responsable de la eliminación de la francmasonería en la Alemania nazi, tenía algo más que un interés legal en la Lanza del Destino, y se le había permitido compartir el secreto de Hitler concerniente a sus visiones ante el talismán del destino del mundo. Hitler entró en la Casa del Tesoro con Heinrich Himmler, mientras Kaltenbrunner, Von Sievers y Walter Buch esperaban afuera con los asistentes de Hitler y los miembros de su cuerpo de guardaespaldas. Poco después, Heinrich Himmler reapareció por la estrecha escalera de la Schatzkammer, dejando al Führer completamente solo. No se sabe lo que ocurrió durante la hora larga que Hitler pasó en soledad con el talismán del destino histórico del mundo, destino que ahora había pasado a sus manos.

Aunque, como ya hemos dicho, la Lanza de Longino había sido la inspiración de toda su vida y la clave de su meteórica carrera hacía el poder, había pasado un cuarto de siglo desde la última vez que la había visto, y casi treinta años desde que la contemplara por primera vez y oyera hablar de su excepcional leyenda.

profundamente. Esto puede haber contribuido, en parte, a que su estancia fuera tan breve.» (Shirer *The Rise and Fall of the Third Reich*.)

Fueran cuales fueren las visiones de Hitler en aquella ocasión, la escena del Führer alemán en contemplación de esta antigua arma debe ser considerada como el momento más crítico del siglo XX, hasta que los americanos reclamaron la Lanza y mientras la poseían, inauguraron la era atómica y lanzaron sus bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Los Gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Rusia y Checoslovaquia no movieron un dedo para detener la anexión de Austria, que consideraban simplemente como la unión inevitable entre dos pueblos germanos que compartían la misma herencia, la misma lengua y la misma cultura.

Tan sólo la solitaria voz de Winston Churchill se alzó para advertir al mundo de que la entrada de Hitler en Viena constituía un cambio tan decisivo en el equilibrio del poder europeo que la guerra mundial era ya inevitable. Winston Churchill, que conocía, a través del doctor Walter Stein, todos los hechos referentes a la fascinación de Adolf Hitler por la leyenda del destino del mundo asociado a la Lanza del Reich del Hofburg, veía con gran transparencia los planes del Führer nazi para conquistar el mundo.

A los ojos de Churchill, «la anexión de Viena, que durante siglos había sido considerada como la puerta al sureste de Europa, colocaba al ejército alemán en el borde de Hungría y en el umbral de los Balcanes»⁹⁸.

Hitler también había agregado unos siete u ocho millones de súbditos al Tercer Reich. Había conseguido una frontera común con Italia para reforzar el eje entre Roma y Berlín. Sus ejércitos rodeaban a Checoslovaquia por tres flancos, y Churchill insistía, con toda la razón, en que su siguiente paso sería la liquidación del Estado checo. Y además, Hitler se había enterado a través de su inquebrantable oportunismo político de que Gran Bretaña, Francia y Rusia temían hasta tal punto un conflicto armado, que todos sus planes aparentemente medidos para frenar sus ambiciones territoriales no eran más que amenazas vacías.

Aquella noche se conocería en Viena como la «noche del terror» o la «noche de la venganza». Por orden expresa de Adolf Hitler, se inició la persecución de judíos más terrible contra la numerosa, influyente y adinerada población hebrea, y en el curso de los días siguientes fueron arrestados setenta mil judíos. Las escenas de sadismo y brutalidad en las calles eran tales, que muchos judíos huyeron a Alemania para encontrar refugio. Se construyó un nuevo campo de concentración en la ribera norte del Danubio, que se ganaría una espantosa reputación: Mauthausen. Aquí la lista oficial de ejecuciones sería más larga que en cualquier otro campo de los confines del Reich. Reinhard Heydrich pronto empezó a hacer negocio con un nuevo departamento llamado «oficina para la emigración judía». Más tarde, bajo la dirección de Karl Eichmann, su papel varió. En lugar de vender visados de salida a cambio de las posesiones mundanas de los judíos, éstos eran deportados por el departamento a las cámaras de gas de los campos de la muerte. En los procesos de Nuremberg se reconoció que la decisión de seguir adelante con los planes de la «solución final» databan de la noche en la que Hitler había entrado triunfalmente en Viena.

Aquella era la noche de la decisión. Había llegado la hora de librarse de los instrumentos de astucia política. A partir de aquel momento, Adolf Hitler lucharía abiertamente para alcanzar su meta definitiva..., la conquista del mundo.

En aquella ocasión, al contrario de las otras visitas que había realizado a la Casa del Tesoro, no había guardianes, oficiales ni conservadores que miraran con suspicacia al marginado desaliñado y pobre. El sucesor de los emperadores de Habsburgo era libre de sacar la Lanza de su descolorido lecho de terciopelo rojo, colocado detrás de la vitrina. Podemos imaginarnos que sostuvo el talismán del poder en las manos, sintiendo el frío metal oscurecido de la punta que había traspasado el costado de Cristo en la crucifixión.

⁹⁸ Allan Bullock, *Hitler: A Study in Tirany*.

¡A buen seguro fue una escena que ni el genio de lo absurdo, el mismísimo Charlie Chaplin, se hubiera atrevido a interpretar! ¡Era un acontecimiento aparentemente tan cómico y tan improbable que casi resultaba imposible de creer! Y, sin embargo, un acontecimiento tan cargado de mal que causaría la erupción de violencia y destrucción más terrible que el mundo hubiera conocido. Un acontecimiento que encendió la primera chispa incendiaria de una despiadada «voluntad de poder», que pronto se extendió sembrando la desolación en todo el continente. Una comunión invisible con «principalidades y poderes», que inspiraría un reino satánico de terror y carnicería sangrienta que superaría en salvajismo y crueldad a todas las anteriores épocas de tiranía y opresión en la historia de la humanidad.

XXIV

LAS CENIZAS

Lucha astrológica contra las plagas: conejos, ratas y subhombres

Los conejos de las tierras del conde Keyserlingk, en Silesia, se habían convertido en una amenaza. Antes se los mantenía a raya con las escopetas, pero la falta de mano de obra y la ausencia de partidas de caza organizadas durante la primera guerra mundial habían permitido que el número de conejos creciera de forma alarmante, y los conejos estaban invadiendo las tierras de la región de Koberwitz.

La situación se tornó aún más caótica después de la guerra, cuando el conde Keyserlingk anunció que ya no permitiría que se disparara a la vida salvaje de sus tierras o de la de sus granjeros. También se negó a permitir el uso de venenos. «Estoy buscando una forma alternativa de librarme de las plagas», dijo a sus enfurecidos vecinos.

En la primavera de 1924, el conde Keyserlingk invitó a terratenientes, granjeros y peritos agrónomos de toda Europa a asistir a una conferencia sobre agricultura que se celebró en su residencia de Koberwitz, a fin de promocionar «una actitud hacia la agricultura en la que la tierra y la naturaleza ya no sean consideradas meros objetos de explotación económica de miras estrechas». La conferencia consideraría también un nuevo método biodinámico en la agricultura, a fin de producir cultivos más sanos, prevenir la erosión del suelo, combatir la contaminación y detener la multiplicación de las enfermedades de los animales y las plantas, que estaban creciendo con gran rapidez a causa del uso de venenos industriales y fertilizantes sintéticos. El punto álgido de la conferencia consistiría en una demostración de una nueva forma de «control de plagas», que libraría a la finca y las tierras vecinas de toda la población de conejos en el plazo de tres días.

Circuló el rumor entre los campesinos y los pequeños propietarios de la zona de que el conde Keyserlingk traería a Koberwitz a un famoso «hechicero», el cual, al igual que el flautista de Hamelín, expulsaría a todos los conejos. Esperaron con una mezcla de aprensión, superstición y curiosidad la aparición de este mago, que blandiría su varita y mediante un conjuro se libraría de toda la población de conejos sin necesidad de recurrir a las armas o al veneno.

El hombre que obraría este aparente milagro era el doctor Rudolf Steiner, que ofrecería una serie de lecturas en la conferencia. A su llegada a Koberwitz, pidió que mataran un conejo macho y se lo llevaran a la habitación que había sido acondicionada temporalmente como laboratorio. Extrajo el bazo, los testículos y una parte de la piel del conejo. Redujo estas partes a ceniza. Las cenizas fueron mezcladas con un polvo neutro, lactosa, y «potenciadas» homeopáticamente más allá del alcance de la existencia ponderable. No era una novedad el método de la potenciación homeopática. Es un proceso que instituciones como el Hospital Homeopático Real y varios miles de

homeópatas cualificados utilizan regularmente en todo el mundo. Pero el propósito para el que el doctor Steiner pretendía utilizar esta potenciación tenía un significado asombroso⁹⁹.

Tenía la intención de inducir una condición de tal inseguridad en relación con su presente hábitat, que toda la población de conejos abandonaría el área presa del pánico. A fin de lograrlo, utilizaba estos órganos del conejo macho, que en su opinión constituían la base fisiológica del instinto de supervivencia de las especies. La potencia homeopática transformaría este instinto en todo lo contrario. Esparcido por el viento y absorbido por la respiración, el polvo causaría un efecto funcional en los conejos similar al que la naturaleza misma causa en los conejos de Noruega cuando su número excede las posibilidades del entorno y esta circunstancia despierta su instinto de autodestrucción.

El doctor Stein llevó su mezcla en un recipiente hasta un prado cercano a la casa. En la otra mano llevaba un cepillo de los que se utilizan para limpiar las migas de una mesa. Introdujo el cepillo en la mezcla y al sacarla, sacudió el cepillo para esparcir la mezcla como si de una lluvia fina se tratara. Unos jóvenes ayudantes, que llevaban recipientes y cepillos similares, se fueron hasta los límites de la finca y esparcieron la potencia homeopática en el aire.

Durante los siguientes dos días no sucedió nada. La población de conejos seguía destrozando las verduras de primavera y no parecían darse cuenta del destino que les aguardaba. Los campesinos empezaron a respirar aliviados. El «hechicero» parecía ser un mortal como los demás, al fin y al cabo. ¡El conde Keyserlingk tendría que volver a permitir la caza!

El doctor Stein señaló en la conferencia que los tratamientos homeopáticos eran muy distintos a los tratamientos alopáticos, que provocaban una reacción fisiológica inmediata. Su pócima homeopática tardaría tres días en penetrar en el organismo de los conejos. La noche siguiente ya no habría un solo conejo en toda la zona. Explicó que las sabandijas y otros parásitos construirían lentamente una resistencia a los venenos

⁹⁹ El doctor Ernst Lehrs, uno de los discípulos más cercanos a Steiner, ha dado una corta definición de la homeopatía y del proceso de potenciación que puede ayudar al lector a familiarizarse con estos conceptos:

«El método en cuestión está relacionado con la escuela de medicina de la homeopatía, fundada por el médico alemán Hahnemann. La palabra "homeopatía" significa la curación por sí misma; el principio básico es tratar los síntomas con sustancias muy diluidas, que producen esos mismos síntomas si se ingieren en cantidades normales. La experiencia ha demostrado que el efecto fisiológico de una sustancia extraída de la naturaleza es contrario cuando la sustancia está muy diluida.

»El método de diluir o "potenciar" es el siguiente: Se disuelve una cantidad determinada de la materia que se quiere diluir en una cantidad de agua destilada nueve veces mayor a la cantidad de la materia. La proporción que se alcanza es así de 1:10, y normalmente se representa con el símbolo IX. Una décima parte de esta solución se disuelve de nuevo en una cantidad de agua nueve veces mayor. La proporción es ahora de 1:100, o 2X. Se repite esta operación tantas veces como el propósito lo exija. Las sustancias insolubles pueden ser tratadas si se las mezcla primero con las correspondientes cantidades de un polvo neutro, generalmente lactosa. Después de un determinado número de etapas, el polvo puede ser disuelto en agua; esta solución puede después ser disuelta del modo que hemos descrito.

«Podemos realizar tantas soluciones como queramos, sin destruir la capacidad de la sustancia para generar reacciones físicas. Al contrario, tan pronto como su capacidad original queda reducida al mínimo por la disolución, las disoluciones ulteriores le proporcionan una capacidad para generar reacciones aún más fuertes, de un tipo distinto y por lo general opuesto. La segunda capacidad aumenta en fases hasta un máximo variable a través de la disolución.

»Un cálculo bien sencillo demuestra que no quedará una sola partícula de la sustancia original después de un cierto número de disoluciones. Sin embargo, las reacciones biológicas y de otra índole continuarán después de este punto, y es posible que incluso de un modo mucho más acusado.

»La potenciación demuestra que, mediante la expansión repetida en el espacio, una sustancia puede ser llevada más allá de sus condiciones ponderables de materia, hasta la esfera del efecto puramente funcional. La potenciación de las sustancias físicas cobra así una importancia mucho mayor que la de su mero uso médico.» (Ernst Lehrs, *Man or Matter*, Faber and Faber.)

alopáticos que se estaban utilizando. Y predijo, con toda la razón, que la ciencia encontraría muchas dificultades en la segunda mitad del siglo XX para hallar venenos que surtieran algún efecto sobre los parásitos. El tipo de control de plagas que estaba demostrando sería reconocido, por fuerza, como la única solución posible al problema.

Cuando despuntó el alba al día siguiente, miles de conejos se habían reunido junto a un viejo árbol en el prado. Al parecer, estaban muy excitados, inquietos, y corrían arriba y abajo husmeando el aire con aspecto visiblemente perturbado. De todas partes se les unieron más y más conejos que venían corriendo por los campos e incluso por los jardines, y que aparentemente no se daban cuenta de los peligros que suponía la cercanía del hombre.

Llegaron informes de todos los rincones de la vasta finca y de las tierras vecinas. Por todas partes salían conejos de sus madrigueras como si su hábitat natural se hubiera convertido en una amenaza a su supervivencia, y formaban multitudes sumidas en una frenética agitación. A la caída de la tarde, una enorme masa compacta de conejos se había congregado en uno de los confines más alejados de la finca. Justo antes de que cayera la noche, toda la población de conejos desapareció en una enorme bandada presa del pánico, y se dirigió al nordeste, hacia los lejanos terrenos baldíos y las zonas pantanosas. No se volvió a ver un conejo en las tierras de Keyserlingk durante muchos años.

Esta asombrosa demostración de control de plagas en Koberwitz dejó una secuela muy siniestra. Los nazis repitieron el experimento con las cenizas «potenciadas» de los testículos, los bazos y trozos de piel de jóvenes judíos varones, en un intento de ahuyentar para siempre a la población judía que quedaba en Alemania. Fue el acto más espantoso en lo que se refiere a la solución final, cuando el Tercer Reich agonizaba antes de la derrota a manos de los aliados. La orden de llevar a cabo este plan diabólico partió de Hitler, pero el genio malvado que lo concibió fue el Reichsführer SS Heinrich Himmler.

Himmler había nacido en un piso que estaba situado justo encima de la famosa farmacia Liebig, de la Liebigstrasse, en Munich. Desde la más tierna infancia, se había sentido muy atraído por el mundo de la química. A la edad de dieciocho años, ingresó en la Universidad Politécnica de Munich, en la carrera de Perito Agrónomo, en la cual se especializó en química. El único empleo que desempeñó antes de ingresar en el partido nazi fue en una empresa¹⁰⁰ que producía fertilizantes agrícolas. Trabajaba de asistente de laboratorio en un departamento que se ocupaba de experimentos en los cultivos.

Adolf Hitler, que proclamaba a los cuatro vientos su confianza en la homeopatía, y que era atendido por homeópatas, dio a Himmler la idea de la «potenciación». Poco después se hizo por métodos ilegales con las conferencias que el doctor Steiner había ofrecido en Koberwitz sobre agricultura biodinámica, y se dio cuenta de las inmensas posibilidades en los tratamientos homeopáticos de la tierra y la aplicación de la potenciación en la eliminación de enfermedades de las plantas y los animales. Más tarde se creó una rama del Ahnenerbe que se ocupaba de llevar a cabo experimentos en este aspecto de la agricultura. Himmler aprendió también todos los detalles de las técnicas homeopáticas del control de plagas, pero en aquella época (1929) estaba demasiado ocupado en la construcción de las SS para llevar a cabo semejantes experimentos.

La posible aplicación de este tipo de control de plagas en la esfera humana no cruzó la mente de Himmler hasta 1943, cuando la Solución Final estaba en plena marcha y él tenía la intención de matar a unos treinta millones de personas, incluyendo la total destrucción de la raza judía en Europa, la intelligentsia judía y buena parte de la raza eslava.

¹⁰⁰ Stickstoff GmbH (Nitrógeno).

Después de la derrota en Stalingrado y la retirada del ejército alemán del frente ruso, Himmler empezó a pensar que los alemanes podían perder la guerra y ser arrollados por sus enemigos. La urgente necesidad de toda la mano de obra disponible para servir a la expansión de la economía de guerra puso fin a las matanzas masivas de judíos, polacos y eslavos. Himmler se enfrentaba a un nuevo problema: cómo esterilizar a estos «subhumanos» para que no pudieran seguir reproduciéndose.

Los primeros intentos de conseguir un método eficiente y práctico de esterilización fueron experimentados con varones judíos en Auschwitz con *caladium seguinum*, una droga recomendada a este fin por el doctor Alfred Pokorny. Su fracaso dio pie a ulteriores intentos. El doctor Karl Clausberg intentó esterilizar a miles de mujeres judías en Ravensbrück. Durante un tiempo, Himmler depositó toda su confianza en las rápidas técnicas de cirugía para la esterilización del doctor Gebhardt, pero se descubrió que el procedimiento era demasiado lento y demasiado molesto para conseguir la esterilización de toda la raza judía. El plan del doctor Víctor Brack de castrar a los varones judíos mediante potentes radiaciones resultaba mucho más prometedor y mereció toda la aprobación de Himmler, hasta que se descubrió que una sola instalación, que era muy cara, sólo podía castrar de modo efectivo a unos doscientos judíos al día. ¿Qué era aquello para un hombre que había estado mandando a las cámaras de gas a unos cincuenta mil judíos a la semana?

Después de la invasión aliada de Europa y otras derrotas catastróficas en el frente occidental, Himmler se enfrentaba a otro problema más: cómo asegurarse de que lo que quedaba de la población judía en Europa abandonaría el continente para siempre después de la derrota final del Tercer Reich. Para alcanzar esta meta concibió la idea de aplicar el control de plagas en la esfera humana.

Antes de trasladarse a vivir junto al lago de Lindenfycht, Heinrich Himmler había explotado una pequeña granja avícola en Munich-Trudering, en la que se había enfrentado al problema de la liquidación de ratas con venenos que no afectaran a sus propias aves. Como consecuencia de este experimento, ordenó que se llevara a cabo el primer experimento en el control de plagas con las cenizas potenciadas de ratas.

Un departamento del Ahnenerbe, dirigido por Wolfram von Sievers, fue encargado de realizar los experimentos a toda prisa, pero sólo funcionó una de cada cinco veces en el área infectada de ratas de las cercanías de Auschwitz. Existía un factor vital con el que los nazis no habían contado, y era el factor tiempo. Por alguna razón, las cenizas potenciadas sólo alcanzaban su máximo efecto funcional en una época determinada del año, ya que aquellas potencias eran sensibles a influencias extraterrestres, del mismo modo que las fases de la luna afectan a la germinación y al crecimiento de las plantas. En pocas palabras; la técnica implicaba aspectos astrológicos cuya clave ellos no tenían.

En una larga y exhaustiva investigación que realizó después de la guerra, el doctor Walter Stein averiguó que las primeras cenizas potenciadas de judíos varones fueron inyectadas a otros judíos en el campo de concentración de Buchewald. Estos experimentos fueron realizados en el bloque 46 por Wolfram von Sievers y el doctor Eugen Haagen, que fueron ejecutados más tarde por crímenes contra la humanidad. En aquella época, los presos del campo eran obligados a someterse a otras vacunas, tales como la del tifus, la difteria, el cólera, la viruela, etc., y los resultados del control de plagas fueron destruidos junto con los informes sobre otros experimentos inhumanos, a consecuencia de los cuales, como se sabe, miles de personas sufrieron una horrible muerte. Y estas víctimas no pudieron ser identificadas por la naturaleza de sus reacciones a las inyecciones de cenizas potenciadas, ya que todas las cobayas humanas de aquel bloque intentaron escapar de ellas, y sólo para ser encerrados por el jefe de la prisión Arthur Dietzsche con un gato de nueve colas.

Al parecer, Himmler creía que el éxito de la potenciación en este sentido dependía del descubrimiento de la base fisiológica de los judíos. Wolfram von Sievers decidió hacer una colección especial de cráneos y cadáveres judíos, de modo que se pudieran llevar a cabo análisis de sangre, así como exámenes de su médula espinal y sus órganos genitales. La Wehrmacht recibió órdenes de capturar vivos a los comisarios judío-

bolcheviques, que según Himmler, eran los prototipos de la «raza subhumana». Se distribuyeron instrucciones acerca de que las cabezas debían ser separadas del cuerpo y guardadas en contenedores herméticamente sellados. A fin de mantener el asunto en secreto, Himmler dio la orden al ejército del frente oriental, y decretó que los especímenes que se necesitaban para el experimento deberían ser seleccionados entre los prisioneros vivos de Auschwitz. Estas investigaciones pseudocientíficas seguían en marcha cuando los aliados atravesaron el Rin y penetraron en el corazón de Alemania.

En la Alemania de la posguerra circularon muchos rumores, que más tarde se convertirían en el tema de un buen número de libros negros, acerca de que las SS habían esparcido las cenizas de las cámaras de gas de los campos de concentración por todos los rincones del Reich. Sin embargo, no existe ninguna explicación satisfactoria para una acción así, excepto si se considera en términos supersticiosos como «el acto final de sacrificio a los poderes de las tinieblas». Estos rumores sólo reflejaban media verdad. No eran las cenizas las que fueron esparcidas, sino que las cenizas potenciadas volaron por el viento como una fina lluvia.

Inmediatamente después de la derrota del tercer Reich en abril de 1945, se produjo un éxodo masivo de la población judía que quedaba en el continente. ¿Era la consecuencia de esta diabólica forma de control de plagas? ¿O sucedía que los judíos creían que la actitud inhumana del hombre contra el hombre siempre sería más la regla que la excepción en este continente manchado de sangre?

EPÍLOGO

Después del Anschluss, cuando Adolf Hitler reclamó la Lanza de Longino como su posesión, la antigua arma se quedó en Viena, vigilada en la Weltliche Schatzkammer por un grupo seleccionado de hombres de las SS, bajo el mando directo del doctor Ernst Kaltenbrunner, SS Führer, Austria.

Hitler estaba decidido a proceder con un aura de legalidad en lo que se refería a la transferencia de este talismán de poder y de las Reichskleinodien a Alemania. En el largo procedimiento, que rayaba en el absurdo, se proclamó una ley especial, según la cual se otorgaba a Alemania el derecho histórico a recuperar los tesoros y las reliquias que habían permanecido en la Casa del Tesoro de los Habsburgo durante más de cien años.

Adolf Hitler mencionó públicamente un decreto especial del emperador Segismundo, el cual había afirmado en el siglo XV que era la «voluntad de Dios» que la Heilige Lance, la Corona, el Cetro y la Esfera de la dinastía germánica nunca abandonarían el suelo de la Patria. Los historiadores oficiales se reunían en debates para investigar la historia de las Reichskleinodien desde el momento en que el ejército de Napoleón se acercaba a Nuremberg en 1796, cuando los tesoros fueron sacados de Nuremberg y llevados vía Ratisbona a Viena. El barón Von Hugel, enviado imperial en Ratisbona, fue nombrado villano de la obra. Los periódicos alemanes explican que las insignias del sagrado emperador romano habían sido puestas a su cuidado y que él había traicionado la promesa de devolverlas a Nuremberg lo antes posible. Y también explican que en el momento de la disolución del santo imperio romano, en 1806, el infame barón había entregado los preciados símbolos germánicos a los Habsburgo a cambio de dinero; el robo no fue descubierto hasta tres años después de la derrota final de Napoleón en Waterloo. Los emperadores de Habsburgo se habían negado rotundamente a devolver la Lanza y las joyas de la Corona a la ciudad de Nuremberg, «manteniendo esta violación del derecho tan sólo mediante su superioridad».

El Ministerio de Propaganda de Goebbels preparó a los austriacos para el robo a plena luz del día de sus reliquias históricas con una campaña bien calculada para proyectar la justicia histórica de su devolución a Nuremberg. Publicó incluso una serie de reproducciones que mostraban que los reyes alemanes eran coronados en Aquisgrán, tras lo cual viajaban a Roma para ser tocados en ambos hombros por la Lanza de Longino, a fin de simbolizar su derecho al título de sagrados emperadores romanos. Tan sólo Heinrich Himmler, que por lo general se sentía fascinado por estos aspectos de la historia germánica, era incapaz de comprender la razón por la que su Führer se molestaba por semejantes naderías. En su opinión, la Lanza debería haber sido llevada en el acto a la habitación de Enrique el Cazador de Pájaros, en el santuario de las SS, en el Wevelsburg.

Entretanto, Hitler había escogido el sitio exacto en el que debería descansar la Lanza del Destino a su llegada a Alemania. Treinta años antes, cuando el joven Hitler había visto por primera vez este talismán de poder, había recordado de un modo inexplicable los místicos versos de una ópera de Wagner, *Los maestros cantores de Nuremberg*:

Y todavía no tengo éxito.

Siento que aún no puedo asirlo.

No puedo retenerlo, no puedo olvidarlo,

y si lo agarro, no puedo medirlo.

Y ahora afirmó que le había sido revelado, cuando se hallaba en trance, que la Lanza del Destino, la inspiración de su meteórico ascenso al poder, debería yacer en la antigua nave de la iglesia de Santa Catalina, en Nuremberg, donde habían tenido lugar las famosas «batallas de la canción» de los Maestros Cantores de la Edad Media, en presencia de este legendario talismán de revelación. Santa Catalina, construida originalmente como un convento en el siglo XIII fue preparada ahora para convertirse en un museo de guerra nazi, donde se exhibiría el botín acumulado en cada una de las luchas victoriosas por la conquista del mundo.

Además de la inspirada elección de la iglesia, Nuremberg, aceptada a escala universal como la Meca del movimiento nazi, era la ciudad ideal para guardar este símbolo de poder mundial. Nuremberg no era tan sólo la ciudad fortaleza en la que la Lanza había permanecido durante más de quinientos años, sino que también era el centro en el que tenían lugar las reuniones del partido nazi cada año. En estos increíbles espectáculos propagandísticos, que Hitler llamaba «festines de la sangre», pronunciaba siempre sus inspirados discursos al pueblo alemán. Al igual que un meistersinger demoníaco, sus poderes de oratoria heredados de Klingsor elevaban a los nazis congregados al paroxismo del fanatismo y la histeria.

El Oberbürgermeister Willi Liebel, el hombre que organizaba las reuniones, fue escogido nuevo guardián de la Lanza. El 13 de octubre de 1938, exactamente seis meses después del Anschluss, la Lanza, junto con otros objetos de las llamadas insignias de los Habsburgo, fue cargada en un tren blindado y vigilado por las SS y llevada a través de la frontera alemana a Nuremberg. Ernst Kaltenbrunner, que más tarde sustituiría a Reinhardt Heydrich, que fue asesinado, en el cargo de jefe del departamento de la Inteligencia política, viajó en el compartimento con la Lanza. Se proclamó una festividad nacional para celebrar el día en que regresaron las valiosas insignias de los antiguos emperadores alemanes a Alemania.

De todos los rincones de Alemania llegaron a la antigua ciudad, ahora galardonada con banderas, esvásticas y flores, a fin de asistir a la llegada del tren de las SS, que llevaba los tesoros de vuelta a la patria. A lo largo de la ruta desde la estación a la iglesia de santa Catalina se alinearon tropas, mientras coches blindados transportaban las insignias imperiales en su última etapa del viaje hasta la nave de la iglesia de los Maestros Cantores. Willi Liebel rodeado por autoridades nazis, esperaba junto a la entrada de la iglesia para recibir la presentación oficial de Kaltenbrunner en nombre de todos los alemanes leales en el Gau de Austria. Y según un plebiscito celebrado diez días después del Anschluss, aquello significaba el 99,8 por ciento de la población.

Todo estaba preparado para la inmediata exhibición de las insignias germánicas en el interior de Santa Catalina. Día tras día, durante varias semanas, se formaron largas colas delante de la iglesia de personas que esperaban su turno para echar un vistazo a los tesoros. La corona que un día habían llevado héroes como Otón el Grande, Federico Hohenstauffen y Barbarroja. El globo imperial, los cetros, las espadas y las joyas. Y también había otros objetos para deleite de la población bávara, que de algún modo había conseguido convertirse en una comunidad fanáticamente nazi sin dejar por ello de ser una comunidad católica romana devota. Objetos tales como «una muestra con una parte del paño de la Última Cena»; «una parte de la túnica de Nuestro Señor»; un trozo de la verdadera cruz; «una caja dorada con tres eslabones de las cadenas de los apóstoles Pedro, Pablo y Juan»; «la bolsa de san Esteban». Incluso «un diente de Juan Bautista».

Entre los primeros visitantes a los que se permitió la entrada a la nave de los Maestros Cantores se encontraban varios de los primeros miembros del círculo interno de la Thule Gesellschaft, que ahora se habían incorporado a la Oficina de Ocultismo nazi de Heinrich Himmler. Eran de los pocos que sabían que el único objeto importante era la Heilige Lance entre el extraño surtido de antigüedades germánicas y relicarios religiosos. Para el profesor Karl Haushofer, uno de los invitados de honor de la visita oficial a los tesoros en su nuevo hogar, aquel era un día triunfal. El arquitecto del plan de Hitler para conquistar el mundo sabía que la llegada de la Lanza del Destino a Alemania era la señal

del comienzo de las hostilidades. Al cabo de menos de un año, el mundo estaba en guerra.

La Lanza del Destino fue la pieza central de las Reichskleinodien y los Reichsheiligtümer en la iglesia de santa Catalina durante toda la campaña victoriosa de Polonia y la derrota de los ejércitos franceses en el abrumador e inesperado Blitzkrieg, del que los ingleses escaparon por los pelos vía Dunquerque. Pero la confianza de Adolf Hitler acerca de que no había necesidad de encontrar un refugio permanente durante la guerra para su talismán de poder, resultó defraudada cuando los bombarderos de la RAF penetraron cada vez más en el Tercer Reich y empezaron a reducir las grandes ciudades a escombros.

La industrialización de Nuremberg había comenzado después de que los nazis subieran al poder, y ahora la histórica ciudad ofrecía toda una serie de objetivos militares, incluyendo las fábricas M.A.N., que producían componentes para tanques acorazados y submarinos alemanes, y el enorme complejo Siemens-Schuckert, que construían rieles. La primera incursión aérea de la RAF dañó gravemente los alrededores de la iglesia de Santa Catalina, y destruyó incluso una parte del tejado de la iglesia. De inmediato la Lanza y los demás tesoros fueron trasladados a la cámara acorazada del Banco Kohn, en la esquina de la Königstrasse.

Después de la derrota de Stalingrado, cuando toda Alemania estaba de luto y las autoridades nazis pensaron por primera vez en la posibilidad de la derrota, Adolf Hitler ordenó que se buscara un refugio permanente para su talismán de poder. Heinrich Himmler y Ernst Kaltenbrunner viajaron especialmente a Nuremberg para discutir las alternativas sugeridas por Willi Liebel.

El sentido histórico del Reichsführer SS le proporcionó inevitablemente la idea de abrir uno de los muchos túneles que habían sido construidos a varios cientos de metros de profundidad por debajo de la fortaleza de Nuremberg en los tiempos medievales. En uno de estos túneles, situado a unos doscientos setenta metros por debajo del castillo, las Reichskleinodien habían sido escondidas durante un tiempo en el año 1796, antes de que la histórica Lanza fuera llevada en secreto a Ratisbona, fuera del alcance de Napoleón. Y ahora Heinrich Himmler ordenó que no se escatimaran gastos en la apertura y ampliación de este túnel, así como en la construcción de una cámara con aire acondicionado en la que se pudieran esconder la Lanza y las insignias germánicas.

Sólo se contrató para este trabajo a hombres en los que se pudiera confiar plenamente para guardar el secreto. La entrada del túnel se encontraba detrás de una de las casas del siglo diecisiete situadas en la Oberen Schmied Gasse (el Callejón Superior del Herrero). La calle del Herrero, un estrecho callejón con edificios pintorescos, terminaba por un extremo en la escarpada colina que subía a la fortaleza. El túnel fue limpiado, ensanchado y alargado, y en el extremo se construyó un bunker con aire acondicionado. Unas puertas de hierro macizo enmarcadas en hormigón guardaban la entrada del bunker en el que debían ser depositados los tesoros.

El alcalde Willi Liebel seleccionó a dos hombres de confianza para dirigir las obras, el concejal Heinz Schmeissner, un experto en construcción del gobierno local, y el doctor Konrad Freis, que quedó al cargo de las precauciones contra las incursiones aéreas en la zona. La presencia de estos dos hombres en la Oberen Schmied Gasse no levantaría sospechas. Cuando las obras quedaron terminadas, se hizo entrega al doctor Freis de la llave del cerrojo que abría las puertas de la cámara, mientras que Heinz Schmeissner guardaba el secreto de los cinco números de la intrincada combinación. Ninguno de los dos hombres podía abrir solo la cámara. Sólo Willi Liebel tenía tanto la llave como el código.

Las Reichskleinodien y los Reichsheiligtümer (Reliquias Sagradas Imperiales) fueron sacadas de noche de la cámara acorazada del Banco Kohn, del numero 26 de la Königstrasse, en el corazón de la ciudad, y cargadas en un camión. Willi Liebel ordenó al conductor que diera un largo rodeo para llegar a la Oberen Schmied Gasse, de modo que

incluso las autoridades del banco creyeran que los antiguos tesoros habían sido llevados fuera de la zona. El camión entró en el garaje de aspecto inofensivo de la casa del siglo diecisiete, que ahora camuflaba la entrada del túnel. Una pared falsa de la parte trasera del garaje se corrió silenciosamente hacia un lado y el vehículo recorrió el pasadizo secreto hasta las enormes puertas de hierro de la cámara, situada a doscientos setenta metros de profundidad por debajo de la fortaleza de Nuremberg. ¡La Heilige Lance había encontrado un escondite donde los enemigos de Alemania jamás la encontrarían!

Al destino le había llegado el turno de intervenir en el cumplimiento de la antigua leyenda de la Lanza del Destino. Un ataque aéreo masivo lanzado el 13 de octubre de 1944, con bombarderos de la RAF por la noche y fortalezas volantes de la USAF durante todo el día, causó terribles estragos en la Meca del nazismo. Nuremberg se convirtió en un montón de humeantes escombros. Las bombas que se dirigían a sus objetivos sumieron a la Oberen Schmied Gasse en un caos de cascotes y escombros. La entrada camuflada de la cámara secreta de Adolf Hitler quedó expuesta a la luz del día. Las puertas exteriores del garaje estallaron y la pared corrediza quedó reducida a un montón de metales retorcidos. Muy pronto, la noticia sobre la existencia de un pasadizo secreto que llevaba a un bunker con enormes puertas de hierro se extendió por la ciudad y llegó incluso a oídos de los trabajadores esclavizados y los prisioneros de guerra británicos y franceses. Willi Liebel ordenó que se iniciaran inmediatamente los trabajos para cubrir de nuevo la entrada del túnel. A pesar de que el trabajo fue rápido y eficiente, llegaron órdenes de Heinrich Himmler de buscar un escondite alternativo.

Y entonces se produjo el malentendido más extraordinario y cómico, que cumpliría misteriosamente la leyenda sobre el cambio de posesión de la Lanza del Destino.

Ni Heinz Schmeissner ni Konrad Freis, aunque ambos eran miembros de confianza del ayuntamiento de la ciudad más fanáticamente nazi de Alemania, conocían el verdadero significado de la Lanza de Longino; ni de su leyenda o el papel vital que había representado en el surgimiento del nazismo y la subida de Hitler al poder. Y cuando Willi Liebel enumeró los objetos que debían ser cambiados de escondite, nombró la Lanza Sagrada por su título oficial, «la Lanza de Mauricio». Sucedió que una de las seis piezas centrales de los Reichskleimodien se conocía por el nombre de la «Espada de Mauricio». Y la Espada de Mauricio fue ocultada en lugar de la Lanza de San Mauricio, la pieza central de los Reichsheiligtümer.

Un fontanero llamado Baum recibió el encargo de fabricar varios contenedores de cobre para colocar en ellos la Corona Imperial, el cetro, el globo imperial y la Espada de San Mauricio. Estos objetos de las insignias imperiales fueron envueltos en fibra de vidrio, metidos en contenedores sellados y llevados de noche a los sótanos de una escuela en el Panier Platz (la Plaza Panier está situada al principio de la Oberen Schmied Gasse). La escuela, construida en la colina bajo la fortaleza, se usaba como refugio antiaéreo, ya que su sótano ofrecía una excelente protección. Del sótano partía una angosta escalera que conducía a una nueva excavada en la roca. Los contenedores fueron colocados en un nicho del techo de aquella cueva. El nicho fue tapiado por trabajadores especialmente seleccionados, en presencia de Schmeissner, Freis y Julius Lincke, otro funcionario del departamento de construcción del ayuntamiento. Willi Liebel apareció durante unos minutos. Según Heinz Schmeissner, el alcalde estaba profundamente trastornado. Acababa de difundirse la noticia de que los tanques americanos y la infantería motorizada habían llegado a Gemunden y Hammelsburg. Muy pronto Nuremberg se encontraría en el centro del campo de batalla. El estado de Liebel era tal (estaba al borde del suicidio) que el error de la Lanza del Destino pasó inadvertido. Era el 30 de marzo de 1945.

Se puso mucho empeño en dar la sensación de que las insignias imperiales habían sido sacadas de Nuremberg y de Franconia y llevadas a un escondite en otro lugar de Alemania.

En presencia de Willi Liebel, que todavía no se había dado cuenta del terrible error cometido respecto al querido talismán del Führer, un convoy de vehículos, con una escolta de las SS y la Gestapo, entró en la Oberen Schmied Gasse en pleno día. No se

intentó en ningún momento disimular la verdadera razón de la visita. Un gran número de cajas de madera fueron sacadas por la entrada del túnel y cargadas en los camiones. Entre el aullido de las sirenas el convoy se marchó. En la ciudad circuló el rumor de que todos los antiguos tesoros germánicos habían sido arrojados al fondo del lago Zell, en las cercanías de Salzburgo.

Después de la derrota de Alemania quedó confirmado el hecho de que la orden para llevar a cabo esta operación engañosa había partido directamente de Heinrich Himmler, que compartía el secreto acerca del lugar en el que se habían escondido temporalmente los tesoros, es decir, la cueva debajo del Panier Platz, con Ernest Kaltenbrunner y Müller, el jefe de la Gestapo. Según los informes del Servicio de Inteligencia del ejército americano:

La información obtenida hasta el momento sugiere que la orden de llevar las insignias imperiales a lugar seguro partió de Himmler. Aparte de Himmler y las autoridades de Nuremberg encargadas de su traslado (al Panier Platz), se cree que sólo Kaltenbrunner, el jefe del servicio de seguridad alemán, y Müller, el jefe de la Gestapo, habían sido informados del verdadero escondite de las insignias de la Corona. En una reunión de los jefes de departamento del Reichssicherheitshauptamt, que se celebró en Berlín el 1 de abril, un día después del traslado de las insignias, Müller comunicó a Kaltenbrunner: «Las insignias han sido arrojadas a un lago por dos agentes de confianza». La única respuesta de Kaltenbrunner fue: «Bien». La fuente de esta información es del Oberführer Spacil, quien, en su calidad de jefe del Amt II del Reichssicherheitshauptamt, tuvo que asistir a la reunión. A causa de este intercambio, Spacil dedujo que Kaltenbrunner debía conocer detalles de la operación, ya que, en caso contrario, habría formulado cuestiones al respecto. Sin embargo, del comentario de Müller también se podía deducir que la idea de borrar las pistas del traslado con la falsa historia de que las insignias habían sido arrojadas al fondo de un lago, tenía también que haber partido de la cúpula dirigente del servicio de seguridad alemán, y se podía asimismo concluir que las órdenes de representar un traslado falso de las insignias de Nuremberg procedían de Berlín. El hecho de que ni siquiera los jefes del Reichssicherheitshauptamt hubieran sido puestos al corriente del secreto, constituye un síntoma de la importancia política del asunto.

En el fondo de estos hechos y conversaciones entre los oficiales de las SS capturados, de los que informó el Centro de Inteligencia del Tercer Ejército, aparecía que las insignias imperiales habían sido destinadas por los jefes del servicio de seguridad alemán a convertirse en el símbolo de la futura resistencia alemana. Es posible que el Oberbürgermeister Liebel de Nuremberg se diera cuenta de este papel a desempeñar por las insignias. Las demás autoridades municipales que participaron en el traslado no se daban cuenta, en opinión de este investigador¹⁰¹.

Cuando, tres meses antes de la derrota de Alemania, Walter Stein había advertido a sir Winston Churchill que la Lanza Sagrada y las insignias imperiales podrían convertirse en símbolos de una resistencia alemana clandestina después de la guerra, el Primer Ministro británico no actuó en consecuencia. Más tarde, en marzo de 1945, cuando los informes de la inteligencia aliada trajeron noticias acerca de los planes para crear el movimiento clandestino de Werewolf y para organizar una resistencia de última hora en las montañas del Harz, se tomó en serio su sugerencia de crear una sección especial

¹⁰¹ Citado del "Informe sobre la recuperación de las insignias imperiales alemanas del Santo Imperio Romano", MGO, Departamento E-203, Compañía C, Tercer Regimiento del gobierno militar, AP 403, EE.UU.

para seguir la pista de las insignias imperiales. Bajo el mando del capitán Walter Thompson, esta sección especial fue destinada al séptimo ejército americano, que preparaba la ofensiva final sobre Nuremberg.

«Defended Nuremberg hasta la última gota de sangre», dijo el Führer del moribundo Tercer Reich al Gauleiter Karl Holz y a los 20.000 soldados de las SS que defendían el hogar espiritual del nazismo.

La batalla de Nuremberg empezó el 16 de abril. Fue una de las más duras de la guerra. En Alemania entera todos los ejércitos estaban en las últimas. El general Model había sido derrotado en el Ruhr, y había sufrido muchas bajas. 300.000 de sus hombres se habían rendido a las tropas británicas y americanas. Sólo el primer regimiento alemán de Franconia permanecía intacto, y se le ordenó luchar en una acción de retaguardia, en preparación de un último intento que se realizaría en las montañas del Harz y en los Alpes austriacos.

El séptimo ejército americano intentó aniquilar esta última línea de resistencia alemana en el oeste, con un movimiento para derrotar al enemigo en Nuremberg después de un terrible ataque aéreo y un cerco de la artillería, que colocó un muro de acero alrededor de la ciudad. La batalla no fue, de ningún modo, unilateral. Para la defensa de Nuremberg, los alemanes habían reunido cien tanques acorazados y veintidós regimientos de artillería.

Hombres, mujeres y jóvenes alemanes se armaron para unirse a las SS en la terrible lucha callejera, en la que la veterana división americana número 45, la «Pájaro de Trueno», sufrió muchas bajas. Los fanáticos destacamentos de las SS que defendían el infame Palacio de Congresos nazi, que Adolf Hitler llamó un día el corazón del nazismo, repelieron nuevos asaltos de los americanos antes de morir. Ninguno de los bandos mostró la más mínima compasión.

Nuremberg se convirtió en un infierno humeante. Cuando cesaron las luchas el 20 de abril, apenas quedaba un edificio en pie en la antaño hermosa ciudad gótica. Mientras Hitler celebraba su 56 cumpleaños con champán en Berlín, las Barras y Estrellas fueron izadas en la Adolf Hitler Platz de Nuremberg, y la banda de la tercera división americana marchó por la destrozada plaza a los sonos de la marcha *Bandera sembrada de estrellas*.

Entretanto, la sección encargada de buscar las insignias imperiales registraba la ciudad en busca del alcalde Liebel, que se había hecho cargo oficialmente de los tesoros cuando fueron trasladados de Viena a la iglesia de Santa Catalina en 1938. Pero el corpulento nazi de pelo negro, a quien Adolf Hitler había confiado el documento original de las infames «Leyes de Nuremberg», que glorificaban la sangre aria y relegaban a los judíos a la condición de subhombres, no aparecía por ninguna parte. Aparentemente, informantes auténticos insistían en que no se le había visto en las calles de la ciudad durante la lucha. De hecho, Liebel se suicidó la víspera de la caída de Nuremberg, pero su cuerpo no fue encontrado hasta la tarde del 25 de abril. Una partida de civiles alemanes, organizada para enterrar los cadáveres de las ruinas de Nuremberg, encontró su cuerpo en el sótano del Palmenhof, el cuartel general local de las SS y la Gestapo. Uno de estos civiles ha descrito la escena:

El 25 de abril encontramos un cadáver en el sótano del Palmenhof. Bajamos acompañados de un soldado americano. Los pasillos y las habitaciones estaban totalmente desordenados. El lugar había sido desvalijado. Maletas baúles y armarios yacían abiertos, y las pertenencias del Presidium Policial estaban esparcidas por doquier. El suelo estaba cubierto de sangre. Vadeamos por entre montones de ropa interior de seda, medias, vestidos, cajas de cigarros y paquetes de cigarrillos. En algunas habitaciones se apilaban cajas de vino caro. Por todas partes había estuches de cuero, bolsos, uniformes y otros objetos. En el cuarto del SS Führer yacía el cuerpo de un otomano. La figura estaba aún sentada en una silla, aunque con la cabeza hundida sobre el pecho. Era el cuerpo de un hombre vestido con el uniforme *folkssturmmann*. El hedor

era tan fuerte que uno de los miembros de la partida tuvo que salir mareado. Yo llevaba una máscara antigás, de forma que me pude acercar. El rostro del cadáver era irreconocible, ya que estaba cubierto de sangre seca. Tiramos del pesado cuerpo escaleras arriba y lo sacamos al exterior. Lo llevamos al Jacobsplatz y lo registramos. Limpié la sangre del rostro con algodón. Era Willi Liebel. Lo único que encontramos fue un pañuelo con las iniciales W. L. y un anillo en su dedo. No había documentos que lo identificaran. La causa de la muerte era una bala en la cabeza. Lo llevamos al cementerio y lo enterramos cerca de la entrada del sudoeste.

Al día siguiente, el coronel de las SS, Karl Wolf, facilitó información acerca del suicidio de Willi Liebel en un interrogatorio. Se había disparado un tiro en la cabeza el 19 de abril. «Cuando le dije a Liebel que el Fanleiter Karl Holz estaba en acción contra los americanos, se puso muy triste por no estar ahí afuera luchando también. Temía que el Gauleiter no volviera y le dejara allí solo. Me aseguró que si no moría en la batalla, nunca permitiría que le capturasen. No quería aparecer ante el mundo en un juicio espectáculo. Sobre las 12.30 Liebel se marchó. Parecía muy deprimido. Apenas había salido cuando oí un fuerte ruido. Salí corriendo y le encontré en la habitación del Gauleiter del bunker. Yacía muerto sobre una cama, con un tiro en la cabeza. El revólver se le había caído de la mano». La discrepancia entre la declaración de Wolf y la disposición en la que se encontró el cuerpo de Liebel suscitó preguntas acerca de la razón por la que su cuerpo había sido movido y arrastrado. ¿Llevaba alguna prueba consigo que pudiera haber conducido a los americanos hasta las insignias imperiales?

Al día siguiente, el 28 de abril, la Inteligencia Americana encontró e interrogó al secretario de Liebel, Drey Korn. Todo lo que consiguieron fue que Drey Korn negara con insistencia conocer el escondite de los antiguos tesoros alemanes, y que repitiera sin cesar el rumor de que habían sido arrojados al lago Zell. Drey Korn insistía en que todos los documentos secretos concernientes a las Reichskleinodien y los Reichsheligtümer habían sido destruidos durante la incursión aérea sobre la ciudad¹⁰².

Diez días después de la caída de Nuremberg, los agentes de la Inteligencia militar americana todavía no habían descubierto el escondite de la Oberen Schmied Gasse. El 30 de abril, el día en que Adolf Hitler se suicidó en Berlín, fue descubierto el pasaje del callejón del Herrero. ¡Y fue por casualidad!

La entrada del túnel había sido puesta de nuevo al descubierto en la incursión aérea que había precedido al asalto a la ciudad, pero había sido tapiada inmediatamente y cubierta por un montón de escombros. El 19 de abril la artillería pesada americana había entrado en Nuremberg. Los obuses pulverizaron la calle y destrozaron una esquina de la tapia, de modo que quedó una abertura de unos sesenta centímetros sobre los escombros.

Sobre las dos de aquel brillante y soleado 30 de abril, una partida empezó a buscar entre las ruinas de la Oberen Schmied Gasse, debajo de la fortaleza que ahora se había convertido en el cuartel general del séptimo ejército americano. No se sabe si estas tropas actuaban en cumplimiento de su deber, es decir, buscando a hombres de las SS que aún se ocultaran en los sótanos de la ciudad, o si actuaban por cuenta propia, buscando dinero, comida o licores que a menudo se encontraban en los sótanos de las casas destruidas.

Uno de estos hombres vio desde un montón de escombros un gran túnel que desaparecía en la oscuridad. Llamó a sus compañeros, que desfundaron las armas, y

¹⁰² «El teniente Horn (el oficial que interrogó a Drey Korn) no había tenido éxito en su intento de hacerse con los documentos secretos del alcalde Liebel, que contenían los informes sobre la transferencia de las insignias de Viena a Nuremberg después de la anexión de Austria en 1938. Algunos de los documentos, según el testimonio del secretario de Liebel, Drey Korn, habían sido destruidos por las llamas en la incursión aérea sobre Nuremberg del 2 de enero de 1945. Drey Korn afirma que uno de los documentos que se salvaron fue quemado por orden de Liebel en marzo.» (Ibíd.)

los guió a la luz de una antorcha hasta el extremo del pasadizo secreto, que terminaba en dos enormes puertas de hierro con cerrojos y una combinación similar a las de los bancos americanos. Decidieron que, fuera lo que fuese lo que había detrás de aquellas puertas, debía ser de gran importancia. Mientras dos hombres se quedaban de guardia junto a la entrada del bunker, los demás se apresuraron a salir para informar de su hallazgo en el cuartel general.

Los Estados Unidos de América se habían convertido en los nuevos poseedores de la Lanza del Destino. Eran las dos y diez del 30 de abril de 1945.

En otro bunker situado a unos 15 metros por debajo de las humeantes ruinas de lo que fuera la cancillería del Reich, en Berlín, Adolf Hitler preparaba su suicidio ritual y su funeral vikingo.

La antaño fabulosa cancillería, un poderoso mausoleo con enormes habitaciones, puertas macizas y candelabros por doquier, había sido reducida a un montón de fragmentos de mármol en los que ahora los obuses enemigos caían con mortal precisión. La luz del sol quedaba oculta por el fragor de la batalla, mientras el Führer permanecía debajo en el crepúsculo wagneriano del bunker, al que se llegaba por un pasadizo que partía de la despensa.

La capital era un infierno en llamas. Había llegado el momento de la Götterdämmerung. Los rusos, que tres días antes habían cercado Berlín, estaban ahora en las calles, estrechando el círculo. La parte oriental del Tiergarten había sido evacuada. Se veían escenas de terrible lucha cuerpo a cuerpo en la estación de Invaliden, en la Kantstrasse, en la Bismarckstrasse y en Charlottenburg. Los tanques rusos habían llegado al eje este-oeste, que se encontraba tan sólo a unos cientos de metros de distancia. La ofensiva sobre el bunker del Führer había empezado. El hombre para el que el fin de la vida significaba el fin de Alemania estaba a punto de perecer en el cataclismo de su propia obra.

La tarde anterior, el 29 de abril, una de las últimas noticias que llegaron desde el mundo exterior al bunker cercado fue la del humillante final de Mussolini, amigo personal de Hitler y dictador de Italia. Mussolini y su amante, Clara Petacci, habían sido apresados en Como, cuando intentaban llegar a la frontera suiza. Habían sido ejecutados inmediatamente por los partisanos, y sus cuerpos habían sido llevados a Milán, donde fueron colgados por los pies de unas farolas de la Piazza. Más tarde, los cuerpos fueron bajados y destrozados del modo más obsceno por la multitud.

Adolf Hitler, el hombre de los terribles excesos en el derramamiento de sangre, y que una vez había colgado a un mariscal de campo alemán de un gancho de carnicero, podía esperar un trato aún peor por parte de sus enemigos. Por esta razón había decidido suicidarse con Eva Braun, con quien se acababa de casar en una ceremonia absurda celebrada en el bunker. Sus cuerpos debían ser quemados en el jardín de la cancillería hasta quedar irreconocibles.

La última noche de su vida, mientras los últimos presos que quedaban en el bunker, con gran alivio porque el fin se aproximaba, celebraban una fiesta salvaje y beoda en la cantina, Adolf Hitler dictó su último testamento:

Después de seis años de guerra, que a pesar de todos los reveses sufridos será reconocida algún día en la historia como la manifestación más gloriosa y heroica de la lucha por la existencia de una nación, no puedo olvidar a la ciudad que es la capital de este Estado... Deseo compartir mi suerte con la de los millones que la han asumido quedándose en esta ciudad. Además, no caeré en manos de los enemigos, que exigen un nuevo espectáculo, presentado por los judíos, para divertir a las masas histéricas.

Por ello he decidido quedarme en Berlín y optar por la muerte voluntariamente, en el momento en que crea que la posición del Führer y la cancillería ya no es sostenible. Moriré con el corazón jubiloso y con el conocimiento de las inconmensurables acciones y los enormes logros de nuestros campesinos y nuestros obreros, y con el conocimiento de la contribución única en la historia de la juventud que lleva mi nombre...

Seguía su mensaje de despedida al pueblo alemán, las últimas palabras conocidas del genio loco que había intentado conquistar el mundo y había fracasado:

Los esfuerzos y los sacrificios del pueblo alemán en esta guerra han sido tan enormes que no puedo creer que hayan sido en vano. La meta debe seguir siendo conseguir territorios en el este para el pueblo alemán.

«Siempre se entendió que Adolf Hitler sería coherente con su programa original, "Weltmacht oder Niedergang", es decir, poder mundial o ruina», escribe el profesor Trevor Roper en su magnífico libro *The Last Days of Adolf Hitler*.

Si el poder mundial no se podía conseguir, entonces (esto fue corroborado por todos los que le conocieron) procuraría que la ruina fuera de la mayor magnitud posible, y que él mismo, como Sansón de Gaza, pereciera en el cataclismo de su propia obra. Porque Hitler no era una figura de Europa occidental, aunque se empeñara en erigirse en su héroe contra el bolchevismo asiático; y su carácter melodramático no respondía al ideal confuciano de una muerte discreta. Cuando se veía a sí mismo en el marco histórico, cuando su imaginación se desataba y su vanidad se intoxicaba con las adulaciones y el éxito, levantaba la vista de su pastel de verduras y su agua destilada para incorporarse e identificarse con los grandes conquistadores del pasado, no pretendía emular a un Alejandro, un César o un Napoleón, sino que se consideraba una reencarnación de los ángeles de la destrucción, de Alarico, el saqueador de Roma, de Atila, de Gengis Khan, el líder de la orda dorada. «No he venido al mundo —declaró en uno de aquellos estados de ánimo mesiánicos—, para hacer mejores a los hombres, sino para aprovecharme de sus debilidades»; y de acuerdo con este ideal nihilista, este amor absoluto por la destrucción, destruiría, si no a sus enemigos, entonces a Alemania y a todo aquello que contuviera sus ruinas. «Aunque no podamos conquistarlo —había dicho en 1934—, arrastraremos al mundo a la ruina con nosotros y no dejaremos a nadie que pueda triunfar sobre Alemania... Nunca capitularemos, ¡no, nunca! Podemos ser destruidos, pero si es así, arrastraremos al mundo con nosotros, un mundo en llamas».

Y ahora había llegado el fin. Los rusos habían entrado en la Wilhelmstrasse y pasado del Tiergarten al Postdamerplatz. Sólo distaban una manzana del bunker. Había llegado el momento de suicidarse.

Su secretaria, Frau Gertrud Jurge, ha descrito la mirada de Hitler cuando se despidió de ella. «Sus ojos parecían mirar lejos, más allá de las paredes del bunker.»

Bormann y Goebbels, así como un grupo de oficiales de la guardia personal de Hitler, esperaban en el pasillo delante de la suite de su Führer:

Se oyó un solo disparo. Tras unos instantes entraron en la suite. Hitler yacía muerto en un sofá empapado de sangre. Se había disparado un tiro en la boca. Eva Braun también estaba muerta en el sofá. Junto a ella había un revólver, pero no lo había utilizado. Había tomado veneno. Eran las tres y media¹⁰³.

Se celebró el funeral vikingo. El ayuda de cámara de Hitler, Heinz Linge, sacó el cadáver de su Führer envuelto en una manta de campaña gris, que le cubría la destrozada cabeza. Bormann sacó el cuerpo de Eva Braun, ataviada con un vestido negro. Ambos cuerpos fueron llevados al jardín de la cancillería durante una pausa del bombardeo, y fueron colocados en un hoyo dejado por un obús, incendiándolos después con ayuda de gasolina. Goebbels, que estaba a punto de quitarse la vida, junto con la de su mujer y sus seis hijos, hizo el saludo nazi. De pronto, el ejército rojo abrió fuego, lo cual puso un rápido fin a la ceremonia, mientras los deudos se ponían a cubierto. Adolf Hitler había pasado a la historia. La Lanza del Destino había pasado a los Estados Unidos de América.

Entretanto, en Nuremberg, el hallazgo casual del pasadizo secreto de la Oberen Schmied Gasse y las puertas de hierro macizo habían provocado gran excitación y expectación entre los oficiales del séptimo ejército americano, cuyo cuartel general se encontraba a unos doscientos metros por encima de la cámara.

Muchos oficiales estaban a favor de dinamitar las puertas de hierro, a fin de descubrir inmediatamente lo que se escondía tras ellas. Pero el general Patches prohibió hacerlo por si se ocasionaban daños al contenido de la cámara. Prefirió poner a trabajar a algunas personas de la inteligencia a fin de encontrar la llave y el código de la combinación.

El hombre que lo consiguió fue el teniente Walter William Horn (número de servicio 01326328), miembro de la sección de la Inteligencia dedicada a la búsqueda y recuperación de las insignias imperiales. Walter Horn, que hoy es profesor del departamento de sociología de la Universidad de Berkeley, California, ya tenía una idea acerca de lo que estaba escondido en el bunker secreto de Hitler. Consiguió dar con Heinz Schmeissner y Konrad Freis. El doctor Freis se desmoronó en el curso de un riguroso interrogatorio, o al menos, eso era lo que Walter Horn creyó. En realidad, al doctor Freis no le importaba mucho que los americanos abrieran la cámara, ya que, por lo que él sabía, los objetos más importantes estaban escondidos debajo del Panier Platz. Freis entregó la llave y confesó a su amigo H. Schmeissner que conocía la combinación. Enfrentado a la confesión de Freis, Schmeissner ofreció cooperar abriendo las puertas del bunker.

Los dos alemanes acompañaron al teniente Horn al pasadizo que conducía a la cámara, donde el doctor Freis hizo girar la enorme llave y Schmeissner abrió la combinación de cinco números. Estaban presentes cuando se abrieron las puertas: Charles H. Andrews, coronel de infantería, gobernador militar de Nuremberg; el capitán Thompson, de la inteligencia militar americana; el capitán Rae, del gobierno militar de Nuremberg. También estaban presentes otros oficiales no mencionados en el informe.

Fueron encendidas las luces, ya que la cámara tenía su propio generador aparte del sistema de aire acondicionado. El teniente Horn fue el primero en entrar en la cámara. Estaba llena del botín nazi traído de todos los rincones de Europa.

Sobre un altar intrincadamente labrado de unos tres metros de altura, que había sido robado de la iglesia de Santa María de Cracovia, Polonia, yacía un antiguo estuche de

¹⁰³ Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Adolf Hitler*.

cuero. Dentro de él, sobre un lecho de desvaído terciopelo rojo, estaba la Lanza de Longino. La antigua arma relacionada con la leyenda sobre el destino histórico del mundo había visto muchas escenas durante sus dos mil años de historia, pero quizá nada tan extraño como esta cámara secreta y subterránea, que contenía antigüedades, relicarios, cuadros, joyas y otros objetos de arte de valor incalculable, que habían sido robados a los pueblos subyugados por los nazis durante su corto y brutal reinado.

Mientras los demás oficiales contemplaban asombrados este montón de objetos preciosos, el teniente Horn y el capitán Thompson pronto descubrieron que la corona imperial, el cetro, el globo imperial, la espada de San Mauricio y la espada imperial, es decir, los cinco objetos más importantes, no estaban. El doctor Freis y Heinz Schmeissner, que en aquel momento aguardaban discretamente fuera del bunker, estaban a punto de ser sometidos de nuevo a interrogatorio.

Ambos hombres contaron la misma historia sobre el hecho de que un coronel de las SS había tomado los tesoros de manos de Willi Liebel junto a la entrada del túnel de la Schmied Gasse el día 2 de abril. Su historia fue aceptada, y después de las declaraciones escritas, fueron puestos en libertad. Sus pruebas parecían corroborar el rumor general que circulaba entre los hombres de las SS capturados, acerca de que los tesoros habían sido arrojados al fondo del lago Zell, en Austria.

Sin embargo, el teniente Horn sólo estaba convencido a medias de que las Reichskleinodien estaban en el fondo del lago. Decidió seguir la pista de las ligeras discrepancias entre las declaraciones de Freis y de Schmeissner. Su persistencia le llevó a descubrir el segundo escondite bajo el Panier Platz y todas las insignias imperiales fueron recuperadas¹⁰⁴.

¹⁰⁴ «Cuando la investigación en Nuremberg llegó a un punto muerto, el teniente Horn decidió someter a careo al concejal Freis y el Oberführer Späcil (jefe del Sicherheitshauptamt), que estaba entonces bajo sospecha de ser el oficial de las SS al que habían sido entregadas las insignias por el alcalde Liebel y por Freis.

»Se hicieron todos los preparativos para arrestar a Freis y transferirlo al centro de interrogatorios (tercer ejército) el 28 de julio de 1945. La transferencia tuvo lugar el 3 de agosto de 1945. Bajo los efectos de un confinamiento nocturno y solitario y la presión de un corto interrogatorio que precedió al proyectado careo, Freis se hundió. Confesó que:

»a) muchas de sus anteriores declaraciones concernientes al traslado de las insignias de la Corona habían sido falsas;

»b) las insignias nunca habían sido entregadas a ningún hombre de las SS, sino que habían sido encerradas en un sistema de corredores subterráneos del bunker del Panier Platz, en Nuremberg, por Freis, el alcalde Liebel y el jefe del departamento de la construcción, Linke; este hecho tuvo lugar el 31 de marzo de 1945;

»d) a fin de borrar las pistas de este traslado, se había fingido un traslado el 2 y el 3 de abril con la ayuda de hombres de las SS; y

»e) estaba dispuesto a revelar el escondite de las insignias y ayudar en su recuperación.

»El 6 de agosto de 1945, Freis fue llevado de vuelta a Nuremberg. En la noche de aquel mismo día, y después de haberle sido notificada la confesión de Freis, Schmeissner también confesó. La mañana del 7 de agosto de 1945, el capitán Thompson y el teniente Horn llegaron, con Freis y Schmeissner, a la entrada del bunker del Panier Platz. También estaban presentes: el doctor Gunter Troche, el tech 5 LOHIUS, y el pfe. Dollar, así como un masón. Freis y Schmeissner guiaron al grupo hasta el escondite, una pequeña habitación del sistema de corredores subterráneo del Panier Platz. Después de abrir un agujero en la pared de ladrillos en uno de los extremos de esta habitación, se recuperaron los cuatro contenedores de cobre con las insignias. En presencia de todas las personas que asistieron a la recuperación, los contenedores fueron trasladados a su lugar de origen, una cueva situada debajo del castillo de Nuremberg, donde se guardan detrás de puertas de hierro.»

Recuperación de insignias. Gobierno militar de Nuremberg.

Informe de: Walter W. Horn, I.º teniente Inf. Cuartel general norteamericano, GP CC, RD&R Div. MPA&A Branch APO 742.

Freis y Schmeissner fueron llevados ante un tribunal general bajo acusación de hacer declaraciones falsas y ocultar obras de arte. Ambos fueron condenados a cinco años de prisión y multados con una cantidad de veinticinco mil marcos. Fueron puestos en libertad después de cumplir dos años de condena. Las multas fueron condonadas.

Ninguno de los senadores americanos que llegaron a Europa después de la guerra, ni los generales americanos que viajaron a Nuremberg para ver la gran exhibición del botín nazi en el bunker subterráneo de la Oberen Schmied Gasse, mostraron el menor interés por la antigua Lanza de Longino. La única excepción fue el general Patton, apodado «sangre y entrañas» y uno de los personajes más pintorescos (y probablemente uno de los mejores jefes militares) de la segunda guerra mundial.

El general Patton, que tenía un gran sentido histórico, creía en la reencarnación y había realizado un estudio sobre la búsqueda del Santo Grial, se sintió fascinado por la Lanza del Destino. Sacó el talismán de poder de su estuche de cuero y apartó la vaina dorada que sostiene las dos partes separadas de la punta de la Lanza.

Esta alma enigmática, que se detuvo en las montañas de Sicilia para visitar el castillo de Klingsor en Kalot Embolot, sobre monte Castello, solicitó la presencia de historiadores alemanes para que le explicaran la historia entera de la antigua arma relacionada con las leyendas del poder mundial.

Patton pidió que le facilitaran la fecha exacta en la que el clavo había sido insertado, y se enfureció al oír que no se conocía. Se comportó del modo más grosero con los oficiales que mostraban tal ignorancia acerca de la historia de la Lanza a través de los siglos. «¿Fueron quitadas las aplicaciones en forma de alas de la base para dejar lugar al clavo? —preguntó—. ¿Qué reyes o emperadores habían engastado las cruces doradas en la base de la cabeza y en el clavo?» Sus ayudantes se dispersaron para encontrar respuestas a sus interminables preguntas.

El general Patton era el único general americano que se dio cuenta del verdadero significado del hecho de que su país, Estados Unidos, fuese ahora el poseedor oficial de la Lanza del Destino. Y también conocía el terrible significado del inminente cumplimiento de su leyenda. Porque Estados Unidos había descubierto el secreto de la fabricación de la bomba atómica y se esperaba que el lanzamiento de estas terribles armas supusiera el fin inmediato de la guerra en el este.

Para el veterano general, que todavía creía en la caballerosidad de la guerra y habría preferido luchar con Aníbal en Cannae que contra Kesselring en las Ardenas, la era atómica significaba el fin de una era en la que el individuo aún tenía alguna importancia. Y mientras sostenía el talismán de poder en sus manos, comunicó a sus ayudantes que la humanidad estaba al borde de la época más malvada de la historia del planeta. Sus jóvenes subordinados no conocían la existencia de la bomba atómica, acerca de la cual se guardaba el más absoluto secreto por aquel entonces. Se preguntaban qué podía ser más malvado que los campos de concentración del derrotado régimen de Adolf Hitler, y se preguntaban si el general se había vuelto loco por fin. El general Patton salió del bunker situado debajo de la fortaleza de Nuremberg en un estado de ánimo sombrío. La humanidad se enfrentaba al más terrible de los males, a menos que los seres humanos pudieran vivir en paz los unos con los otros, y Patton veía con toda claridad el peligro del nuevo enfrenta-miento entre América y Rusia.

Unos soldados de la tercera división montaban guardia delante de las macizas puertas del bunker de la Oberen Schmied Gasse cuando un avión americano lanzó las primeras bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Había dado comienzo la era atómica.

Se inició una controversia acerca del lugar en el que las Reichskleinodien y los Reichsheiligtümer debían permanecer cuando fueran sacados del bunker. El ejército americano no estaba preparado para vigilar estos tesoros durante las veinticuatro horas del día. El recién establecido Gobierno de Austria exigió la devolución de lo que llamaban las insignias de los Habsburgo a Viena. Los alemanes protestaron, ya que consideraban que las antiguas insignias alemanas les pertenecían.

«Me atrevo a afirmar que el gobierno austriaco exigió la entrega de las insignias del Sagrado Imperio Romano, guardadas por el momento en Nuremberg, al gobierno militar americano en Alemania, y me remito, para más pruebas, a las declaraciones históricas y legales que ya existen y que se encuentran en poder del gobierno militar de los aliados.

»Ni la familia de los Habsburgo ni la monarquía austrohúngara, ni siquiera la República austriaca, desde 1919 han reclamado nunca la propiedad de las insignias. Éstas se guardaban en la "Weltliche Schatzkammer" (Tesorería secular), en el Hofburg de Viena en "depósito", y estaban catalogadas en un "separates eigenes Inventar" (un inventario propio separado).

»Las insignias habían llegado a manos de los Habsburgo, y en consecuencia, a manos de la República de Austria, mediante un acto de poder ilegal. Nunca se dejó de exigir que fueran transferidas de nuevo a Alemania, y en varias ocasiones parecía que se podría llegar a una solución negociada. El pueblo alemán tiene un interés por una solución de estas características, y también tiene el derecho a ella.

»La transferencia de las insignias a Nuremberg en agosto de 1938, se llevó a cabo mediante una orden administrativa del Reich, posibilitada por la unión de Alemania y Austria en marzo de 1938. Es cierto que en aquella ocasión, la ciudad de Nuremberg era considerada la ciudad de las reuniones del partido, y que los métodos de propaganda nazi eran lo que eran. El peso del argumento, sin embargo, derivaba del hecho de que la ciudad de Nuremberg tenía que reclamar el derecho histórico a convertirse en el depositario de las insignias, un derecho que aún conserva y que no debería ser dejado de lado.

»La actual situación legal deja claro que las insignias tienen que ser consideradas como un fundamento con personalidad propia, y nadie puede reclamarlas como posesión propia. Las autoridades competentes del Estado están en posición de arreglar en cualquier momento el depósito de este fundamento. Si se puede mencionar algún derecho, sería meramente un derecho histórico, lo cual habla en favor de Nuremberg más que en favor de cualquier otra ciudad.

»El caso de las insignias no tiene nada que ver con el complejo de obras de arte robadas o confiscadas ilegalmente por el Gobierno nazi o sus representantes en otros países. Tendría que ser separado de este complejo y tratado de un modo distinto por completo de estas obras de arte.

»Por ello, se pide al Gobierno militar aliado no tomar ninguna solución respecto a las insignias sin realizar un examen exhaustivo de los problemas históricos y legales implicados, y sin oír la opinión de todas las partes interesadas, y se le pide asimismo que consulte a las autoridades gubernamentales y legales, en las que se puede confiar a la hora de encontrar una solución justa.

»En nombre de la ciudad de Nuremberg,

»Doctor Ernst Gunter Troche,

«Primer director del Museo Germánico Nacional.

»Nuremberg, 1 de enero de 1946.»

La decisión final partió del general Dwight Eisenhower, comandante en jefe de los ejércitos aliados en Europa. Se limitó a decir: «Devolved las insignias a Austria».

El general Muller, gobernador militar de EE.UU. en Baviera, envió a este efecto un telegrama al teniente coronel Charles Andrews, gobernador militar de Nuremberg:

mg for bavaría mg for Nuremberg
from omg for bavaria
to co mg det f 211 03 1620 ene 46
mag no 60

nos dirigimos a usted para que dé al señor andrew charlie ritchie cma representante autorizado de fuerzas militares estados unidos austria cma las sagradas joyas e insignias romanas ahora en depósito en su jurisdicción pd transferencia de custodia tendrá lugar en nuremberg en presencia de mike fox para able y able oficial de estas oficinas pd debe tomar todas las medidas necesarias para asegurar traslado seguro y rápido de estos objetos de nuremberg pd paren cite george nan mike charlie tío dash ocho paren cero tres uno siete cero baker enero.

firmado Muller

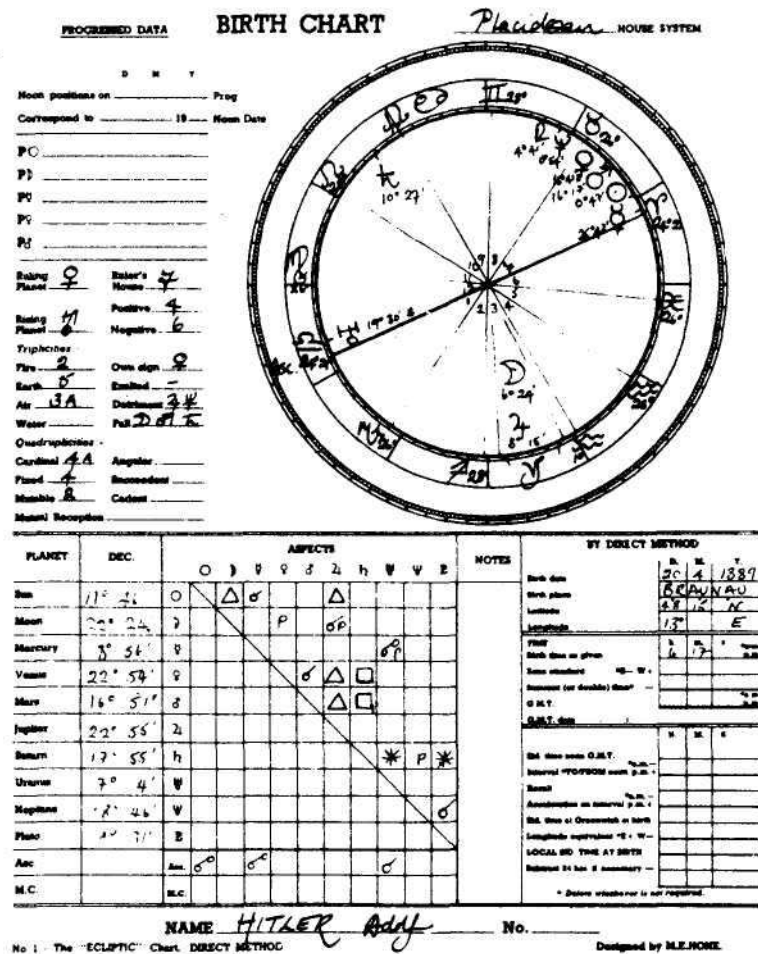
plarec

no 60 ok mg nuremberg/hr.

Las puertas de la cámara de la Oberen Schmied Gasse fueron abiertas de nuevo el 4 de enero de 1946, y los tesoros fueron cargados en un convoy de jeeps. Bajo la supervisión del primer teniente Albright, un oficial destinado en el Gobierno militar de Nuremberg, las insignias fueron cargadas a bordo de un dakota en el aeropuerto de Furth y llevadas directamente a Viena.

Dos días más tarde, el 6 de enero, el general Mark Clark entregó las Reichskleinodien y los Reichsheiligtümer al alcalde de Viena. Fue una ceremonia breve e informal sin discursos oficiales. Temporalmente, el alcalde depositó las insignias de los Habsburgo en la cámara blindada de la Caja Postal de Viena.

Actualmente, la Lanza de Longino vuelve a descansar en la Weltliche Schatzkammer del Hofburg. El talismán de destino histórico del mundo yace en un lecho descolorido de terciopelo rojo dentro de un estuche de cuero, exactamente en el mismo lugar de la Casa del Tesoro en el que Adolf Hitler la contempló por primera vez en 1909. Se exhibe al público de lunes a sábado, de las nueve de la mañana a las seis de la tarde. Entrada libre.



CARTA ASTRAL DE ADOLF HITLER, REALIZADA POR P. I. H. NAYLOR Y COMENTADA POR JANE DUNN

El rasgo más destacado es la ambición férrea e ilimitada. Nacido en la frontera entre Aries y Júpiter, está en buena compañía de Stalin, Mussolini y unos cuantos dictadores más. Es probablemente la época más fuerte, más tiránica para nacer.

Emocionalmente es una mezcla bien extraña. El sol en Tauro y en Libra ascendente significa que es un amante de las artes y debería estar impregnado de las características venusianas. Pero Venus junto con Marte coerce su sensualidad y la situación de Venus es *muy inhibidora*. Determinado sacrificio de la felicidad en pro de un ideal, una ambición material o un deber. Tiende a un carácter exigente y egoísta con algún elemento *frío* en su interior. También tiende a retrasar el matrimonio o prevenirlo por este aspecto. «Expresión insana de la necesidad sexual». Autotortura y celos. En resumen, muy desagradable.

Muy interesante que el sol cruce Júpiter = escalador social, religiosidad y *lujuria* por la posesión y el poder; la «voluntad de expandir» en más de un sentido.

Plutón en la octava casa: Poder de sugestión sobre otras personas. Fanatismo. Logros increíbles a través de la tenacidad y la perseverancia.

Luna en la tercera: Poderes vividos de expresión particularmente emotiva. Muchos cambios de estado de ánimo.

Marte con Saturno: De nuevo egoísmo. Algunos manuales dicen que esto indica brutalidad, crueldad y sed de sangre, pero no en todos los casos, gracias a Dios. Puede

ser dirigido y exteriorizado de tal manera que la vida sea un continuo sufrimiento, muy probable que exista violencia física. Peligro de tensión y excesos. A continuación, un resumen de sus cualidades positivas después de las negativas. Sol con Júpiter: Riqueza y éxito. Poderes mentales superiores a lo normal.

Venus con Júpiter: Sentimientos caprichosos e inquietos. Fomenta la popularidad y el afecto, de gran ayuda para cualquiera que lleve una vida pública, particularmente si su misión consiste en divertir o complacer a la gente, menos afortunada si debe instruir o corregir.

Marte con Júpiter: «A menudo un propagandista o publicista, y nada le complace más que actuar como evangelista y proclamar la verdad que libera a las personas».

Sólo hemos mencionado los rasgos más obvios de su horóscopo, y no han sido seleccionados porque coinciden hasta cierto punto con lo que sé del hombre. Se trata de una mezcla bastante poderosa, tanto si pertenece a Adolf Bloggs como si pertenece a Adolf Hitler.

BIBLIOGRAFÍA

- Aron, R.: *Introduction to the Philosophy of History*. Londres, 1961.
- Assman, Kurt: *Deutsche Schicksalsjahre*. Wiesbaden, 1950.
- Bartz, Karl: *Ais der Himmel brannte*. Hanover, 1956.
- Blavatsky, H. P.: *Isis sin velo*. Sirio, Málaga, 1988.
- Bormann, Martin: *The Bormann Correspondence*.
- Bullock, Alan: *Hitler*. Grijalbo, Barcelona, 1984.
- Butler, C. Dom: *Western Mysticism*. Londres, 1947.
- Clausewitz, Karl von: *Principles of War*. Londres, 1944.
- Cohn, N.: *En pos del milenio*. Alianza, Madrid, 1985.
- Collingwood, R. G.: *The Idea of History*. Londres, 1946.
- Croce, Benedetto: *Mit Hitler in die Macht*. Munich, 1935.
- Diels, Rudolf: *Lucifer ante Portas*. Stuttgart, 1950.
- Dietrich, Otto: *Mit Hitler in die Macht*. Munich, 1935.
- Eisenhower, Dwight D.: *Crusade in Europe*. Londres. Nueva York, 1949.
- Eliade, M.: *El mito del eterno retorno*. Alianza, Madrid, 1985.
- Faithful Thinker, The Anthology*. Hodder & Stoughton.
- Fingarette, H.: *The Selfin Transformation*. Londres, 1961.
- Fishman, Jack.: *The Seven Men of Spandau*. Londres, 1954.
- Friedman, F.: *This was Auschwitz*. Londres, 1946.
- Frischauer, Willi: *Himmler*. Odhams, 1966.
- Gisevius, B.: *To the Bitter End*. Londres, 1948.
- Goerlitz, W.: *History of the German General Staff*. USA, 1953.
- Goethe, J. W. von: *Fausto*. Cátedra, Madrid, 1987.
- Greiher, H.: *The End of the Hitler Myth*. Viena, 1947.
- Halder, Franz: *Hitler as Tactician*. Londres, 1951.
- Halifax, Lord: *Fullness of Days*. Londres, 1957.
- Hanfstangel, Ernst: *Adolf Hitler—The Missing Years*. Londres, 1957.
- Hegel: *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*. Alianza, Madrid, 1986.
- Heiden, Konrad: *Der Führer*. Londres, 1945.
- Henderson, Sir Neville: *Failure o fa Mission*. Londres, 1940.

Hindenburg, Field Marshal Paul von Beneckendorff und von: *Aus Meinen Leben*. Alemania, 1934.

Hitler, Adolf: *Mein Kampf*. Munich, 1925.

Howe, Ellic: *Uranias Chitaren*. William Kimber, 1970.

Jaspers, Karl: *The Question of Germán Guilt*. Nueva York, 1947.

Jung, C. G., Kerenyi, C: *Essays on the Science of Mythology*. Londres, 1956.

Kant, Immanuel: *Filosofía de la Historia*. Fondo de Cultura Económica, Madrid 1954.

Kaufman, Adams: *Non-Euclidian Mathematics*. Rudolf Steiner Press.

Kelly, D. M.: *Twenty-Two Cells in Nuremberg*. Londres, 1947.

King, Francis: *Ritual Magic in England*. Spearman 1970 — *Sexuality, Magic & Perversión*. Spearman, 1971.

Kogon, E.: *The Theory and Practice of Hell*. Inglaterra, 1950.

Kubizek, August: *Young Hitler—Friend of my youth*. Londres, 1954.

Laing, R. D.: *Elyo dividido*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1978.

Lehrs, doctor Ernst: *Man or Matter*. Faber & Faber.

Libro egipcio de los muertos, El.

Liddel Hart, B.: *The Germán Generáis Talk*. Londres, 1949.

Lilge, E.: *Abuse of Learning*. Londres, 1948.

Ludecke, K.: */ Knew Hitler*. Londres, 1938.

Ludenforff, General Erich: *Aufdem Weg zur Feldherrnhalle*. Munich, 1935.

Mannstein, Field-Marshal Erich von: *Verlorene Siege*. Berlín, 1955.

Marcuse, H.: *El hombre unidimensional*. Ariel, Barcelona, 1987.

Michelet, J.: *La bruja*. Akal, Madrid, 1987.

Ministerio belga de Asuntos Exteriores. Acontecimientos durante la invasión alemana de Bélgica en 1940.

Morizot: *The Templars*. Rudolf Steiner Press.

Nadell, G. H.: *Studies in the Philosophy of History*. Harper & Row, 1965.

Olden, Rudolf: *Hitler, the Pawn*. Londres, 1936.

Owen, Wilfred: *With Goebbels to the End*. Buenos Aires, 1949.

Pauwels, Louis and Jacques Bergier: *El retorno de los brujos*. Plaza & Janes, Barcelona, 1989.

Rauschning, Hermann: *Time of Delerium*. Nueva York, 1946 —
The Revolution of Nihilism.

Reed, D.: *The Burning of the Reichstag*. USA, 1934.

Reitlinger, G.: *The Final Solution*. Londres, 1953

— *The SS — Alibi of a Nation*. Londres, 1956.

Schellenberg, Walter: *The Labyrinth*. Londres, 1956.

- Schlabrendorff, Fabiar von: *They Almost Killed Hitler*. NuevaYork, 1957.
- Schmidt, Paul: *Hitler's Interpreten* Londres, 1951.
- Schroeter, H.: *Stalingrad*. Londres, 1958.
- Schultz, W.: *The Last30Days*. Londres, 1953.
- Schuschningg, Kurt von: *Ein Réquiem in Rot-Weiss-Rot*. Zuric, 1946.
- Shepherd, E.: *Scientist ofthe Invisible*. Hodder & Stoughton.
- Shirer, William *Auge y caída del III Reich*. Caralt, Barcelona, 1971.
- Skorzeny, Otto: *Secret Memoirs*. Nueva York, 1950.
- Spengler, Oswald: *La decadencia de Occidente*. Espasa Calpe, Madrid, 1983.
- Años decisivos*. Espasa Calpe, Madrid, 1982.
- Steed, Wickam: *The Hapsburg Monarchy*. Londres, 1919.
- Stein, Leo. / *was in Hell with Niemoeller*. Londres, 1942.
- Stein, Walter Johannes: *The Ninth Century, Worl History in the Light of the Holy Grail*. Orient-Occident Verlag, Stuttgart, 1928.
- Steiner, Rudolf: *The Philosophy of Spiritual Activity, Goethe 's World Conception, Theory of Knowledge according to Goethe 's World Conception, Macrocosm and Microcosm, The Story of Muy Life, Man as Symphony ofthe Creative World, Knowledge ofthe Higher Worlds (Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores), The Aetherisation ofthe Blood, Das Goetheanum, From Jesús to Christ, Lectures on the Gospel ofSt. John (Comentarios al Evangelio de San Juan), The Riddles of Philosophy*. Ediciones españolas publicadas por Editorial Rudolf Steiner,-S. A., Madrid.
- Summer, M.: *Witchcraft and Black Magic*. 1946.
- Taylor, Telford: *Sword and Swastika*. Londres, 1953.
- Thyssen, Fritz: */paid Hitler*. Londres, 1954.
- Toynbee, Arnold: *La Europa de Hitler*. Sarpe, Madrid, 1986.
- Trevor-Roper, H. R.: *The LastDays of Adolf Hitler*. Londres, 1947.
- Tudor-Pole, Wellsley: *The Silent Road*. Spearman, 1960.
- Wachsmuth, Gunter: *Etheric Formative Forces in Cosmos Earth and Man Reincarnation*. Anthroposophical Publishing Co.
- Whinkler, Frans E.: *Man the Bridge of Two Worlds*. Hodder & Stoughton.
- Widgery, A.: *The Meanings in History*. Londres, 1967.
- Zen Avesta.
- Zoller, A.: *Hitler Privat*. Dusseldorf?, 1949.